



TAL VEZ PREFIERAS NO ENCONTRAR LA SALIDA

CHAPTER

INSPIRADA EN EL FENÓMENO
ESCAPE ROOM

UNA NOVELA DE
ESTEFANÍA YEPES

CHAPTER
ESTEFANÍA YEPES

Primera edición: Julio 2017

© Estefanía Yepes, 2017

Safe Creative - Registro de la Propiedad Intelectual.

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

PORTADA:

Diseño:

Estefanía Yepes

©Marta Fernández, Munyx Design.

Estefanía Yepes (Barcelona, 1988). Licenciada en Derecho. Propietaria y directora de Scroom Bcn, compagina su actual trabajo con la escritura.

Actualmente tiene 6 novelas publicadas siendo la primera (“Quiero que conozcas a alguien”, Abril 2014) la que más éxitos ha cosechado. Número 1 en ventas durante 3 meses consecutivos en 2014, superó al poco tiempo los 10.000 ejemplares vendidos y resultó escogida por la red como ganadora del premio Chick-lit a la mejor novela ebook 2014 y el Premio púrpura a mejor autora revelación en romántica adulta 2014.

*A Guillermo, por supuesto.
Por demostrarme que la vida es juego...
y querer jugarla conmigo.*

ÍNDICE

[PRÓLOGO.](#)

[CAPÍTULO 1.](#)

[CAPÍTULO 2.](#)

[CAPÍTULO 3.](#)

[CAPÍTULO 4.](#)

[CAPÍTULO 5.](#)

[CAPÍTULO 6.](#)

[CAPÍTULO 7.](#)

[CAPÍTULO 8.](#)

[CAPÍTULO 9.](#)

[CAPÍTULO 10.](#)

[CAPÍTULO 11.](#)

[CAPÍTULO 12.](#)

[CAPÍTULO 13.](#)

[CAPÍTULO 14.](#)

[CAPÍTULO 15.](#)

[CAPÍTULO 16.](#)

[CAPÍTULO 17.](#)

[CAPÍTULO 18.](#)

[CAPÍTULO 19.](#)

CAPÍTULO 20.

CAPÍTULO 21.

CHAPTER 75. ROUND 1

CAPÍTULO 22.

CHAPTER 75. ROUND 2.

CAPÍTULO 23.

CHAPTER 75. ROUND 3

CAPÍTULO 24.

CAPÍTULO 25.

CAPÍTULO 26.

CHAPTER 75.THE LAST ROUND

CAPÍTULO 27.

CAPÍTULO 28.

CAPÍTULO 29.

CAPÍTULO 30.

CAPÍTULO 31.

CAPÍTULO 32.

CAPÍTULO 33.

CAPÍTULO 34.

CAPÍTULO 35.

CAPÍTULO 36.

CAPÍTULO 37.

CAPÍTULO 38.

CAPÍTULO 39.

CAPÍTULO 40.

CAPÍTULO 41.

CAPÍTULO 42.

CAPÍTULO 43.

CAPÍTULO 44.

CAPÍTULO 45.

CAPÍTULO 46.

CAPÍTULO 47.

CAPÍTULO 48.

EPILOGO.

AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO.

El pulso le martilleaba en los oídos. Un férreo sabor se esparció por su boca, aunque parecía haberse adueñado de ella unas cuantas horas antes. Osciló la cabeza a un lado y sintió que crujían todas sus vértebras, lentamente, resquebrajándose, partiéndose y astillándose sin piedad.

Apeataba a humedad, a cerrado. Todavía no había abierto los ojos, pero desde algún recóndito lugar de la sala le llegaba el lejano eco vacío de un repique constante. Gotas caídas sobre una placa metálica, roída por el óxido y cubierta de un moho poco higiénico. Tragó y fue como si miles de agujas se clavaran en su garganta. Se sentía ligeramente mareado, por lo que concentró todas sus energías en la punta de los dedos y trató de moverlos sin demasiado éxito. Su cuerpo respondía con letargo a las peticiones de su cerebro, como si este perteneciera a dos entidades distintas. Una de ellas, tal vez la menos descabellada, le llevó a pensar que quizá le hubieran ahogado, eso explicaría el dolor que sentía y la dificultad que experimentaba en cada parte de su organismo para centrar la atención en algún punto del mismo.

Tensó el cuello hacia el otro lado y de nuevo, sintió aquel molesto crujido. Tenía que enterarse de dónde estaba y el incesante goteo tan solo conseguía ponerle más y más nervioso. Despegó los párpados con cierto aturdimiento, a pesar de la reticencia de estos para hacerlo. Le costó encuadrar la vista, mucho más de lo que podía llegar a costarle después de una noche de fiesta desenfrenada. Solo que no recordaba haber salido de fiesta, ni tampoco haber tomado una sola copa. De hecho, no recordaba nada más que el haberse adentrado de nuevo en aquella sala a la que no debería de haber regresado nunca. Sin embargo, como si alguien le hubiera estado esperando, la puerta se abrió y le cedió el paso. Sabían que acudiría, cuando ni siquiera él mismo tenía claro por qué lo había hecho.

Recordaba la oscuridad que se cernió sobre él en ese momento, en el que ya no quedaba ni rastro de la sala que había visto en una única ocasión. De repente, todo sucedió demasiado deprisa. Sintió la dureza de la madera, o

tal vez del hierro; no estaba seguro de ello. Fue un golpe seco, un impacto certero contra su cráneo. Ahora lo recordaba mejor. Llevó la mano hacia esa zona de la cabeza y por primera vez se dio cuenta de que estaba maniatado. Masculló apenas sin fuerza y zarandó el cuerpo sobre la silla en la que permanecía inmovilizado. No tenía escapatoria.

Con un mayor grado de percepción que antes, trató de fijarse en todo lo que había a su alrededor. Se había acostumbrado a la penumbra y ahora no le suponía tanto esfuerzo diferenciar los pocos objetos que podía haber ahí dentro. Apenas distinguió la silla que él ocupaba y poco más. Se trataba de una estancia rectangular. La parte en la que él estaba situado era la más oscura. Una penumbra sórdida y cavernosa. Las paredes, cubiertas por pequeñas baldosas que en algún momento de su existencia se intuyeron blancas, ahora conferían a la estrecha habitación un aspecto poco salubre. Había tuberías vistas, la mayoría de ellas con notorias fugas. El moho predominaba en las esquinas y cierto olor a orín le llegaba hasta las fosas nasales.

La única fuente de luz provenía del otro extremo de la sala, un parpadeante y mortecino fluorescente que todavía resultaba más tétrico si cabía. Bajo el mismo, una mesa metálica vacía reflejaba la poca luminosidad que provenía del techo. No había ninguna silla más. En la pared del fondo, no obstante, algo llamó su entera atención. Una gran pizarra, envejecida y seguramente robada, se presentaba ante él con muchas imágenes distintas que desde su posición no alcanzaba a vislumbrar con claridad. Era una de aquellas pizarras blancas en la que podía escribirse con rotuladores. En ella, algunas imágenes se sostenían con imanes y también había flechas y anotaciones en color rojo que iban de una a otra, creando un mapa imposible de acontecimientos y lugares que no reconocía, aunque intuía que tenían que ver con él mucho más de lo que en realidad le gustaría.

Zarandó con más brío los brazos con el afán de liberarse, lo que solo consiguió herir más la piel de sus muñecas, unidas con una brida, según el cortante dolor que estas le producían. De pronto, un ruido seco se escuchó desde un extremo de la habitación. Su respiración volvió a acelerarse y la sangre se heló en el interior de sus venas, dificultándole la circulación. Al fondo, junto a la pizarra, escuchó los pasos, ahora con mayor solidez. Quien

fuera que le hubiera llevado hasta allí regresaba de nuevo.

El pulso se le atoró en la garganta y una sensación de vacío se instaló en su estómago. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo pero sabía que las probabilidades de salir ileso escaseaban. Entonces, con la prisa de alguien que solo quiere recrearse en el sufrimiento ajeno, escuchó cómo introducían una llave en la cerradura con una parsimonia estremecedora. Aspiró con fuerza, la misma que emplean aquellos que temen que quizá sea la última vez. Todo el dolor de su cuerpo desapareció bajo la tensión de sus músculos, que aguardaban rígidos y expectantes. La luz del techo parpadeó con mayor intensidad mientras que una gota del sudor más frío que jamás hubiera experimentado descendió por su nuca y la sien. Observó a la perfección cómo la maneta de la puerta se movía con lentitud y esa fue la última vez que la llave subió y bajó sin hacer ruido alguno.

Las imágenes se sucedieron en su cabeza.

El juego, el miedo, la maldita cuenta atrás...

La puerta se abrió mientras tomaba consciencia de que por fin iba a descubrir quién se escondía detrás de todo lo sucedido. Por fin iba a saber quién le buscaba con tanto ahínco y tal vez, quizá podría llegar a descubrir el motivo por el que alguien quería castigarle con semejante alarde de crueldad. Lo primero que vio fue su brazo, mientras empujaba la puerta hacia el interior. A continuación fue un pie, seguido después del resto del cuerpo. Deslizó la vista de abajo arriba por la figura del recién llegado, como si todo transcurriera a cámara lenta.

No le hizo falta llegar a su rostro para descubrir de quién se trataba. Lo hizo mucho antes, mientras su estómago se revolvía confuso y convulso. No entendía nada. De todas las personas del mundo que podía haber llegado a esperar, sin duda, él no formaba parte de ninguna de las ecuaciones posibles.

Sintió una vez más el intenso mareo y el punzante dolor, donde le habían propinado el golpe, le recordó por qué estaba ahí. Tenía la boca seca y su mente no funcionaba al ritmo habitual. Después de todo, nada tenía sentido. Alzó la cabeza y se encontró de frente con unos ojos fríos e inexpresivos que le observaban desde una distancia prudencial. Su gesto escondía demasiados interrogantes para los que él necesitaba respuestas

inmediatas. Sin embargo, solo había una que realmente le comía por dentro y que ahora, era la única que necesitaba formular, antes de que perdiera el conocimiento de nuevo, pues estaba seguro de que así sería. Despegó los labios con evidentes dificultades y al final, su voz resonó con sequedad entre las cuatro paredes.

—¿Todo este tiempo... has sido tú?

CAPÍTULO 1.

Una semana antes.

—Salva, ¿dónde demonios te has metido? —preguntó Julio, de forma precipitada—. ¡Te necesitamos aquí de inmediato!

Al segundo apareció junto a ellos y como una silueta, emergió de la oscuridad. Al iluminarlo con la linterna, dejaron al descubierto a un chico con el semblante oscurecido y ambas manos a lado y lado de la cabeza, visiblemente alterado.

—¡Necesitamos salir de aquí cuanto antes! —exclamó dirigiéndose a la vez al resto de sus compañeros—. ¿Cómo es posible que no consigamos abrir la maldita puerta? ¡Tenemos un código!

Los cuatro se hallaban inclinados frente a esta, bajo un único haz de luz tenue, rojo e intermitente, una de aquellas luces de emergencias que podían encontrarse en cualquier cuartel de bomberos o policía. Una nebulosa masa incorpórea de humo les acariciaba los pies, tornándose cada vez más densa y dificultándoles la visión. Tan solo los pequeños destellos de dos linternas les aseguraban una clara visión de lo poco que podían reconocer frente a ellos.

—Amaya, enfoca aquí —rezongó Max señalando al suelo—. Y deja de moverte, me pones de los nervios.

—¿Acaso crees que yo no estoy nerviosa? Apenas nos quedan un par de minutos y toda la habitación se está llenando de humo...

—¡Deja de quejarte y pon de tu parte! —intervino Salva, mirando a los otros tres desde su posición, justo detrás de Julio—. Os juro que si no salimos de aquí ahora mismo, seré yo el que os mate personalmente.

Un crujido de la madera que había bajo sus pies, lisa y oscura, rompió el silencio e hizo que a la chica se le escapara la linterna de las manos. Lo hizo con tan mala suerte que al impactar contra el suelo, se desmontó y todas sus piezas se dispersaron por el mismo. Un segundo estallido, esta vez más

fuerte que el anterior, consiguió sobresaltar al grupo entero. Todo indicaba que las vigas de madera no aguantarían mucho más tiempo y su visión, menos todavía. La neblina era cada vez más densa y les dificultaba en gran medida la tarea. A pesar de ello, el cronómetro no se detenía, recordándoles que apenas les quedaban un par de minutos como mucho.

—¿Pero qué hacías con la linterna?! ¿Tan difícil es sujetarla? —El tono airado de Max resonó por la estrecha estancia—. Ahora solo nos queda una linterna, ¿en qué estabas pensando?

—¿Déjala tranquila, ¿vale?! Tú también te has asustado... Así que, ¡cállate! —se interpuso Julio en defensa de su hermana.

—El otro... —añadió condescendiente—. ¡Ya tardabas en decir algo!

—¡Dejad de pelearos y haced el favor de centraros en esto! —farfulló Salva al mismo tiempo que les asestaba un leve empujón a los dos antes de continuar—. Lo que tenemos que hacer ahora es salir de aquí antes de que no podamos ni respirar. Luego, si queréis mataros el uno al otro, adelante, pero a mí no me jodáis con vuestras chorradas.

—Lo siento —se disculpó Amaya—. De verdad que no era mi intención.

—No tienes que disculparte —musitó Max—, debemos concentrarnos. No nos queda tiempo y no tengo ni idea de cómo salir de aquí —añadió en un intento de apaciguar el ambiente.

—Esto no tiene sentido —cortó Julio. En un gesto instintivo, se pasó una de las mangas por la frente y secó con ella las pequeñas gotas de sudor que comenzaban a perlar su rostro, sin quitarle el ojo de encima a una foto en concreto.

—Eso es porque lo estás viendo al revés, inútil.

—Ahora no empecéis vosotros dos —intervino Amaya, tratando de ordenar las piezas que tenían colocadas en el suelo—. Se supone que esto debería de ir así pero, por más que lo miro...

Se detuvo y continuó jugando con las piezas manteniendo la cabeza

inclinada, como si mirándolo desde otra perspectiva creyera que podría encontrar la respuesta que tanto necesitaban.

—¿Seguro que esto es todo lo que había? —La pregunta de Max provocó un silencio incómodo. Lo dijo, además, con un brazo apoyado sobre la espalda de Julio, como si se dirigiera en concreto a él, lo cual, no le hizo ninguna gracia.

—¿Es una indirecta?

—Si no lo has entendido es porque quizás he sido demasiado sutil.

—Os lo digo en serio, parad los dos de una maldita vez —masculló Salva interponiéndose entre ellos.

No le hizo falta levantar la voz para que se detuvieran al instante. Su expresión intimidatoria resultó suficiente a modo de severa advertencia, mucho más eficaz incluso que sus propias palabras. Su rostro, ensombrecido por el humo, hacía que sus facciones destacaran gracias al reflejo intermitente de la luz de emergencia, otorgándole un aspecto casi demoníaco.

—Tío, a veces das mucho miedo —espetó Max.

—Mierda... —murmuró la chica apartándose del resto—. Parecemos idiotas... ¡Parecemos unos malditos idiotas! Julio, dame la linterna, ¡rápido!

No le dio tiempo de extender la mano que la joven ya se la había arrebatado de entre los dedos y sin explicación alguna, desapareció de la habitación, dejando tras de sí y casi a oscuras al resto. Ninguno de los tres supo qué decir, tan solo se miraban, a la espera de que alguno de ellos pudiera explicar lo que estaba sucediendo en ese instante. Al final, tras unos pocos segundos, escucharon una voz que provenía de la otra sala.

—¿Es que se os han dormido las piernas o qué pasa con vosotros? ¡Aquí todavía no hemos acabado!

Las palabras de Amaya actuaron como un detonador para sus compañeros, que corrieron hasta la habitación en la que ella se encontraba. Les quedaban cincuenta segundos. La descubrieron de rodillas, apoyada frente a una de las paredes con la linterna en la boca. Sin darles tiempo

siquiera a preguntar, se puso en pie de un salto y se dirigió hacia un mueble que había situado en el otro extremo de la estancia. Con destreza, lo manipuló durante unos segundos hasta lograr abrir el único candado que seguía bloqueado. Acto seguido, se volvió hacia ellos, sorteó sus cuerpos y regresó a toda prisa a la puerta frente a la que llevaban unos minutos encallados.

—Max tenía razón. —La escucharon murmurar cuando pasó por su lado—. ¡No lo teníamos todo!

Los cuatro se reunieron una vez más alrededor de la luz que producía la única linterna que les quedaba y observaron cómo la chica, arrodillada frente a la puerta, juntaba lo que había encontrado con lo que ya tenían antes.

—Sigo sin entenderlo —murmuró Julio haciéndose un hueco por delante de sus compañeros antes de señalar las piezas que Amaya manipulaba—. Eso tampoco tiene sentido.

—¿Qué significa? —señaló Salva en busca de respuestas.

—No lo sé. —Negó con la cabeza antes de recogerse un mechón de pelo que le cubría parte de la frente—. Maldita sea, ¡no nos queda tiempo! —afirmó poniéndose en pie. Cogió el cronómetro que colgaba de su cuello y echó un vistazo. Quince segundos. Su corazón bombeaba lozano y tenía el pulso acelerado por la presión.

—¡Lo tengo! —gritó Max, apartando a los otros de un manotazo.

Movió los labios sin emitir sonido alguno, clavó la vista en la puerta que tenía enfrente y extendió la mano derecha para acariciar los números que había en el pomo electrónico. Introdujo en él la secuencia que había obtenido, lo asió, lo giró hacia la izquierda y tiró hacia él tras escuchar el inconfundible pitido que marcaba el final.

Un intenso haz de luz les recibió, abriéndoles paso mientras la puerta se deslizaba silenciosa, a través de la cual salieron de forma atropellada.

Lo habían conseguido.

CAPÍTULO 2.

El contraste de luz resultaba cegador y tardaron en acostumbrarse a él una vez regresaron a la recepción. Esta no debía de contar más de siete u ocho metros cuadrados, un espacio ciertamente reducido, aunque más que suficiente. Las paredes formaban una combinación agradable y armoniosa. Algunas de ellas estaban revestidas con unos paneles de madera rojiza en un tono cerezo intenso y otras, forradas con un papel de vinilo texturizado, que simulaba a la perfección una construcción de obra de piedra natural. En uno de los extremos había un mostrador blanco, impecable, decorado únicamente con un logo impreso en el que se leía el nombre de la empresa: Scroom. Tras este aguardaba sonriente la máster del juego, una chica morena que debía rozar la treintena y cuya identidad continuaba siendo para ellos la de Charlie cero.

—Felicidades, chicos. ¡Menuda partida! ¡Todavía tengo el pulso acelerado! —les dijo nada más aparecer.

—¿Eres consciente de cuánto nos has hecho sufrir ahí dentro? —espetó el más rubio de todos, recuperando todavía el aliento.

—Relájate, ya está... ¡¡Reto superado!! —exclamó su melliza, zarandeándolo por los hombros. Era la única chica del grupo y parecía estar perfectamente integrada entre los demás.

Tras ella apareció Salva, con la frente perlada de sudor. Se agitaba la camisa en un gesto nervioso, todavía con los marcadores de adrenalina por las nubes.

—No quiero ni pensar qué hubiera sido de nosotros si nos hubiéramos quedado atrapados...

—Esto... —murmuró Max, ligeramente azorado—. Siento que hayas tenido que ser testigo de la peor versión de nosotros mismos... ¡No hemos parado de discutir en todo el rato!

—Eso forma parte del juego. De hecho, estoy seguro de que ha contemplado peores situaciones ahí dentro —se interpuso Salva con obviedad—. Esas cosas pasan... sobre todo cuando vas con gente tan torpe como tú y Julio.

—¿Y ahora por qué me metes en medio? —se defendió el tercero en discordia—. De no ser por mí, seguiríais encerrados lloriqueando.

—La verdad es que de no ser por ti... tal vez hubiéramos salido antes —dijo Amaya, dándole unos suaves toquitos con un dedo en la frente mientras le mostraba una mueca burlona—. Que parece que tengas el cerebro solo de decoración.

—Mi cerebro es la envidia de este grupo —añadió, cruzando los brazos en pose chulesca.

—Lo único envidiable es el hecho de que nunca te vayan a doler las cervicales por culpa de su peso.

Las bromas del grupo tranquilizaron a la máster y consiguieron robarle una pequeña carcajada al ver que, a pesar de haber mantenido algunas diferencias en el interior de la sala, entre ellos reinaba una sana y divertida competencia. Incluso, lograron que la preocupación de Max pasara al olvido y mostrara ahora una expresión más afable.

—Me alegra que os haya gustado, de verdad. Que disfrutéis de la experiencia es nuestro principal objetivo. Se nota que formáis un gran equipo.

—¡Gracias!

—Por cierto —prosiguió Amaya—, en cuanto tengamos listo el post de la partida de hoy te avisaremos, ¿te parece bien? Esta vez creo que le toca a Max, quizá tarda un poco... Calcula dos o tres años.

—No hables tan deprisa —se interpuso el aludido—. Que sepas que, si quisiera, podría tenerla lista para mañana por la mañana.

—Eso me gustaría verlo.

—¿Cuánto te apuestas? —amenazó, evidenciando la facilidad que poseía para enredarse en retos absurdos.

—Si no la tienes preparada para mañana por la mañana... harás todas las reseñas de los próximos dos meses; si la tienes, las haré yo. ¿Trato hecho?
—Extendió la mano para formalizar el pacto.

—¡Acepto! —gritó Salva, inmiscuyéndose en la conversación.

—¡Pero ¿qué dices?! La apuesta es entre ellos dos...

—¿No ves que si aceptan, nos libramos nosotros de escribirlas durante dos meses? —le aclaró en vista de que el otro no lograba entender el motivo de su repentino júbilo.

—¡Hecho! —sentenció Max al final.

Abandonaron el establecimiento tras despedirse de su propietaria, dejando tras ellos la blanca y minimalista puerta del local. Apenas circulaba gente por la calle y el ambiente a esas horas parecía tranquilo y poco bullicioso, lo cual, les fue bien para rebajar la tensión. Se encaminaron hacia las dos motos que habían aparcado justo enfrente, donde se detuvieron antes de prepararse para partir. Max llevaría a Salva y Amaya regresaría con su hermano.

—¿Cómo lo hacemos para salir de aquí? —preguntó Julio mientras se aseguraba de que el casco le quedaba bien sujeto.

—Si regresamos a la calle por la que hemos bajado, llegaremos a la avenida principal, y de ahí a la entrada de la Ronda de Dalt hay apenas unos segundos —respondió Max, sentado sobre el vehículo y a punto de encender el motor—. Una vez ahí ya sabes cómo llegar a casa, ¿verdad?

—No tiene pérdida. Dejo a Amaya en casa de mis padres y nos vemos en una hora. ¿Os parece?

—Por cierto... —le dijo Max a Amaya, justo antes de bajarle de un golpe la visera del casco—. Una lástima que no puedas venir a casa; así podrías ver cómo gano la apuesta hoy mismo.

—¡La madre que te...! —exclamó, agitando la cabeza sorprendida por el golpe.

—¡Nos vemos!

Le guiñó un ojo socarrón por última vez y tras despedirse de Julio con un gesto de la mano, giró la muñeca, arrancó el vehículo y desapareció en apenas unos segundos con Salva a sus espaldas.

Circuló durante un par de calles y cuando trató de regresar a la principal, se equivocó y se pasó de largo el cruce por el que debería de haber girado, por lo que tuvo que continuar circulando hasta la siguiente intersección que le permitiera incorporarse de nuevo. Se maldijo mentalmente pero continuó el camino, pues tampoco les iba a suponer una gran pérdida de tiempo. Giró en el siguiente cruce y sacó una mano del manillar para subirse la visera. Hacía un calor exuberante. De pronto, sin haber podido esperar algo parecido, un coche asomó por el mismo cruce pero en dirección contraria, directo hacia ellos. La calzada era realmente estrecha y Max no tuvo margen para maniobrar y reconducir la moto. Apretó las dos palancas metálicas del manillar y se detuvo en seco, tan fuerte como los frenos le permitieron. Sintió las manos de Salva aferrándose a su cintura, donde todos sus dedos se clavaron, hundiéndose en la piel. El chirrido de los neumáticos fue demoledor. El coche estaba demasiado cerca y no les iba a dar tiempo a salvar el impacto. Sentía que ambos frenaban, pero eso no era suficiente.

Todo sucedió demasiado deprisa. La respiración se le cortó y su cuerpo se paralizó, justo cuando ambos vehículos iban a colisionar de forma inmediata. Sintió que Salva se tiraba de la moto hacia el lateral, justo cuando se maldijo por no haber pensado él en hacer lo mismo. Pero ya no había tiempo. Era cuestión de décimas de segundo que todo ocurriera.

Se quedó en blanco. No vio su vida pasar por delante de sus ojos, ni tampoco las imágenes más bonitas que configuraban parte de sus recuerdos. Tan solo se quedó ciego. Ciego, mudo, sordo y falto de cualquier otro sentido que le permitiera saber que continuaba vivo. En ese momento solo acudió a su mente un único detalle. Miles de luces, amarillas, rojas y azules. Gritos. Llantos. Temor, espanto y, a lo lejos, un cuerpo tendido inerte en el suelo. Le dio tiempo a sentir el miedo apoderándose de todas sus extremidades, poseyendo sus entrañas y adueñándose de todo. Solo unos segundos y... todo había terminado.

CAPÍTULO 3.

El silencio que le envolvió resultó casi más estremecedor que cualquier otro ruido que pudiera llegar a sus oídos. En unos segundos todo desapareció. Sentía la respiración agitada y el pulso disparado en su garganta, en el pecho y también en el temblor de sus manos. No se atrevía a abrir los ojos. No mientras no pudiera estar seguro de que continuaba vivo.

—¡Max!!

Escuchó el grito a cierta distancia, pero creyó reconocer la voz de Salva. Si le estaba escuchando, quizá nada grave hubiera pasado.

Tragó con ciertas dificultades y al fin, tras aspirar una lenta bocanada de aire, se atrevió a despegar los párpados. La moto había patinado hasta quedar parcialmente bajo el vehículo, ahora inmóvil, apenas a unos centímetros de distancia de su cuerpo. Ni siquiera fue consciente de haberse deslizado él también por el suelo. Miró hacia todos lados y comprobó que no se había roto nada y que tan solo tenía algunos rasguños en los brazos. Fue entonces cuando escuchó los pasos acelerados de su amigo.

—¡Max! —gritó Salva en un murmullo ahogado—. ¿Estás bien?!

Se agachó a su lado y buscó sus pupilas para comprobar que estuviera consciente.

—Sí... —jadeó, todavía conmocionado—. Sí. Tranqui, tío. —Le temblaban las manos y le costaba articular las palabras—. ¿Y tú? ¿Te has hecho daño?

—No... Me he tirado antes de que la moto resbalara. Te grité para que saltaras también, pero no me escuchaste.

—Ah... No... No pasa nada.

—¿Estás bien? ¿Seguro? —repitió con las manos sobre los hombros del otro.

—Sí... Sí.

Se palpó el cuerpo en busca de todas las partes del mismo y así, cerciorarse de que nada grave le había ocurrido. Su mente era un atolladero de ideas y ya no podía diferenciar cuáles correspondían al presente y cuáles al pasado. Su estómago se contrajo y un ácido sabor ascendió por su faringe, materializándose en una arcada que logró contener antes de expulsar lo poco que debía de quedar en su interior.

Reparó en la cantidad de vecinos que se habían agolpado a su alrededor. Algunos de ellos se ocuparon de la moto, que ahora volvía a estar en pie a un lado y aguardaba cerca de donde ellos continuaban en una actitud prudente, a la espera de llamar a una ambulancia en caso de resultar necesario. Comenzó a recuperarse y por primera vez miró al frente, hasta que dio con el rostro de aquel que había puesto en peligro sus vidas. Para su sorpresa, no era un chico joven el que aguardaba junto a la puerta del vehículo sino un hombre de mediana edad, cuyo semblante le pareció indescifrable. Por un lado, creyó distinguir en él un atisbo de preocupación. Sin embargo, parecía que una parte de él no temiera por lo que había estado a punto de suceder.

—¡¡Serás imbécil!! —arremetió con violencia—. ¡¿Es que acaso no te enseñaron el significado de las señales de tráfico?! ¡¡Podrías habernos matado!!

El hombre recibió los insultos sin defenderse, sin responder a su abierta y legítima provocación.

—¡¿Qué coño hacías metiéndote en dirección contraria?!!

Max se encaró a él. Se encontraban a un metro escaso de distancia. El pecho del chico subía y bajaba con ímpetu, incapaz de mantener la calma mientras cientos de imágenes todavía le atormentaban. Se sacó el casco para verle mejor y un sudor frío le tiñó la sien. Volvió a mirarle a la cara, desafiante, a la espera de una respuesta por su parte.

—¡Maldito gilipollas! —masculló de nuevo, totalmente fuera de sí—. Por culpa de gente como tú los motoristas tememos por nuestra vida. Cretino de mierda —continuó escupiendo sin poder detenerse—. ¡¡Deberías ser tú el

que hubiera acabado bajo el coche!!

Sus ojos, inyectados en sangre, le conferían un aspecto infernal. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no lograba hacer desaparecer las luces y destellos que solo ocurrían en su cabeza. Se llevó la mano hacia el puente de la nariz y lo apretó con los dedos. Después, la subió hasta la frente, arrastrando con ella sudor hacia el pelo, donde continuó deslizándola sin poder acabar de creerse lo que acababa de suceder.

—Max... —Sintió la mano de su amigo sobre su hombro, en un vano intento de tranquilizarle—. Max, déjalo. Ya está. Por suerte, no ha sucedido nada grave.

—¿Nada grave?! —inquirió sin dar crédito—. Joder, ¡casi nos mata!

—Eh, escúchame —insistió de nuevo, ahora con las manos sobre ambos hombros, obligándole a girarse y mantener la mirada fija en él—. Ya está, ¿vale? Debes tranquilizarte.

Su respiración continuaba fuera de control. Ninguno de los ahí presentes tenía la menor idea de lo que su mente le estaba obligando a ver. Aquel hombre no merecía salirse con la suya, no después de haberles arrollado de aquel modo. Le miró por última vez y sintió que el corazón iba a estallarle contra el esternón.

—Hijo de puta...

—¡Max!! —El grito de su amigo lo pilló desprevenido. Volvió a girar la cabeza, ahora con el semblante oscurecido—. Déjalo, ¿vale? ¡¡Ya está!! Y tú —prosiguió en dirección al hombre, en un tono que no daba lugar a réplicas—, ya puedes comenzar a rellenar un parte de accidente. Vas a pagar hasta el último desperfecto que tenga la moto, ¿me oyes?

Max volvió a dirigir la vista hacia el hombre y se la sostuvo durante unos intensos segundos. Había algo en él que le abrumaba, algo en su mirada. Tal vez fueran sus dilatadas pupilas o la rigidez de su rictus, pero algo desentonaba y le obligaba a mantenerse en alerta. Entonces, el hombre hizo un gesto afirmativo con la cabeza, se metió en el vehículo, abrió la guantera y sacó del interior una pequeña carpeta de la que extrajo un papel que comenzó a rellenar sin demora.

Salva le acompañó hacia el bordillo y le ayudó a sentarse junto a la moto, a la que echó un vistazo por encima. No parecía haberse estropeado, tan solo tenía la chapa rallada por el lateral izquierdo, el mismo que se había deslizado por el duro y áspero asfalto.

—Tienes que calmarte, Max. ¿Estás seguro de que estás bien?

Hizo un leve gesto afirmativo y giró el rostro, evitando el contacto visual. No quería que viera lo que en realidad sentía, el miedo que se había aferrado a su cuerpo, el temor que recorría sus venas. Cerró los ojos y los apretó con fuerza, impidiendo que su amigo pudiera intuir la presencia de unas lágrimas incipientes que le opacaron la mirada. Pero cerrarlos fue todavía peor. Las luces, las sirenas y el terror de lo incierto le nublaban, adueñándose de la poca diligencia y cordura que pudiera quedarle.

No supo cuánto tiempo había pasado. Salva fue el que se encargó de todo, confirmando que los datos del conductor fueran ciertos tras verificarlos con una llamada a la compañía aseguradora. Se acercó de nuevo pasados unos minutos, tal vez media hora, y se agachó hasta quedar frente a Max, que permanecía inmóvil en la misma posición.

—He hablado con Julio para ponerle al corriente de lo sucedido. ¿Estás mejor? —dijo, ahora en un tono de voz más pausado.

—Sí... Solo quiero ir a casa.

En realidad, lo que necesitaba era olvidar todo lo acontecido. Salva tenía razón, no les había pasado nada grave y a pesar de ello, su cuerpo le impedía dejar de temblar y mucho menos todavía, recuperar el control sobre sí mismo.

—Dame las llaves, conduciré yo.

—Ni se te...

—Max, no es una pregunta. No estás en condiciones de conducir y no voy a dejar que lo hagas. Dame las llaves y volvamos a casa. Pediremos unas pizzas.

Le dedicó una última mirada taimada y se topó con unos ojos en los

que reconoció el cariño de un amigo, o tal vez de un hermano. No iba a discutir con él, no después de que casi hubiera perdido la vida por su culpa. Porque, aunque quizás él no lo supiera, lo podría haber evitado. Tal vez si hubiera ido más despacio, o si no hubiera sacado la mano del manillar para levantarse la visera...

—Max... No ha pasado nada, deja de martirizarte, ¿me oyes? —le dijo, como si pudiera leerle la mente—. Estamos bien. No le des más vueltas.

Le mostró su conformidad antes de girar el rostro y dirigir la vista hacia el coche, que ya había comenzado a dar marcha atrás y se alejaba en la distancia. Se cruzó una última vez con la expresión de aquel tipo que le había revuelto las entrañas, antes de que por fin se perdiera al final del cruce y desapareciera, esta vez en la dirección indicada.

—Vámonos.

Salva subió a la moto e hizo girar las llaves en el contacto tras colocar los retrovisores a su medida. Tenía el carné desde hacía años y estaba más que acostumbrado a circular por la ciudad, por lo que no tuvo ningún problema en hacerlo en esa ocasión. No quiso confesarlo ante su amigo pero él también estaba asustado, de hecho, estaba acojonado. Pero se dio cuenta de que Max era el que más ayuda necesitaba en ese momento. Había algo en él, algo distinto que no había visto antes. Tal vez su mirada, o quizá la forma en la que después de casi una hora, su cuerpo todavía temblaba conmocionado. Así pues, se vio obligado a asumir las riendas de la situación seguro de que, de no hacerlo, hubieran terminado a puñetazos con el conductor del coche. Su amigo estaba totalmente fuera de sí y arremetería con todo aunque al mismo tiempo, no pudiera mantenerse en pie. Se había desbordado y él, lo único que podía hacer era echarle una mano, como lo haría un verdadero amigo.

CAPÍTULO 4.

No tardaron en llegar a casa. Los tres compartían piso desde hacía algunos años. El inmueble pertenecía a los padres de Salva y gracias a ello, pagaban muy poco de renta. El apartamento era realmente amplio para los tres chicos e incluso, les sobraba un dormitorio; aunque por ahora no tenían intención alguna de alquilarlo. Cada uno disponía de su propio espacio y habían habilitado aquella habitación a modo de trastero, en el que guardaban todas esas cosas que no usaban habitualmente.

De los tres, Max era el único que formalmente no trabajaba pero, a pesar de ello, era el que de más ingresos disponía. Pasaba gran parte de las noches jugando al póker online y a veces, llegaba a ganar lo suficiente como para cubrir los gastos, comprarse sus pequeños caprichos e incluso, ahorrar una parte. En el grupo, todos compartían la opinión de que si se lo tomara más en serio, podría dedicarse profesionalmente al mundo del juego y ganar con ello verdaderas fortunas. Pero Max nunca había sido ambicioso y cuando conseguía los ingresos que él estimaba suficientes, se tomaba unos días de descanso.

Salva, por otro lado, comenzó a trabajar un tiempo atrás como monitor de *fitness* en un gimnasio cercano al edificio. A diferencia del primero, él sí poseía ciertas aspiraciones. Deseaba crear su propia empresa de entrenamiento personal y por ello, tras terminar el Grado en ciencias de la Actividad Física y el Deporte, inició la carrera de Administración y Dirección de Empresas que actualmente, estaba cursando.

Por último, Julio trabajaba en la empresa de sus padres: una agencia inmobiliaria en la que se vendían, alquilaban y administraban viviendas y fincas situadas en la zona más alta de la ciudad. Estaba cursando las últimas asignaturas para graduarse en empresariales y su máxima en la vida consistía en heredar el negocio familiar y hacerlo prosperar.

Tal y como cerraron la puerta tras ellos, Max se encerró en su dormitorio, dispuesto a finalizar cuanto antes el resumen de la partida de la tarde y así, ganar la apuesta. Salva, sorprendido por el curioso e inesperado comportamiento de su amigo, fue directo hacia la nevera, cogió una cerveza y se sentó en el sofá desde donde encendió el televisor a la espera de encontrarse con Julio.

—¿Estáis bien? —dijo el rubio nada más cruzar el umbral de la puerta—. ¿Os habéis hecho daño?

—No... No ha sido nada. Un tío se metió en dirección contraria y la moto ha patinado por el frenazo. Nada grave en realidad... Pero me preocupa Max. —Lanzó una ojeada temerosa hacia el fondo del pasillo—. Estaba totalmente... ido. Nunca le había visto así, pero me da la sensación de que no quiere hablar del tema... No le fuerces, ¿vale?

—De acuerdo —masculló, desconcertado.

—¿Todavía no has pedido las pizzas? ¡Pero si siempre pedimos las mismas! Podrías haber llamado, seguramente ya estarían en la puerta —cortó Max en ese preciso instante, pasando entre ellos.

Los otros dos se dedicaron una mueca cómplice. Le conocían y sabían que Max no era de los que hablaba de sus sentimientos hasta que verdaderamente necesitara hacerlo.

—¡No soy vuestra niñera! —rebatía Julio, dispuesto a seguirle la corriente hasta donde él quisiera llegar.

—Ya llamo yo, tú descansa, no vaya a ser que te hernies por moverte un poco.

—Esa es la actitud —replicó sarcástico, antes de recostarse en el otro sofá y apoyar los pies en el borde de la mesilla que había en el centro—. Oye, si vas a pedir alitas, pide también de las picantes.

—Por cierto —añadió Max desde el pasillo—, ¿a que no adivináis quién acaba de librarse de actualizar el blog durante los próximos dos meses?

—Julio y yo, pero eso ya lo sabíamos —contestó Salva, lacónico.

—Lo que digáis, pero ya tengo la reseña escrita y lista para ser publicada.

Salva aprovechó que el otro desapareció de su vista para observar de reojo a Julio, que parecía igual de confuso que él. Max actuaba como si nada hubiera sucedido apenas un par de horas atrás. Al fin y al cabo, quizá sentarse y escribir esa reseña le hubiera ayudado a tranquilizarse. De todos modos, fuera cual fuese el motivo, los chicos se alegraron de tenerle de vuelta.

—Tío, ¿la has subido ya? —inquirió Julio atónito, sin despegar la vista de la pantalla de su teléfono.

—Tal vez no me haya expresado bien antes... pero eso son detalles menores —aclaró sarcástico—. No te preocupes, está todo controlado.

—¿Te has vuelto loco?! ¿Y tú de qué te ríes? —atacó al otro, que comenzó a reír a carcajadas—. ¡También es tu blog!

—¿Y qué pretendes que haga? El daño ya está hecho.

—Voy a leer qué sandeces has puesto esta vez... —añadió resignado, antes de recorrer a toda prisa las líneas que configuraban el post que había publicado su compañero—. Mira, por esta vez te vas a librar pero, para la próxima, espero que lo pienses mejor antes de colgarlo. El blog es de los cuatro.

—Si esa es tu forma de disculparte, añádele una cerveza y te perdono.

Aquella fue la única respuesta de Max. Julio, en cambio, se puso en pie y se dirigió a la cocina dispuesto a no dar su brazo a torcer. Abrió la nevera, sacó un par de cervezas y echó un último vistazo al salón para confirmar que nadie reparaba en lo que hacía. Agitó una de las dos latas y se encaminó de nuevo hacia el pasillo, desde donde la lanzó a su amigo. Al abrirla, el gas hizo que todo el contenido estallara, salpicando de ese modo la camiseta y gran parte de los pantalones de Max.

—Mi venganza será terrible.

Su amenaza, mientras cogía un par de servilletas que había sobre la

mesa para limpiarse el rostro, acabó de disipar el ambiente hasta que el sonido del timbre les sobresaltó. Esta vez fue Julio el que se encargó de abrir al repartidor.

—Haced hueco en la mesa y tened cuidado con mi portátil, voy a por las pizzas.

—Sí, el mismo que has tenido tú con mi cerveza...

Apartaron todo lo que había esparcido sobre esta para poder dejar en ella las cajas con las tres pizzas que habían pedido. Max fue quien se encargó del portátil de su amigo para dejarlo a un lado. No obstante, al moverlo, la pantalla se desbloqueó y algo en ella llamó toda su atención, hasta incluso hacerle enmudecer. Tal fue su repentino silencio que logró captar también la atención de sus dos compañeros, que ahora le observaban atentos a cada una de sus reacciones.

—¿Pero, qué cojones...?!

CAPÍTULO 5.

—¿Qué ocurre? —inquirió Salva, confuso.

—Mirad —les apremió. Dio la vuelta al ordenador para que este quedara frente a ellos y pudieran ver a qué se refería.

Se acercaron y distinguieron el título del artículo que hacía referencia a la sala de escape que habían visitado hacía tan solo unas horas. Bajo el mismo había un único comentario, tan desconcertante como de mal gusto.

¿De veras os creéis especialistas en esto que llamáis juegos de escape? Engañáis a la gente con pueriles experiencias. Si esto es todo lo que sabéis hacer... Significa que no sois más que unos míseros aficionados.

—¿Pero este tío de qué va? —concluyó Julio tras una lectura acelerada.

—No podemos permitir esta clase de comentarios en el blog. ¿Qué creéis que pensarán los demás cuando lo lean?

—Esto no tiene por qué afectarnos. —Salva fue el primero en tratar de apaciguar los ánimos—. Llevamos meses con la página y es la única crítica negativa que hemos recibido hasta la fecha. Es más, ni siquiera critica nuestras valoraciones y tampoco insinúa que nos vendamos a las salas de escapes, como les ha pasado a otros. Nos ataca directamente a nosotros.

—¿Y eso qué más da? —interrumpió esta vez Max—. Sabes que muchos de los que nos siguen no distinguen cuándo un comentario es objetivo y cuándo no lo es. Si este tío se mete con nosotros empezarán a dudar, y eso sí que nos afectará. Se va a enterar —sentenció antes de voltear el portátil hacia él—. ¿Quién se cree que es?

—¡Ni se te ocurra! —Esta vez fue Salva el que le detuvo—. ¿Acaso

vas a entrar en su juego? Lo único que pretende es provocarnos y que nos enzarcemos públicamente en una absurda discusión tan solo para hacernos quedar mal. No le des esa satisfacción.

—¡Pues con más razón todavía! —replicó, irritado.

—Calmaos los dos —intervino el tercero, con un ademán conciliador—. Ambos tenéis parte de razón. Creo que sí que deberíamos contestarle, pero no debemos caer en su juego. Pensémoslo bien antes de publicar cualquier cosa y tú, Max, no eres precisamente el más indicado en ese caso.

Se sumieron en un incómodo silencio tras sus palabras. Sin embargo, a pesar de que Julio y Salva lo dejaron pasar y decidieron concentrarse en la cena, Max no podía desviar la vista de la pantalla ni por un segundo. Leyó una y otra vez el comentario. Sus manos reposaban sobre el teclado, preparadas para iniciar una réplica, con la misma tensión con la que aguardaba un atleta en la línea de salida.

—¿Te has quedado sordo? —Se hizo un breve silencio hasta que Max reaccionó—. Te he llamado cuatro veces. Pensaremos mejor con el estómago lleno; deja el portátil de una maldita vez.

—No.

En un movimiento ágil y rápido, Max comenzó a pulsar una tecla tras otra bajo la atenta observación de sus dos compañeros, que aquel día no se atrevían a exigirle demasiado y que, de hallarse en otras circunstancias, no hubieran sido tan indulgentes con él.

De parte del equipo que conformamos SKapers, queremos aclarar que lamentamos cualquier tipo de malentendido. Evidentemente, todas las salas de escape que visitamos no dejan de ser juegos y lo que escribimos en nuestro blog después no es más que una valoración subjetiva y personal de las mismas, siempre desde el respeto. No pretendemos engañar a nadie y mucho menos, reírnos de nuestros seguidores. Si lo desea, puede ponerse en contacto con cualquiera de nosotros directamente en nuestro correo: info@skapers.com. Reciba un cordial saludo. Lamentamos la confusión.

—Ya está; sin insultos ni provocaciones.

Dejó el portátil a un lado y se lanzó a por una de las porciones de pizza.

—Tal vez lo mejor hubiera sido dejarlo pasar...

—Eso no es una crítica, ¡nos estaba insultando! —La rabia de Max iba en aumento.

—Cálmate, tío... Seguro que nos deja tranquilos al ver que no hemos reaccionado como quizás esperaba.

Max apretó la mandíbula y apartó la mirada para fijarla en cualquier otra parte de la estancia en la que nadie se la devolviera con inquina. El salón resultaba acogedor. La luz tenue y cálida provenía de una lámpara que había en una de las esquinas. Las paredes, todas ellas decoradas con reconocidos pósteres y banderas que nada tenían que ver con la geografía mundial, se convirtieron en una especie de expositor de cada una de sus visitas al salón del Manga, del Cómic y de cualquier otro evento de semejante índole, en el que se pudiera adquirir objetos de coleccionista de todas sus series y videojuegos favoritos. Bajo el televisor aguardaban tres tipos de videoconsolas distintas, cada una de una marca. Al lado, unos estantes en un tono verde turquesa, que combinaban a la perfección con el resto de elementos de la estancia, acogían toda la colección de videojuegos que entre los tres atesoraban desde hacía años. Era su pequeño refugio, un lugar en el que, miraran donde mirasen, se sentían identificados.

Pasados unos instantes, Max volvió a desviar la vista hacia la pantalla sin poder evitarlo y una nueva ventana emergió, notificándoles la entrada de un nuevo comentario. No pudo contenerse. Se incorporó una vez más, acercó el rostro hacia el ordenador y leyó de forma ininterrumpida.

Esperaba un poco más de vosotros... Pero esto no hace más que darme la razón. Menuda pérdida de tiempo para todos los que os siguen. Por fin sabrán que detrás de estas infantiles reseñas, solo hay cuatro farsantes que

desconocen por completo en qué consiste un verdadero reto.

Lo releyó cuatro veces más antes de ponerse en pie y comenzar a deambular de una punta a otra del salón. Tenía los puños apretados por la rabia y mascullaba maldiciones hasta que ya no pudo soportarlo más.

—Contestadle vosotros porque si lo hago yo, nos cierran el blog esta misma noche —añadió en tono cortante y autoritario.

—¿Ha respondido?

Julio fue el primero en aproximarse.

—No, es tu hermana, dice que te has dejado el cerebro en casa de tus padres —contestó lacónico, ganándose una mueca de desprecio del aludido—. ¡¡Pues claro que ha contestado!!

Incapaz de contener la rabia que corría por sus venas, Max prefirió desaparecer del salón antes de arremeter sin derecho contra ellos. Se dirigió hacia la cocina, sacó otra cerveza del frigorífico y se la bebió de un solo trago. Al otro lado de la pared, Salva y Julio discutían sobre el modo más correcto de abordar la situación.

—Deberíamos eliminar el comentario y denunciar al usuario —sugirió Julio.

—No podemos hacer eso, la gente vería que nos deshacemos de las críticas y eso podría incluso llegar a perjudicarnos. Debemos mantenernos firmes, sin entrar en su provocación y sobre todo, debemos tratar de acabar con esto cuanto antes —prosiguió Salva, el más diplomático de todos—. Intentemos llevar esta discusión al correo, a ver si de ese modo evitamos que continúe manchando la imagen del blog. Una vez ahí, que diga todo lo que quiera.

—¿Y cómo lo hacemos? —intervino Max—. No podemos mandarle ningún correo, no tenemos su dirección. Él es el único que puede hacerlo y no parece que tenga demasiadas intenciones. ¿Por qué no miráis en su perfil y buscáis algún tipo de información que nos pueda servir?

Julio siguió sus indicaciones sin éxito. El perfil aparecía vacío, desprovisto de cualquier tipo de información que les pudiese servir de ayuda. No obstante, en él descubrieron una lista de páginas a las que este seguía lo cual, también les llamó la atención. No era una lista común de seguimiento, lo que les llevó a pensar que ese perfil parecía haber sido creado solo para seguir a esos blogs en concreto y nada más. Entraron en cada una de las páginas y se sorprendieron al descubrir que en todas ellas, el mensaje se repetía, sin cambiar una sola coma. Por lo visto, no eran los únicos a los que habían increpado públicamente.

—Qué original —murmuró Julio, ahora más tranquilo.

—No me lo puedo creer... —rezongó Max al enterarse—. Menudo gilipollas.

Los otros dos se rindieron. Max parecía descontrolado. Se lanzó como un loco a por el ordenador, se apoyó en el respaldo del sofá y sin moverse un solo centímetro, desapareció virtualmente del salón.

Julio, que lo que menos deseaba era iniciar una nueva disputa, abandonó el salón, dejándolo acompañado únicamente de sus ansias de contienda, justo después de que Salva hiciera lo mismo.

No era consciente de la velocidad a la que las manecillas del reloj le habían robado unas horas de vida pero ahora, de madrugada, un inquietante silencio reinaba en el apartamento. Tenía los ojos enrojecidos y el cuello entumecido. Llevaba demasiado tiempo en la misma posición. Cerró las pestañas de las páginas en las que había estado jugando al póker y tan solo con la intención de comprobar que nada nuevo hubiera sucedido, actualizó por última vez el blog para observar, con cierta decepción, que no había entrado ninguna respuesta nueva.

Una parte de él deseó que esta existiera, tal vez de ese modo hubiera encontrado alguna razón justificada para poder sacar todo lo que le escocía por dentro. Resopló contrariado y cerró la pantalla del portátil antes de ponerse en pie y dirigirse cabizbajo hacia su dormitorio. Odiaba haber ganado la batalla gracias a un triste abandono de su contrincante.

CAPÍTULO 6.

Dos días después, el primero en levantarse fue Salva, como siempre, el más madrugador. Julio no tardó mucho más en hacer lo propio. Para Max, no obstante, aquello formaba parte de otro mundo. Los horarios no convivían con él, al contrario, solía despertar antes o después, según la hora a la que se hubiera acostado. Si se acordaba, preparaba la bolsa de deporte y bajaba al gimnasio en el que trabajaba Salva, donde solía pasar el resto de tiempo que le hubiera quedado hasta la hora de comer. Los sábados, sin embargo, eran totalmente distintos. Ese día no había prisas, despertadores, ni mucho menos cola para prepararse un café.

Fue el último en entrar a la cocina. Ni siquiera saludó a sus compañeros. Se dirigió al último cajón, lo abrió todavía con los párpados entrecerrados y el pelo revuelto y cogió una caja de ibuprofeno. Salva le observaba en silencio con un vaso de zumo en la mano que su amigo le arrebató sin contemplaciones para engullir la pastilla cuanto antes. Cada vez les costaba más recuperarse tras una noche de fiesta más larga de la cuenta.

Se dejaron caer sobre el sofá, incapaces de mantener el propio peso de sus cuerpos, todavía aletargados por culpa de la horrible resaca que arrastraban.

—Menuda noche... No sé de quién fue la idea de marcharnos tan pronto pero, gracias.

Max hablaba desde la distancia, con la cabeza encajada y hundida entre dos cojines.

—La próxima vez no bebas tanto, ya sabes que luego no hay quién te aguante —cargó Salva, con las gafas de sol puestas a pesar de que ni siquiera habían levantado las persianas.

—Míralo —rió Julio. Con un dedo y en pose juguetona, fue dándole golpecitos en la espalda al otro, que yacía casi inerte a su lado, comprobando de aquel modo que siguiera consciente, por lo menos en parte.

—¿Es que ya no respetáis el descanso ajeno? Dejad de molestar y haced algo de provecho.

Rieron sin poder evitarlo, ahora que las posibilidades de defensa de su amigo eran prácticamente inexistentes. La noche anterior dejaron que Max bebiera tanto como quiso. Intentaron frenarle en distintas ocasiones y, sin embargo, no hubo modo humano de pararle los pies. Daba la sensación de que el chico deseara perderse a sí mismo, desaparecer de la tierra y huir a otra dimensión. Ni siquiera la presencia de Andrea logró amilanarle. Así pues, rendidos ante la evidencia, le dejaron hacer y se mantuvieron pendientes de él durante el resto de la noche. Seguían recelosos de las reacciones que había mostrado su amigo durante las últimas veinticuatro horas. No le reconocían y aquello, en parte les asustaba. Max, a pesar de su apuesta y despreocupada fachada, era una persona humilde, honesta y muy entregada a los suyos.

—Por cierto —comentó Julio, tras engullir la última galleta del paquete que habían llevado con ellos al salón—, ayer se me olvidó mencionarlo. Hemos recibido una invitación para una nueva sala de escape que acaba de abrir. ¿Os apetece el plan?

—Acabamos de levantarnos... —rezongó Max, todavía con la cabeza hundida entre dos de los mullidos cojines con un logotipo de *Marvel*—. Si alguien cree que es muy pronto para hablar de estas cosas que levante la mano. —Alzó el brazo con ciertas dificultades—. Se aprueba la moción; cambio de tema.

—Ni siquiera sabes de qué escape estamos hablando. Además, eres el único que ha levantado la mano. ¿Qué sala es, Julio?

—Ahora no recuerdo el nombre, pero sé que estaba cerca.

—¿Y si lo dejamos para mañana?

—Estoy con Max.

—Se aprueba la moción.

El resto del día pasó sin que apenas se levantaran del sofá más que para ir al

baño y a la vuelta, traer cualquier cosa que hubieran encontrado en el frigorífico. Perdieron una a una todas las horas de su tiempo libre viendo una película tras otra, sin comer nada más que cualquier cosa que pudiera sacarse de una bolsa precintada y que fuera susceptible de ser acompañada de un refresco de cola.

Esa misma noche todos se reunieron en casa, incluso Amaya y Lucas pasaron después de cenar. Se hallaban en el salón, concentrados en una partida de *Colonos de Catán* cuando el teléfono de Max comenzó a vibrar de forma repetitiva. Al final, cansado de la insistencia, lo sacó del bolsillo y miró la pantalla, justo antes de quedarse petrificado.

—Es Andrea.

—¿Y qué tal si lo coges? —inquirió Salva.

—¿Y qué le digo?

—Ni que te hubieras quedado mudo —continuó Amaya con desesperación, sin apartar la vista del tablero—. Habla o tira los dados, necesito ladrillos para construir otro camino.

Descolgó y se llevó el móvil al oído, todavía sorprendido por el hecho de que aquello estuviera sucediendo de verdad.

—¿Max? —escuchó al otro lado de la línea.

—Sí... Hola, Andrea —saludó con timidez—. ¿Qué hay?

—Oye, siento llamar a estas horas, pero... ¿Habéis recibido un correo extraño?

Su forma de no andarse por las ramas, sin preámbulos de ningún tipo, le sorprendió.

—¿Qué clase de correo?

—Uno sin remitente... únicamente con un enlace.

—¿Y qué es lo que te ha llevado a pensar en nosotros? —preguntó de nuevo, dejando de lado los nervios que se habían apoderado de él en un principio.

—He pensado que tal vez tuviera algo que ver con los mensajes que nos dejaron en el blog...

No tuvo que darle demasiadas vueltas antes de darse cuenta de que lo que decía la chica en realidad, no era tan descabellado como tal vez hubiera creído de entrada.

—Déjame que lo compruebe y te digo algo, preguntaré a los demás también. ¿Lo habéis recibido todos los *Breakers*? —continuó, en alusión al nombre del equipo escapista del que ella formaba parte.

—Eso es lo más extraño... —prosiguió tras un breve lapso en el que permaneció en silencio—. Solo lo he recibido yo. En mi cuenta personal, no en la del blog.

—Qué raro... Bueno, tú no te preocupes, ahora miraré el correo y se lo diré también a ellos, tal vez averigüemos algo. Por si acaso, elimínalo o simplemente, no vuelvas a abrirlo.

—De acuerdo. Envíame un mensaje con lo que sea, ¿ok?

—Hecho.

Colgaron sin entretenerse más, como si todas las horas y risas que habían compartido la noche anterior no tuvieran cabida ahora. Fue en ese instante cuando Max se dio cuenta de que todos sus compañeros aguardaban en silencio, observándole con atención, a la espera de alguna respuesta que diera sentido a la pálida expresión de su rostro.

—¿Podéis mirar si habéis recibido un correo en vuestras cuentas?

Ninguno cuestionó su petición, al contrario. Dejaron las cartas boca abajo sobre la mesa y sacaron los teléfonos móviles de sus bolsillos.

—Yo no tengo nada —afirmó Amaya antes que nadie.

—Ni yo.

—Yo tampoco —terminó Salva—. Y en el correo del blog tampoco hay ninguna notificación.

—Vale, entonces no tenemos de qué preocuparnos... Será una

tontería de Andrea. Sigamos a lo nuestro.

Reanudaron la partida en el mismo punto en el que la habían dejado. Todos recuperaron sus cartas y se metieron de lleno en aquel intercambio de materias que les permitiría ganar el juego. La victoria estaba realmente cerca y se disputaba de forma muy reñida entre Salva y Amaya. Sin embargo, mientras todos ellos pugnaban por la posición en la que debían colocar ahora la figura del ladrón, Max sentía que algo no iba del todo bien pues no hallaba ningún motivo por el cual él fuera el único de los cuatro que hubiera recibido aquel dichoso mensaje en el que solo había un enlace.

Sin remitente, sin asunto.

Solo un maldito enlace.

CAPÍTULO 7.

La noche acabó alargándose mucho más de lo que le hubiera gustado. La primera partida dio lugar después a una segunda, esta vez con una lucha más encarnizada entre los cinco. Cuando Amaya y Lucas se marcharon al fin, pasaban de las tres y media de la madrugada. Salva y Julio estaban agotados y no tardaron en encerrarse en sus respectivos dormitorios. Max, por su parte, nocturno y criatura habitual de noche, decidió quedarse en el sofá viendo alguna película.

Sin embargo, a pesar de que el argumento le atraía lo suficiente como para conservarle despierto, su mente se mantenía ajena a cualquier otro pensamiento que no fuera aquel maldito mensaje. A lo largo del día recibía muchísimos correos basura, era cierto, pero había algo en ese en particular que no le daba buena espina. Y el hecho de que Andrea hubiera recibido uno igual todavía le parecía más sospechoso.

Jugeteó con el teléfono entre los dedos durante algunos minutos mientras le daba vueltas a todas las posibilidades que pasaban por su mente. Aquel primer mensaje en el blog no le gustó en absoluto y él, al contrario que sus compañeros, fue el único que quiso contestar. Apenas dos días después recibía ese extraño mensaje y ahora, le resultaba inevitable establecer entre ambos factores algún tipo de relación de causalidad.

Dejó de mirar el televisor y volvió a abrir el correo.

<https://afjens-docsdcew.html>

Nada tenía sentido. Nada era descifrable. Si aquel tipo pretendía jugar con su cordura, lo estaba consiguiendo. Al final, cuando ya no pudo soportar más la tensión, se puso en pie y anduvo descalzo hasta el dormitorio de Salva. Sin hacer demasiado ruido, abrió la puerta y esperó hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra.

—¿Estás despierto? —preguntó en un susurro.

Escuchó que su compañero se movía sobre la cama y daba la vuelta sobre sí mismo. Aguardó en silencio, dispuesto a comprobar si realmente estaba despierto o tan solo se había movido un poco, todavía en aquel estado de vigilia transitoria que conducía a la llamada fase REM.

—¿Qué pasa, tío?

—Necesito un consejo.

—Joder, ¿y no puedes esperar a mañana?

A pesar de la arisca respuesta, se incorporó en la cama y pulsó el interruptor con el que encendió la luz de la mesilla de noche.

—¿Qué quieres?

Max entró y cerró la puerta a sus espaldas. Se acercó hasta la cama de su compañero y tomó asiento a los pies de la misma.

—¿Te acuerdas de que antes os he preguntado por un correo?

—¿Un correo? —repitió, todavía adormecido—. ¡Ah, sí! El de Andrea.

—Sí, ese... Verás... Yo también lo he recibido.

—¿Y qué pone?

—Nada. Solo hay un enlace...

—¿Un enlace? ¿Y me despiertas por un maldito enlace? Joder, estás fatal.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama y acto seguido, se tapó el rostro con la almohada.

—Creo que podría tener algún tipo de relación con lo que pasó en el blog... —añadió, tratando de no parecer tan absurdo como su amigo debía creer que era en aquel momento.

—Max, le das demasiadas vueltas a las cosas. Si tuviera algo que ver con lo del blog, ¿no crees que lo habríamos recibido en el correo del mismo?

—Y, entonces, ¿por qué lo ha recibido también Andrea?

Salva se pasó una mano por el pelo, mesándolo sin importarle lo revuelto que llegaba a tenerlo a esas horas. Su cabeza estaba cubierta por una melena espesa y tupida, oscura y en cierto modo, salvaje. A continuación, se frotó los ojos. No quería perder los estribos, pero que le despertara por semejante estupidez no le ponía las cosas precisamente fáciles.

—Max, no te lo tomes muy mal, pero todo el mundo sabe que estás colado por Andrea. Tal vez haya alguien que intente hacer de casamentera y ese enlace no sea más que una imagen con un lugar de reunión, o una foto vuestra... o yo que sé —dijo antes de exhalar un sonoro y cansino suspiro—. Anda, acuéstate ya, es muy tarde... incluso para ti. Y, oye, haz el favor de no darle más vueltas. Elimina el enlace y métete en el sobre. Cierra la puerta al salir.

Apagó la lucecita de la mesilla y se dio la vuelta sobre el colchón hasta quedar de espaldas a su amigo. Max, rendido, se puso en pie y salió del dormitorio. Regresó de nuevo al salón, apagó el televisor, la luz y se encaminó hacia la otra punta del apartamento, donde se encontraba su dormitorio.

Al mudarse, se decidió por una litera elevada de estructura metálica, bajo la cual estableció su centro de trabajo, tal y como él solía llamarlo. Allí tenía un escritorio y un ordenador de última generación en el que pasaba interminables horas jugando al póker, viendo anime y malgastando el resto del tiempo que pudiera quedarle en el *League of Legends*, un videojuego online al que los tres chicos se declaraban adictos. Subió por la escalera de acero y se tumbó en la cama, iluminado por el único haz de luz que provenía de la pantalla de su teléfono móvil. Una vez más, abrió el mensaje y releyó el enlace. Nada en él indicaba que Salva tuviera razón... así como tampoco que él mismo estuviera en lo cierto.

Inspiró con firmeza y jugueteó durante unos segundos más con el dedo sobre la pantalla hasta que al final, cerró los ojos un instante y pulsó sobre el mismo. Aguardó prudente antes de hacer nada más, como si temiera que el propio teléfono pudiera explotarle entre las manos. Abrió primero un

ojo y después, hizo lo propio con el otro. Nada. No sucedió absolutamente nada.

Se desinfló por momentos y toda la tensión que llevaba acumulada desde que había recibido la llamada de Andrea, ahora se convirtió en una rabia pura y visceral. No era posible que hubiera perdido tanto tiempo en algo que no servía para nada. Si pretendían tomarle el pelo, lo habían conseguido. Y aquello todavía le enervaba más.

Atónito y sin dar crédito a lo sucedido, volvió a clicar sobre el enlace, y luego lo hizo una tercera vez, seguida de otras tantas. Absolutamente nada sucedía en su teléfono. Así pues, muerto de curiosidad y decidido a no darse por vencido tan deprisa, bajó de la cama de un salto y encendió el ordenador. Mientras este cargaba la configuración inicial, Max repiqueteaba con el talón en el suelo en un gesto nervioso, agitado y totalmente desvelado. Cuando por fin esta se cargó, abrió a toda velocidad su correo personal y buscó en la bandeja de entrada el último mensaje que había recibido. Colocó el ratón sobre el enlace y clicó de nuevo sobre el mismo justo a tiempo para comprobar que, una vez más, no sucedía nada en absoluto.

Después de intentarlo en distintos servidores y ventanas de incógnito, apagó el ordenador y se tumbó en la cama, furioso por haberse permitido caer en aquella treta. Sin embargo, rescató el teléfono de una de las esquinas del colchón donde lo había dejado tirado y buscó el contacto de Andrea en *WhatsApp* antes de comenzar a teclear a toda velocidad.

«¿Has abierto el enlace? 04.54».

Ni siquiera se molestó en saludar, aunque se dio cuenta de ello cuando ya era demasiado tarde. Sabía que probablemente a esas horas no recibiría una respuesta, por eso se sorprendió cuando su teléfono le avisó de lo contrario tan solo unos segundos después.

«No podía dormir. No, no lo he abierto. ¿Y tú? 04.54».

Estuvo tentado de contarle la verdad, sin embargo, sus dedos fueron más rápidos y decidieron tomar la decisión contraria por él.

«No he recibido ningún correo. Siento no haberte servido de ayuda. Si vuelven a molestaros en el blog, avísame. Estaremos pendientes también.»

Buenas noches, Breaker. 04.55».

Cuando despertó a la mañana siguiente, lo hizo con un insistente dolor de cabeza clavado a ambos lados de su cráneo. Se desperezó con lentitud y continuó tumbado en la cama, dormitando durante algunos minutos más, los suficientes hasta que fue su propio cuerpo el que al final se rindió. Buscó el teléfono en las esquinas de la cama, pues no recordaba haberlo dejado en ningún sitio en concreto antes de quedarse dormido. Lo encontró al fin bajo la almohada. Desbloqueó la pantalla y se sorprendió al descubrir que eran casi las dos del mediodía, aunque tenía la sensación de haber dormido apenas un par de horas, como mucho tres.

Revisó de nuevo la aplicación de mensajería para comprobar si lo sucedido la noche anterior había sido real o solo fruto de su imaginación. Efectivamente, el mensaje de Andrea continuaba ahí, por lo que podía estar tranquilo, pues todavía no se había vuelto completamente loco. Se frotó los ojos con una mano mientras que con el dedo de la que tenía libre buscaba por la pantalla la carpeta de correo electrónico. Sin embargo, al abrirla, su corazón reaccionó al instante, acelerándole el pulso de forma desmedida.

No había ni rastro del dichoso mensaje en la bandeja de entrada. Buscó rápidamente en la papelería y tampoco encontró ningún tipo de información al respecto. Actualizó la aplicación y le dio a refrescar, pero tampoco logró nada más. Así pues, del mismo modo en el que lo había hecho la noche anterior, bajó de un salto de la litera y encendió de nuevo el ordenador de sobremesa, donde, tras unos instantes de inquietante espera, tampoco dio con ninguna pista sobre la existencia del mismo.

Se llevó una mano a la frente y respiró profundo mientras su cerebro trabajaba a velocidades impropias. Estaba seguro de que nadie podía haber entrado en su cuenta sin que él se hubiera enterado, además, *Google* era un chivato y le alertaba cada vez que iniciaba sesión en un nuevo dispositivo u ordenador. Y, al margen de ello, estaba seguro de que nadie le había hackeado la cuenta por dos motivos: uno, porque nadie en su sano juicio debía de tener algún tipo de interés en ella y, en segundo lugar, porque se había asegurado de que esta estuviera debidamente protegida desde el primer

día.

Una vez más, estuvo tentado de escribir a Andrea, pero se dio cuenta de que ya no podía hacerlo, o no por lo menos del modo en el que lo había pretendido. Le había dicho que no había recibido ningún correo tan solo unas horas atrás. ¿Cómo iba a decirle entonces que este se había eliminado solo de su cuenta, como por arte de magia? ¿Le habría pasado lo mismo a ella?

Se maldijo a sí mismo por haberse cerrado las puertas al no prever que algo así pudiera suceder. No quería molestarla de nuevo con el tema y menos todavía sin estar seguro de que su mentira no acabaría destapándose.

Aturdido por el transcurso de los acontecimientos, regresó al salón donde encontró a sus dos amigos tumbados en el sofá, todavía en pijama.

—¿Tarde de pelis? —preguntó a modo de saludo.

Como si lo hubieran ensayado, los otros dos alzaron una mano sin ni siquiera dirigir la vista hacia el recién llegado y levantaron un pulgar en señal de acuerdo. Al final, se acomodó en el hueco que quedaba libre y fijó la vista en la pantalla. Quizás aquel fuera el único modo de dejar de pensar en lo sucedido.

A pesar de que intentó evitarlo de forma concienzuda, pasó el resto del día revisando el blog cada dos o tres horas en busca de cualquier comentario ofensivo o que pudiera tener algo que ver con el que habían recibido. Sin embargo, nada parecido volvió a repetirse.

Estuvo tentado de escribir a Andrea en más de una ocasión pero, cada vez que lo hacía, terminaba borrando el mensaje que había tecleado una y otra vez. Al final se dio por vencido. Tal vez así, todo acabara reduciéndose a una simple anécdota de fin de semana.

Tal vez.

CAPÍTULO 8.

El lunes a media tarde, tal y como sucedía cada semana, el apartamento se hallaba sumido en un desconcertante silencio. Puso los altavoces a todo volumen y la música lo inundó desde distintas partes del mismo. Habían instalado aquel sistema de audio hacía ya un tiempo y lo cuidaban como si de una verdadera reliquia se tratara. Cada pocos metros había colocado un pequeño altavoz en el techo, muy disimulado, que hacía que el sonido les envolviera, literalmente. Sin embargo, ni siquiera el atronador ruido que emanaba de estos le impidió escuchar el timbre de la puerta. Bajó el volumen con el mando a distancia que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, mientras recorría el pasillo. Abrió la puerta y se sorprendió al ver que no había nadie en el recibidor. Ni siquiera se escuchaba ningún tipo de movimiento, ni tampoco una respiración que indicara la presencia de una persona. Cerró de nuevo, seguro de que la música debía de habérsela jugado. Así pues, volvió a subir el volumen y regresó al salón para continuar con lo que estaba haciendo.

No tuvo tiempo de concentrarse cuando el timbre volvió a interrumpir sus pensamientos. Había sido real, estaba seguro. Corrió hacia la puerta sin dejar de pulsar el botón del mando a distancia, la abrió como un vendaval y una vez más, se dio de bruces contra la soledad de aquel rellano que conocía de memoria. Cerró de un sonoro portazo y regresó a toda prisa hacia la ventana del salón que daba directamente a la calle, pues le pareció haber escuchado el inconfundible ruido de la puerta principal del edificio al cerrarse. Echó un vistazo a un lado y otro de la calle, pero no vio nada sospechoso. Había vecinos que entraban y salían del supermercado que había justo enfrente, con bolsas llenas hasta arriba con la compra semanal. Otros conversaban tranquilos con el dueño del quiosco y el resto, deambulaba por la acera sin ningún tipo de prisa. Nadie parecía sospechoso y sin embargo, Max enloquecía por momentos.

Regresó de nuevo al recibidor y abrió la puerta por tercera vez en lo que iba de mañana. Ni rastro de movimiento. Salió y subió al piso superior

para comprobar si se había escondido ahí el gracioso que quisiera gastarle la broma de turno. Era imposible que hubiera llegado mucho más lejos sin que se hubiera escuchado algún tipo de ruido.

Al final, rendido e irritado, regresó, ahora ya de muy mal humor. Sin embargo, cuando iba a cerrar la puerta tras unos pasos acelerados, se detuvo en seco. Tardó unos segundos en reaccionar, hasta que volvió atrás. La abrió de nuevo y dirigió la vista hacia el suelo. No estaba loco, al menos aquello lo confirmaba. Se agachó y pudo advertir de forma mucho más clara aquello que sus ojos habían captado antes de que su cerebro hubiera tenido tiempo de asimilar de qué se trataba. En el felpudo, justo en una de las esquinas, había dos pequeños objetos redondos que podían haber pasado desapercibidos para cualquier otra persona. Para cualquiera menos para él.

Los observó con detalle antes de atreverse a tocarlos. Parecían dos monedas, aunque no tuvieran nada que ver con aquellas a las que él estaba acostumbrado. Echó un vistazo al frente y a ambos lados para cerciorarse de que, efectivamente, continuaba solo y al final, con una especie de temor extraño que hacía años que no burbujeaba en el centro de su estómago, acercó el dedo hacia ellas. El vello de la nuca se le erizó casi al instante en una sensación desconocida, como si alguien le estuviera observando de cerca, aunque no supiera desde dónde. Podía notar incluso el impacto de una respiración ajena, acariciando sus temores y despertando en su mente hostiles pensamientos. Estaba acostumbrado a que controlaran sus movimientos desde una cámara, todas las salas de escape hacían uso de ellas para poder seguir el ritmo de sus jugadores durante la partida. Pero aquella sensación no tenía nada que ver con eso. Su piel se había erizado por completo y su estómago se retorció trémulo y perturbado.

Con un solo dedo, como si el mero contacto con las monedas pudiera abrasarle la piel, tocó una de ellas de forma muy breve y rápida, a la espera de comprobar si sucedía algo o bien, si daba lugar a una reacción alérgica en la yema de sus dedos. Escuchó la voz de Salva en su cabeza y maldijo sus paranoias y su forma de atrofiarle el pensamiento. Estaba seguro de que era una tontería y que el miedo que estaba experimentando no era más que el fruto de sus propias cavilaciones, producto de todas aquellas historietas que el otro le contaba y con las que contaminaba día a día su cerebro.

Así pues, dispuesto a no dejarse vencer, las volvió a tocar y esta vez se atrevió a cogerlas. Sostuvo una de ellas a una distancia prudencial y la observó con detalle. En ella había grabado una especie de rostro, ciertamente desfigurado, casi cadavérico. Se intuía a la perfección que era un rostro humano y, sin embargo, resultaba imposible definir sus rasgos. Observó la segunda tras sostenerla en la otra mano. El dibujo era distinto. En la parte de abajo tenía una especie de puerta con siete dígitos en total a lado y lado de la misma. Sobre ella, un montón de rayas y espacios, configurando lo que claramente debía de ser un laberinto. Les dio la vuelta a las dos y sorprendido, comprobó que eran casi iguales. La que por una cara había mostrado un rostro, en la otra tenía la imagen de la puerta y el laberinto, y viceversa. La única diferencia que existía entre las dos eran los dígitos que las acompañaban.

Extendió la palma de la mano izquierda y las depositó sobre la misma, una de cada lado. Sentía el pulso acelerado y la respiración desacompañada. Por última vez, miró hacia todos los rincones del amplio rellano, se acercó al hueco de la escalera y lanzó una mirada arriba y abajo también. Nada invitaba a pensar que hubiera alguien más ahí aparte de él.

Consciente de que con cada pensamiento su cerebro le enviaba señales todavía más confusas, regresó al interior del apartamento y esta vez sí que cerró la puerta a sus espaldas, con una vuelta de llave. Sin embargo, no se movió del recibidor. Permaneció ahí inmóvil durante unos minutos, aguardando por si acaso el timbre volvía a sonar. Esa era la única forma de poder pillar al sujeto *in fraganti*.

Aguardó apoyado contra la puerta sin dejar de observar las monedas. Repitió los números de forma reiterada hasta que al final, los memorizó. Cada pocos segundos lanzaba miradas distraídas a través de la mirilla, tratando de captar algún movimiento sospechoso. Después de una infructuosa espera, no obstante, iba a darse por vencido cuando una notificación de nuevo mensaje le llegó desde el interior de su bolsillo. Sacó el móvil con la mano que todavía le quedaba libre y desbloqueó la pantalla. Miró en la parte superior, seguro de que se trataba de *WhatsApp*, cuando algo llamó todavía más su atención. Acababa de recibir un nuevo correo electrónico y cuando deslizó el dedo para comprobar el remitente del mismo, su corazón comenzó a batir

desbocado contra su pecho. De nuevo, no contaba con ningún tipo de información acerca del remitente.

Inspiró y expiró con profundidad y luego, abrió el mensaje. Estaba casi seguro de que iba a encontrarse con un nuevo enlace. Sin embargo, algo mucho peor captó su total atención. Era una imagen de la misma moneda que él tenía en las manos. La puerta, el laberinto y los mismos dígitos que había en una de las que todavía sostenía. Y justo debajo de esta, una cuenta atrás.

Estaba activada.

Solo le quedaban veintitrés horas y cincuenta y nueve minutos.

CAPÍTULO 9.

En su cuerpo se acumularon todas las horribles sensaciones que atenazaban su razón. Su pecho oscilaba al mismo ritmo frenético que su sangre, bombeada desde un corazón que ahora latía inquieto. Su respiración subía y bajaba a través de ella, sin encontrar la forma de llegar hasta sus pulmones y proporcionarle el suficiente oxígeno como para alertar al cerebro de que dejara de emitir señales luminosas de peligro.

—¡Joder! —gritó sin poder evitarlo.

Marcó el número de teléfono de Salva y aguardó impaciente a que este descolgara mientras que cada uno de aquellos pitidos se convirtió en una lenta y tortuosa espera.

—¿Qué quieres, tío? Estoy en el trabajo.

—Salva, no eran imaginaciones mías.

—¿Qué te has tomado?

—Escúchame —aseveró, sin ningún rastro de humor en la voz—. El mensaje. Abrí el maldito mensaje y al cabo de un rato, este desapareció. He estado intentando rastrearlo y no consigo dar con nada. Ha desaparecido; se ha volatilizado en algún rincón del espacio cibernético al que no puedo acceder.

—Oye, en serio, deberías dejarlo ya. Llevas demasiados días sin dormir bien... Lo siento, pero debo dejarte... Me esperan en la sala de cardio —continuó, convencido de que su amigo le estaba tomando el pelo.

—¡Te he dicho que me escuches! —alzó la voz, ahora con ímpetu. Ante el repentino silencio de su compañero, bajó de nuevo el tono y prosiguió con la explicación—. Esta mañana han llamado dos veces al timbre. Dos putas veces en las que he abierto la puerta y no había nadie. Ni en el rellano, ni en la escalera ni en la calle. Nadie.

—¿Qué intentas decirme, Max? Te juro que no pillo nada.

—Justo cuando iba a darme por vencido, me he dado cuenta de que en el felpudo había dos cosas que brillaban. Las he cogido, son dos monedas doradas. Por un lado hay un rostro y por el otro, un laberinto, una puerta y unos números. A continuación, he cerrado la puerta y al cabo de unos minutos, he recibido un correo, de nuevo sin remitente. Esta vez había una cuenta atrás. Solo dispongo de un día, y te juro que no tengo ni la más remota idea de para qué.

—Máximo Herrera —aseveró, dirigiéndose a su amigo por su nombre completo, cosa que solo había hecho en momentos puntuales de su vida—. Como esta sea una de tus jodidas bromas, te prometo que te haré picadillo en cuanto llegue a casa.

—Que te den —sentenció antes de colgar.

Se sentía frustrado por el hecho de que su amigo no le hubiera tomado en serio pero tenía los niveles de adrenalina por las nubes como para darle más importancia. Así pues, se dirigió a paso ligero hacia su dormitorio y encendió el ordenador. Estaba que echaba humo; odiaba la sensación de que estuvieran jugando con él y sin embargo, alguien había decidido tomarle el pelo, únicamente por puro placer.

Mientras la configuración se cargaba, se detuvo a pensar sobre quién podía esconderse tras aquella especie de juego, broma o lo que fuera que fuese aquello. No mantenía enemistad con nadie y no recordaba ninguna riña que pudiera tener algo que ver con las monedas y los estúpidos mensajes. Al fin pudo acceder a internet y abrió el correo sin pensarlo. De nuevo aparecieron la moneda y la cuenta atrás, ahora en veintitrés horas y cincuenta minutos.

Se metió en *Google* e introdujo en el campo de búsqueda algunas palabras con las que definir aquella moneda. Sin embargo, supo que no lo estaba haciendo bien cuando después de teclear “moneda, laberinto, puerta y números”, aparecieron aproximadamente un total de trescientos sesenta mil resultados. Acotó la búsqueda uniendo las palabras cada dos e incluso, alternándolas entre ellas. Pero tampoco encontró algo que pudiera servirle para darle una explicación lógica.

Volvió a abrir el correo en el que la cuenta atrás seguía activa. Decidido a poner fin a aquella pantomima, abrió el programa que usaba para decodificar datos, se colocó los cascos a todo volumen y se perdió por la red con la firme pretensión de dar con el remitente.

Cuando Salva puso la mano sobre su hombro se sobresaltó más de lo que nunca antes lo hubiera hecho. Su amigo le observaba con una mueca extraña en el rostro, analizando seguramente lo que pudiera estar pasando por su mente.

—¿Qué haces? —preguntó en un tono más conciliador que el que había usado con él por teléfono un rato atrás.

—Nada que te importe.

—Oye, no las pagues conmigo, ¿vale?

—Si vas a tocarme las narices, te invito amablemente a que salgas de mi dormitorio —continuó con aquel retintín tan molesto.

—¿Esas son las monedas que decías? —prosiguió como si nada, señalando con la cabeza aquello que brillaba sobre la mesa, haciendo caso omiso del tono utilizado por su amigo.

—No, me lo he inventado todo —añadió con marcado desdén.

—Déjalo ya, tío. He venido para ver qué sucede.

—Sucede que te he llamado para explicarte algo importante y me has tomado por un maldito pirado.

—No saquemos las cosas de quicio... —continuó en tono mediador—. ¿Son, o no son las monedas de las que me has hablado antes?

—Sí —afirmó al fin a regañadientes—. No es necesario que te esfuerces, no he logrado dar con ningún tipo de información al respecto.

—Enséñame el correo —insistió, examinando las dos monedas de forma rápida.

Max minimizó la pantalla en la que llevaba un buen rato trabajando y el correo apareció frente a ellos, anunciando que solo le quedaban veintiuna horas y treinta y dos minutos.

—Joder, ¡cómo pasa el tiempo!

—¿Has descubierto algo acerca del remitente?

—Tiene la cuenta protegida a consciencia. ¿Estás seguro de que tú no has recibido nada?

—He mirado el correo esta mañana después de colgarte y no había nada sospechoso... Espera, lo comprobaré de nuevo —dijo antes de sacar el teléfono de su bolsillo y mirarlo detenidamente durante unos instantes—. Nada. Lo siento.

—¿Has mirado en...?

—¡Joder! —exclamó Salva, irguiéndose y cortando a su amigo—. ¡Se me había redirigido a la carpeta de correo basura! ¡Es idéntico al tuyo! ¡¡Te juro que ayer no estaba!!

Le mostró la pantalla de su teléfono y se afanaron en compararlas por si acaso la imagen cambiaba en algún punto. Pero eran exactamente iguales y los contadores parecían estar sincronizados con la perfección de un reloj suizo.

—Envíales un mensaje a los demás, tal vez ellos también lo hayan recibido y no se hayan dado cuenta.

—Voy.

Permanecieron en silencio durante unos instantes. Max tenía la vista completamente perdida en la pantalla del ordenador mientras que Salva tecleaba a toda velocidad un mensaje en el grupo de *WhatsApp* que los cuatro compartían. La cuenta atrás continuaba en marcha, descendiendo segundo a segundo sin conceder tregua alguna a sus pensamientos.

—¿Y si hago una entrada en el blog invitándole abiertamente a que contacte con nosotros y se deje de jueguecitos de una vez por todas?

—No seas absurdo. No va a caer en semejante artimaña.

Ambos teléfonos vibraron y los dos supieron que uno de sus compañeros había respondido. Miraron sendas pantallas y descubrieron que Amaya había sido la primera.

«Chicos, yo también lo he recibido. Seguramente sea la promoción para la puesta en escena de alguna nueva sala, una que quizás abra sus puertas en breves. Yo no le daría más vueltas. Por si acaso, lo he eliminado. Por cierto, ¿tenemos algún juego reservado para el próximo fin de semana? Quiero ir con Lucas a la casa de la playa. 21.06».

Salva chistó de forma casi imperceptible al leer la respuesta de su amiga. Se miraron entre consternados y sorprendidos y al momento, se sintieron ridículos por no haber pensado en dicha posibilidad. Eso era más propio de Amaya, como siempre tan analítica y fría como para ver la realidad sin alterarse lo más mínimo.

El teléfono volvió a vibrar y los dos reaccionaron al instante.

«¿De veras os estáis tomando en serio esto? Tiene pinta de publicidad barata. Solo hay que ver los gráficos. Preparad algo de cena, llegaré a casa en media hora más o menos y estoy famélico. Tenéis demasiado tiempo libre y la cabeza llena de pájaros, a ver si espabiláis. 21.10».

No fueron necesarias más palabras. Lo llevaban en la sangre, Julio y Amaya eran hermanos, debía de ser cosa de genética. Sin embargo, tenían tantísima razón que les dolía incluso no haber considerado esa opción como posible.

Max, desde siempre había sido el más temperamental de los cuatro. Solía reaccionar deprisa ante cualquier situación, a veces no de la mejor forma. Julio, en cambio, era su completo polo opuesto. Racionalizaba la vida y todo lo que le sucedía, tratando de ver siempre la forma más cómoda de salir de cualquier bache que pudiera encontrar en el camino. Amaya, por otro lado, era la más responsable, calculadora y seria del grupo, ejerciendo como perfecto contrapunto de formalidad y orden que necesitaba el resto. Compensaba todas las carencias que entre los tres sumaban y lo hacía con un

carisma y una fuerza muy especiales. Era dulzura y disciplina a la vez. Salva, por último, era el término medio de todos los demás. Ni muy calmado, ni muy impulsivo. Sin embargo, muchas eran las ocasiones en las que se dejaba arrastrar por Max y acababa empantanado hasta arriba con cualquiera de sus historias. La de ahora no era más que un nuevo ejemplo de ello.

Salva y Max mantenían una estrecha relación de amistad desde hacía años. Se conocieron en el instituto, cuando Max se mudó para instalarse en la ciudad. Desde entonces, siempre habían ido juntos a clase. Se complementaban, a pesar de que los primeros días fueron devastadores. Max era un chico anárquico y Salva, por el contrario, solía mantener siempre los pies en el suelo. No obstante, cuando se juntaban, daba la sensación de que sus polos oscilaran y nadie podía prever hacia dónde terminarían decantándose sus actos. Por suerte, en la mayoría de ocasiones, Max acababa obedeciendo las instrucciones de Salva, lo que logró evitarles un sinfín de castigos en más de una ocasión. Sin embargo, no siempre sucedía de aquel modo y a veces, este se dejaba engatusar por el otro sin remedio.

—Te dije que era una solemne estupidez —resolvió al fin, antes de guardarse de nuevo el teléfono en el bolsillo y tirar las monedas sobre la mesa de cualquier manera.

Salió del dormitorio sin mirar atrás. Sin embargo, Max no quería darse por vencido tan fácilmente. Por mucho que los otros tres coincidieran en sus respectivas opiniones, estaba seguro de que aquello no era una simple estrategia de publicidad. Nadie en su sano juicio podía haber invertido cierta cantidad de dinero en crear aquellas monedas tan peculiares, enviar un mensaje imposible de rastrear y crear conflicto en la red tan solo para dar publicidad a su sala, cuando podría haberlo conseguido simplemente con un email en el que informara de la próxima apertura. No entendía cómo era posible que los demás no lo vieran tan claro como él lo hacía.

Cuando Julio llegó, la calma se instaló entre aquellas paredes en las que habían establecido su hogar. La cena discurrió tranquila, sin sobresaltos. Nadie quería sacar el tema de las monedas mientras que Max, por su parte, no podía dejar de pensar en ellas.

Mientras los otros dos devoraban sin tregua una bolsa de palomitas, Max jugueteaba nervioso con las monedas entre los dedos, haciéndolas tintinear constantemente en la palma de su mano. Sin embargo, después de un rato en el que una vez más no consiguió centrarse en la película que estaban viendo, cogió el teléfono móvil que había dejado sobre la mesa y abrió la aplicación de mensajería instantánea.

Miró el número de Andrea una y otra vez, dejándose llevar por aquel temblor nervioso que últimamente le acechaba. Tal vez ella también hubiera recibido las monedas. Si, tal y como sus compañeros decían, aquello era una estrategia de publicidad, los *Breakers* también debían de estar al corriente. Dudó durante algunos segundos, como siempre que se planteaba cualquier cosa que tuviera que ver con ella. Ninguna chica le había puesto nunca tan nervioso y se sentía abrumado cada vez que lo pensaba. Sin embargo, mientras continuaba perdido en su propio mundo, se dio cuenta de que una vez más, sus dedos se le habían adelantado y habían decidido teclear un mensaje por ellos mismos. Así pues, antes de echarse para atrás, le dio al botón de enviar.

«Hola, Breaker. 22.56».

Sus amigos tenían razón, era la persona más escueta, breve e inexpresiva en toda la faz de la tierra. Así pues, aun a riesgo de que fuera demasiado tarde, escribió un nuevo mensaje con el que pudiera compensar el anterior.

«¿Cómo se plantea la semana? ¿Alguna sala nueva que podáis recomendarnos? 22.56».

Esperó con la pantalla activada, sin dejar de contemplar el estado de conexión de la chica. De pronto, este cambió y Max sintió que su estómago daba un pequeño vuelco.

«Ey, Max. Sin novedades. Llevamos unos días parados por culpa del trabajo. ¿Cómo vas tú? 22.58».

Aquella pregunta tan directa le llegó en forma de ligero eco. Tal vez no esperaba una respuesta tan pronta o tal vez, ni siquiera esperaba una respuesta por su parte.

Sin embargo, ahí la tenía, *en línea*, esperando a que él también contestara a su pregunta.

«Tampoco hemos jugado más salas... ¿Te apetece un poco de azúcar para desconectar? 23.00».

Se maldijo en ese mismo instante mientras se preguntaba cómo se le había podido ocurrir escribir semejante estupidez. Nadie en su sano juicio haría una propuesta como esa, en todo caso, debería de haberla invitado a una cerveza, si es que quería dar la sensación de ser un chico normal y no el típico *friki* que seguramente, Andrea ya creía que era.

«Moriría por un batido de vainilla y cookies ahora mismo. 23.01».

Los pelos de la nuca se le crisparon en un arrebato de súbita e inesperada tensión.

«¿Recubierto de nata? 23.02».

En su cabeza, la nata también se ocupó de cubrir otras muchas cosas, sin embargo, se obligó a desviar ese pensamiento cuanto antes. Así pues, le siguió el juego consciente de que tal vez se estuviera haciendo ilusiones por algo que no existía en ningún otro lugar que no fuera en su imaginación.

«Horchatería, ¿en 15 minutos? 23.03».

Se incorporó de un brinco inesperado con el que sobresaltó a los otros dos.

—¿Qué haces? —preguntó Julio con la confusión reflejada en el rostro.

—Me voy.

—¿Te vas?

—Eso he dicho.

Se encaminó hacia el pasillo sin entretenerse ni un solo minuto más.

—Pensaba que no tenías planes.

La voz de Salva le llegó desde el salón.

—Pero ahora sí los tengo. Os veo luego. O mañana.

—¡No te olvides de usar protección!

Aun siendo consciente de que aquella no era más que otra de sus bromas, se negaba a ver a Andrea como un mero objeto sexual, a pesar de que se muriera de ganas de meterse en su cama y acariciar todo su cuerpo hasta conseguir que se retorciera de placer bajo el suyo.

Cogió el casco y cerró la puerta tras de sí. Llegó al lugar en apenas cinco minutos. Una vez ahí, detuvo la moto y se lo sacó, antes de pasarse una mano por el pelo, nervioso, para comprobar en el espejo que no tenía mal aspecto.

El centro comercial estaba atestado de gente, incluso teniendo en cuenta las horas que eran, sobre todo aquel último piso, donde estaban situados el cine y los restaurantes. Sacó el teléfono móvil del bolsillo y echó un último vistazo a la pantalla. Llegaba a tiempo. Sin embargo, un pequeño icono en la parte superior de la misma le paralizó. Una nueva notificación de correo electrónico se mantenía expectante, a la espera de ser leída.

Su pulso reaccionó con la misma celeridad que lo había hecho unas horas atrás. Debía de tratarse de una broma, una mera coincidencia. Seguramente debía de ser algún correo basura, publicidad o cualquier otra cosa que no tuviera nada que ver con la maldita cuenta atrás. Pero no podía esperar a descubrirlo. En sus entrañas burbujeaba una especie de corriente magnética, algo que no sabía de dónde provenía pero que le impulsó a abrirlo con temor.

Efectivamente, no estaba equivocado.

Espero que sepas lo que estás haciendo. Tu primera prueba empieza aquí. Si quieres tener una mínima posibilidad de salir airoso, olvídate de lo que tienes en mente y aprovecha el tiempo. El contador sigue en marcha. Pensaba que no serías tan estúpido como para obviarlo por una simple cita.

Sintió la rabia por todo su torrente sanguíneo, hasta llevarlo al punto de ebullición. No tenía ni la menor idea de quién era ese tipo ni por qué estaba jugando con él de aquel modo, pero se juró a sí mismo que se la devolvería en cuanto tuviera la más mínima oportunidad de hacerlo. Se percató de que su respiración no obedecía a sus pensamientos, agitada como si acabara de terminar de correr un maratón. Tan solo le quedaban dieciocho horas y treinta minutos para las seis de la tarde del martes, momento en el que la cuenta atrás llegaría al cero.

Elevó el mentón y buscó a su alrededor en un instinto primitivo de localizar el escondite de sus amigos, quienes supuso que serían los artífices de aquel ardid que ahora había perdido la gracia por completo. Pero, al igual que sucedió cuando llamaron al timbre, no encontró nada ni nadie que pudiera resultar mínimamente sospechoso. Cualquiera de las personas que se cruzaban a su paso podía ser la que él necesitaba encontrar con desesperación. Se mordió el labio inferior en un gesto nervioso y se llevó una mano a la nuca. Algo le decía que no estaba en condiciones de perder más tiempo. Sin embargo, Andrea debía de estar esperándole para tomar aquel batido, y era la primera vez que quedaban completamente a solas. Debía tomar una decisión.

Se tensó, volvió a mirar el teléfono y comprobó que habían pasado cinco minutos más.

—¡Mierda! —exclamó sin poder evitarlo.

Volvió a ponerse el casco y recorrió los escasos pasos que le separaban de la moto. Sin embargo, antes de enfundarse los guantes, se ocupó de teclear un rápido mensaje para la chica.

«La moto me ha dejado tirado, lo siento. No llegaré a tiempo. Espero que puedas perdonarme. Si me lo permites, prometo compensártelo. 23.31».

No esperó ninguna respuesta. Subió a la moto, giró la llave en el contacto y aceleró, dispuesto a llegar a casa cuanto antes. Era consciente de lo peligroso que era circular a esa velocidad, pero necesitaba por todos los medios ganarle tiempo al tiempo.

Airado y totalmente fuera de sí, llegó al apartamento en apenas unos minutos. Comenzó a obsesionarse con el tiempo, hasta el punto en el que se dio cuenta de que había empezado a contar los segundos que invertía en cada paso que daba.

Subió hasta el primer piso y abrió la puerta. Escuchó el televisor al fondo del pasillo, por lo que adivinó que ninguno de sus dos compañeros se había movido de ahí.

—¡Y aquí tenemos al ganador de la cita más corta de la historia!
—Escuchó la voz burlona de Salva desde el salón.

—Eres un imbécil, Salva. Cierra el pico y métete en tus malditos asuntos.

El hosco tono empleado dejó constancia firme del grado que había alcanzado su mosqueo cuando se encerró en su dormitorio. Una vez dentro, se despojó de la sudadera que llevaba puesta y se sacó las deportivas, que dejó tiradas de cualquier modo en el primer lugar al que estas fueron a parar. Encendió el ordenador mientras se ponía los cascos. No quería escuchar nada de lo que sucedía a su alrededor, de hecho, lo único que necesitaba era acallar sus propios pensamientos por todos los medios.

Entró directamente en su correo electrónico y buscó una vez más el susodicho mensaje. Apenas quedaban dieciocho horas.

Abrió el primer cajón del escritorio y sacó las dos monedas que había guardado en el interior un rato atrás. Nada había cambiado en ellas, seguían exactamente igual que antes. Todas las líneas, todos sus detalles, todo idéntico. Se estaba volviendo loco.

Dejó caer la cabeza hacia delante mientras la estridente música martilleaba en sus oídos. Recordó que no había vuelto a mirar el teléfono y que no tenía ni idea de si Andrea estaría molesta con él por el desplante. Desbloqueó la pantalla y comprobó que, efectivamente, tenía un mensaje pendiente de ser leído que no tardó en abrir.

«No te preocupes... mi hermano me ha llamado y me he animado a acompañarle un rato. Me ha dicho que estaban todos sus amigos. Tal vez otro día podamos vernos... 23.37».

Que no mostrara ningún tipo de decepción todavía le enervó más. Le había dolido tener que dejarla plantada.

Sin embargo, cuando iba a bloquear de nuevo el teléfono, antes de dejarlo tirado de cualquier modo sobre el escritorio, se dio cuenta de que había otro mensaje, esta vez de su madre. Lo abrió, sorprendido por que la mujer le hubiera escrito a esas horas, aunque no descartó la idea de haberlo recibido antes y no haberse dado cuenta de que estaba ahí hasta ese momento. Leyó rápidamente.

«Cariño, ¿podrías pasar mañana por la mañana por casa de la tía? Tiene un paquete para mí y pesa un poco para llevarlo andado. ¿Podrías traérmelo con la moto? 22.30».

Miró al techo y suspiró consternado. Aquello era lo último que le faltaba. Apenas disponía del tiempo necesario para resolver todo ese entuerto como para dedicarse a perder más tiempo con semejantes tonterías. Apretó los labios, tentado de decirle que no pero al final, no reunió el valor suficiente para negarse y terminó aceptando sin más.

«De acuerdo. Recuérdame la dirección, hace tiempo que no paso por ahí. Mañana te lo traigo, pero no podré quedarme mucho rato. 23.52».

«Gracias, cielo. Ahora te paso la dirección que no recuerdo el número exacto de memoria. Un beso. 23.53».

Dejó el teléfono de cualquier modo sobre el escritorio y apoyó la cabeza sobre ambas manos, abatido y desesperado. Tenía la cuenta atrás justo enfrente y los segundos no dejaban de correr en un silencioso tic-tac que se había apoderado de toda su cordura, mientras seguía sin encontrar ningún rastro del maldito remitente.

CAPÍTULO 10.

Aquella noche apenas durmió tres o cuatro horas y lo hizo con la vaga sensación de haber permanecido con los ojos cerrados durante apenas unos escasos minutos. Estaba angustiado y exaltado, presionado por la sensación de que todo iría mal.

Max nunca fue el mejor en su clase, y no lo fue porque nunca quiso serlo. Poseía una mente privilegiada y todos los profesores destacaban de forma constante sus cualidades; pero su carácter siempre pudo con él. Era perezoso e indisciplinado y se negaba a seguir el ritmo impuesto por los profesores. Se aburría en clase. Sin embargo, a pesar de que a duras penas prestaba atención, nunca sucedió que no entendiera un concepto tratado en el aula; daba igual si era física, química o literatura, solía entenderlo todo a la primera, incluso cuando parecía distraído mirando por la ventana. No obstante, ahora tenía en sus manos algo que escapaba de toda lógica y sentido común y no encontrar ni una sola referencia a aquellas monedas le mortificaba por dentro. Era una sensación de vacío desconocida que no dejaba de aumentar el estado de ansiedad en el que se hallaba sumido.

Saltó de la cama y se encerró en el baño. Estaba seguro de que una buena ducha le ayudaría a afrontar el nuevo día. Desde la cocina llegaba el ligero aroma del café recién hecho. Julio, de naturaleza madrugadora, ya debía de estar en marcha, pues desde ahí podía escuchar el característico tintineo de la cucharita en el interior de su taza de *Sherlock*. Max se vistió a toda prisa y por algún motivo que no supo identificar, decidió guardar las monedas en el bolsillo derecho.

—Buenos días —saludó su compañero, todavía en pijama y con un par de bollos en un plato.

—Ey.

—Joder, Max. Te comportas de un modo muy extraño desde hace unos días, ¿se puede saber qué te pasa?

—Nada —contestó de forma escueta.

—¿No estarás todavía obsesionado con aquel dichoso mensaje, no?

—Oye, tío, me acabo de despertar. No me des la chapa de buena mañana.

Julio le lanzó una mirada de fingido desprecio y tras ello se sentó en una de las sillas que había en un rincón de la cocina. Se conocían demasiado como para enfadarse por semejante menudencia, pero no le gustaba el curso que estaban tomando los acontecimientos.

—Lo siento, ¿vale? —se disculpó al cabo de unos minutos de incómodo silencio—. No he dormido bien.

—¿Te plantó Andrea?

Su pregunta resonó, apoderándose del resto de pensamientos. Max no quería hablar del tema, pero tampoco quería que pensara que Andrea tenía la culpa de su estado de ánimo.

—No. Me quedé sin gasolina a medio camino y no pude llegar —mintió—. Le envié un mensaje y le dije que sería mejor que nos viéramos otro día. Eso es todo.

—Ah, ahora entiendo tu mala leche —contestó sin poder disimular ahora una mueca divertida—. No se puede ser tan cenizo. A ver si empiezas a prever las cosas.

Alzó una ceja y no replicó más, era preferible que se metiera con él y así, dejara de hacer preguntas para las que no sabía cuántas respuestas más lograría encontrar.

Se terminó el café en un santiamén y robó un bollo del plato de su amigo antes de desaparecer a grandes zancadas bajo el umbral de la puerta.

—¡Eh!

—Así aprenderás a no ser tan bocazas. ¡Nos vemos luego!

Salió a la calle, se puso el casco y encendió la moto. Montó en ella y sacó el teléfono del bolsillo para comprobar por última vez la dirección que le

había pasado su madre en la aplicación de *Google maps*. Estaba más cerca de lo que la recordaba, así pues, guardó de nuevo el aparato y se puso en marcha de inmediato.

Cuando llegó, una idea hervía en su cabeza aunque no pudiera darle forma todavía. Permanecía ahí, latente, desfigurada y al acecho. No miró el correo a lo largo de la mañana, pero sabía perfectamente lo que hubiera encontrado en el caso de hacerlo. Eran las once, por lo que únicamente le quedaban siete horas. Siete malditas horas en las que el tiempo pasaría muy deprisa, o acabaría resultando eterno y tedioso.

Su tía le saludó desde la distancia y fue a su encuentro después de coger la caja que reposaba junto a sus pies.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —dijo tras un afectuoso abrazo.

—Hola, tía. Bien, un poco cansado, he dormido poco.

La mujer le sonrió. Max era su único sobrino y lo había consentido desde el mismo día que llegó al mundo; daba igual que ahora ya fuera un joven apuesto y de barba tupida. Para ella, siempre sería su preciado tesoro.

—¿Quieres desayunar? He preparado chocolate.

Pensó en ello y por un momento, dudó. Sin embargo, apenas le quedaban siete horas para intentar darle una explicación a todo ese embrollo y su madre ya le había robado unos preciados minutos que tal vez luego, acabara echando en falta.

—Es que hoy no puedo... Me acerco otro día; te lo prometo.

—De acuerdo, cielo. A ver si te pasas más a menudo, llevas un tiempo desaparecido y apenas sé de ti más que por lo que publicas en el blog.

—¿Lo lees? —sonrió azorado.

—¡Pues claro!

—Un día te llevaré con nosotros, ya verás qué bien lo pasas... Tengo que irme, tía. Lo siento, pero hoy tengo muchísima prisa —dijo mientras terminaba de asegurar las sujeciones que mantendrían el paquete inmóvil en

la parte trasera de la moto.

—No te preocupes, cariño. Ve con cuidado y dale un beso a tu madre de mi parte.

—¡Hecho!

La abrazó por última vez y volvió a ponerse el casco. La vio alejarse en dirección al portal del edificio en el que siempre había vivido y sacó el teléfono para comprobar la hora que era. En ese momento, se dio cuenta de que se había dejado el navegador conectado. Se maldijo mentalmente y a continuación, se dispuso a desconectarlo antes de que continuara consumiéndole gran parte de la batería que le quedaba. Sin embargo, en ese preciso instante en el que localizó un punto en concreto de la pantalla, el corazón se le aceleró y su pecho batió con potencia una vez más, en una sensación a la que comenzaba a acostumbrarse. No podía ser. Pulsó con el dedo sobre la pestaña en cuestión y esta se amplió al instante.

Era imposible.

De pronto, todo cobró sentido y se sintió todavía más estúpido. ¿Cómo no había caído antes? Volvió a situarse en la barra de búsqueda e introdujo aquellos dígitos que se habían grabado a fuego en su memoria. Coincidían. Eran reales.

—¡Es una maldita localización! —exclamó sin poder evitarlo, atónito ante el descubrimiento.

Se centró en la pantalla y reconoció la zona en cuestión.

—¡Joder!

Guardó el teléfono en el bolsillo y embebido por una súbita sensación de euforia, se puso en marcha. Se incorporó a la calzada y condujo a gran velocidad hasta la calle en la que estaba situado el edificio en el que vivía su madre. Sabía que al hacerlo, estaba acumulando en su poder todas las papeletas para que la Guardia Urbana le multara por exceso de velocidad, pero no podía frenar, era superior a sus fuerzas. Ya se haría cargo de la multa si le acababan pillando.

Llegó al edificio y detuvo el vehículo frente al mismo. Corrió hasta el bloque, pulsó el timbre con estridencia y repetición y esperó apenas sin aliento.

—Dios mío, Max, ¡qué ímpetu de buena mañana!

—Mamá, baja por favor, ¡tengo mucha prisa!

—Oh, cielo, siempre igual. De acuerdo, ahora bajo.

Regresó en apenas dos zancadas hasta el vehículo y deshizo los nudos de la cuerda con la que había asegurado el paquete. Lo cogió entre sus brazos y regresó hasta la puerta principal que daba acceso al vestíbulo. Su madre ya estaba ahí.

—Buenos días, cariño.

—Hola, mamá —saludó acercándole la mejilla en un gesto natural, cariñoso e instintivo.

La mujer besó como pudo el rostro de su hijo, cubierto parcialmente por aquel casco modular que dejaba libre parte del mismo.

—Cielo, ¡qué prisas!

—Mamá, debo irme. Pesa un poco, lo subo a casa en un momento —dijo a trompicones, ya con los pies en los escalones en dirección al entresuelo—. Mejor me paso otro día y hablamos, ¿vale?

—De acuerdo... ¿Estás bien?

La mujer le observaba divertida aunque, en cierto modo, extrañada por la visible inquietud del chico.

Afirmó con un gesto de cabeza, dejó el paquete sobre la mesa de la cocina y dio media vuelta. A continuación, abrazó a su madre, la besó en la mejilla y corrió escaleras abajo sin perder ni un solo segundo. Todo su cuerpo estaba siendo avasallado por la adrenalina, creando una curiosa fusión de emociones. La sangre corría por sus venas, bombeada de forma vertiginosa, ahogándole y dificultándole la respiración y el compás de sus pensamientos.

Montó de nuevo en la moto y puso rumbo a casa, pues no se atrevió a

acercarse a la localización estando solo. Los cuatro habían recibido el mensaje por lo que, por algún motivo, supo que debían acudir juntos al lugar en cuestión. Tal vez los mellizos tuvieran razón y aquello no fuera más que publicidad barata para una nueva sala y, si así era, Max tenía claro que él quería ser el primero en probarla. Después de todo lo sucedido, de todas las horas robadas al sueño... Se lo merecía.

Ahora, tan solo debía convencer a sus compañeros.

A medio camino se detuvo, sabedor de que si regresaba a casa, todo se iría al traste en caso de que intuyeran sus intenciones. Aprovechó que el semáforo estaba en rojo y echó un vistazo hacia todas las direcciones para comprobar si había rastro alguno de la policía por allí cerca. Tras cerciorarse de que no había ningún coche patrulla por la zona, cambió de carril y se colocó en dirección opuesta a la que había seguido antes. En un movimiento ágil se situó justo delante del primer coche que también aguardaba a la espera de la luz verde, cuyo conductor le observaba desde el interior del vehículo con una mueca de reproche poco disimulada. Sabía que no era correcto lo que estaba haciendo pero su instinto le pudo. Así pues, cuando el semáforo al fin le concedió el paso, giró el acelerador con un golpe de muñeca y tomó la dirección que, de nuevo, le llevaría a casa de su madre. Ahí podría esperar sin ser visto, aunque tendría que buscar una excusa con la que engañar a la mujer que, sin lugar a dudas, no tardaría en acribillarle a preguntas.

Llegó al mismo bloque del que había salido hacía apenas unos minutos y volvió a estacionar el vehículo a toda prisa. Ni siquiera bajó sino que, incapaz de esperar ni un solo segundo más, sacó el teléfono del bolsillo y tecleó un mensaje en el grupo donde estaban los cuatro.

«Chicos, los Dalton nos retan. Esta tarde a las seis quieren hacer una sala clonada que está todavía en fase de test. No podemos dejar que nos machaquen. Tenéis que estar en la dirección que ahora os pasaré a las seis menos cuarto. ¿Ok? Ninguno de los cuatro puede fallar, debemos machacarles. 11.35».

Buscó en *Google maps* la localización que había encontrado antes, hizo una captura de pantalla y la adjuntó en el grupo para que todos pudieran recibirla también.

El juego acababa de empezar.

CAPÍTULO 11.

Cuando el reloj marcó las cinco de la tarde, su corazón comenzó a mandarle prudentes avisos de que no aguantaría mucho más tiempo aquel ritmo. Necesitaba calmarse. No obstante, por mucho que lo intentara, no dejaba de darle vueltas a todo aquel escabroso asunto. Seguía pareciéndole demasiado turbio y algo que no alcanzaba a descubrir continuaba sin darle buena espina. Y, para colmo, había embaucado a sus amigos que, tras algunas reticencias iniciales a las que tuvo que contestar con insistencia y evasivas, aceptaron el reto a regañadientes.

Apenas probó bocado a lo largo del día. Su estómago se contraía inquieto y se negaba a aceptar comida de ningún tipo, aunque su madre le hubiera preparado un plato de aquellas maravillosas croquetas que desde pequeño le volvían loco.

Tumbado sobre la cama, en el seno del dormitorio que atesoró toda su adolescencia, no podía apartar la vista de aquella dichosa cuenta atrás que parecía imperturbable y ajena a todo lo que había generado desde su aparición. Cincuenta y cinco minutos era el tiempo que le separaba de conocer la verdad y sin embargo, había algo que todavía chirriaba en su cabeza. Sostenía ambas monedas en una mano y las lanzaba al aire una y otra vez para luego volver a cogerlas.

Una puerta, un laberinto y un rostro difuminado.

En tan solo cincuenta y cuatro minutos sabría al fin la respuesta.

Cuando giró el acelerador su estómago se retorció en una fuerte sacudida y un inconfundible sabor a bilis escaló por su gástrico. Veía el cartel de peligro, la sirena roja y el sonido de alarma retumbaba en su cabeza. Estaba lanzándose de cabeza a un precipicio y encima, se había ocupado de que sus

amigos lo hicieran con él. Sentía el miedo invadiendo todo su cuerpo, pero no era un miedo conocido, no por lo menos como el que había experimentado en otras ocasiones. No tenía nada que ver con lo que ningún otro juego había despertado antes en él. Podía sentir a la perfección la gota de un sudor frío, casi helado, que descendía por su espalda, recorriendo su columna con sobrecogedora lentitud. Su paso le erizó la piel al instante y se estremeció por completo sin poder evitarlo. Debía apartar esa clase de ideas de su cabeza si quería parecer tranquilo y seguro de sí mismo cuando se encontrara con ellos. Así pues, convencido a medias de lo que iban a hacer a continuación, se golpeó ligeramente las mejillas con las manos para obligarse a reaccionar y regresar del limbo al que le habían sumergido sus pensamientos, justo antes de girar la llave en el contacto.

Quedaban veinticinco minutos.

Salva ya estaba allí cuando llegó. Se sacó el casco y al cabo de unos segundos, escuchó el inconfundible rugido de la moto de Julio, que se acercaba por el final de la calle con Amaya a sus espaldas. Dejó el casco bajo el asiento, cogió aire y expiró antes de dirigirse hacia su compañero que, tras verle, inició el paso hacia él en aquella calle por la que no pasaba ni un mísero coche.

—¿Estás seguro de que aquí hay una nueva sala? No hay ni un solo cartel, ni tampoco locales comerciales. Esto es un maldito polígono industrial, tío —dijo a modo de único saludo.

Amaya y Julio, que también se acercaban hacia ellos, echaron un rápido vistazo a su alrededor para comprobar que a Salva no le faltaba razón.

—¿Dónde estamos, Max? —preguntó la chica, con cierta sospecha en el rostro.

—Vale, voy a contaros algo, pero prometedme que, cuando lo haga, no os cabrearéis conmigo.

—Empiezas mal; muy mal.

—Por favor, escuchadme —suplicó con el gesto desencajado.

Decidieron darle una oportunidad para que pudiera por lo menos explicarse. Max, en un burdo intento de ganar un poco de tiempo para encontrar el mejor modo de hacerlo, metió la mano en el bolsillo y sacó las dos monedas.

—Oh, no... —exclamó esta vez Julio—. No me jodas, Max. ¿Todavía sigues con esas malditas monedas en la cabeza?

Le fulminó con la mirada y movió los brazos a ambos lados de su cuerpo, haciendo aspavientos sin atreverse a añadir lo que en realidad sentía. Amaya se tensó y cruzó los suyos a la altura del pecho y Salva, lo observó con una mueca extraña en el rostro, incluso desconocida.

—Dime que no nos has traído aquí por culpa de esas malditas monedas —sentenció este último.

—Escuchadme, por favor. Dejadme que os lo explique y luego, si queréis, marchaos.

Se contemplaron con rabia contenida. Se sentían ultrajados y sin embargo, había algo en el rostro de su amigo que les obligó a concederle aquella última oportunidad, como mínimo para que pudiera explicarse. Luego, ya decidirían.

—Tienes un minuto —sentenció Salva.

—Veréis, llevo desde ayer obsesionado con este maldito mensaje —dijo, mostrándoles la pantalla en la que ahora solo quedaban trece minutos de margen— y estas dichosas monedas...

—Y que lo digas... —cortó Julio.

Max le amenazó sin necesitar palabras para hacerlo y el otro se disculpó con un ademán de la mano, antes de invitarle a continuar.

—El caso es que he pasado muchísimas horas buscando algún tipo de información al respecto y no hay absolutamente ningún dato en el que coincidan estos tres elementos —continuó, señalando con un dedo la moneda que sostenía en la otra mano—. Hasta esta mañana. He ido a por un paquete a casa de mi tía y al poner la dirección en *Google* me he dado cuenta de que

junto a esta aparecían unos números, con la misma disposición que los de las monedas. Entonces, he caído. Era una localización. Esta localización —continuó haciendo un gesto con las manos, señalando a su alrededor.

—Estás fatal.

—May, por favor, créeme. Vale, es posible que sea una invitación a un juego, los *Breakers* también recibieron el mensaje, o por lo menos Andrea lo hizo, por lo que no lo descarto en absoluto.

—¿Has hablado con Andrea sobre todo esto? —quiso saber Julio.

—No. Solo sé que recibió el mensaje, nada más.

—Bueno, vale, ¿y qué propones entonces? Muy bien; tenemos una localización y ya estás viendo que aquí no hay nada. ¿No te parece un poco extraño? Tal vez sea una mera coincidencia, Max.

—Sí, tal vez lo sea. Pero nos quedan cinco minutos para comprobarlo y salir de dudas. ¿Qué perdemos esperando para ver si sucede algo?

—Max... ¿No te resulta un poco extraño que nos hayan citado para probar un juego y nadie espere en la zona para recibirnos? —volvió a insistir Salva, todavía escéptico tras la explicación—. Es un polígono industrial, ¿no tiene ningún sentido montar una sala aquí!

—Salva, tan solo serán cinco minutos. Por favor... ¿De veras no sentís ni un poco de curiosidad por saber si estamos en lo cierto o no?

Volvieron a sumirse en un repentino silencio y esta vez, todos experimentaron ese inquieto cosquilleo tan típico en su propia piel. Ninguno se atrevía a marcharse, aunque la explicación de Max siguiera sin convencerles demasiado. Pero había algo turbio en todo aquel asunto y en realidad, no les venía de tres minutos.

—De acuerdo. Pero más te vale que suceda algo o te juro que voy a recordarte el día de hoy como aquel en el que perdiste la cabeza por unas malditas monedas; y te prometo que lo haré durante el resto de tu vida —sentenció al fin.

Los dos hermanos asintieron con la cabeza, conformes con la decisión

de su amigo y tal como había sucedido antes, volvieron a quedar en silencio. Lanzaban continuas miradas distraídas hacia todos los puntos de la calle mientras trataban de buscar una pista que pudiera darles una explicación. Nada. Cruzaron la calle y se colocaron justo en el punto en el que indicaban las coordenadas. Tras ellos quedaba ahora una fachada de ladrillo envejecido y desgastado, en la que se distinguían hasta un total de cinco puertas metálicas roídas por el óxido. Nada destacaba en ellas. No había ningún símbolo; absolutamente nada.

Max llamó la atención de sus amigos. Quedaba solo un minuto. Se colocaron alrededor del teléfono y observaron en absoluto silencio la cuenta atrás. Sus respiraciones se aceleraron conforme los segundos iban restando uno tras otro tiempo al contador. Amaya, sin ser consciente de ello, llevó su mano hacia el brazo de Salva y lo rozó con cuidado, en una caricia eléctrica y cargada de tensión. El chico, al intuir el temor de su amiga, pues él mismo lo sentía en cada poro de su piel, llevó su mano hacia la de ella. Sus dedos se encontraron y en la intimidad de sus miedos, se entrelazaron, transmitiéndose toda la calidez y esperanzas que pudieran albergar. Nadie más se percató, ni nadie supo que de pronto, el pulso les batía acelerado, constriñéndoles y dificultándoles la respiración.

Tres...

Dos...

Uno.

CAPÍTULO 12.

Silencio.

A su alrededor tan solo había silencio. Los cuatro sentían la presión en el interior de su pecho, estrellándose descarriada contra las paredes en las que esta se hallaba confinada. Durante unos instantes, el miedo les paralizó hasta dejarles sin respiración. Era uno de aquellos silencios en medio de los cuales nadie desearía encontrarse perdido. A continuación, se incorporaron ligeramente antes de lanzar tímidas ojeadas hacia cualquier punto de la calle que pudiera llamarles la atención. Pero ahí no había nadie más que ellos; que continuaban igual de solos que lo habían estado unos segundos atrás.

Amaya se desprendió de la mano de Salva, como si el mero contacto de su amigo ahora le incomodara y lanzó una mirada furibunda a Max.

—Te dije que...

Un ruido cortó en seco sus palabras. Desde una de las cinco puertas, comenzaron a escuchar el mismo sonido que haría la de cualquier portería de un edificio al ser abierta desde el interfono. Los cuatro se miraron y con el corazón encogido, comenzaron a correr antes de que esta se desconectara. Max fue el primero en llegar, puso la mano sobre el metal y empujó con energía. Los cinco entraron a la carrera de forma atropellada, tropezando los unos con los otros. Estaban dentro, pero ahí solo había oscuridad. La puerta se cerró con brusquedad a sus espaldas y dieron un respingo ante el golpe que esta produjo. Salva se acercó hacia la misma y tiró de la maneta en repetidas ocasiones, justo antes de darse cuenta de que le resultaría imposible abrirla.

—Eh, tíos. ¿Qué mierda es esta? ¡¡No puedo abrir la puerta!!

Julio corrió hacia él y lo intentó también, de nuevo sin éxito. Habían quedado encerrados y no veían nada. La temperatura de sus cuerpos comenzó a ascender de forma notoria tras el paso de los segundos. Hacía un calor infernal ahí dentro y la tensión no ayudaba demasiado. Sus instintos reaccionaban de forma natural, con la misma intensidad con la que

responderían si se hubieran perdido en el bosque y se hallaran frente a un enorme oso pardo que les observara en actitud desafiante.

Retrocedieron lentamente sobre sus pasos hasta que sus espaldas quedaron todas ellas pegadas contra la pared y fueron juntándose hasta quedar completamente pegados los unos a los otros, a la espera de que algo más sucediera a continuación.

Pasados, no obstante, unos segundos de tediosa incertidumbre, comenzaron a acostumbrarse a la penumbra del lugar. Fue entonces cuando se percataron del sonido ambiental que tenía su origen en unos altavoces que había instalados en algunas esquinas de la estancia. Simulaba una especie de tormenta, como si se hallaran en medio del bosque y solo pudieran escuchar el agitado silbido del viento y el trémulo movimiento de las hojas.

Una interferencia irrumpió sin que hubieran esperado nada parecido. Se esparció por la sala como una neblina, lenta, introduciéndose hasta el más recóndito recoveco de la misma. Acto seguido, tras apoderarse de toda su atención, el sonido dio paso ahora a una voz nítida, perfectamente distinguible, dotada de una frialdad escalofriante que les traspasó incluso la piel. Era una voz distorsionada, alterada digitalmente con el único y firme propósito de ocultar la identidad de su emisor.

—Bienvenidos, chicos. Veo que, al menos, uno de vosotros ha cumplido con mis expectativas. Sabía que no me equivocaba al escoger quién os llevaría hasta mí. Estoy muy orgulloso de ti, Máximo. Pero, ahora, ya no hay vuelta atrás. Sé que sois los mejores, pero no los únicos —hizo una leve pausa antes de continuar—. Por fin ha llegado el día de demostraros que no tenéis ni la menor idea de lo que es un verdadero juego de escape. No sabéis lo que significa enfrentarse a una auténtica experiencia en vivo. Una que desafiará vuestra mente, vuestro ingenio y obviamente, también vuestra vida.

Continuaron en silencio, atentos a aquella voz con la sensación de que algo mucho peor les esperaba tras su estudiado discurso. Seguían arrinconados contra la pared. No tenían escapatoria y la sala ahora les producía un miedo atroz, como si esta tuviera la capacidad de personificarse. Desde su posición no distinguían ni una sola puerta más aparte de la que había a sus espaldas, cuya maneta seguían forzando sin dejar de mirar a todos

lados al mismo tiempo. No diferenciaban bien las paredes, ni tampoco lo que había a su alrededor. Todo estaba demasiado oscuro y ninguno se atrevía a mover los pies un solo centímetro.

—Lo que vais a vivir a continuación no podrá compararse a lo que hayáis podido vivir hasta hoy. Aquí no hay tiempo. Me da igual cuándo entréis y también cuándo salgáis. Si es que lo hacéis. Eso ya dependerá de vosotros, y también del resto de grupos. Como os he dicho, no estáis solos. Vuestros errores afectarán a los demás, así como también, los suyos pueden perjudicaros. Es un trabajo de... equipo. Me he adueñado del concepto *Escape Room* y lo he elevado para darle un sentido... ¿como diría...? —dijo añadiendo especial énfasis a la entonación—. Más íntimo y personal. Sí, eso es.

»Hoy conoceréis vuestro límite y solo si conseguís superar vuestros propios miedos, lograréis eso que tanto os gusta... Escapar. De todos modos, nadie se hará responsable de lo que suceda aquí dentro. Nadie sabe dónde estáis y habéis mantenido el mensaje tan secreto, que nadie sabe siquiera la existencia de este lugar. Así pues, tan solo puedo añadir una última cosa al respecto... ¡Suerte!

Aquella última expresión resonó entre las paredes, ensordeciéndoles al rebotar una y otra vez sin cesar. Jamás esa misma palabra les inspiró el temor que les provocó en esa ocasión. Seis únicas letras que en un universo paralelo servirían de apoyo, de impulso. Sin embargo, en ese en el que se encontraban ahora, separados del exterior apenas por un muro de ladrillo y hormigón, se convirtieron en un presagio de lo que estaba a punto de suceder, el augurio de sus peores pesadillas. Se retorcieron, conscientes de haber tomado la peor de las decisiones y descubrir así que ya no tenían escapatoria. Pero fuera quien fuese el que se escondiera tras aquella pantomima, por lo visto no había terminado todavía. Una especie de risa diabólica arrancó con debilidad y fue creciendo de intensidad, lo cual, al pasar digitalmente por un distorsionador de voz, sonó todavía más aterradora.

Una luz tenue les permitió descubrir un poco mejor la estancia en la que se encontraban. Seguían confinados contra la pared, a la espera de poder reconocer cualquier objeto o lo que fuera que pudiera haber a su alrededor. Amaya fue la primera en reaccionar y su grito se elevó al momento, incluso

sobreponiéndose al sonido de los altavoces.

—¡¡Joder!! —exclamó Julio en el mismo tono que su hermana—. ¡¡Es un jodido ataúd!!

Los otros dos dirigieron la vista hacia el fondo de la sala —tras descubrir que esta era rectangular— y, efectivamente, vieron lo mismo que había aterrorizado a los dos hermanos: Sobre una especie de altar de mármol, un oscuro ataúd reposaba impasible.

El sonido de fondo cambió y la tormenta de viento regresó, envolviéndoles por completo. Sin embargo, el sonido producido por una especie de riachuelo le confería ahora un aspecto todavía más lóbrego e infernal a la sala.

—¡¡Eres un maldito estúpido!! ¡¿Dónde narices nos has metido?!

Amaya se abalanzó sobre Max, le sujetó por la pechera de la sudadera y lo zarandeó con los ojos enturbiados por el terror y la rabia.

—Es un jodido ataúd, Max, ¡¡un ataúd!!

Salva se pasó una mano nerviosa por el pelo y Julio agarró a su hermana por la cintura para separarla de Max, que recibió el impacto de sus manos sin hacer un mínimo intento por detenerla. Se hallaba sumido en una especie de trance, un shock inesperado, un letargo del que tenían que sacarle antes de que fuera demasiado tarde y la culpabilidad se hiciera con el control de su voluntad. Les había abocado directos a un lugar del que no tenía ni la menor idea si lograrían salir. Y todo por unas estúpidas monedas, por un estúpido mensaje.

—Eh, ¡¡EH!! —gritó Salva, haciéndose oír por encima de los demás—. Estamos todos metidos en esto, ¡¿vale?!

Amaya seguía mirando a Max con rabia contenida y apretaba los puños a lado y lado de su cuerpo, mientras que Julio continuaba asiéndola por la cintura. Salva se colocó entre ambos bandos, tratando por todos los medios de sosegar y calmar a sus amigos, pues necesitaban mantener todos los sentidos activos si pretendían lograr escapar de ahí.

—A ver. Debemos encontrar una manera de salir, ¿estamos?
—Aguardó en silencio una respuesta que no llegó—. Y tenemos que hacerlo entre todos. No nos pasará nada si permanecemos juntos. Es un juego. No pueden matarnos.

Sin embargo, su voz no transmitía la convicción que el resto necesitaba oír.

—Salva, ¡un ataúd! ¡¿Acaso necesitas más pruebas?! —reprochó Amaya en tono agudo.

—¡Todavía no hemos comprobado si está vacío! Ha dicho que esto era una nueva modalidad de *Escape Room*, ¡no-pueden-matarnos!

—Espero que tú sí que creas en tus propias palabras porque te juro que ninguna de las salas que hemos pisado hasta ahora me ha dado tan mala espina como esta —sentenció Julio en un tono muy distinto al de su hermana, afilado con la precisión y detalle de un puñal ponzoñoso.

—Max, tú nos has metido en esto. Comprueba que esté vacío. Solo de ese modo sabremos a qué nos enfrentamos realmente.

—¡¿Estás loco?! —exclamó al fin, rompiendo su silencio por primera vez desde que habían cruzado la puerta—. ¿Y si hay un muerto?

—¡No lo sabremos hasta que lo compruebes!

—No, no y no. No pienso hacerlo. ¡No voy a profanar una tumba!

Estaban demasiado alterados y sus cuerpos se estremecían, empapados en un sudor frío, casi escarchado. El lugar, a pesar de que ahora contaba con algo más de luz, continuaba sumido en una neblina y oscuridad, capaz de ponerle la piel de gallina incluso al más osado.

—Máximo —dijo Salva en un tono ahora mucho más duro y severo—. Hazlo.

Ya no había dudas, ni apenas amistad en su voz. Era una orden y Max supo que no tenía escapatoria. Él les había metido en aquel embrollo y como fuera, tenía que encontrar el modo de salir de forma segura cuanto antes.

Les observó una última vez y percibió a la perfección el terror en sus rostros. Ninguno de ellos sabía a lo que se enfrentaba, aunque temían que poco tendría que ver con los lujos de un palacio. Tenían muy claro que alguien estaba jugando con ellos, aunque no hallaran un motivo con el respaldar tal conjetura.

Al final, Max dio un primer paso. Se sumieron en un silencio que les taladraba el cerebro y les alteraba las terminaciones nerviosas. Estaban realmente asustados y el sonido ambiental no ayudaba a que sus cuerpos se relajaran sino todo lo contrario, aquel silbido, acompañado del incesante murmullo de la corriente de agua, resultaba una mezcla terrorífica. Daba la sensación de que, sin saber cómo había ocurrido, se hubieran perdido en medio de una selva, aquella clase de silencio en el que lo que menos encuentras es precisamente eso, silencio. Producía una sensación casi imposible de emular de forma artificial, una en la que el mínimo crujido te paralizaba, te ponía en guardia y te aceleraba el pulso. La Selva era uno de los pocos lugares en el mundo capaces de hacerte enloquecer tan solo con los ruidos que de ella emanaban. Tenía la virtuosa capacidad de absorberte, de lograr que miraras donde mirases, te sintieras observado, aunque creyeras estar solo.

No era la primera vez que probaban un juego de terror en vivo, pero siempre que se habían adentrado en una de esas salas, lo hicieron conscientes de que no era más que eso, un lugar donde ponerse a prueba y salir con las pulsaciones por las nubes después de lograr resolver una serie de enigmas mientras unos actores se encargaban de dificultar dicha tarea. Pero ahora, la sensación era completamente distinta. No sabían hasta qué punto aquello era real o un simple montaje y tal vez, todavía quedara en ellos una mínima esperanza de que todo formara parte de una curiosa estrategia de publicidad para una nueva sala de escape en la ciudad. Pero sus cuerpos reaccionaban de un modo totalmente distinto y desconocido por ellos.

Dio un paso más. En ese instante un leve cosquilleo se instaló en la parte trasera de su nuca, se esparció por su pecho y se intensificó, irradiando hacia el resto de extremidades. El ataúd era regio y real y algo le decía que no lo encontraría precisamente vacío. No era la primera vez que encontraban uno en una sala, pero nunca antes tuvo la certeza de que iba a haber algo en su

interior. Sin embargo, en esta ocasión todo era muy distinto y su corazón, frenético y desacompasado, creía a pies juntillas lo mismo que él.

Se quedó paralizado a escasos centímetros del mismo. Si llevaba las manos hacia él, podría abrirlo sin ningún tipo de problema, pero no quería hacerlo. Giró por última vez la cabeza en dirección a sus amigos, que seguían arrinconados contra la pared. No se movían ni un solo centímetro, ni siquiera respiraban. Le observaban temerosos de lo que pudiera suceder a continuación y la tensión se acumulaba en sus rostros, pudiendo percibirse incluso en la penumbra. De hecho, Max se percató de que Salva mantenía una posición de defensa, la misma que había entrenado durante los últimos diez años de su vida sobre un tatami.

Puso la mano sobre el ataúd y sintió una especie de calambre en la punta de los dedos. La madera estaba fría. Su tráquea atenazaba con fuerza, como si quisiera prohibirle la posibilidad de continuar inhalando oxígeno. Cerró los ojos un instante y llevó la otra hacia la madera de roble. Era casi tan oscura como sus peores temores.

Colocó los dedos sobre la misma e hizo un poco de presión, antes de tirar con firmeza hacia arriba. De pronto, un surtidor de humo se disparó y en apenas un par de segundos, la habitación quedó inundada de una névea y cegadora bruma.

—Max, ¿qué has hecho? —gritó Amaya a un par de metros de distancia, justo en el mismo lugar en el que seguían inmóviles.

—No lo sé —resolló.

CAPÍTULO 13.

Se fijó en el interior del ataúd, en el que nada despuntaba todavía. Lo abrió un poco más, sosteniendo con firmeza la madera, ahora a la altura de la cabeza. Escucharon un ruido extraño, como si acabara de activarse algún tipo de turbina que hizo que el humo desapareciera en una tupida e incorpórea columna a través de unas rejillas que había instaladas en el techo. Lo encontraron realmente alucinante, un efecto que no habían visto nunca antes y que les llevó a pensar que aquello iba realmente en serio.

Bajó de nuevo la cabeza y fue entonces cuando lo vio. No pudo evitarlo y retiró las manos de la madera con violencia, provocando que esta cayera al suelo causando un fuerte estruendo.

—¡Joder! —gritó.

Corrió hacia atrás hasta darse de espaldas con sus amigos.

—¿Qué pasa?! —gritaron Salva y Julio al unísono.

—¡Hay un maldito esqueleto ahí dentro!

Nadie supo qué añadir a tan disparatada respuesta, aunque se resistían a dejar de creer en las posibilidades de que aquello no fuera más que un artificio —aunque de muy mal gusto—. Debían comprobarlo con sus propios ojos si querían saber hasta qué punto lo era, o no. Max, sin embargo, parecía realmente afectado y no daba grandes muestras de querer verificarlo por sí mismo.

—Tíos, tenemos que salir de aquí cuanto antes —añadió con voz trémula.

—¿Crees que no lo hemos intentado?! ¡La puerta está bloqueada!

Se retaron durante unos instantes de firme tensión. Estaban vendidos y ninguno de ellos sabía cuál sería su suerte.

—A ver, pensemos con claridad. Necesitamos calmarnos —resolvió

Amaya, en un tono analítico que ni ella misma sabía de dónde nacía.

—No hay nada que pensar, May. Estamos encerrados... como ratas.

—Llorar no nos va a servir de nada —dictaminó con un gesto frívolo.

Como si no hubieran tenido suficiente todavía, la habitación se sumió ahora en un imperativo silencio que pudo cortarles incluso la respiración. Resultaba tan exultante como turbador. Ya no se oía la brisa, ni las hojas, así como tampoco se escuchaba el murmullo del riachuelo que no había dejado de acompañar sus temores. Una pantalla emergió de la nada desde una de las esquinas y descendió lentamente desde el techo, tras abrirse una ranura, imperceptible para el ojo humano. La pantalla estaba borrosa, como los televisores antiguos cuando no lograban sintonizar un canal. Daba verdadero pavor. Volvieron a tensarse a la espera de lo que pudiera suceder a continuación. Tenían la vista clavada en la pantalla, aunque todos sus sentidos se mantenían en alerta. Entonces, esta se tornó negra y apareció la primera imagen. Era una calle. Los chicos se contemplaron con una expresión dubitativa antes de centrarse de nuevo en ella. Era el callejón trasero de uno de los bares que solían frecuentar. Amaya apareció en escena, sonrojada y con evidentes muestras de haber tomado algo más que una sola cerveza. Se reconoció pero no articuló palabra. Salva fue el siguiente en aparecer.

—Oh, no... No, no, ¡no! —gritó la chica en dirección a ninguna parte—. ¡¿Quién coño ha podido grabar esto?! ¡Apagad el maldito televisor!

Salva se acercó hacia ella, que ahora aguardaba con la espalda apoyada contra una pared de ladrillo, parcialmente cubierta de hiedra. Llevaba puesto un sugerente vestido negro y unos zapatos de tacón que la hacían crecer unos diez centímetros por lo menos. Todos reconocieron aquel look al instante, fue la noche de su cumpleaños, tan solo un par de meses atrás.

—¿Qué es eso? —preguntó Julio, receloso de lo que veía.

Lucas apareció también en escena, al fondo del callejón. Así pues, Salva, para evitar que el chico pudiera descubrirles, se aproximó hacia el cuerpo de su amiga y le tapó la boca con la mano para que no pudiera decir nada. Sus respiraciones se intuían excitadas incluso desde la distancia y se

distinguía a la perfección el ritmo frenético de sus pulsaciones. Lucas, desde el fondo, miró a un lado y a otro de calle pero no pareció verles, por lo que regresó de nuevo al interior del establecimiento. Permanecieron durante unos instantes más en esa misma posición. Sus pechos subían y bajaban impetuosos. Salva, ahora con la cabeza hundida en el cuello de la chica, acercó los labios hasta su oído y susurró algo junto al mismo que pareció hacerle gracia a su amiga.

—¡¡Apagad eso, joder!! —gritó de nuevo la chica, con los ojos enrojecidos por la ira.

Salva, que seguía sin pronunciarse al respecto, observaba la pantalla con el rostro desencajado y macilento. Su expresión resultó indescifrable cuando se giró con brío y le sostuvo la mirada a Max, que la aguantó estoicamente a pesar de sentir que su sangre se había congelado. Sin embargo, era Julio el que peor lo estaba llevando. Ver a su hermana y a su amigo en aquella postura tan íntima le revolvió las tripas, mientras sus puños aguardaban cerrados a lado y lado de su cuerpo.

—Mierda... ¡Mierda! —Amaya se llevó una mano a la frente y a continuación, golpeó la pared con fuerza.

Sus miradas, en la pantalla, se encontraron en la penumbra de la noche, iluminados apenas por el haz de luz de una tenue farola. Entonces, tras unos segundos en los que sus ojos desprendían un destello muy peculiar del que ninguno de ellos había sido nunca consciente, sus labios se buscaron con deseo. Las manos de Salva recorrían el cuerpo de su amiga con deleite y avaricia mientras que ella, ajena a todo cuanto les rodeaba, se dejó hacer.

—¡¿Quién coño estaba grabando eso?! —escupió, totalmente fuera de sí. A continuación se dirigió a Max—. ¡Esto es por tu culpa! ¿Qué clase de perturbado lo ha hecho, eh? Como mínimo, ¡sal y da la cara, gilipollas narcisista! —gritó de nuevo, esta vez al aire.

Max, en cambio, apretó los labios pero nada de aquello era suficiente para evitar que continuara percibiendo la mirada furibunda de sus amigos.

—Julio, te juro que tiene una explicación —prosiguió Salva, ahora en dirección al tercero.

—¿Una explicación? —respondió airado—. ¡Es mi hermana!

—No pasó nada entre nosotros, ¿vale? Tan solo fue un beso tonto.

—¿Te parece eso un simple beso?! —recriminó de nuevo sin dejar de señalar a la pantalla, donde la escena iba subiendo de tono por segundos. Salva deslizó con suavidad la mano sobre el muslo de la chica, ascendiendo complaciente bajo la fina tela del vestido de noche, ajeno a cualquier otra cosa que no fuera el tacto de su piel.

—Oh, vamos. ¡¡Apagad eso de una maldita vez!! —volvió a gritar ella, totalmente fuera de sí.

Como si alguien obedeciera a sus súplicas, la pantalla se apagó, quedándose ahora sumida por completo en la oscuridad. Acto seguido, y tras unos segundos en los que una vez más, el silencio se apoderó de la estancia, fueron apareciendo en ella una serie de letras parpadeantes en un intenso color rojo brillante, como si alguien las tecleara una a una en un ordenador que quedaba fuera de su alcance.

Primera regla de la amistad:

La confianza.

CAPÍTULO 14.

Nadie se atrevió a moverse, ni tampoco a añadir nada durante unos instantes. Todos sopesaron el peso de aquella afirmación en su fuero interno, buscando todo tipo de recuerdos que pudieran dar fe de una premisa tan cierta.

—¿Desde cuándo te acuestas con mi hermana? —inquirió Julio, rompiendo el silencio, con los dientes apretados y el rostro desencajado.

—¡No me he acostado con tu hermana!

—¿Y pretendes que te crea después de lo que acabo de ver?

Salva le dedicó una mueca cargada de profundo odio y tensión. No podía negarlo, no podía mentirle y decirle que aquella noche se hubiera metido en la cama con Amaya de no ser porque ella lo detuvo todo a tiempo.

—Joder, ¡¿y tú te consideras mi amigo?! ¡Eres un farsante! Un amigo no se acuesta con tu hermana, ¿me oyes?

—¡¡Que no nos hemos acostado!!

—¿Tú lo sabías? —espetó, esta vez en dirección a Max.

Este último, sin embargo, observaba la escena en completo silencio, ajeno a todo lo que estaba sucediendo entre los tres. Contemplaba a cada uno de sus amigos mientras trataba de encontrar algún tipo de explicación lógica a aquel sinsentido en el que se había convertido aquello. Amaya deambulaba sin rumbo, con una mano en la cabeza y la otra en la cintura, en una pose que no reconocía en ella. Julio y Salva estaban enfrentados, cara a cara, desafiándose sin piedad.

—¿Y tú no piensas decir nada? —replicó, esta vez en dirección a su melliza.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de con quién me meto o dejo de meterme en la cama? —respondió con el mismo veneno que el colmillo de un basilisco.

—Tal vez a mí no tengas que dármelas, pero quizá Lucas tenga algo que opinar al respecto, ¿no crees?

—¿Acaso Lucas está encerrado en esta habitación?

Aquella respuesta los dejó a todos en un absoluto fuera de juego. Estaba irreconocible y nada quedaba ahora de la chica dócil y sensata que siempre les había acompañado a todos sitios. Ella solía ser la voz de la cordura, del respeto y del orden, ¿qué era lo que había pasado para que cambiara tanto de la noche a la mañana? ¿Cuántas caras podía ocultar una misma persona?

—No te reconozco —respondió en un murmullo.

—Qué pasa, ¿es que acaso tú nunca te has equivocado?

Nadie, a excepción de Max, se dio cuenta del impacto que aquellas palabras tuvieron en Salva. Sin embargo, el chico las recibió sin añadir nada al respecto, mientras su nuez subía y bajaba en un movimiento casi imperceptible.

—¡Eh! —gritó Max, harto del cauce que estaban tomando los acontecimientos—. ¿Os queréis callar de una maldita vez?

Los tres se giraron en su dirección, alarmados por el tono imperativo utilizado.

—¿Es que no veis que están jugando con nosotros? —añadió de nuevo, haciendo un gesto con la mano, hacia todo lo que había a su alrededor—. Julio, que yo sepa, tu hermana es libre de hacer lo que le plazca con su cuerpo y tú, Salva, deberías habérselo dicho a Julio, aunque solo fuera por respeto.

—Ah... ¿Acaso soy yo el único que debería de haberle contado algo a su amigo? ¿Y lo dices tú, Max?

El golpe de Salva fue certero y precioso, demasiado incluso. Max no sabía de qué narices hablaba y sin embargo, supo que no le faltaba razón. Los otros dos implicados volvieron a sostenerse la mirada y como si ese simple gesto les molestara, apartaron la vista de golpe. Amaya, ahora mucho más

distante, aguardaba en silencio a un par de pasos del resto, contemplando la escena con el rostro ensombrecido.

—A ver, pensemos, ¿vale? Os necesito a todos. Nos necesitamos todos... —puntualizó Max, mirando a los tres, de uno en uno, con una mueca de especial súplica cuando cruzó sus ojos con los de Salva.

—Todo esto es culpa tuya —aseveró la chica con mordacidad, todavía irreconocible—. Nada de esto habría sucedido si no te hubieras comportado como un crío fácilmente manipulable.

—Muy bien, Amaya. Gracias por tu aportación —respondió sarcástico y mordaz—. Y, ahora, si me disculpas, estoy tratando de encontrar un modo de escapar de este tugurio, ¿vale?

La chica le obsequió con un inapropiado corte de mangas pero no respondió nada más. Así pues, tras unos instantes de incómoda vacilación, Max decidió continuar con sus pensamientos en voz alta.

—Tenemos una sala más o menos cuadrada, con una sola puerta cerrada desde el interior. No hay botón del pánico y tenemos un ataúd con un esqueleto dentro...

—Que todavía no sabemos si es real o no —puntualizó Salva, cortando la explicación.

—Tienes razón. Todo a su tiempo, ¿vale? Primero: tratemos de ordenar y descubrir todos los elementos que tenemos a simple vista. Tal y como siempre hacemos.

—¿Todavía crees que esto no es más que un simple juego? ¿Acaso no ha quedado claro que nos tienen controlados desde hace tiempo? —añadió Amaya, señalando con una mano la pantalla que quedaba a sus espaldas, ahora sin ninguna imagen a la vista.

—Sea un juego o no, debemos encontrar el modo de salir de aquí dentro. No sé quién se esconde tras todo esto pero sí, algo me dice que están jugando con nosotros. Y yo no soy la marioneta de nadie. Así pues, vayamos al lío y salgamos de aquí cuanto antes. ¿Habéis visto algo más, aparte de lo que ya he mencionado?

Los cuatro observaron la sala con mayor atención. Fue en ese preciso instante cuando se dieron cuenta de que el sonido ambiental había regresado y ahora, el murmullo del agua emergía de los altavoces por encima de la brisa simulada. Como si quisiera decirles algo que ellos no atinaban a descubrir.

—No parece que haya nada más de lo que podamos echar mano...
—añadió Julio, esta vez en un tono mucho más sosegado.

A pesar de la pequeña refriega que habían protagonizado y que por suerte, Max detuvo a tiempo, parecía que todos estaban de acuerdo en querer encontrar cuanto antes una salida.

Pasado pues el temor inicial, ahora ya no les quedaban más alternativas que apoyarse y seguir adelante. Sin embargo, la reticencia a hablar entre ellos continuaba estando presente, sobre todo entre Julio y Salva. Max, ajeno a ello, volvió a acercarse al ataúd y esta vez, contempló el esqueleto con atención a través de la penumbra, lo que le dificultaba en gran medida la tarea. No estaba seguro de que este fuera real o no pero, en caso de no ser así, lo parecía. Estuvo tentando de meter la mano y tocarlo, sin embargo, se dio cuenta rápidamente de que daba igual que lo hiciera o no pues jamás había tocado un hueso de verdad, por lo que no importaba de qué material estuviera hecho porque tampoco llegaría a estar seguro de su veracidad.

Parecía envejecido, de un color cetrino y manchado, como si se hubiera deteriorado con el paso del tiempo. Estaba cubierto por una vestimenta impersonal, pero había algo en ella que la hacía reconocible, como si ya la hubiera visto antes. Se acercó todavía más, tanto que su barriga entró en contacto con uno de los laterales del ataúd. Dio un leve respingo ante el inesperado contacto y después, se acercó de nuevo. Desde esa posición podía abarcar mejor el interior de la caja. Tan solo se había visto en una situación parecida a esa una vez en su vida y llevaba años tratando de borrar ese recuerdo de su memoria. Se obligó por tanto a no pensar en él y se fijó de nuevo en lo que tenía delante, de la forma más objetiva que le resultara posible. Desde ahí alcanzaba a verlo todo, pero no había nada que llamara su atención en especial. Nada que brillara, ninguna rendija de la que poder extraer información.

—Chicos, es un simple esqueleto. Aquí no hay nada más.

—¿Es de verdad? —inquirió la chica desde la otra punta, con la vista puesta en el suelo, como si siguiera alguna especie de línea que él no podía ver.

—No lo sé. Pero no creo que sea relevante... Debemos encontrar algo más. Lo que sea. Una inscripción, un objeto, una pista...

—Creéis que si pedimos una pista, ¿nos la darán? Si en realidad es un juego... entiendo que deberían hacerlo, ¿no creéis?

—Julio, dudo mucho que sea ese tipo de juego. No tiene nada que ver con lo que estamos acostumbrados. Quieren que actuemos diferente, que pensemos diferente.

Decidieron separarse y cada uno se dirigió hacia uno de los rincones de la sala y comenzó a examinarla con toda la atención puesta en cada elemento que pudiera resaltar respecto del resto. Siempre solían actuar de ese modo. Eran silenciosos y muy diligentes en la observación de las salas, hasta que tenían detectadas todas las posibles pruebas, candados y aperturas secretas. Después, los nervios se hacían con el control de la situación y todo era distinto y en ciertas ocasiones, incluso cómico.

—No hay nada. Todas las paredes son lisas y oscuras. No hay hendiduras ni rejillas.

—El suelo tampoco parece esconder ninguna baldosa falsa.

Continuaron examinando todo lo que había a su alrededor en silencio, rompiéndolo únicamente para compartir lo que iba llamándoles la atención. No había ni rastro de candados lo cual, también les extrañó. Durante los últimos meses, la tendencia de muchas salas había sido la de eliminar el máximo número posible de candados, pero todavía no habían tenido ocasión de llegar a una en la que no hubiera ni uno solo.

—Eh, chicos. Mirad esto. —Max observaba de cuclillas la parte superior del sarcófago, ahora apoyada en el suelo—. No tiene ninguna cruz.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Salva, desconcertado por

aquel breve inciso al que no encontraba sentido.

—Los ataúdes suelen llevar una cruz cristiana, forma parte del rito. Pero aquí no hay ni rastro de ella. Esto no tiene nada que ver con la religión.

—No te sigo... —insistió de nuevo.

—Podríamos descartar el elemento cristiano... o bien, prestarle atención. Es algo más de lo que teníamos hasta ahora, ¿no?

No quería que le tomaran por loco, él lo veía claro pero, si los demás opinaban lo contrario, volverían a encontrarse sin nada a lo que agarrarse. La ausencia de aquella cruz era el hierro candente al que él debía aferrarse, aunque se quemara la piel con ello.

—De acuerdo. Trata de encontrar alguna explicación lógica; los demás, seguid buscando cualquier cosa. Lo que sea.

Ninguno se opuso a la orden de Salva y el sonido de sus propios pasos volvió a resonar por la estancia. Era imposible que ahí dentro pudiera crearse eco y sin embargo, por alguna especie de efecto de sonido muy bien logrado, este se producía. Actuaban de forma sigilosa, con temor a mover o a tocar cualquier cosa que pudiera desatar algún mecanismo que les pusiera en una situación de riesgo sobrevenido.

Max continuó examinando el ataúd, ahora sin reparo ni contemplaciones. Estaba seguro de que en él encontraría algo más, algo importante, y que no podía tratarse de una mera coincidencia. Deslizó el dedo por todo el borde inferior del mismo, en busca de algún saliente o agujero. Se agachó un poco más y observó la parte inferior del sarcófago, pero tampoco había nada.

Se puso en pie, decepcionado, y volvió a inclinarse sobre el armazón de huesos, aparentemente intactos. Los recorrió con la vista, uno por uno, mientras buscaba qué relación debía existir entre la ausencia de cruz y el resto de la sala. Dejó que su mente vagara por los recuerdos de algunas clases de religión que había dado en el colegio. Max nunca fue un alumno modelo y mucho menos, en lo que a esa asignatura se refería. Pero estaba seguro de que en algún recóndito lugar de su memoria, debía continuar almacenado algún dato del que pudiera echar mano. No obstante, salvo la historia de Adán y

Eva, no lograba recordar nada más.

Fue justo en ese preciso instante cuando su rostro se iluminó ante la inesperada revelación. Adán y Eva. De eso se trataba.

—¡No me lo puedo creer...!

Los otros tres se giraron, sorprendidos ante el repentino arrebató de su amigo.

—¿Qué pasa? ¿Qué has encontrado? —preguntó Julio, acercándose a él.

—Adán y Eva.

—¿¿Cómo?! —inquirió de nuevo, sin poder seguir el curso de sus cavilaciones.

—Las costillas. Se supone que Dios le sacó una costilla a Adán para crear a Eva, ¿verdad?

—Algo así recuerdo, sí... Pero no te sigo —continuó Amaya que, al igual que sus compañeros, se había acercado con cuidado hasta el lugar donde estaba Max, muy cerca de aquel montón de huesos al que nadie quería poner una mano encima.

—Las costillas. Debe de haber algo en las costillas.

Ninguno de los otros tres respondió, tal vez con la intención de no desanimar al otro o quizá, por miedo a que sus cábalas fueran ciertas.

Max se inclinó sobre el esqueleto y comenzó a inspeccionar las costillas una por una. Las tocó, ahora sin miedo, y trató de buscar en ellas alguna inscripción, mancha o lo que fuera que pudiera darle la razón. Pasó los dedos sobre ellas, por debajo, recorriéndolas con especial lentitud, como si se tratara de una lectura en braille a la que necesitara prestar su total atención. Entonces, cuando ya estaba a punto de darse por vencido, al pasar los dedos sobre una de las últimas costillas del lateral izquierdo, esta se movió ligeramente de forma sospechosa. Alzó la vista hacia sus compañeros pero no dijo nada. Los tres se acercaron todavía más, ahora conscientes de que tal vez su amigo no fuera tan mal encaminado, y contuvieron la respiración ante su

próximo movimiento. Max, con suma delicadeza, trató de separarla por la parte en la que esta se había movido de forma casi imperceptible. Entonces, tras un par de leves y suaves movimientos, la costilla al fin se separó.

Tragó con ciertas dificultades y contempló a sus amigos con incredulidad. Todavía sostenía la mitad de la costilla entre los dedos, en ristre entre las cuatro cabezas, que la analizaban con el mismo pavor que se observaba la cuenta atrás de una bomba a punto de detonar. Tal vez aquella fuera la suya.

Al final, a pesar de que no hubiera ni un solo contador en la sala, Max se apresuró a estudiar esa media costilla antes de que el paso de un minuto más pudiera significar el inicio de algo todavía peor.

—¿Ves algo? —preguntó Amaya con impaciencia.

—¿Por qué no dejas que primero pueda mirarlo?

La chica mostró un mohín de desprecio a su hermano tras su lacónico comentario. La inquina entre ellos era todavía demasiado palpable.

—¿Es que tienes que controlarlo todo? —contestó, escupiendo las palabras teñidas de veneno.

—Eh... ¡EH! —gritó Max, antes de que su discusión fuera *in crescendo*—. ¿Podéis dejarlo ya?

Para evitar que sus amigos iniciaran una nueva reyerta, movió los dedos de forma apresurada para terminar con aquello lo antes posible. Buscó en el extremo interior, el que hasta ahora había mantenido aquella media costilla empalmada a la otra mitad que todavía continuaba en el cuerpo y se dio cuenta de que dentro, había una especie de papel enrollado, como un canutillo de los que se dedicaban a lanzar en el colegio gracias a los más que conocidos bolígrafos *Bic*.

—Sácalo —instó Salva con premura.

Con la ayuda de las uñas de los dedos pulgar y corazón y con muchísimo cuidado, extrajo el papel enrollado, que no debía de medir más de tres centímetros. Lo desdobló con la misma delicadeza y descubrió con

sorpresa que en él solo había escrita una única palabra:

Aqueronte.

CAPÍTULO 15.

—¿Qué significa *Aqueronte*? —repitió Salva.

Max, inseguro de haber leído bien aquellas letras, lo hizo una vez más, y luego otra. Pero no había ninguna indicación más aparte de esa.

El silencio se vio únicamente entorpecido por el sonido de los altavoces, que ahora parecía mucho más intenso que antes. Era como si el cielo se estuviera preparando para librar una batalla que ellos percibían únicamente a través de sus oídos. El viento soplaba con más potencia y el lejano rumor de las aguas de aquel río llegaba ahora hasta ellos con una nitidez exquisita. Era envolvente y seguramente provenía de uno de aquellos equipos *surround* de última generación. Sin embargo, no eran los sonidos propios de una jungla, por lo menos no una de aquellas que estaban tan acostumbrados a ver en los documentales. Era más bien un sonido de inframundo, como si sumergirte en aquellas aguas pudiera llevarte de cabeza al mismísimo infierno, a una cueva de la que no habría escapatoria. Era como llevar tu entrada al purgatorio en un boleto tatuado en tu propia piel.

Permanecieron callados escuchando las turbias aguas que ahora parecían más agitadas. Se miraron, tal vez a la espera de encontrar en los demás la comprensión de algo que ninguno de ellos alcanzaba a entender pero que, sin embargo, hacía que ahora temblaran de los pies a la cabeza. Eran unos sonidos guturales a los que no estaban acostumbrados.

—¡¡Joder!! —exclamó Amaya con un gesto compungido.

—¿Qué pasa? —preguntaron Julio y Salva casi al unísono.

—¡Quiero largarme de aquí! Esto es una jodida locura y no quiero seguir jugando. —Hizo una pausa, rota únicamente por aquellos sonidos que parecían abrazarles cada vez con más potencia, con la férrea voluntad de dominarles cuerpo y mente—. Si fuera un juego, debería de haber un botón del pánico o un modo de escapar de forma segura en cualquier momento. Es un tema de licencias y legalidad, ¿no?

Ninguno de los chicos se atrevió a rebatir su argumento. Todos pensaban del mismo modo que su amiga, pero habían comprobado la sala durante el suficiente tiempo como para darse cuenta de que ahí no había un botón del pánico, ni nada que pudiera parecersele. Estaban encerrados y aunque su mente intentara hacerse con el control y asegurarles que no iba a suceder nada, lo cierto era que cada segundo que pasaban ahí dentro, sus posibilidades de escapar ilesos disminuían de forma exponencial.

—Debemos continuar buscando, no dejemos que nos venza el miedo.

Sin embargo, hacía rato que Max no lograba articular palabra alguna. Había algo demasiado turbio que no paraba de indicarle que nada saldría bien.

Recordaba haber escuchado esa palabra un tiempo atrás, una única vez. Era un recuerdo vago pero no lo suficiente como para haberlo olvidado. Recordaba también su sonrisa y la mata de pelo rizado de su amigo. Pero aquel recuerdo dolía, y lo hacía con la misma intensidad que si le clavaran miles de alfileres sobre su pecho, apuntando todos ellos al centro de su única fuente de vida. Trató de eliminar la imagen de su mejor amigo del recuerdo y quedarse únicamente con lo que importaba realmente: la información que manejaba su cerebro. Sin embargo, su mente no reaccionaba a sus estímulos como él esperaba y se negaba a desvincular una imagen de la otra. Cientos de libros colocados en estantes envejecidos de la biblioteca municipal y de fondo, la risa silenciada de Bruno, que se aguantaba las carcajadas con visible esfuerzo cada vez que pasaba una de las páginas de aquel libro erótico que, de forma totalmente casual, había caído en sus manos. La bibliotecaria los miraba con recelo, regañándoles desde la distancia por mantener semejante comportamiento, tan infantil e inapropiado.

—Eh... ¡Max!

La voz de Salva logró que este saliera del trance en el que se hallaba sumido. Zarandeo ligeramente la cabeza y trató de recuperar la compostura, aunque la palidez de su rostro indicara que nada podría hacer al respecto, al menos durante unos instantes.

—¿Qué es lo que pasa contigo?

—Grecia —añadió como única respuesta.

CAPÍTULO 16.

Fueron necesarios unos instantes para que todos reaccionaran ante aquella única palabra. Contemplaban a su amigo desde la distancia, de forma prudente, como si la paranoia al fin le hubiera poseído por completo. De nuevo, todas aquellas imágenes volvieron a atormentarle, esta vez en forma de cascada ininterrumpida, un torrente de recuerdos que no podía eliminar de su memoria y que a su paso, producían heridas que ya nada podría hacer por sanar. Se agachó con ambas manos presionando sobre las sienes. Se negaba a continuar escuchando aquellos sonidos de fondo que ahora habían adquirido una dimensión diferente. Llevaba casi diez años tratando de eliminar todas aquellas imágenes de sus recuerdos. En concreto, nueve años, nueve meses y nueve días. Las horas dejó de contarlas un tiempo atrás.

Bruno y él nunca debieron arriesgarse ese día y sin embargo, lo hicieron, con la única inconsciencia de dos niños de tan solo catorce años. No tenían miedo, no le temían a nada a pesar de las constantes súplicas de protección que sus respectivos padres profesaban cada vez que cruzaban la puerta.

—¡Máximo! —gritó de nuevo Salva—. ¿Qué narices te pasa?

—Grecia —añadió una vez más, enajenado y distante, como si a pesar de que su cuerpo estuviera ahí, él observara la escena a miles de kilómetros de distancia.

—¿Qué dices, tío?

Los otros tres se lanzaban continuas miradas de estupor, asustados y temerosos de que su amigo estuviera sufriendo algún tipo de shock, algo para lo que ninguno de ellos estaba preparado. Así pues, tras unos primeros instantes de total y caótica incertidumbre, fue Salva el que cogió las riendas de la situación, se acercó hasta su amigo y se agachó frente a él. Esperó durante algunos instantes, contemplándole, y a continuación, colocó una mano sobre su antebrazo, tratando de recuperarle desde donde fuera que

estuviera perdido.

—¿Estás bien? Oye, no te preocupes, ¿vale? —prosiguió sin demasiada convicción—. Si es por nosotros no temas, estamos juntos en esto, no nos pasará nada. Nadie te culpa de ello.

Sintió la penetrante y aguijonada mirada de Amaya clavándose en su nuca, podía percibirla incluso de espaldas, pero su amigo le necesitaba y no iba a permitir que ninguno de ellos se hundiera antes de tiempo.

—Max, te necesitamos.

Aquellas dos palabras le hicieron reaccionar. Max levantó la cabeza, lo justo para encontrarse con el rostro de su amigo, que continuaba de cuclillas frente a él, a la espera de alguna respuesta por su parte.

—No lo entiendes.

Salva sintió la declaración tan incompleta y llena de inseguridad como lo que verdaderamente era: una amenaza. Max, como siempre, iba un paso por delante de los demás y había descubierto algo. Algo que, de ser cierto, seguramente significaba que corrían verdadero peligro.

—¿Qué quieres decir?

—Esto no es un juego, Salva. No podremos salir.

El sonido del agua se incrementó y todos sintieron el peso de la misma sobre sus propios cuerpos, como si acabaran de vaciarles un cubo de agua helada. La única diferencia era que continuaban secos, a la espera de una explicación, conscientes de que si hubieran podido escoger, hubieran preferido la pulmonía que podría haberles provocado el agua helada antes que el sonido que aquel río producía al repiquetear en sus oídos.

—Es un juego de escape, Max, solo que este es distinto a lo que estamos acostumbrados hasta ahora. Nada más.

—No, Salva. Esto no es ningún maldito juego; y tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Qué dices?

Alzó la cabeza y se topó con la expresión interrogante de Salva. No había en ella ni rastro de comprensión. Le escrutaba desde los escasos centímetros que sus rostros mantenían de distancia y Salva fue consciente de que su amigo le estaba diciendo a través de los ojos todo lo que sus palabras no se atrevían a confirmar en voz alta.

—Dime, ¿cuál es la primera premisa de un juego de escape?

—¿Escapar antes de que acabe el tiempo...? Vale que no disponemos de ningún contador, pero... digo yo que deben de estar controlando el tiempo que llevamos aquí dentro.

—Salva, estoy hablando muy en serio. ¿Cuál es la primera premisa de un juego de escape? —repitió con los dientes apretados.

—Observar, analizar, pensar y actuar de forma lógica.

—Vale, ¿y qué más? —insistió, con el rostro desencajado. La oscuridad desdibujaba su habitual expresión, como si ya nada quedara del Max que todos conocían.

—Lo vivido en otro juego no debe servir de fundamento en cada nueva sala en la que te adentras.

—Prueba otra vez.

—Todos las pruebas y enigmas deben ser deducibles a partir de elementos internos de la sala.

—*Touché.*

—¿Cómo?

—Intenta buscar un significado a la palabra *Aqueronte* entre estas cuatro paredes.

—No hay nada en las paredes, ya lo hemos examinado todo. Ni en el suelo, ni tampoco en el ataúd.

—Exacto.

Amaya y Julio observaban la escena desde muy cerca, alternando la

vista de uno a otro sin atreverse a intervenir en aquella conversación que intuían, no acabaría bien.

—Pero tú sí que sabes lo que significa, ¿verdad? ¿Qué es *Aqueronte*, Max?

Cogió aire, inspiró y cerró los ojos durante un par de segundos. Los abrió de nuevo y sin apartar la vista del rostro de su amigo, despegó los labios.

—Grecia —afirmó una vez más antes de hacer una leve y significativa pausa—. Según la mitología griega, *Aqueronte* es el nombre que recibe uno de los cinco ríos del inframundo. Nada en él sobrevive salvo la barca de Caronte, encargada de trasladar a las almas de los difuntos. También es conocido como el Río del dolor. El sonido del agua confirma mis sospechas, me temo.

Escuchaban impertérritos las palabras de su amigo. Entonces, como si alguien siguiera de cerca lo que ahí dentro estaba sucediendo, el sonido de fondo se incrementó un poco más todavía hasta volverse casi ensordecedor. Todo a su alrededor era demasiado confuso. De los altavoces se escuchaban gritos apagados, humanos y animales, así como el rumor del curso que debía de seguir el agua, como si su cauce hubiera incrementado y ahora se tornara más turbio, lleno de remolinos y cascadas. Cientos de voces emanaban de unas aguas que intuían pantanosas, gritando de dolor y suplicando clemencia. Apenas podían escuchar sus propios pensamientos por encima de toda aquella algarabía.

Su cuerpo volvía a someterse, atormentado por todas aquellas imágenes que ahora discurrían a excesiva velocidad por su mente. Las reconocía todas a pesar de su escasa transparencia. Se tapó los oídos y cerró los ojos con fuerza. Sensaciones, miles de emociones distintas le poseían, llevándose a su paso cualquier vestigio de cordura que pudiera quedarle. Su cerebro perforaba todas las paredes de sus cavidades buscando una salida, como si sus propios pensamientos y recuerdos quisieran escapar de su cuerpo o, mejor dicho, como si él quisiera hacerlos desaparecer para siempre.

—¡MAX!

Escuchó el grito de su amigo que imploraba su atención sobre aquellas voces y gritos que a cada segundo incrementaban su volumen. Julio y Amaya también se habían tapado los oídos y la sala ahora parecía mucho más oscura todavía.

—¿Qué quieres decir con todo esto del río? Max, te necesitamos. Eres el único que le encuentra algún tipo de sentido a todo esto... ¡¡Por favor!!

Los gritos resultaban ensordecedores y Max parecía totalmente enajenado. Veía a su amigo frente a él, suplicándole ayuda. No era la primera vez que alguien le pedía algo parecido y aquel recuerdo avivó algunas emociones que creía adormecidas. Él no podía salvar a nadie, por mucho que lo intentara; era un estúpido arrogante que una vez más, se había dejado seducir por el peligro de lo que aparentemente parecía un simple juego.

—¡Máximo! ¿Dónde estamos? ¡¿Qué coño es todo esto?!

—Son las malditas puertas del infierno... ¡y la moneda no es más que el precio de nuestras almas! ¡¡Y solo tenemos dos!! ¿Es que no lo entiendes? —farfulló, sin querer mirar a los otros dos, sabiendo que, de hacerlo, acabaría derrumbándose—. ¡¡Solo dos de nosotros podrán sobrevivir!!

CAPÍTULO 17.

Su grito, desgarrador y potente, resonó por encima de todas las voces. Todos escucharon a la perfección lo que acababa de decir y entendieron lo que significaba, a pesar de que se negaran a hacerlo.

Nada tenía sentido. Era un juego y necesitaban estar seguros de ello. Tenía que ser así. Max escondió la cabeza entre los brazos, sentado y agazapado en el suelo. No se atrevía a dirigir la vista hacia el resto, que seguramente imploraba una explicación. No tenía ningún derecho a hacerles aquello. Se sentía frustrado y abatido pero, sobre todo, se sentía culpable. Todo volvía a repetirse y él era el único que parecía saber que nada de aquello era realmente un juego. Sin embargo, no estaba preparado para responder a las preguntas que seguramente, los otros tres se morían por hacerle.

—Max... eso que dices no tiene ningún sentido. Esto es un maldito juego, estoy seguro —balbució Salva, aunque ni él mismo creía ya en sus propias palabras.

No deseaba levantar la cabeza y encontrarse con la mueca expectante de su amigo. La conocía demasiado bien y sabía que no podría afrontarla con el aplomo que esperaban de él. Max no encontraba el modo de decirles lo que realmente creía, que él pudiera asumirlo no significaba que ellos tuvieran que sufrirlo. Él se lo merecía; ellos no.

Fue Amaya la que esta vez cogió las riendas de la situación. A veces tenía cosas como aquellas, en los momentos más extraños y tal vez los más duros, hacia acopio de todas sus fuerzas y reunía el aplomo que les faltaba a todos los demás.

—A ver, pensemos con claridad —dijo, dando un paso al frente—. No pueden hacernos daño. ¿No veis que es imposible?

Su lado más racional se imponía en la sala, imperante y necesario. Tenía gran parte de razón, pero eso no eliminaba el peligro latente que se

respiraba en la estancia. Estaban vigilados y no había forma de salir. Todos sus sentidos continuaban en alerta máxima, atentos a todos y cada uno de los movimientos, sonidos o vibraciones que emanaban de la propia sala.

—Amaya, solo hay dos monedas... Y nosotros somos cuatro.

Se acercó más a él aprovechando la repentina conexión entre los dos y, al igual que hizo Salva, se arrodilló frente a su amigo.

—¿Recuerdas más cosas sobre la historia de Aqueronte que acabas de mencionar?

Max hizo un gesto de duda e intentó eliminar toda la información prescindible de su mente que no hacía más que entorpecer su pensamiento. Trató de recordar lo que había leído con Bruno en la biblioteca, pues pasaron en realidad más de una semana investigando sobre mitología griega y sus múltiples historias sobre la vida y la muerte.

—Creo que sí... Caronte, según la mitología, era el barquero de Hades, el encargado de transportar las almas o sombras de los difuntos de un lado a otro del río Aqueronte. Pero, para ello, necesitaban un óbolo, una moneda de ceniza, si no recuerdo mal... —Tragó, exhaló un suspiro e intentó continuar con su relato. Creía haberlo olvidado por completo pero, de algún modo, la historia seguía ahí, latente en su memoria, como si la hubiera estado leyendo esa misma semana—. Había dos teorías, creo. Una decía que la moneda se colocaba bajo la lengua del difunto y aquel sería el precio que debían pagar para que Caronte les transportara. La otra decía que se colocaban dos óbolos o monedas de ceniza, uno en cada ojo y, al igual que en la anterior, estas también servían de pago para Caronte.

—¿Qué pasaba si no tenían monedas para enterrar al difunto con ellas y que así, su alma pudiera ser transportada?

—Se decía que las almas de aquellos que no podían pagar, pasaban cien años vagando por la ribera del río Aqueronte. De ahí los sonidos, gritos y súplicas que se escuchaban provenientes de las aguas. Pasados los cien años, Caronte ya podía portearlas sin problemas.

Como si una vez más no estuvieran solos en la sala, los gritos y sonidos de fondo volvieron a incrementar su volumen. Aquellos alaridos

adquirieron ahora una nueva dimensión y encajaban perfectamente con la explicación que acababa de hacer Max sobre la única pista que habían encontrado en la sala. Pero no tenía sentido. Y es que, si lo que les estaban pidiendo era efectivamente lo que él sospechaba, significaba que tal vez tuviera razón y por lo tanto, no se tratara de un simple juego.

En el interior de esa sala, tenían la extraña y perenne sensación de haber perdido la capacidad de percibir el paso del tiempo.

—Tienen que ser las monedas. Todo lo que dice Max tiene sentido. Un esqueleto, dos monedas, el sonido del río, los gritos...

Julio deambulaba agitado por la habitación mientras daba vueltas a lo único que tenían. Si la información era correcta, no existía otra salida que no fuera aquella.

La iluminación comenzó a titilar; se encendía y se apagaba de forma alterna y repetitiva, como la bombilla de un sótano que llevara muchos años en desuso. Los cuatro se miraron para comprobar si alguno de ellos había accionado algún interruptor y aguardaron inmóviles y en absoluto silencio durante unos instantes, hasta que la luz al fin desapareció. Tan solo quedaba una bombilla encendida y esta no era suficiente para alumbrar toda la estancia.

Aquello solo podía significar una cosa: se estaban quedando sin tiempo.

—¿Qué hacemos? —La voz de Salva sonó suplicante y su amigo ya no pudo ignorarla—. ¡No quiero morir aquí, ¿me oyes?!

Amaya colocó su mano sobre el hombro del chico, que ahora subía y bajaba al ritmo de su desacompasada respiración. Se pasó una mano por el pelo y sin que nadie pudiera esperarlo, dio un golpe con el puño contra el suelo. La incertidumbre comenzaba a pasarles factura y pronto empezaría a hacer mella en ellos.

Entonces, como si de repente Julio hubiera caído en la cuenta del detalle más importante, dio media vuelta y se acercó a los otros tres en apenas un par de zancadas.

—Dame las monedas —exigió.

Max, todavía en el suelo, alzó la vista hasta encontrarse con los ojos firmes y decididos de su amigo. Pero no le cuestionó. Metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó del interior las dos monedas, antes de tendérselas al otro. Julio las cogió con prisa y se dirigió con ellas hacia el único punto de la habitación en el que todavía quedaba un poco de luz. Las sostuvo en el aire, una en cada mano, y las examinó con todo lujo de detalle. Le observaron en riguroso silencio, deseando en su fuero interno que hubiera hallado una solución mejor que la que Max temía.

—Es posible... —susurró, más para él que para el resto.

—¿Qué es lo que es posible? —inquirió su hermana, todavía desde una distancia prudente y encogida por el miedo que aquella súbita oscuridad le producía.

—Puede que todavía quede una pequeña esperanza de que, efectivamente, esto sea un juego. Por lo menos en parte, claro.

Los otros dos reaccionaron al instante, igual que lo había hecho Amaya segundos antes. Se tensaron desde su posición y Salva se incorporó, por lo que Max fue el único que quedó ahora en el suelo. A pesar de que una sola pregunta impregnaba el ambiente, ninguno de ellos se atrevió a despegar los labios al fin. Julio continuaba examinando los dos círculos metálicos mientras que la mueca de su rostro cambiaba por momentos.

—Electroimanes —dijo al fin, con una sonrisa triunfal que ninguno compartió con él.

—¿Qué?

—Puede que sean electroimanes y sirvan únicamente para abrir una puerta.

Lo que en un principio recibieron como una locura apresurada, poco a poco se fue fraguando como una idea brillante pero, sobre todo, como la única que podía proporcionarles un ápice de esperanza.

—Has dicho que, según la mitología, se ponía una moneda bajo la

lengua o, en el caso de los ojos, una sobre cada uno de ellos, ¿no?

Max afirmó con un gesto de cabeza.

—Existe la posibilidad de que, si ponemos una moneda sobre cada una de las cavidades del cráneo en las que irían los ojos, logremos desbloquear una puerta, trampilla o lo que sea que pueda mostrarnos cómo avanzar.

Tras aquella breve explicación, que ahora tenía todo el sentido del mundo, todos reaccionaron del mismo modo. Casi de un brinco, se colocaron alrededor del sarcófago de madera, dos a cada lado y contemplaron el esqueleto con detalle. Nada resaltaba en ellos, ni siquiera bajo la luz de sus teléfonos móviles, que usaron a modo de linterna.

—No perdemos nada... ¿no?

La pregunta no sonó precisamente segura sino que tras ella, se escondía un miedo atroz a que la única vía de escape no fuera real.

—Yo lo haré —aseveró Max.

Seguía embebido por aquel sentimiento de culpa que no lograba hacer desaparecer de su cuerpo. Durante aquellos últimos minutos, no obstante, logró detener todas aquellas imágenes que desfilaban por su mente, aquellas con las que llevaba años soñando. Todo se había paralizado y ahora, solo existían las dos monedas y las vidas de sus amigos, que intentaría mantener a salvo a cualquier precio.

Julio le devolvió las dos monedas alargando el brazo por encima del esqueleto. Todos seguían los movimientos con atención, a la espera de lo que pudiera suceder a continuación. Alzó la vista una última vez, sosteniendo una moneda en cada mano y al final, cogió aire, expiró y con suma delicadeza, las colocó en sendas cavidades oculares.

CAPÍTULO 18.

Escucharon un suave “*click*” casi imperceptible cuando estas entraron en contacto con el esqueleto. Los altavoces se detuvieron en seco y el silencio volvió a apoderarse de la estancia. Casi hubieran preferido continuar con ese ensordecedor ruido que les había envuelto durante todos y cada uno de los minutos que habían pasado ahí dentro. No se escuchaba absolutamente nada, como si a su alrededor se hubiera creado el vacío, lo cual, resultaba realmente aterrador.

—¿Lo habéis oído vosotros también? —se atrevió a preguntar Julio, pasados unos segundos de angustiosa indecisión.

—Sí... —respondieron al unísono.

—¿Alguien sabe de dónde ha podido salir el ruido? —musitó Amaya.

Nadie respondió esta vez. No veían nada distinto, ni tampoco pudieron apreciar ningún otro cambio que no fuera ese tedioso silencio que se cernía sobre ellos cual malla eléctrica. Sus estímulos aguardaban expectantes mientras mantenían la vista puesta en todos los rincones a la vez, en busca de una ranura o de cualquier hendidura en la que poder meter la mano y abrir una puerta secreta. Pero todo parecía exactamente igual que antes, como si nada se hubiera movido, desplazado o abierto.

Tras asegurarse de que todavía continuaban solos en la sala y de que nada más sucedía, al fin se atrevieron a separarse. Cada uno de ellos se dirigió hacia una de las esquinas, observando todo con mayor detalle. Sin embargo, la desesperación comenzó increpar su paciencia, que parecía perder fuelle por segundos. Max fue el único que no se movió. Su estómago se contraía, dificultándole la capacidad de discernir con claridad. Cuando jugaba con Bruno solía experimentar algo muy parecido, sobre todo en aquellas ocasiones en las que, a pesar de tener las cosas claras y todas las evidencias indicaban una misma dirección, les costaba encontrar una solución final.

Se dio cuenta de que había pasado muchísimo tiempo desde la última

vez en la que había pensado tanto en su amigo de la infancia como lo estaba haciendo ahora. Lo recordaba casi a cada paso que daban, en cada esquina, en cada elemento. En su palmarés contaba con una gran cantidad de salas de escape jugadas y sin embargo, ninguna de ellas le había llevado a pensar en él hasta ahora. No obstante, la sola y extraña forma en la que se estaban desarrollando los acontecimientos le recordaba sobremanera a su época de adicción a *Chapter*. Aquel juego marcó sus vidas para siempre y ahora parecía que este hubiera regresado sin previo aviso, aunque con demasiada premeditación. Era como si *Chapter* se hubiera fundido con el concepto *Escape Room* en una especie de simbiosis perfecta. Recordó entonces algunas de las palabras del que siempre fue su mejor amigo: Si querían ganar *Chapter*, debían pensar y actuar como lo harían sus propios creadores.

Gracias a esa premisa, salieron airoso en incontables ocasiones. Tantas que ni siquiera las recordaba. Bruno y él lograron ocupar los primeros puestos de su región, a pesar de que ambos eran menores de edad y, en teoría, no estaban autorizados para inscribirse como jugadores. Sin embargo, gracias a la astucia de Bruno, lograron burlar el control parental del juego y se registraron en él como dobles, una de las modalidades que *Chapter* permitía. En esta, los jugadores no podían conectarse si no estaban a menos de diez metros de distancia entre ellos, distancia que los localizadores de ubicación por GPS de sus respectivos teléfonos se encargaban de confirmar.

Al principio, *Chapter* resultó prácticamente un juego de niños al que no encontraron dificultad alguna. El problema vino después, cuando debido a su incipiente popularidad, sus seguidores crecieron y por ende, también el número de participantes inscritos. Se crearon más categorías y el número de jugadores creció hasta alcanzar los cien mil usuarios en apenas unos meses. Aquello, sin embargo, les fue de maravilla, pues el margen previo del que ellos ya gozaban, les sirvió para continuar posicionados entre los primeros. Aunque no fue únicamente debido a ello.

Max nunca destacó en el colegio, a pesar de que todos los profesores afirmaban que poseía capacidades ligeramente por encima de la media. Su principal problema radicaba en que se aburría en clase y que siempre se había mostrado indisciplinado y displicente. No aceptaba órdenes de los profesores ni tampoco reaccionaba a los castigos; estaba ahí porque simplemente, era su

obligación. Bruno, en cambio, tenía un carácter completamente opuesto. Era aplicado, estudioso y obediente, aunque tenía una ligera tendencia a dejarse llevar por Max en todas las locuras que este le proponía. Ahora que lo analizaba en perspectiva, se dio cuenta de que tal vez, aquel fuera un patrón repetitivo en su vida pues, pasados unos años, Salva pasó a ocupar el mismo lugar que un tiempo atrás perteneció a Bruno.

Chapter cambió sus vidas. Se sentaban juntos en clase, por lo que la proximidad de sus dispositivos durante gran parte del día era válida para los servidores del juego. Además, los profesores decidieron optar por no llamar la atención de Max cuando este se mostraba distraído en clase con su teléfono móvil, pues era una forma fácil de mantener la atención del resto de alumnos sin que él obstaculizara las explicaciones ni distrajera al resto. Lo dieron por perdido antes incluso de intentar rescatarlo.

Chapter fue un gran descubrimiento y como tal, les abrió las puertas a una nueva dimensión desconocida. Les regaló un incontable número de experiencias inolvidables que recordaba a veces con sobrevenida nostalgia. A Max le encantaban los juegos de escape, pero ninguno de ellos había logrado proporcionarle una mínima parte de la tensión, conocimientos y adrenalina que experimentó en otra época gracias a *Chapter*. Sin embargo, a pesar de todo ello, nada podría equipararse jamás a lo que este mismo un buen día le arrebató. Sin explicaciones, sin avisos, sin posibilidad de volver atrás y rectificar.

Se apoyó de espaldas contra el robusto ataúd mientras trataba de borrar de su mente aquellos recuerdos para centrarse en lo que estaba sucediendo. Volvió a ubicarse. Bruno lo hubiera descifrado a la primera, pero no estaba a su lado para demostrárselo, por lo que le pertenecía hacer todo el trabajo del que siempre se encargó el otro. Cuando la parte más baja de su espalda entró en contacto con la fría madera de roble, sintió un leve movimiento en la misma. Volvió a incorporarse una vez más y se giró alarmado. No podía ser.

—Eh, chicos —exclamó. Había regresado al presente—. Creo que se ha movido algo.

Se detuvieron al instante pero nada cambió a su alrededor. Puso las

manos sobre el borde del féretro y lo empujó. De pronto, el pedestal sobre el que este descansaba se deslizó junto con la baldosa del suelo. Todos se miraron, alucinados y al mismo tiempo, aterrados por el descubrimiento. No se oía ni un solo murmullo. Max se detuvo durante un instante, examinó desde su posición la apertura y continuó arrastrando el sarcófago hasta dejar completamente al descubierto unas escaleras que descendían hacia un piso inferior, hacia una especie de sala o pasadizo secreto.

—¿Qué demonios...?

La pregunta quedó sostenida en los labios de Julio.

—¿Seguís pensando que esto es un juego? —inquirió Amaya con voz rota.

—A estas alturas, lo único en lo que pienso es en que quiero encontrar una forma de salir de aquí cuanto antes... —continuó Salva.

—Voy a bajar.

Su afirmación descolocó al resto.

Se encaró a los escalones y sin mirar qué era lo que había al final, comenzó a bajarlos raudo y veloz. Si había peligro, él debía correrlo primero. Así sería. Así debió ser hace mucho tiempo.

Llegó al último de estos, se detuvo y dio media vuelta para comprobar que sus amigos todavía continuaban arriba. Por una parte, le molestó que ninguno de ellos le acompañara, Bruno no lo habría dudado ni un solo instante. Pero, por otra, se sintió aliviado de que así fuera. Necesitaba ese espacio para él, ese margen para pensar, para aclarar sus ideas.

Deambuló por la nueva estancia en busca de todos los elementos que la configuraban. De nuevo, no había ni rastro de cámaras a través de las cuales pudieran estar siendo vigilados. Tampoco intuía dónde estaban escondidos los altavoces o micrófonos a los que tan acostumbrados estaban. El suelo era arenoso y las paredes de un color tierra intenso, de una textura parecida a la gravilla. No vislumbró luces de emergencia, ni un lugar en el que poder encontrar una puerta. Pero ese detalle ya no le impresionó como antes pues, al igual que en la sala anterior, nada indicaba que no fuera a haber

un acceso escondido también en esta. Lo único que distinguió a simple vista fue una estructura muy parecida a un tótem colocada justo en el medio de la sala, más o menos de un metro de altura. Nada más.

—¿Va todo bien por ahí?

La voz de Amaya traspasó la distancia e incluso así percibió el temor en ella y en el leve tartamudeo de sus palabras. Todavía necesitaba un poco más de margen; no por ellos, lo necesitaba para él mismo.

—Estoy acabando de comprobarlo todo. Esperad un momento.

Su respuesta, aunque confusa, pareció convencerles.

Se acercó un poco más al centro de la sala e inspeccionó el tótem con mayor detenimiento. Estaba totalmente anclado al suelo por la parte inferior. Pasó la mano por encima, deteniéndose en todos los surcos, hendiduras y muescas. Se fijó en el rostro, una calavera con tintes mayas. Escuchó unos pasos a sus espaldas y giró de forma brusca. Desde el fondo, al pie de las escaleras, encontró los rostros de sus tres amigos, que le escrutaban sin atreverse a avanzar. De pronto, sin que pudieran haberlo esperado, un fuerte ruido se escuchó tras ellos, sobresaltándolos de golpe.

—¡La puerta!

Salva subió los escalones a toda prisa y empujó la estructura sobre la que en teoría reposaba el ataúd, sin embargo, no logró desplazarla ni un solo centímetro.

—¡¡Joder!! —masculló, sin dejar de golpearla con el hombro.

Como si al cerrarse esta se hubiera activado algún tipo de mecanismo, las luces de la sala en la que habían quedado confinados se apagaron, sumiéndolos en una inescrutable oscuridad, tan solo rota por el estremecido ritmo de sus respiraciones.

—¿Qué está pasando?

La voz de Amaya se escuchó en un susurro desde la misma posición en la que seguía, junto al pie de la escalera. Max continuaba en el centro de la estancia, solo, en alerta por cualquier movimiento que no proviniera de

ninguno de los otros tres.

Entonces, cuando comenzaban a temer que algo peor pudiera pasar, se encendió una especie de proyector con cuatro cañones de luz que dedujeron que había descendido de un falso techo, e iluminó las cuatro paredes que hasta ahora parecían desnudas, otorgándoles una nueva dimensión.

—No... No puede ser... ¡Joder! —masculló Max, justo antes de girarse de nuevo hacia el tótem y maldecir en voz alta.

Tras unos instantes en los que todos se aseguraron de continuar solos en la estancia se atrevieron a salir del pasillo y con pasos lentos y recatados, fueron acercándose hasta su amigo.

—¿Qué coño es esto? —murmuró Julio, sin poder apartar la vista de las paredes.

En todas ellas aparecían miles de calaveras mejicanas, tótems y un montón de símbolos que desconocían. A un lado, distinguieron una imagen con una figura de un árbol, con miles de ramas y raíces. En otro, la representación de una pirámide.

—¿Sabes de qué va esto, Max? —inquirió Salva, con semblante preocupado.

—Bienvenidos a la cultura maya —dijo, sin volver la vista hacia ellos y sin poder evitar una sonrisa nerviosa.

CAPÍTULO 19.

—A la cultura... ¿Maya? —preguntó esta vez la chica.

Max deambuló alrededor del tótem hasta quedar frente a ellos, punto en el que se detuvo. Con las manos, hizo un gesto circular, refiriéndose con él a todo lo que les rodeaba.

—Todo esto que veis en las paredes son referencias directas a la cultura maya. Y esto... —dijo, dando un par de golpes a la figura de madera que ahora quedaba a su izquierda—. Es un tótem maya.

—¿Cómo lo sabes?

Una sensación nauseabunda le poseyó al recordar justamente el motivo por el que lo sabía.

—Mejor no preguntes —respondió con hosquedad.

—¡Eh! —le increpó Salva. Dio un par de pasos hacia él y le señaló al pecho con un dedo amenazante y acusador—. Ya puedes estar soltando todo lo que sepas, y más si tienes alguna idea de qué cojones va todo esto.

—¡No sé de qué va! —espetó de malas maneras.

—¿Y por qué eres el único que sabe que todo esto se refiere a la cultura maya?

—¡Quizá fui el único que estuvo atento en clase!

—¡Y una mierda, Max!

Le fulminó con la mirada antes de dar media vuelta y alejarse de él, con la mente demasiado colapsada como para poder poner algún orden a sus ideas. Sin embargo, un nuevo pensamiento se interpuso por encima de todos los demás, eclipsándolos durante un instante en el que reivindicó su total y absoluto protagonismo. Se trasladó unos años atrás. Estaba encerrado en la biblioteca municipal con Bruno y frente a ellos, cinco tomos sobre la cultura

maya reposaban abiertos, dejando a la vista distintas imágenes que hacían referencia a muchos aspectos de dicha cultura y tradición. Lo habían estudiado a fondo, lo suficiente como para darse cuenta de que la siguiente prueba estaría muy relacionada con ello.

—¡No perdamos los estribos, ¿vale?! —aseveró Amaya, en un intento de apaciguar el tenso ambiente que se estaba generando.

Max regresó, como si se hubiera perdido en una especie de *déjà vu*, para encontrarse de frente con la expresión de Salva, ahora menos ruda y más equilibrada. No debían enfrentarse, no si pretendían salir de ahí cuanto antes.

—Empiezo a pensar que esto no es un juego...

—¿Empiezas? —le reprochó su hermana, con marcada incredulidad.

—Sí que lo es. —Su afirmación cortó de raíz la contienda que había estado a punto de tener su origen en esa fraternal disputa—. Tan solo hay que buscar el enigma. Una vez lo tengamos, tal vez entendamos qué narices significa todo lo que hay en esta sala.

Al final, sin disponer de más opciones, aceptaron la premisa de Max y como por inercia, cada uno de ellos se dirigió hacia uno de los rincones, tal y como lo habían hecho en la anterior ocasión.

—Buscad cualquier referencia, cualquier cosa que os llame la atención.

—¿No eras tú el que técnicamente sabía algo sobre la cultura maya?
—rezongó Julio.

—No soy un jodido experto —respondió, sin dignarse siquiera a girar la cabeza.

Se centró en el tótem, mientras una intensa sensación de desazón le carcomía por dentro. Entendía muchas de las referencias que había ahí dentro y sin embargo, necesitaba encontrar otra a la que anclarse, otra que nada tuviera que ver con lo que verdaderamente insistían el resto de dibujos, otra que no señalara directamente a la muerte. Se concentró en el tótem y volvió a pasar los dedos sobre el mismo. Se agachó y lo miró con atención.

Estaba compuesto por seis niveles. Buscó la partición con los dedos y los contó para asegurarse de que efectivamente, eran seis.

—Esto de aquí parece una especie de cosmos —dijo Amaya, señalando los dibujos de una de las paredes.

—Aquí hay corazones, de distintas formas y colores —prosiguió su hermano.

—Pues aquí solo veo calaveras —sentenció Salva al final.

Max dejó caer la cabeza hacia adelante, abatido, rendido al no poder descartar la única hipótesis que oscilaba en su cabeza.

—¿Qué es lo que pasa?

Tomó aire antes de contestar. Exhaló un suspiro, inspiró con profundidad y volvió a alzar la vista para responder a su amigo.

—Según lo que sé, el hombre en la tradición maya se concibe con una doble naturaleza; lo llaman la unión de cuerpo y una especie de identidad anímica, como el alma —prosiguió—. Tengo entendido que ellos consideran que estas se separan en el momento de la muerte física —añadió, con un gesto de comillas con los dedos— para habitar en distintos lugares del cosmos, entre ellos: el inframundo.

Tras escuchar sus palabras, volvieron a concentrarse en las paredes, en cada imagen, en cada dibujo.

—Esto no tiene nada que ver con un maldito juego de escape.

—¿Por qué dices eso? —insistió Amaya.

—Si Max no hubiera venido con nosotros, ¿cómo narices habiéramos sabido todo esto? ¿Cómo podríamos averiguar dónde está la maldita puerta?

—No podrías porque, simplemente, estoy seguro de que este juego no está creado por azar.

Un sinfín de imágenes confusas volvieron a atormentarle. Enterró la mirada en el suelo y trató de desviar la atención, pues necesitaba mantenerse entero. Si sus deducciones eran correctas y aquello estaba creado

expresamente para torturarlo, debía encontrar el modo de salir antes de que sus amigos sufrieran sin motivo por su culpa.

—¿Quieres decir que querían encerrarnos por algo en concreto?

—No lo sé pero, en el caso de que así fuera, no podemos dejar que lo consigan.

—No hay puertas, Max. No hay una jodida puerta en la que introducir un código para salir. La otra se ha cerrado y por mucho que lo he intentado, no cede... No hay candados ni llaves... ¿Qué propones?

—Pensar... Lo único que podemos hacer es pensar.

Repararon en que no había presencia visible de altavoces que emitieran algún sonido, al contrario de lo que había sucedido en la sala anterior. Tan solo estaban ellos y el ruido que sus pisadas hacían sobre la gravilla.

—¿Qué más recuerdas de los mayas? —dijo Julio, pasando la mano sobre distintos corazones.

Giró y le buscó en la distancia, fijándose en la imagen que los dedos de su amigo recorrían con lentitud.

—Por lo que recuerdo, para ellos cada persona tiene un corazón sagrado, que está formado por una serie de componentes anímicos que son los que luego transitan por el cosmos —dijo, señalando hacia la parte en la que aguardaba Amaya, que daba sensación de representar alguna clase de espacio o galaxia. Salva, atento a todas las explicaciones de Max, se acercó al tótem mientras su amigo se centraba en las dos paredes que señalaban los otros dos. Al igual que había hecho antes él, pasó la mano por la figura y la recorrió por completo en busca de cualquier pista que pudiera ayudarles.

—¿Recuerdas algo más?

Contuvo el aliento. Hacía grandes esfuerzos por recordar, pero le costaba recabar toda esa información almacenada tantos años atrás. Seguía ahí, pues gracias a ella habían logrado altísimas puntuaciones, pero su memoria comenzaba a fallarle y la posibilidad de que los datos se

entremezclaran entre ellos o no fueran del todo correctos cada vez era mayor.

—Creo que se hablaba de que el corazón sagrado, según ellos, contiene seis cosas: emociones, entendimiento, estados de ánimo, valores personales, memoria y voluntad. Para ellos, estos componentes son independientes del cuerpo, como una especie de flujo que transita por él, pudiendo difundirse por completo a través del mismo.

—¿Y qué pasa cuando mueren?

—Algunos de estos se destruyen con el cuerpo, otros regresan el día de los fieles difuntos y otros, viajan al inframundo con el cuerpo, donde son limpiados de toda transgresión e historia personal para luego, reinsertarse en un individuo distinto al inicio de su nueva vida.

Esa última explicación les provocó un escalofrío que todos se afanaron en ocultar. De nuevo estaba ahí, la escenificación del inframundo, una referencia que latía en sus sienes y retumbaba en sus oídos, recordándoles que estaban en el punto exacto en el que alguien deseaba que estuvieran.

Salva se incorporó impulsado por un brinco, como si al tocar algo hubiera salido despedido hacia atrás.

—¿Qué pasa?!

—Es eso, Max, ¡es justamente eso!

El chico no atinaba a entender a qué se refería su amigo, que no podía despegar la vista del tótem. Se acercó hacia él hasta quedar colocado justo a su lado y buscó el punto al que se dirigían sus ojos sin comprender.

—¡Es el maldito enigma! ¡El tótem es la prueba!

CAPÍTULO 20.

Los cuatro se colocaron alrededor de la efigie en la que ahora depositaron toda su atención, a pesar de que no veían la obviedad a la que se refería el otro.

—Has dicho que el corazón sagrado —prosiguió, señalando la parte superior en la que había el símbolo de un corazón en relieve en el que Max no había reparado antes y que parecía una especie de interruptor, que subía y bajaba aunque no parecía tener ningún otro efecto en la sala—, se dividía en seis componentes, ¿verdad?

—Sí, eso creo recordar.

—Mira —prosiguió, sintiendo el frenético bombeo de su pecho—. Hay unas particiones que dividen la figura en seis bloques, todos ellos hexagonales, como si estuvieran uno encima del otro. En cada una de ellas hay seis inscripciones. Son pequeñas, pero si os acercáis las veréis, justo en el borde.

Con los dedos, fue marcando las juntas una por una, indicándole al resto su descubrimiento, el mismo que Max había pasado por alto minutos atrás.

—Si estás en lo cierto, la referencia que has mencionado es correcta.

—¿Has probado a girar los bloques?

Como si no hubiera reparado en esa posibilidad hasta el momento, Salva colocó ambas manos en la cabeza del tótem y trató de girarlo a un lado y a otro, dando por hecho que en el centro debía de haber algún tipo de eje que los sostenía en esa misma posición.

—Es imposible —se rindió tras un par de infructuosos intentos.

Los cuatro aguardaron unos instantes, observando todavía con mayor atención el tótem en busca de cualquier pista a la que aferrarse.

—Repíte los seis componentes —dijo al fin la chica.

—Emociones, entendimiento, estados de ánimo, valores personales, memoria y... voluntad.

—Son estos, no hay duda. Esas mismas palabras aparecen en los seis bloques.

—¿Cómo se me ha podido pasar por alto?

—Ya sabes que cuanto más evidente es la pista, más cuesta a veces diferenciarla —afirmó Salva, disculpando el error.

Como si la sala respondiera a sus deducciones, la oscuridad se cernió sobre ellos y todas las luces se apagaron al mismo tiempo. De forma instintiva, se giraron adoptando una posición de defensa, con las cuatro espaldas en dirección a la efigie, a la espera de que sus ojos se adaptaran al cambio de luz. Sin embargo, antes de que esto fuera posible, estas volvieron a encenderse, aunque esta vez de un modo totalmente distinto. Ya no había calidez ni luminosidad, al contrario, el efecto del proyector fue el de recrear una especie de bosque en las paredes, a pesar de que en todas ellas, los dibujos que anteriormente habían vislumbrado continuaban en la misma posición. Los altavoces se encendieron y comenzó a escucharse a través de ellos un incesante tic-tac seco, vacío.

—¿Encontráis algún tipo de relación con cada uno de los seis bloques? —se apremió a añadir Max, consciente de que el tiempo se les echaba encima.

—¿Y si los ordenamos jerárquicamente? —propuso Julio.

—¿Cómo pretendes hacerlo? No existe una jerarquía específica según la cual poder establecer una pirámide de relevancia.

—No, pero sí existe la lógica.

Los otros tres giraron la vista hacia él, atentos a la explicación del mellizo, que por primera vez parecía contar con una deducción a la que los otros no lograban dar sentido. Siempre se les había dado bien trabajar en equipo sin embargo, en el interior de esa sala, hacerlo podía marcar la

diferencia entre salir o perecer en el intento.

—A ver. Según la lógica, en primer lugar estarían los valores personales. Todos funcionamos según lo que nos configura como personas y según nuestra percepción del mundo. Luego... —continuó, releendo todas y cada una de las seis palabras, una y otra vez—. Luego iría la voluntad. Sin ganas, sin un objetivo, el ser humano no se mueve. La voluntad nos define como animales racionales. En tercer lugar estaría el entendimiento. Como os decía, nuestra forma de comprender lo que nos rodea es lo que define esa voluntad y valores.

»En cuarto lugar, estoy seguro de que irían las emociones. Es imposible separarlas de nuestros actos, de nuestra forma de ser —prosiguió, ante el silencio de sus compañeros, que escuchaban todas sus reflexiones con atención—. En quinto lugar estarían los estados de ánimo. Estos son importantes, pero está más que demostrado que puedes hacer tu trabajo estando contento o por el contrario, deprimido. Ergo, su funcionalidad es menos relevante. Y, por último, añadió señalando con el dedo el único componente que le quedaba, está la memoria.

—Discrepo —se opuso Salva, nada más hubo terminado su explicación—. Es obvio que la memoria iría antes que los estados de ánimo. Como dices, los estados de ánimo son los menos funcionales.

—De hecho —se interpuso la chica—, los dos erráis en las deducciones. La memoria debería ir antes que las emociones, en cuarto lugar. La memoria del pasado es lo que conforma la identidad del presente. Por eso la evolución humana tiene tantas variables y la historia está configurada por tantos hechos como países, regiones y culturas existen en el mundo.

—May tiene razón —repuso Salva.

—¡No tiene sentido! —rebató Julio.

—De hecho, nada de lo que decís tiene sentido.

La serenidad con la que su voz acarició sus labios hasta llegar a ellos los noqueó al instante. El tic-tac volvió a cobrar relevancia, como si hubieran subido el volumen, y se interpuso entre ellos, aguardando a la explicación de Max.

—¿Es que no lo veis? Es imposible ordenar seis conceptos cuya base radica en la percepción subjetiva que cada uno de nosotros tenemos sobre ellos. Por mucho que llegáramos a un acuerdo, ¿quién nos dice que es el mismo orden que estableció el que creó el acertijo? Con seis variables, existen... —hizo una leve pausa en la que calculó mentalmente las posibilidades— cuarenta y seis mil seiscientos cincuenta y seis opciones; podríamos pasarnos horas, incluso días, antes de conseguir probarlas todas. La deducción debe seguir unos parámetros lógicos a los que toda persona debería poder llegar de igual modo, sin riesgo a que la opinión personal pudiera afectarla.

—¿Qué propones pues?

—Solo hay una posibilidad: El orden alfabético.

Todos reaccionaron dando fe de la obviedad.

—Joder... —masculló Julio, sin poder reprochar la respuesta de su compañero.

—De acuerdo, entonces, según esto, la cosa quedaría del siguiente modo. Este primer bloque sería el de las emociones —dijo, señalando la base más alta, para luego ir bajando conforme avanzaba en su explicación—. El segundo sería el del entendimiento, luego vendrían los estados de ánimo, seguidos de la memoria, los valores personales y por último la voluntad.

—Eso es —ratificó Max.

—Perfecto. Y ahora... ¿qué?

El hermético tic-tac les perforó los oídos, alcanzando ahora un volumen casi insoportable, como si quisiera hacerles enloquecer al recordarles que apenas les quedaba tiempo.

—¡¿Qué hacemos ahora, Max?! —gritó la chica.

—¡No lo sé!

La plataforma sobre la que reposaba el ataúd y que desde abajo no habían podido abrir, comenzó a deslizarse, emitiendo un chirrido metálico tan molesto como si alguien arañara una pizarra. Sus corazones, que hasta ahora

se habían ralentizado para concentrarse en la tarea de resolver el acertijo, volvieron a latir descarriados, conscientes de que no estaban solos cuando unos pasos lentos confirmaron la presencia de alguien más.

—¡Piensa, Max! —gritó la chica.

Sintió la vena de su cuello oprimiéndole la respiración y la adrenalina supurando a borbotones por su piel, empapada en sudor. Debía hallar la solución.

—¿Y si no es más que una nueva clase de candado o un *cryptex*?

—¿Qué?

—Las posiciones... ¡ya tenemos el orden! —gritó, mientras las pisadas que provenían de las escaleras se hacían cada vez más presentes—. ¡Hay que desbloquear el candado! El corazón —prosiguió, señalando el pulsador, también de madera, que había en la base superior—, no es un simple interruptor, estoy seguro.

—¿Qué te hace pensar eso? —incredó Salva, con el terror inyectado en los ojos.

—Tú púlsalo.

El chico obedeció y mantuvo el botón apretado. Max, por su parte, se colocó frente al mismo y comenzó a mover los bloques hexagonales. Sobre cada uno de ellos, en el borde, estaban inscritas las seis palabras. Decidió que la punta del corazón era la que serviría de eje, como las rayitas que indicaban la posición en la que debía de introducirse la contraseña en un candado. Así pues, comenzó con el primer bloque, hasta que la palabra “emociones”, quedó justo en esa posición. A continuación, se concentró en el segundo bloque e hizo exactamente lo mismo. Y así, con los otros cuatro. Las pisadas se intensificaron y justo cuando movieron la última base, una silueta negra emergió desde el pasillo que les llevó hasta la sala. Justo en ese momento, un mecanismo se activó y el suelo que había bajo ellos comenzó a vibrar, como si de una plataforma se tratara. Al mismo tiempo, el botón en forma de corazón se elevó por encima de la efigie y Max llevó la mano hacia él para tirar del mismo. Era una barra de hierro metálica, sin más. La sacó por completo y la asió con firmeza mientras el suelo continuaba vibrando. Se

apartaron de un salto y fueron testigos de cómo bajo la base del tótem, se abría una pequeña compuerta metálica que había permanecido oculta gracias a la gravilla que ahora iba cayendo por la grieta. La figura dio un paso más hacia ellos, que sin armas ni nada con lo que defenderse se sentían más desprotegidos que nunca. Así pues, cuando la grieta fue lo suficientemente amplia como para poder vislumbrar qué había bajo sus pies, Max se lanzó con un movimiento felino.

—¡Son unas escaleras! —gritó al pie de la base.

Bajo ellos, unas escaleras de caracol metálicas aparecieron, iluminadas por una especie de antorchas que pendían en las paredes. No se lo pensaron, bajo la atenta mirada de la silueta, que portaba algo metálico en las manos, se adentraron en ellas y descendieron tan deprisa como sus pies dieron de sí.

—¡¡Corred!!

CAPÍTULO 21.

Llegaron a un pasillo a través del cual corrieron como si les fuera la vida en ello. Ninguno volvió la vista atrás. Tan solo eran capaces de comprobar el lugar por donde pisaban sus pies y así, evitar tropezarse, caer y perder unos segundos irrecuperables. El lóbrego corredor estaba sumido en una semipenumbra extraña. Parecía un túnel subterráneo secreto, de aquellos sobre los que nadie tiene constancia, mucho menos todavía las autoridades. Las paredes estaban cubiertas por un extraño material y no supieron identificar si era cemento o cualquier otro distinto con un pésimo acabado. Tampoco se detuvieron a comprobarlo.

Apestaba a humedad, con la misma intensidad con la que tras cavar un socavón en el suelo, podrían embadurnarse las manos con una tierra que siempre tenía un tacto frío e impersonal. De repente, un recuerdo acudió a su cabeza. Max se detuvo en seco y la linterna de su móvil quedó hacia abajo, enfocando únicamente sus zapatillas, cubiertas de tierra y espolvoreadas de arena. Estaba rígido y parecía enajenado. Todo aquello resultaba demasiado siniestro.

Amaya, que iba en última posición, se detuvo también y se plantó frente a su amigo.

—Eh, no es momento para juegos. Debemos salir cuanto antes...
—Le faltaba el aliento y su voz sonaba exasperada.

Pero Max parecía no reaccionar. Se llevó las manos a ambos lados de la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Miles de flashes corrían por su mente. Luces. Luces rojas y azules, destellos, sirenas, gritos y llantos y, al final... solo silencio. Tierra que caía sobre la estructura de madera, tierra que, a partir de ese momento, custodiaría a la persona a la que más había querido en toda su vida. Tierra como la que ahora les mantenía allí abajo, ahogados y confinados. Tierra como la que manchaba sus manos, su ropa y sus desprotegidos recuerdos.

Cayó lentamente, como una figura de dominó que se desplomara a cámara lenta, solo que él no arrastró a nadie bajo su peso. Estaba solo, hacía años que lo sabía, pero esta vez fue superior a todas sus fuerzas.

Todas esas imágenes continuaban atormentándole, descarnando sus recuerdos, avivando el dolor que había tardado tanto tiempo en remitir, si es que alguna vez llegó a hacerlo. Los otros tres se miraron, mientras el latido de sus corazones bombeaba contra el pecho. Respiraban con notorio esfuerzo después de la carrera, pero algo les decía que no debían permanecer ahí mucho más tiempo.

—Vamos, Max, ¡ponte en pie...! —Amaya lo intentó de nuevo, sin dejar de observar con temor el inicio del pasillo.

Tal era la oscuridad que les engullía, que ni siquiera las linternas de sus teléfonos gozaban del alcance suficiente como para poder comprobar si continuaban solos. En algún lugar del corredor, estrecho y con aspecto de llevar años cerrado, se escuchaba el inconfundible rumor de unas pisadas, así como también de una respiración que, al contrario que las suyas, parecía serena. Era como hallarse inmerso dentro de una pesadilla solo que en esa ocasión, sus temores acababan de confirmarse: todos habían visto aquella sombra y por lo tanto, todos sabían que ya no estaban solos.

—Vienen a por mí... Me quieren a mí —susurró Max todavía desde el suelo, sin separar las manos de la cabeza. Aplicaba una fuerte presión en las sienas provocando que la punta de sus dedos palidciera mientras que su semblante, al contrario, ensombrecía por momentos.

—¿Qué tonterías dices, Max? ¡Vamos, levántate ya!

Les sorprendió un enérgico golpe metálico desde el final del pasillo. Les estaban alcanzando. Amaya sintió que le fallaban las rodillas bajo el peso de su cuerpo y se obligó a permanecer en pie. Entonces, llegó hasta su posición un silbido metálico, como si alguien arrastrara un cuchillo por una superficie, uno de esos inconfundibles ruidos que producían un chirrido en los oídos y te dejaban sin aliento.

—Fui yo. Fue mi culpa... ¡Fue mi maldita culpa!

CHAPTER 75.

ROUND 1.

—¿Cómo van las puntuaciones globales?

Ni siquiera separó la vista de la pantalla para contestar. Estaban en clase de matemáticas y Bruno había dejado de tomar apuntes mientras que una de las chicas trataba de solucionar un problema en la pizarra, a petición de la profesora.

—Nos llevan ventaja de tres en dobles.

—Joder...

Bruno lanzó una nueva mirada hacia la mesa tras la que la maestra continuaba sentada, con aquel inconfundible rostro de una persona que espera la llegada de su jubilación como el único remedio que podría sanar los estragos de una vida entera. Sabía que le concedía el privilegio de sentarse con su mejor amigo porque esa se había convertido en una de las pocas formas de mantenerle callado y sin molestar, sobre todo sin molestar. Pero no quería que le pillaran también a él, aunque aquellos ejercicios fueran tan fáciles que incluso un niño de primaria podría resolverlos.

—¿Y en la de territorio? —volvió a preguntar en un murmullo mientras echaba un vistazo distraído a la pantalla del teléfono de su amigo.

—Seguimos segundos.

—Y todo por aquella estúpida prueba del otro día en el puerto.

—No te preocupes, sigo pendiente de la próxima actualización. Esta vez no se nos adelantarán.

—Señor Herrera —exclamó la voz de la profesora por encima del silencio de la clase—. Ya que se toma usted la absoluta libertad de no prestar atención en el aula, podría tener la deferencia de callarse, por respeto a todos

aquellos compañeros que quieren seguir atentos a las explicaciones. Que quiera ser un tarugo en un futuro no muy lejano no significa que los demás deban seguir el mismo camino.

—El resultado final es cuatro —soltó brabucón sin ni siquiera levantar la cabeza.

La profesora comprobó un instante su cuaderno y un tono carmesí iracundo tiñó su rostro. Estaba furiosa y una vez más, no pudo reprocharle al chico su falta de atención.

—Sal de mi clase ahora mismo.

—Esta no es su clase. Es un espacio cedido por el colegio del que usted no tiene la propiedad. Debería revisar sus apuntes de lengua y en particular, el uso de los posesivos, señorita.

La clase prorrumpió en una sonora carcajada que rápidamente muchos se afanaron en silenciar. La maestra echaba chispas y el chico parecía estar disfrutando de lo lindo. Continuaba sin alzar la cabeza, sabedor como lo era de que aquello todavía la enervaba más, pero ya no tenía la vista puesta en la pantalla sino que se había concentrado en todo lo que sucedía a su alrededor mientras hacía esfuerzos titánicos por aguantarse la risa.

—Sal. Ahora —masculló.

—Eso ya resulta más apropiado. Descuide, no tengo la más remota intención de hacerle perder ni un minuto más de su valioso tiempo. —Sus compañeros volvieron a reír, divertidos por otra de las más que habituales salidas del chico, a las que hacía años que estaban acostumbrados—. Por cierto, Sara —dijo, esta vez en dirección a la niña que había junto a la pizarra y que llevaba unos minutos pasándolo realmente mal con aquella dichosa operación con la que se había estancado—. Tienes mal la división, por eso no puedes continuar. Borra los pasos siguientes y sigue desde ahí, verás como podrás resolverla.

Regodeándose en su propia fuente de diversión, le guiñó un ojo a su compañera, que recibió el gesto con una sonrisa jovial y acto seguido, salió del aula tras cerrar la puerta a sus espaldas sin ningún tipo de prisa. Todavía con el teléfono en las manos, deambuló por el pasillo durante unos minutos

en dirección a la pequeña cafetería de la que disponía el colegio.

—¿De nuevo expulsado, Herrera?

La voz del conserje le sorprendió. No esperaba encontrarse con nadie, cuando no hacía ni media hora que había comenzado la jornada escolar. Sin embargo, aquel señor siempre le pareció un hombre entrañable y desde el primer día le cayó realmente bien. Jamás le llamaba la atención ni le reprendía por sus más que continuas expulsiones, ganadas a pulso tras sus incesantes y reiterativas salidas de tono.

—Tenía hambre, Félix. ¿Quiere que compartamos una bolsa de patatas fritas? Yo invito.

El hombre, de aspecto sexagenario, con una densa mata de pelo blanco y una sonrisa bonachona en el rostro, le dedicó una mueca divertida. Llevaba la misma indumentaria de siempre, la misma con la que el chico lo recordaba desde la infancia. Un pantalón tejano y un polo azul marino con el escudo del colegio, lleno de manchas y lamparones. Llevaba colgado un cinturón de herramientas y su atuendo quedaba completado con unas zapatillas de deporte blancas, desvencijadas por el paso del tiempo y la experiencia.

—Ay, hijo. Tengo el colesterol por las nubes... Si se entera mi mujer...

—Pero nadie se lo va a contar, ¿no? —sonrió en dirección al hombre, con el que curiosamente parecía haber encajado desde el primer día. Algo le decía que aquel señor que tenía delante era capaz de comprenderle mucho mejor que la inmensa mayoría de profesores de ese colegio que aborrecía con todo su corazón—. Hagamos una cosa. Yo compro las patatas y accidentalmente, usted coge alguna... Luego, tan solo tiene que dar un par de repasos al pasillo para quemar las grasas antes siquiera de que estas le lleguen a la sangre. Su cuerpo apenas lo notará. ¿Qué le parece la idea?

—Anda, hijo, no tientes a la suerte. Mi señora no es tan despistada como mi cuerpo... y todavía nos quedan muchos domingos para ver la tele juntos.

—Félix, la televisión está sobrevalorada... El futuro está en internet.

Tiene que meterse en *Youtube*, verá como descubre un nuevo mundo.

—¿Yu... qué?

Le sonrió con verdadera devoción, Félix era una de las pocas personas para las que siempre tenía reservadas sus mejores sonrisas.

—¡Que tenga un buen día! Y, recuerde: internet es el futuro.

—Que vaya bien, hijo. Y trata de aguantar por lo menos una hora en clase el próximo día.

Se sonrieron por última vez y el niño, de aspecto espigado e incipiente adolescencia, con la mochila colgada de un solo hombro y el móvil todavía entre las manos, se encaminó hacia la cantina.

—Hola, Jacinta —saludó nada más entrar.

—¿Otra vez por aquí?

La mujer, que estaba de espaldas a la puerta limpiando a consciencia la gran cafetera que había en una esquina, se giró sobresaltada, pues en horas de clase no solía aparecer nadie por ahí, tiempo que ella aprovechaba para poner un poco de orden.

—Tenía hambre...

Se sentó en uno de los taburetes que había frente a la barra con una expresión serena en el rostro. Parecía como si el chico que deambulaba por los pasillos durante gran parte del día nada tuviera que ver con el mismo al que se enfrentaba el profesorado durante las horas docentes. Era una especie de doctor Jekyll y Mr. Hyde en versión adolescente, alguien a quien todos parecían guardar gran estima, excepto aquellos que debían encargarse de su educación.

El lugar era relativamente pequeño, aunque acogedor. Tan solo había cuatro mesas de reducidas dimensiones, con un par de sillas junto a cada una de ellas así como también, una barra de unos dos metros de largo frente a la que había cinco taburetes. No necesitaban más. Justo enfrente de la barra, donde estaban las mesas, había una gran cristalera con una puerta en medio que daba acceso directo al patio de secundaria. A pesar de que la mayoría de

alumnos traían el desayuno de casa, a veces pasaban por ahí para comprar algún zumo, patatas fritas o cualquier otra cosa prefabricada y colmada de grasas saturadas que Jacinta les entregaba, no sin antes alertarles de que todo eso les acabaría pasando factura.

En cuanto a los profesores, ellos disponían de cafetera en la sala común, por lo que raras veces se mezclaban con los alumnos en aquel estrecho lugar. Jacinta era la encargada de la cafetería desde que él entró en el colegio, por lo menos, y hacía que aquel lugar resultara todavía más agradable pues, además, la mujer se sabía el nombre de casi todos los alumnos que solían frecuentarla.

—¿Quién ha tenido el honor de expulsarte hoy?

—Remedios, la de matemáticas. —Ni siquiera le titubeó la voz, signo inequívoco de la poca importancia que le daba a tal hecho.

—¿Y no deberías ir al despacho del director? —dijo, tendiéndole un plato con una pequeña bolsa de patatas fritas que él todavía no había pedido pero que agradeció con una amplia sonrisa.

—El director me dijo que si esta semana volvía a pisar su despacho, me expulsaría durante tres días del colegio.

—¿Entonces? —preguntó la mujer sin comprender.

—Es obvio... Si no me ve, no puede expulsarme.

El tono lacónico de su respuesta hizo que Jacinta no pudiera reprimir una mueca de sorpresa.

—No creo que te hayas escondido precisamente en el lugar más recóndito del colegio... —respondió igual de sarcástica, ciertamente divertida por la desenvoltura de aquel chico de apenas catorce años recién cumplidos.

—Dime, Jacinta, ¿cuántos cafés le sirves al director a lo largo del mes?

La señora quedó desarmada en ese mismo instante. Se detuvo a pensar y pasados unos segundos sonrió, confirmando así las sospechas del crío que, una vez más, iba un paso por delante.

—*Touché.*

—¿Y si tu profesora se lo dice?

—Remedios está demasiado ocupada tratando de mantenerse despierta... Además, si eso sucede, ya buscaré una solución. Mientras tanto... ¿me das una Coca-cola? —añadió con voz angelical y aquella expresión a la que la mujer no podía resistirse.

Se centró de nuevo en la pantalla de su teléfono. Continuaban en segunda posición y todavía no se había publicado el plano con el nuevo capítulo de la quincena. Los otros dobles les llevaban una ventaja no muy elevada por lo que, si lo hacían bien, tal vez pudieran igualarles en la siguiente partida y ganarles en la que viniera después. Echó un vistazo a todos los rankings y posiciones globales y se sorprendió por cómo los creadores del juego habían logrado incrementar su cifra de seguidores, ahora posicionada con ciento cincuenta mil usuarios. Sonrió y le dio un sorbo al contenido de la lata, que ni siquiera se molestó en verter en el vaso que Jacinta le había dejado al lado. Durante esos últimos meses, *Chapter* se había convertido en su mayor vía de escape.

El sonido del timbre indicó el final de las clases y tras un par de minutos, Bruno corrió a su encuentro, como si supiera a la perfección dónde le esperaba su amigo. Aquello comenzaba a ser muy habitual y ya ni siquiera se extrañaba cuando Max era expulsado una vez más de clase.

Ambos chicos ofrecían una imagen realmente cómica. Juntos eran como la noche y el día. Uno, el guapo y popular, rebelde e indomable. El otro, con gafas, pelo rizado y pajizo y aspecto de empollón. Un cerebritito al que al otro le encantaba exprimir pues, a pesar de que jamás lo confesara, era el único con el que podía mantener una conversación ciertamente interesante. Nadie más le entendía a los niveles que Bruno y él se compenetraban. Ni sus padres, ni sus hermanos, ni tampoco el resto de compañeros de su clase. Se llevaba bien con todos, pero no intimaba jamás con nadie, salvo con Bruno, su paladín y escudero particular.

—Acabarás expulsado del colegio como sigas así —añadió justo antes de ocupar la silla que continuaba libre al lado de su amigo.

—¿Ha dicho algo cuando me he ido? —respondió el otro, sin poder evitar sonreír ante la expectativa de haber molestado a su profesora.

—No. Pero tendrías que haber visto su cara... ¡Ha estado roja durante más de cinco minutos!

—¡*Yeah!*

Chocaron los cinco y Bruno, sin pedirle permiso, cogió de su plato un par de patatas y después le dio un trago al refresco.

—¿Han dicho algo más? Hoy es día quince, ¡tendrían que haber publicado ya el nuevo capítulo!

CAPÍTULO 22.

Un nuevo golpe, esta vez más cerca. Julio iluminó con su teléfono el final del pasillo y el terror se apoderó de ellos cuando aquella sombra emergió entre la oscuridad. Estaba muy cerca, demasiado. Portaba entre las manos algo que parecía un hacha, afilada y reluciente incluso desde la distancia, cuya hoja lucía unas manchas de óxido desconcertantes y de dudosa procedencia.

—¡¡CORRED!! —El grito de Salva les sacó de la conmoción.

Max, que continuaba tendido en el suelo, se levantó como si hubiera sido impulsado por un resorte, cogió la barra y les siguió a toda prisa y a grandes zancadas. Les faltaba el aire, como si aquella especie de cueva consumiera gran parte del oxígeno que necesitaban. Los móviles se tambaleaban en sus manos y la poca luz que estos conseguían emitir resultaba confusa, pero no se detuvieron, por lo menos hasta que llegaron al final del túnel. No tenían escapatoria; ni una puerta, ni una salida. La única vía de escape era regresar atrás y los cuatro sabían que esa no era ni siquiera una opción que pudieran plantearse. Amaya y Julio, en un gesto adquirido con el paso de los años, seguramente en gran medida debido a su genética compartida, se llevaron una mano hacia el pecho de idéntica forma. Salva, mientras, con ambas manos tocaba todos y cada uno de los extremos de la adusta pared. Max, por su parte, seguía con la barra metálica entre las manos y la mantenía en una pose de defensa, con los otros tres a sus espaldas.

Se les agotaba el tiempo.

—Tiene que haber una salida... —masculló Salva sin dejar de tocar todo lo que quedaba a su alcance.

Sus dedos encontraron en la penumbra una especie de saliente metálico. Le arrebató el teléfono a Julio de un tirón y alumbró la zona como pudo. Era circular y desentonaba por completo entre toda aquella masa de cemento puesta sin conocimientos ni rigor. Miró hacia el otro extremo y encontró otro saliente idéntico, a la misma altura y en la misma posición. Con

la presión estrujando su pecho y el sudor recorriendo toda su columna, continuó examinando el resto de la pared en busca de algún otro saliente, hendidura o ranura, pero no encontró nada más.

—¿Has visto eso? —exclamó Amaya.

Salva, trémulo e inestable, alumbró donde indicaba la chica.

De nuevo, aquellos pasos pausados se escucharon en la distancia y el metálico e inconfundible ruido del filo del hacha arañó la pared. Su respiración continuaba serena, como si toda la ansiedad acumulada al fondo de la sala no le afectara lo más mínimo. Estaba disfrutando con la escena e iba a regodearse con ella tanto tiempo como le fuera posible.

—¿Qué es lo que quieres?! —gritó Julio, fuera de sí.

No hubo respuesta. Salva, que a duras penas mantenía el control sobre su propio cuerpo, alumbró de nuevo la zona donde Amaya había señalado antes de comenzar a sollozar, presa del pánico. Como si alguien la hubiera estampado sobre el cemento fresco, encontraron la inconfundible huella de una mano. Estaba muy bien disimulada entre la aspereza y rugosidad de la propia pared pero, ahora que la había visto, la distinguía a la perfección. Justo en el otro extremo había otra idéntica, salvo por el hecho de que esa era la mano contraria.

—¡Que alguien ponga la mano ahí! —gritó señalando hacia la misma con la linterna.

Julio fue el más rápido. Se movió entre sus compañeros, que le estrujaban con palpable nerviosismo, y estiró el brazo izquierdo hasta que la palma de su mano encajó sobre la que había en la pared. Esperaron casi sin respiración a que algo sucediera, pero nada pareció activarse.

Max, en ese instante, movió la barra de hierro a ciegas, zarandeándola enérgico de un lado a otro. Intuían que aquel perturbado estaba demasiado cerca aunque no pudieran verle. El sonido volvió a superar un umbral de volumen soportable, como si una vez más hubieran activado los altavoces, solo que donde estaban no había ni rastro de ellos o por lo menos, no eran capaces de distinguirlos. A pesar de ello, percibían la respiración de aquel tipo apenas a unos centímetros, como si le tuvieran justo enfrente,

acechándoles desde la penumbra. Su piel se erizó y todos sus sentidos se pusieron en extrema alerta. Max continuaba blandiendo la barra en el aire, sacudiéndola cada vez con más ímpetu. Le escocían los ojos y le ardían las mejillas. No eran más que unas simples marionetas... y él era el único consciente de ello. Le buscaban a él y sus amigos tan solo serían un simple daño colateral.

—Max, ¡la barra!

No le escuchó, a pesar de proferir un grito que sobrepasó con creces el volumen de los altavoces, Max no escuchaba nada más que su propio infierno.

—¡La barra, Max! ¡¡Dame la maldita barra!!

Se la arrebató de las manos en una de las sacudidas, haciéndole reaccionar con brusquedad. Le dio un leve empujón con una mano y después volvió a centrarse en lo que estaba haciendo. Tan solo se escuchaban sus jadeos y aquello resultó todavía más perturbador. Se detuvieron al instante, a la espera de descubrir qué sucedería a continuación. Sentían un miedo tan fundado como racional.

La zona volvió a iluminarse con algún tipo de flash, unas luces estroboscópicas que definían a la perfección la silueta de aquel hombre que les seguía y que ahora tenían demasiado cerca. No pudieron verle el rostro, pues iba tapado de los pies a la cabeza pero, sin duda, tanto por su complexión como por su altura, dedujeron que se trataba indiscutiblemente de un hombre. El pasillo volvió a sumirse en una oscuridad total y Salva fue el primero en reaccionar. Asió la barra con una mano y con la otra, buscó a tientas los dos salientes.

—¡Es como la barra que presionas para abrir una puerta de emergencia!

Los otros tres se hacinaron contra él a empujones, aterrorizados al percibir la presencia de aquel hombre, cada vez más próxima.

—¡Socorro! ¡¡SOCORRO!!

—Estáis malgastando el tiempo. —Su voz sonó a través de un

distorsionador, el mismo que escucharon en la primera sala. Debía de llevarlo bajo algún tipo de máscara, algo que le permitiera alterarla al instante, impidiendo de ese modo que nadie pudiera reconocerle.

Salva, con grandes dificultades, al final logró colocar la barra en su sitio, encajando cada uno de los extremos en uno de los salientes. Una vez esta estuvo sujeta, la bajó con premura y empujó con todas sus energías. Fue tal el empujón que le propinó que toda la piel de su rostro sufrió el áspero arañazo contra cemento con el que colisionó con fuerza. Contrariado, echó el cuerpo hacia atrás los pocos centímetros que sus compañeros le permitieron, y maldijo por haber fallado en su deducción cuando apenas les quedaba tiempo.

—¡Joder! —masculló, sin dejar de apretar una y otra vez la barra.

Continuaban sin escuchar nada más que sus jadeos, resuellos y sollozos, unos suspiros ahogados que les robaban la poca energía que todavía pudiera quedarles.

Estaban aterrorizados, conscientes de que resultaban una presa realmente fácil para un demente descontrolado. Les tenía arrinconados, apenas a unos metros de distancia. Con tan solo un par de zancadas podría plantarse frente a ellos y hacerles cuanto quisiera, aunque daba la sensación de que aquel no fuera su principal cometido.

—¡¿A qué esperas?! —gritó Julio, sirviendo de escudo para su hermana, que quedó a sus espaldas casi cubierta por la totalidad de su cuerpo—. ¡¿Qué quieres de nosotros?!

—Nunca cambiaréis... ¿Dónde están ahora todos vuestros fans para salvaros? —hizo una leve pausa y a continuación, soltó una carcajada todavía más terrorífica—. Tan solo os estoy concediendo un poco de tiempo. El suficiente para que acabéis de enloquecer y dejéis de distinguir realidad y ficción. Luego... luego ya veré qué hago con vosotros.

Julio no pudo evitar que dos lágrimas de impotencia resbalaran por su rostro. Max inspiraba crispado y Amaya gimoteaba a espaldas de su hermano. Salva, por su parte, continuaba tirando de la barra hacia abajo, como si intentarlo una y otra vez desvirtuara en parte la realidad de lo que estaban

viviendo.

—Segunda regla: No abandonarse ante las adversidades. La unión hace la fuerza. Y vosotros, en realidad nunca habéis sido un verdadero equipo. Esta no es más que una mera demostración de ello —siseó con una voz más propia de un reptil, arrastrando las eses más de lo debido, quizá para darle mayor énfasis a sus palabras o tal vez, para regodearse simplemente en su pequeña tortura—. ¿Por qué no le preguntáis a Max qué es lo que significa realmente lo de “no abandonarse”? Tal vez él tenga la verdadera respuesta.

Aquella última afirmación destilaba ponzoñosos recuerdos. Un dardo letal, proyectado directamente hacia el más vulnerable del grupo, aunque nadie hubiera sido consciente hasta ahora.

Julio miró desconcertado a su amigo, que no daba señales aparentes de encontrarse en el mismo lugar que ellos. Estaba muy lejos de ahí, en algún otro mundo que seguramente, no entrañaba tanto peligro como aquel claustrofóbico corredor sin salida.

—Solo la unión hace la fuerza... —repitió Salva desde su posición en un leve susurro—. Solo la unión hace la... ¡Max, la mano! ¡Pon tu maldita mano en la huella de la pared!

Max, que pareció regresar de repente, dio media vuelta y colocó la mano izquierda donde su amigo le indicaba. Sus espaldas quedaron descubiertas, expuestas abiertamente al peligro. Pero no les importó lo más mínimo. Salva, desde su posición, colocó la mano derecha sobre la huella que quedaba justo en ese mismo lado y aguardó a que algo sucediera. Bajó una vez más la barra con brío pero, al igual que había sucedido unos instantes atrás, en esa ocasión tampoco pasó nada.

—¡Dame la otra mano! ¡Dame la mano, Max!

Tensaron sus cuerpos tanto como estos dieron de sí y se buscaron a tientas sin levantar la mano de ambas huellas, convirtiéndose de aquel modo en conductores de un tipo de corriente imperceptible para ellos, determinante para el juego. Un leve “*click*” les alertó de que iban por el camino correcto.

—Amaya, ¡empuja la barra hacia abajo!

La chica obedeció y la pared, que en realidad escondía una puerta, se abrió hacia el interior. Los cuatro cayeron por los suelos a causa de los embistes, precipitándose los unos sobre los otros. Salva tropezó con Max pero, lejos de amilanarse, giró su cuerpo con brío y cerró la puerta de una brusca patada.

Se vieron obligados a hacer grandes esfuerzos por acostumbrarse a toda la luz que irradiaba esa nueva sala. Todo a su alrededor era ahora de un blanco impoluto, tan celestial como demencial, y el contraste resultaba incluso cegador. Max, todavía tendido en el suelo, fue el único que no reaccionó. Los otros se mantuvieron expectantes durante unos instantes, analizando todo lo que veían sin atreverse a decir nada al respecto. Miraron al frente y también a un lado y a otro, pero costaba hacerse una idea de dónde empezaba y dónde acababa la estancia. La disposición de las paredes generaba un curioso efecto óptico, provocando que estas se confundieran entre ellas; el juego de luces estaba construido a verdadera voluntad y consciencia. Resultaba difícil incluso diferenciar las esquinas en las que confluían las paredes, aquellas con las que poder determinar por lo menos qué tipo de sala se abría frente a ellos.

El silencio se tornó abrumador y circundante, creando de nuevo aquella sensación de vacío que habían experimentado antes, ahora potenciada.

—¿Hola? —se atrevió Amaya.

No hubo respuesta.

—¿Alguien sabe qué narices está pasando aquí? —preguntó Julio, todavía jadeante.

—Max, ¿por qué quería que te preguntásemos a ti? ¿De qué va todo esto?

Pero Max no reaccionaba. Continuaba tirado en el suelo sin saber muy bien qué decir o qué hacer. Su mente no estaba ahí, había desaparecido para trasladarse a una época pasada, en la que la adicción a los juegos y a la adrenalina era su única válvula de escape.

—¿Max?

Amaya se inclinó a su lado y colocó la mano en el brazo del chico. Pero seguía sin reaccionar.

—Venid —dijo la chica en dirección a los demás.

—Eh, Max. ¿Qué pasa, tío? —Salva fue el primero en reaccionar.

—Van... Van a por mí. *Chapter* va a por mí.

Los tres se miraron sin comprender. No entendían aquellas palabras, ni tampoco su significado.

—¿Cómo dices?

—La culpa fue mía y *Chapter* lo sabe. Tienen una cuenta pendiente... Por eso me buscan a mí.

—Tío, como no te expliques mejor... No contamos precisamente con mucho tiempo...

—Debéis encontrar el modo de salir de aquí, y me temo que solo podréis hacerlo sin mí.

—No te dejaremos aquí.

—¿Acaso no has visto que esto no tiene nada de juego?

—Estamos pasando las pruebas, Max. Una a una. Y todavía no nos han hecho nada —prosiguió, acompañando sus palabras con un ademán de la mano—. Lo admito, este es el juego más jodido en el que nos hemos adentrado jamás, de acuerdo; pero saldremos. Tan solo debemos mantener la calma y seguir jugando como hasta ahora lo hemos hecho. Juntos.

—Max, sea lo que sea lo que estés pensando, olvídalo. Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Esto da muy mala espina...

—¿Ahora empieza a darte mala espina?

—Da igual, Amaya tiene razón, tenemos que salir cuanto antes.

Se pusieron en pie, lo asieron por los brazos y entre los dos chicos tiraron de él para incorporarle también, quisiera hacerlo o no. Obedeció en silencio y por primera vez, analizó la sala que había a su alrededor.

—Cuando has hablado de *Chapter*, ¿te referías a aquel juego que salió hace unos años?

La pregunta sonó despreocupada, sin embargo, zumbaba en los oídos de Max como si miles de abejas se arremolinaran alrededor de su cabeza, creando un silbido atronador, capaz de aniquilar cualquier otro pensamiento.

—Sí —respondió únicamente.

—Esto no tiene nada que ver con *Chapter* —puntualizó Salva con especial énfasis—. Yo fui jugador durante un tiempo y nada de aquello tenía peligro.

No quiso replicar. No quería seguir pensando en ello.

—Yo también jugaba —añadió Amaya—, me expulsaron al descubrir que era menor de edad. En una de las batallas en la calle, gané en cinco tiradas de dados seguidas a otro jugador. Por lo visto, no le sentó muy bien y me denunció a la plataforma de *Chapter* para que tomaran medidas.

—¿Todos jugabais a *Chapter*? —preguntó Julio en dirección a los tres—. Malditos viciados. Menos mal que lo cerraron, era un juego para gente sin vida.

Max le fulminó con la mirada aunque por suerte, nadie percibió la ira que desprendía su gesto, salpicado de recuerdos todavía candentes.

—Pues había muchísima gente enganchada —prosiguió Salva—. Lo cerraron porque hubo un accidente durante un capítulo. Hay que ser idiota.

Sin que nadie pudiera haber esperado nada parecido, Max se abalanzó sobre Salva. Tenía la mirada perdida, el rostro desencajado y los ojos inyectados en sangre.

—¿Pero qué haces?!

Salva no pudo evitar el impacto y cayó de espaldas al suelo con Max encima. El rostro de su amigo se desfiguró hasta resultar desconocido. Amaya y Julio reaccionaron con celeridad y lograron sujetar a Max, uno por cada brazo, permitiendo que el otro pudiera zafarse y recomponerse.

—¿Eres imbécil o qué pasa contigo? —le insultó con hastío desde un metro de distancia, recolocándose el jersey todavía atónito—. ¿Qué narices te pasa? ¡Joder! —exclamó tras pasarse un dedo por el labio y comprobar que estaba sangrando.

—¡No hables de lo que no sabes, imbécil! —volvió a increparle.

Cansado de aguantar el infantil e injustificado comportamiento de su amigo se acercó a él hasta que sus rostros se encararon, dejando entre ellos tan solo un par de centímetros. Jadeaban encolerizados y sus puños se mantenían cerrados con tensión, tornándose cada vez más blancos, perdiendo así el color habitual de la piel a causa de la fuerza contenida.

—Eres un niño egoísta. Por tu culpa estamos metidos en este maldito laberinto del que, por mucho que lo intentemos, no saldremos indemnes. Deja de hacer el gilipollas de una vez y pon de tu parte si quieres que salgamos con vida.

CHAPTER 75.

ROUND 2.

Chapter era un juego en el que realidad y ficción se mezclaban continua y necesariamente. Seguía patrones de diferentes juegos, entre ellos, algunos tan conocidos como el famoso *Dungeons & Dragons*, al que se habían aficionado gracias a Juan, el hermano mayor de Bruno, que fue quien les inició en el mundo de los juegos de rol. La primera vez que le vieron ejercer de *Dungeon-máster* quedaron tan alucinados que lo único que hicieron fue suplicarle para que les dejara participar en la próxima partida. Y así fue. Un tiempo después, ambos se convirtieron en habituales los viernes por la noche en casa de los Roble, la familia de Bruno, la única noche en la que sus padres salían a cenar fuera. Juan solía quedar esa noche con sus amigos para cenar pizza y echar una partida a alguno de aquellos juegos de mesa que colmaban las estanterías de su dormitorio.

Al principio, tanto Juan como sus amigos se mostraron reticentes a la entrada de los chicos en el juego puesto que no eran más que dos niños de apenas doce años. Sin embargo, les bastó una única partida para darse cuenta de cuán equivocados estaban. Los dos chicos comprendieron el juego a la perfección y se mantuvieron a la altura durante toda la partida, proporcionando a la historia incluso algún giro inesperado que encantó a los demás.

Aquellos dos años los pasaron semana tras semana esperando la noche del viernes. Descubrieron de aquel modo un sinfín de juegos de mesa a los que se aficionaron, y disfrutaron de cientos de partidas en las que las risas estaban más que aseguradas. Todos les aceptaron en el grupo como dos miembros más y los chicos sentían que por fin habían encontrado su lugar en el mundo. Jamás quedaban con los compañeros de su clase para jugar ni tampoco para salir; aquello no iba con ellos.

Sin embargo, desde que Juan empezó la universidad, las noches de los

viernes no volvieron a ser lo mismo. Todos desaparecieron, cada uno de ellos dispuesto a cursar sus respectivos estudios. Algunos, como Juan, tuvieron que desplazarse a la capital y lo que antes era una convivencia diaria, ahora se traducía en esporádicas visitas durante un fin de semana al mes, si había suerte.

Al principio se sintieron abandonados. Probaron de jugar alguna partida pero ninguno de aquellos juegos resultaba igual de interesante sin la intervención de los demás. Así pues, se encontraron solos y perdidos, de un modo desconocido y que no habían experimentado nunca antes. Max, sin perjuicio de los cambios que habían sacudido sus vidas, continuó frecuentando la casa de Bruno cada viernes noche. Sus padres nunca regresaban hasta llegada la madrugada y por su parte, detestaba pasar más minutos de los estrictamente necesarios en su propia casa. Apenas se hablaba con su padre y su madre parecía que fuera una marioneta que actuara en aras y a antojo de aquel. Sus hermanos apenas aparecían y la tensión del hogar podía respirarse en cada rincón, en cada puerta, en cada parte de la casa.

Fue de ese modo como descubrieron *Chapter*. Se habían enterado de que existía la posibilidad de jugar a juegos de rol online y no dudaron ni un instante en buscar alguno de ellos, aunque ninguno les convenció. Sin embargo, *Chapter* apareció en sus vidas de forma inesperada, sin que estuviera previsto pero como si llevaran demasiado tiempo esperándolo. Cuando leyeron las bases sintieron que su mundo se desmoronaba al descubrir que estaba disponible solo para mayores de edad. Sin embargo, el funcionamiento del juego les llamaba demasiado la atención como para obviarlo. Se inscribieron igualmente, aun a riesgo de ser pillados. Si eso pasaba, ya les expulsarían. Mientras tanto, se dedicarían a jugar durante el tiempo que les fuera posible. Se registraron como dobles con dos identidades falsas, creadas únicamente para el juego. Para *Chapter* eran dos estudiantes de primer curso de química de la facultad de ciencias de la Universidad de Barcelona.

El funcionamiento del juego era sencillo. Había tres modalidades: individual, dobles y triples, y entre ellas no se mezclaban, por lo tanto, había siempre tres líneas de juego simultáneas y cada una de ellas recibía sus propias instrucciones. Los dobles estaban inscritos como pareja y debían

jugar siempre entre los dos, manteniendo una distancia entre ellos de menos de diez metros, que sería controlada por geolocalización de la propia aplicación, que debía mantenerse activa durante toda la partida. Si los móviles se separaban más distancia de la reglamentaria, emitían un molesto y agudo pitido que les alertaba de que no se alejaran más. Si el pitido se mantenía incesante durante diez segundos, quedaban automáticamente descalificados y fuera del juego.

Cada quince días, *Chapter* proporcionaba a sus jugadores el inicio de una historia, que siempre conectaba con el final del capítulo anterior, nombre que recibía la historia de cada quincena. Los jugadores leían las premisas con atención y descifraban los mapas proporcionados por el servidor. Estos siempre atendían a la geolocalización de sus jugadores según la aplicación descargada en sus teléfonos móviles. A cada uno le llegaba un mapa de su zona más cercana, el requisito común era que todas ellas tuvieran unas características parecidas para que todos los jugadores actuaran en igualdad de condiciones. En todas aquellas localizaciones encontraban las misiones y eventos de la semana. Tenían que lograr capturar criaturas, encontrar las tabernas, mejorar sus habilidades y ganar batallas contra otros jugadores que también hubieran encontrado esos sitios.

En su caso, como dobles, se habían constituido como gremio de herreros y su especialidad era la producción de escudos. Su mayor habilidad recaía en los poderes añadidos que tenían en defensa, que casi siempre les otorgaba ventajas de hasta dos o tres puntos de más en las batallas respecto de los demás jugadores. Según la misión, debían salir, buscar las calles que el servidor indicaba y tratar de capturar, luchar o vencer a las criaturas que encontraban a su paso, encontrar las tabernas y descubrir cuál era la misión final de la quincena y el día del evento antes que nadie. De ese modo escalaban posiciones. Cuanto más rápidos eran venciendo y capturando a las criaturas que encontraban a su paso, antes conseguían la localización final de las tabernas.

Todo era virtual excepto la necesidad de interactuar con el territorio de la zona escogida por *Chapter*. Así pues, los jugadores debían implicarse en la zona, en la que físicamente no veían nada sino que todos los elementos aparecían en las pantallas de sus dispositivos móviles, siempre a través de la

aplicación. Con el tiempo, se dieron cuenta de que había muchísimas más personas de las que creían inscritas en el juego, pues resultaba muy fácil reconocerles. Solían caminar por la calle ajenos a todo cuanto les rodeaba, con la atención puesta únicamente en sus móviles.

Al inscribirse en *Chapter* todos los jugadores recibían dos tipos de dados, además de la clave de acceso a los servidores del juego. El de defensa, de ocho caras y el de ataque, uno de doce caras. Llevaban un sensor en el interior que servía para poder librar las batallas en su teléfono, sin que nadie pudiera echar la culpa al servidor del juego de haber manipulado los números. Todo era cuestión de azar, como en los juegos reales.

Estos dados debían de llevarlos siempre encima, pues una vez lograran descubrir la misión y el evento final del capítulo, debían librar una batalla con la criatura o jugador que les hubiera tocado y así, poder continuar avanzando y mantenerse en el juego. La historia seguía un hilo según las hazañas globales de los jugadores. Estos, en base a sus acciones, que se mezclaban con las jugadas e historias propuestas por los creadores, hacían que el argumento siguiera una línea u otra, de manera que hasta que no pasaba la primera semana de juego, no sabías cómo continuaría.

Así pues, desde que se lanzaba el nuevo capítulo, los jugadores tenían un total de siete días para leer la historia, encontrar a las nuevas criaturas o miembros de otros gremios, descubrir la taberna y resolver la misión para luchar en el gran evento final. La dificultad incrementaba según lo que hubieras resuelto el capítulo anterior, las criaturas que hubieras capturado, las alianzas que hubieras establecido con miembros de otros gremios o bien, las habilidades que hubieras desarrollado a partir de las luchas.

Los siguientes siete días, *Chapter* elaboraba los rankings de los participantes y preparaba las premisas del siguiente capítulo. El décimo día, las posiciones se hacían públicas y los seguidores del juego, que no participantes, podían votar a los que creían que habían sido los mejores jugadores. De ese modo, entre las valoraciones de *Chapter* y las de los seguidores, los jugadores escalaban posiciones y de ello dependía que las criaturas que les aparecieran en la siguiente partida pertenecieran a un nivel u otro. Cuantos más seguidores, mayor dificultad, y a mayor dificultad, mayores habilidades lograban en las capturas y batallas. La noche antes del

decimoquinto día se cerraban las votaciones y al día siguiente, *Chapter* publicaba el nuevo capítulo.

Después de unos meses de adicción al juego, muchos de los jugadores fueron descalificados o eliminados en sus respectivas batallas o también, tras no haber logrado capturar a las suficientes criaturas como para desbloquear la localización de la taberna y descubrir así la misión y el evento final. Si querían, podían reincorporarse al juego pero, para ello, debían dejar pasar dos capítulos completos y además, debían cambiar su personaje y comenzar desde cero, con el nivel más bajo.

El teléfono emitió un leve pitido y ambos sonrieron. Era el inconfundible sonido de la aplicación de *Chapter*, lo que solo podía indicar que ya estaba disponible el nuevo capítulo de juego. La cuenta atrás, tan ansiada por los devotos jugadores, capaz de generar una sensación de adicción parecida a la de una droga de última generación, había vuelto a aparecer. Tenían siete días para completar la misión y se habían propuesto finalizarla ese mismo fin de semana. Si lo conseguían, seguramente escalarían las posiciones suficientes como para volver a colocarse los primeros. La suerte estaba echada y la suya, acababa de comenzar.

CAPÍTULO 23.

Max sintió el temblor de su labio inferior, fruto de la tensión y el miedo que le infundía su amigo. Jamás le había visto así. Sus ojos no respondían a ningún tipo de bondad y lo que menos reflejaban era la voluntad de establecer una tregua entre ellos.

Amaya sacó el teléfono móvil del bolsillo y quiso entrar en internet, pero el acceso seguía bloqueado, los inhibidores de señal eran demasiado potentes.

Max y Salva se miraron por última vez y se separaron como si una extraña energía les hubiera empujado del pecho al mismo tiempo.

—Tenemos que darnos prisa... —añadió Julio, en un burdo intento de recuperar el ambiente de siempre o por lo menos, rebajar la tensión acumulada.

Todos excepto Max, comenzaron a investigar la sala por primera vez desde que habían entrado.

Sin embargo, cuando no debían llevar más de un par de minutos haciéndolo, un grito desgarrador rompió el silencio que hasta el momento había imperado en la estancia.

—¡¡Charliee!!

La voz, esta vez de un chico, se oyó desde una distancia lejana, aunque no lo suficiente como para que los cuatro percibieran el terror que escondía el alarido. Volvió a hacerse el silencio y se contemplaron recelosos. Habían jugado algunas salas de miedo, pero jamás habían escuchado en ellas nada que fuera tan real. Los gritos siempre iban acompañados de risas nerviosas y carcajadas histéricas, pero nunca de un terror real, físico, tangible. Aquella clase de miedo que traspasa la piel y se funde con el pulso. Aquello no era propio de una sala de escape.

La tensión llameaba en sus ojos. Nada tenía el más mínimo sentido.

—¡Socorroooo! —gritaron Amaya y Julio al unísono, cada uno en dirección a una pared.

El caos se apoderó de la estancia en unos segundos. De pronto, todo eran pasos acelerados y silencios extraños, rotos únicamente por sus gritos de auxilio. Clamaban ayuda y a la vez callaban, a la espera de encontrar alguna respuesta.

—¡Charlieee! ¡¿Dónde estás?!

Era la misma voz de antes y ahora estaban completamente seguros de que se trataba de un chico. Sin embargo, su tono les encogió el corazón. Había demasiado temor en aquella única palabra.

—¡¡Corred!!

Salva sonó autoritario y ninguno de los demás osó cuestionarle. Obedecieron al instante y empezaron a correr hasta detenerse frente a una pared blanca. Todo era blanco, de hecho, y la ausencia de color tan solo les desquiciaba cada minuto que pasaba un poco más. Avanzaron y se dieron cuenta de que en ella había cuatro huecos sin puerta que hasta ahora, habían pasado completamente desapercibidos. Se miraron extraños y se acercaron cada uno de ellos a uno distinto. Se detuvieron y sin decirse nada, metieron la cabeza a través de los huecos, tratando de buscarse en el interior sin resultado.

—¡Es un maldito laberinto!

—¿Creéis que debemos separarnos?

—¡¡Charlieeeee!! Maldita sea, Charlie, ¡¿dónde estás?!

Volvieron a escuchar aquella voz, ahora mucho más cercana que antes y sin desearlo, sus piernas comenzaron a temblar. Necesitaban terminar con aquella pesadilla cuanto antes.

—¿Y si nos perdemos y luego no sabemos regresar? ¡Es un maldito suicidio! —rezongó Julio.

—¿Y si vamos dos y dos? —probó Amaya, visiblemente aterrada.

—Perderíamos un tiempo demasiado valioso —sentenció Max, despegando por primera vez los labios de forma útil—. Debemos hacerlo solos. Es lo que quieren.

—¿Y tú como lo sabes? —protestó Amaya en un tono más agudo del habitual.

—¡Porque es uno de los escenarios creados para el capítulo setenta y dos de *Chapter*! —gritó sin poder evitarlo—. Se explicaba en las premisas iniciales del juego. Se buscó un escenario parecido en cada localidad, pero solo tres ciudades cumplían los requisitos. Aquello fue una forma de eliminar a muchos jugadores que no pudieron desplazarse a tiempo. Yo tuve que venir hasta Barcelona, usaron el laberinto de Horta para recrear el juego.

—¿Fuiste uno de los semifinalistas de *Chapter*? —preguntó Salva, evidentemente atónito.

Max lo fulminó con la mirada, manteniendo una mueca extraña en el rostro. Salvador parecía estar mucho más al corriente del juego de lo que él pensaba y aquello solo podría dar lugar a más preguntas a las que no quería responder.

—Debemos separarnos. Es el único modo de salir de aquí. Encontrad una manera de marcar el camino que vayáis pisando. En este caso es mucho más complicado, pues el blanco anulará vuestra visión y en un par de giros, habréis perdido la noción del espacio.

—Max, esto que dices es una jodida locura. ¿Y si nos pasa algo? —gimoteó Amaya, en total desacuerdo.

—Es un juego, ¿no? —aseveró en dirección a los otros tres, recordándoles sus propias palabras, las mismas que él no creía en absoluto—. Pues juguemos.

Sin añadir nada más, se adentró a través del hueco de la izquierda. Dio un par de pasos y miró a todos lados. Tan solo había espejos y huecos. Entonces, escuchó un golpe seco y una puerta que no supo de dónde apareció, se cerró a sus espaldas, anulando la posibilidad de regresar junto a sus compañeros.

—¡Salva! —gritó en un intento desesperado. Pero, como si todo a su alrededor estuviera ahora insonorizado, ya no pudo escuchar nada más.

No tenía ni la más remota idea de si sus amigos le oirían a él o bien, si ellos habrían hecho lo mismo y se habrían adentrado en sus respectivos caminos. Pero ahora estaba solo.

Malgastó un par de minutos tratando de escuchar algún tipo de ruido, pero no tuvo suerte. Ni siquiera volvió a escuchar la voz de aquel chico que llamaba con tanto ahínco a ese tal Charlie.

Dio un paso al frente y aspiró. Se pasó una mano por el pelo y lo mesó en una pose pensativa, tratando de encontrar algún tipo de lógica a lo que había a su alrededor. Todos los juegos de escape funcionaban bajo una misma premisa y razonamiento: la lógica. $A \text{ más } B \text{ era igual a } C$. Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que nada de aquello cumplía con ese evidente parámetro?

Restregó el pie por el suelo con el único propósito de manchar el blanco e impoluto mármol con la suela de sus deportivas y calibrar así hasta qué punto podría marcar el camino que iba a seguir y así, evitar dar vueltas sobre un mismo punto y perder el valioso tiempo del que hacía rato que ya no disponía. Pero no sirvió de nada. Al igual que tampoco sirvió restregar las manos por las blancas paredes, que no parecían tener intención de absorber la suciedad de las mismas.

—¡¡Joder!! —maldijo en voz alta.

Se metió las manos en los bolsillos y buscó cualquier cosa que pudiera servirle, algún papel, alguno de los cientos de envoltorios de chicles que solía guardar antes que tirarlos al suelo... Pero no llevaba nada; justo cuando más lo necesitaba no llevaba nada.

Observó la sala con más detalle pero tampoco encontró algo que pudiera servirle para ese fin. Todas las paredes eran lisas, suaves, sin esquinas ni salientes. Se sentó en el suelo y apoyó la espalda contra una de ellas, justo antes de enterrar la cabeza entre las manos. Todo era un sinsentido y no hacía más que recordarle una y otra vez que no iba a salir con vida. Nada apuntaba a lo contrario así que, en realidad, no tenía motivos para no

pensarlo.

Al igual que había sucedido en las otras salas, su mente trabajaba a destajo, trasladándole de un lado a otro, de una época a otra. Miles de recuerdos, de gritos, de escenas que creía haber dejado atrás. Sangre, gritos, euforia, llantos... Todo regresaba y parecía hacerlo con más fuerza.

Sin percatarse de ese detalle, volvió a repetir un gesto que hacía años que había dejado de hacer. Un tic nervioso que desarrolló durante la adolescencia y que le había regalado más de un dolor de cabeza a su madre. Se pasó una mano por el interior del labio y comprobó que efectivamente, estaba sangrando. Había vuelto a morderse la parte interna del mismo, rasgando la fina y delicada piel de esa zona hasta herirla. Se observó el dedo, cubierto por aquella gota rubicunda y brillante. Miró al suelo y entonces lo tuvo claro. Volvió a morderse el labio, esta vez de forma consciente y voluntaria, hiriéndolo un poco más, hasta que notó aquel sabor férreo esparciéndose por toda la boca. Los labios eran muy frágiles, uno de aquellos puntos del cuerpo que sangraban con apenas un roce y lo hacían además de forma abundante. Se llevó de nuevo los dedos a la parte interior y los manchó de sangre antes de dejar caer algunas gotas al suelo. Funcionaría.

Se incorporó de un brinco y comenzó a recorrer el laberinto mientras se aseguraba de dejar caer una gota cada pocos pasos. Repitió el proceso durante algunos minutos hasta que por primera vez, dio de bruces con una de sus propias gotas. Había retrocedido en algún punto. Cada cruce que dejaba atrás, sin embargo, le dificultaba todavía más la tarea de ubicarse. El blanco del suelo y las paredes, mezclado con la iluminación que provenía de distintas cintas de *leds* que había en el techo, junto con los espejos, actuaba con eficiencia confundiendo su cerebro.

La vez que jugó en el laberinto real no le resultó tan difícil. A pesar de que fue la única prueba en la que jugando como dobles tuvieron que actuar de forma individual, le pareció mucho más fácil contar cada paso que daba. Sin embargo, el lugar en el que se encontraba ahora había sido creado expresamente con la finalidad de confundir, y lo habían logrado con creces. Cada paso era mucho más acelerado que el anterior hasta que, pasados unos instantes, se descubrió a sí mismo corriendo casi sin aliento. Jadeaba exhausto mientras se mordía una y otra vez el labio para que este no dejara de

sangrar, secando cada lágrima que amenazaba en la comisura de sus ojos. Lo que al principio fue una pequeña herida, se iba haciendo más y más grande, con lo que el verdadero dolor que sentía cada una de las veces que rasgaba la piel con sus dientes era mayor cada instante que pasaba ahí dentro.

Giró al llegar a una puerta que realmente estaba bien disimulada entre cuatro espejos, que creaban un efecto visual impresionante. Al quedarse quieto y observar su reflejo, se dio cuenta de que mirara en la dirección que mirase, todo parecía idéntico.

Inició de nuevo la carrera hasta llegar a una esquina en la que descubrió una mancha ligeramente superior a las gotas que él había ido dejando por el camino. Se detuvo y apoyó las manos sobre sus muslos, ahogado y apenas sin aliento. Se fijó mejor y reparó en que esa no era la única, pues más adelante había un charco todavía mayor seguido de otro. Aceleró el paso y los siguió, esta vez olvidándose de dejar su propio rastro en el suelo.

—¿Chicos, estáis bien? —levantó la voz, temeroso de su respuesta.

Prestó atención durante unos instantes en los que aguardó inmóvil, pero no logró escuchar nada más que su propia respiración.

—¿Salva? ¿Amaya...? ¿Julio?

La luminosidad de la sala junto con la tensión que generaba su cuerpo a cada uno de sus pasos, actuaron en él del modo que menos necesitaba. Sintió primero el ligero mareo en el fondo de su estómago y, acto seguido, cayó desplomado de rodillas, apenas sin fuerzas para mantenerse a gatas. Fue entonces cuando por primera vez desde que se había cerrado la puerta del laberinto, escuchó un ruido. Esperó y lo hizo con la firme intención de confirmar que aquello no eran meras imaginaciones suyas. Le bastó apenas un minuto para darse cuenta de que estaba en lo cierto. Fue un gimoteo débil, aislado, pero cierto.

Aceleró de nuevo y sus pasos se tornaron cada vez más impávidos. Si era alguno de sus amigos no podía perder más tiempo. Corrió y cruzó los últimos dos pasillos en apenas un par de zancadas, los cuales le condujeron hasta una sala diáfana, también blanca. Resultaba completamente cegadora.

Tenía la misma sensación de haber entrado en el cielo, como cuando en las películas alguien moría y traspasaba un pasillo luminoso que le llevaba a las mismísimas puertas del territorio protegido de Dios. Solo que no estaba muerto y el dolor de su labio, así como el de todas y cada una de sus extremidades, lo corroboraba.

Echó un vistazo a su alrededor, justo a tiempo para darse cuenta de que solo había una única cosa en el centro de la sala que destacara por encima de todo lo demás. Lo único que tenía color, lo único que tenía vida, a pesar de parecer que la hubiera perdido antes de tiempo.

CHAPTER 75.

ROUND 3.

Esa noche durmió en casa de Bruno y apenas se despegaron del ordenador, donde leyeron una y otra vez el capítulo proporcionado por *Chapter*. Cuando tuvieron claras las prioridades del mismo, pasaron horas dibujando un esquema y un mapa a partir del virtual que les proporcionó el servidor. Buscaron las rutas más rápidas para acceder a todos los puntos por los que debían pasar y en los que, seguramente, aparecerían las criaturas. Esta vez, la región había sido invadida por los trols de tres cuernos, capaces de destruir a quienes intentaran atraparles con una tirada de tres a siete. Las posibilidades de vencerlos eran sumamente difíciles. Sin embargo, con la captura de cinco de ellos quedaría desbloqueada la taberna, por lo que debían de ser rápidos y rezar para que el azar estuviera de su parte.

—Chicos, ¿no creéis que ya es hora de que os metáis en la cama?

Los padres de Bruno acababan de llegar. Los chicos se sobresaltaron cuando la mujer abrió la puerta, pues no eran conscientes de que pasaban de las dos de la madrugada. El escritorio de Bruno estaba repleto de bolsas de plástico vacías y todavía quedaban algunos granos de maíz tostado en el bol que un rato antes estuvo lleno de palomitas. Había latas de refresco en la basura del rincón y la habitación olía a cerrado y a hormonas en plena transición.

—Hola, mamá —saludó Bruno con su habitual y angelical sonrisa—. Ahora nos acostaremos. Estamos acabando de diseñar un mapa.

—¿Habéis descifrado también lo que pone en vuestros deberes?

Ambos la miraron con una mueca muy parecida en el rostro y que para nada indicaba que esa hubiera sido su prioridad durante la tarde.

—Mamá, eso no es...

—Ana —cortó su amigo con aquella picardía tan característica y propia de él—, Bruno será jefe de una sucursal bancaria y yo le llevaré los cafés y le filtraré las llamadas. Está todo estudiado. Además, ¿qué clase de adolescentes seríamos si no dejáramos los deberes para última hora?

La madre de Bruno los contempló conteniendo la sonrisa. Parecía feliz, una de aquellas personas que vivían en sintonía y absoluta paz con el mundo. Max siempre envidió a la familia Roble. Un matrimonio unido que profesaba su amor por el otro por encima de todas las cosas. Los viernes eran suyos, solo para los dos, seguramente para hablar de todas aquellas cosas que el día a día les regalaba. Sus dos hijos, dos chicos estudiosos y aplicados, eran sus mayores y más preciados tesoros. Se desvivían por ellos y los colmaban de todo aquel cariño que todo niño pudiera necesitar. Con el paso del tiempo, adoptaron a Max como un miembro más, después de que Bruno y él se convirtieran en inseparables ya en el parvulario. A veces se preguntaban, y lo hacían abiertamente, cómo era posible que dos niños tan distintos pudieran llevarse tan bien y haber creado entre ellos una unión tan sólida y estable. Max siempre decía que Bruno necesitaba un guardaespaldas y Bruno, a su lado se sentía protegido y comprendido.

Un tiempo atrás, al entrar en el instituto, Bruno se convirtió en el “empollón”, el niño “rarito” que siempre sacaba dieces y que nunca contradecía a los profesores. Meterse con él era fácil y los niños, si algo tenían durante esa etapa de la vida era demasiada crueldad acumulada. Sin embargo, Max se hizo con el control de la situación y adoptó el rol de gamberro bromista, el chico popular de clase, focalizando de aquel modo toda la atención en su persona e impidiendo que nadie la tomara con Bruno, que pasó a convertirse en su leal protegido. A él no parecía importarle que le expulsaran repetidamente de clase y en cambio, Bruno parecía el niño más feliz de la tierra sintiéndose tan importante por ser el mejor amigo de Max. Incluso, algunas chicas les pidieron sus cuentas de *Facebook* y *Twitter* para poder hablar y tal vez, algo más. Sin embargo, ellos pasaban por completo de todos aquellos juegos de seducción adolescente y jamás solían responder a sus constantes insinuaciones. Iban a su aire, como dos forajidos que estuvieran ahí simplemente porque así debía ser.

—De acuerdo. Pero es muy tarde y os recuerdo que los dos tenéis

todavía catorce años. En media hora os quiero en la cama. Ni un minuto más.

Asintieron con la cabeza y Ana desapareció, concediéndoles de nuevo intimidad.

—¿Crees que ya lo tenemos todo bien planeado? —preguntó Bruno, esta vez en un tono más bajo. Había algo en su rostro diferente, el vestigio de una ilusión desconocida. Estaba seguro de que aquella iba a ser su oportunidad—. Esta vez iremos a por todas, Max. Hagamos lo que sea necesario para ganar ventaja.

—No podemos hacer trampas y lo sabes. Los servidores de *Chapter* lo detectarían.

—No he hablado de hacer trampas, idiota. He dicho que quiero ganar esta partida, cueste lo que cueste.

Se quedaron en silencio. Había algo en aquella declaración que a Max no terminó de encajarle con el carácter habitual de su amigo, sosegado y normalmente apacible. Era competitivo, sí, pero jamás había codiciado algo con tal intensidad. Sin embargo, Max tampoco quiso darle mayor importancia.

Dejaron todos los papeles sobre la mesa, apagaron el ordenador y también la luz. Desde que Juan se mudó a la ciudad, Max solía quedarse más veces en casa de los Roble a pasar la noche, pues la litera de arriba quedó totalmente vacía a su partida.

—¿A qué hora quieres poner el despertador? —preguntó desde arriba, jugueteando con el teléfono entre los dedos.

—Yo creo que a las ocho estará bien.

—Tío, solo vamos a dormir cinco horas... —rezongó perezoso.

—¿Quieres el primer puesto o no?

Se hizo el silencio durante unos instantes. Apenas se escuchaban ruidos de fondo en la casa, más que los que podían llegarles desde el jardín; una de las ventajas de vivir lejos de la urbe.

—De acuerdo. Programo la alarma a las ocho.

—Menos mal, pensaba que ya no quedaba nada del Max que creía conocer.

Aquella forma de desearle buenas noches le hizo sonreír. Sin embargo, todavía le embargaba una sensación extraña, una corazonada de que las cosas no estaban siguiendo el curso que tal vez deberían seguir. Bruno nunca se había mostrado tan competitivo, de hecho, siempre era él quien solía arrastrarle en todas sus locuras. No entendía a qué respondía aquel arrebató aunque comprendía que codiciara el primer puesto, pues él también lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero no importaba aquello, fuera como fuese, que Bruno también hubiera decidido dar el máximo de sí mismo en esa partida no hacía más que suponer una ventaja extra. Irían a por todas y se harían por fin con el primer puesto.

CAPÍTULO 24.

Max distinguió la silueta de la chica y corrió a su encuentro sin pensar siquiera en la posibilidad de que pudiera tratarse de una nueva argucia. Les separaban unos cinco metros de distancia, por lo que no le hicieron falta más que un par de zancadas para llegar a su lado.

Agazapada en su propio cuerpo, la chica sollozaba nerviosa. Sus brazos se aferraban alrededor de las rodillas y tenía la cabeza hundida en el hueco que quedaba entre ellas.

—¿Estás bien? —dijo, antes de arrodillarse a su lado, manteniendo entre los dos una leve distancia prudencial.

Como si no hubiera sido consciente de su presencia hasta ahora, la chica se sobresaltó y levantó la cabeza. Un hilo de sangre recorría su frente, delicada y suave. Estaba seca, por lo que dedujo que ella también llevaba un buen rato ahí encerrada. Al igual que él, su ropa estaba rasgada en algunos puntos, aunque no parecía haber miedo en su rostro. Su semblante era extraño, desconcertante y desconfiado. La observó con mayor detalle en busca de algún tipo de reconocimiento. Era morena, de facciones marcadas y debía tener pocos años más que él.

Ninguno de los dos dijo nada. Max entornó los ojos, consciente ahora de que no era la primera vez que la veía. Sabía que lo había hecho en una anterior ocasión y puso todos sus esfuerzos en dar con el recuerdo. Al final, a pesar de que le llevó más tiempo del que tal vez le hubiera gustado, dio por fin con la respuesta que buscaba.

—¿Tú no eres la chica de Scroom? —preguntó con la duda impregnada en la voz.

Enarcó una ceja en un gesto inconsciente, quizá sorprendida por la rápida asociación del joven. Entonces, reaccionó y encajó toda la información que él mismo había recabado.

—Eres Charlie... ¡Me acuerdo de ti!

—En realidad me llamo Carlota, pero sí, soy Charlie; en el trabajo y en mi vida personal.

—Yo soy Max, estuvimos hace unos días en tu local —especificó, ante su gesto interrogativo—. No te preocupes, supongo que debe ser difícil acordarte de todos los clientes. Oye, ¿estás bien?

—Sí, tan solo es un rasguño, descuida —añadió mientras señalaba su frente con el dedo índice, esta vez con una mueca distinta en el rostro.

Se sumieron en un incómodo silencio, sin saber muy bien cuál era la pregunta que debía venir a continuación. El hecho de que la chica hubiera aparecido de la nada y en cambio, sus amigos continuaran sin dar señales de vida resultaba sospechoso por lo que, en parte, no podía sentirse culpable de mantener una postura recelosa hacia ella.

—¿Tienes idea de qué va todo esto? —se atrevió a preguntar al fin, quizá para ponerla a prueba o tal vez, para dar con alguna otra hipótesis que no fuera la de que alguien pretendía matarles.

Charlie echó un vistazo a su alrededor, asegurándose de que no hubiera nadie más en la sala que ellos.

—Una nueva modalidad de *Escape Room*, supongo.

—¿Sí? —cuestionó incrédulo—. ¿Y en qué cabeza cabe que uno acabe sangrando y con la ropa hecha jirones en un simple juego de escape?

La pregunta brotó de sus labios sin que le hubiera dado tiempo siquiera a plantársela él mismo; simplemente, no pudo evitarla.

—En uno que no hayamos visto hasta ahora, supongo.

—Tus suposiciones me desconciertan —respondió con gesto reticente.

—Y tus preguntas tan solo nos hacen perder más tiempo.

Volvieron a sumirse en un extraño silencio mientras la tensión entre ellos se fraguaba de forma evidente. Solo existían dos posibilidades: o

jugaban juntos, o se convertían en rivales. Y, si algo tenían claro era que ninguno de los dos desvelaría sus cartas antes de tiempo, por lo que preguntar de forma directa qué les había llevado hasta ahí no les serviría de nada.

—¿Cuántos crees que somos?

—Somos cuatro equipos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tú eres integrante del tercer grupo con el que me he cruzado.

—¿Has coincidido con todos ellos?

—Les he oído en una de las salas, pero no he llegado a verles. Ellos, en cambio, no podían oírme a mí.

Que ella supiera de la existencia del resto de equipos la situaba en una posición de notoria ventaja con respecto a él. Ellos se habían adentrado solos en las instalaciones y en ningún momento fueron conscientes de que aquello fuera una competición en línea, a pesar de que el supuesto máster afirmó que no estarían solos. ¿Acaso se trataba de salas gemelas y únicamente les estaban poniendo a prueba? No podía ser, había algo que seguía escapando de toda lógica y a pesar de que su mente trabajaba a un ritmo trepidante, no podía eliminar de su cabeza la idea de que en realidad, todo aquel entramado tenía mucho más que ver con él que con el resto de personas implicadas.

—¿Cuántos crees que somos en total?

—Somos cuatro por equipo. Deduzco que te han separado de los otros tres.

Afirmó con un gesto de cabeza.

—¿Conoces al resto?

—Están los *Dalton*, nosotros dos accedimos junto con dos *másters* de otra sala, los *Prison Breakers* y vos...

—¿Andrea está aquí?! —le cortó antes de que pudiera continuar.

—¿Es una chica de voz aguda?

Algo en su interior regurgitó furioso. Andrea no podía estar ahí dentro, no tenía por qué sufrir ningún daño por su culpa.

—¿Estaba herida? —añadió únicamente, preso del pánico.

La chica analizó al joven que tenía delante. Parecía realmente afectado por el descubrimiento, lo que ponía de manifiesto sus sentimientos por la chica en cuestión.

—No, que yo sepa. Pero de eso hace ya un buen rato así que no tomes mi palabra a rajatabla, ¿vale?

—¿A qué hora habéis entrado vosotros?

—A las cinco.

—¿Por qué sigues pensando que es un juego? —inquirió, cogiéndola desprevenida—. ¡Ninguna sala supera la hora y media de duración!

—¿Y qué te hace pensar que no lo es? ¿Acaso existe una norma estándar sobre el funcionamiento básico de un juego de escape?

—Creí que todos seguáis unas premisas... —añadió con notoria desilusión.

—Eso no significa que sean normas vinculantes. Tenemos absoluta libertad para crear un juego. Adentrarse en él siempre es responsabilidad del jugador. Sí —prosiguió—, evidentemente existen unas premisas lógicas que siempre intentamos seguir, pero estas no afectan a la duración ni temática escogidas. No puedes entrar en una sala partiendo de las deducciones utilizadas en otras, ahí radica la gracia del juego.

—Sabes tan bien como yo que esto no es un simple juego —arremetió de nuevo, esta vez con más dureza.

Un fuerte ruido fue el encargado de poner fin a aquella conversación con la que no iban a llegar a ninguna conclusión. Sonó con estridencia y retumbó por toda la sala. Ambos se pusieron en guardia y se incorporaron, adoptando una posición precavida, dispuestos a salir corriendo de un

momento a otro. Entonces, sin que hubieran podido esperarlo, el techo de la sala comenzó a descender y ambos sintieron una presión claustrofóbica en el fondo del estómago. Se miraron a la vez, buscando alguna explicación que pudiera darle sentido a lo que estaba sucediendo y, sin más dilación, iniciaron una carrera a la desesperada.

—¡Corre!! —gritaron al unísono.

Se dirigieron cada uno en una dirección.

—¡Por aquí!

Max, ante el grito, rectificó sobre sus pasos y corrió tras ella, justo en la dirección opuesta a la que había tomado desde un buen principio. Charlie corría a gran velocidad y Max la seguía a pocos pasos de distancia hasta que de nuevo, se adentraron por uno de los diferentes accesos que daban a aquella sala diáfana a la que él había llegado por otro lado.

—¿Cómo sabes que es esta la dirección correcta?

—¡Porque ya he probado siete de las dieciséis opciones!! —Al adentrarse en el hueco que ella había escogido, de entre medio del muro apareció una nueva puerta corredera que les cerró el paso por atrás. Ya no podían regresar a la sala de la que provenían—. ¡Y en ninguna se me ha cerrado la puerta! —puntualizó tras ello.

Max entendió a la perfección lo que ella había querido decir y sintió un fuerte escalofrío recorriendo toda su espalda. O iban por el buen camino, o alguien pretendía encerrarlos como ratas de laboratorio. Sin embargo, a cada paso que daba, se sentía un poco más lejos de sus amigos. No saber cómo estaban progresando le dolía, y más todavía el hecho de no saber si estaban bien o si habrían logrado escapar de aquel laberinto del infierno.

Resultaba curioso catalogar como infierno aquel espacio tan cándido e inmaculado, aunque a Max no se le ocurría ningún calificativo al respecto mejor que ese. Avanzaban con torpeza debido a la dificultad de aquellos giros inesperados, disimulados entre espejos y juegos ópticos que únicamente tenían la finalidad de confundirles hasta que se dieron cuenta de que el techo había detenido su descenso.

—Charlie, ¡Charlie, para!

La chica se detuvo e inspiró con dificultades, ahogada a causa del esfuerzo. Ninguno de los dos sabía a ciencia cierta cuántos metros llevaban recorridos ni cuál era la dimensión total del laberinto.

—¿Qué narices ha sido eso?

—Una especie de cuenta atrás, deduzco.

Max la miró con suspicacia pero ella aguantó estoicamente el gesto del muchacho.

—No todo se traduce en cronómetros, chico.

La condescendencia de aquel apelativo, así como la forma reiterada de dirigirse a él como si no tuviera ni idea de nada, empezaba a irritarle. En su haber contaba con muchas salas realizadas y muchos años dedicados a los juegos de rol y de plataformas; no era un niño que no supiera a lo que se enfrentaba.

—Me refería al hecho de que, por si no te has dado cuenta, el techo ha comenzado a descender sobre nosotros. No sé qué pensarás tú, pero a mí se me ocurren cientos de títulos de películas gore... y, por cierto, ninguno incluye un final feliz.

—Cállate, ¿quieres? No puedo pensar si sigues parlotando sobre cosas que no vienen al caso.

La fulminó con la mirada y todo su rostro enrojeció de ira. Había algo en ella que se le antojaba rebelde y peligroso, a pesar de que mantenía intacta un aura de respeto. Algo le decía que a pesar de no soportarla, era importante seguir con ella si es que todavía les quedaban opciones de escapar.

Su renovado silencio fue interrumpido únicamente por un sonido ronco y rudo que les paralizó de los pies a la cabeza. Tenía un origen bruto y animal nada reconfortante, que les puso la piel de gallina al instante. Lo volvieron a escuchar; era una especie de bufido, como una criatura brava que estuviera resollando, tal vez cogiendo impulso antes de iniciar la carrera. Se miraron una vez más y esta vez, el terror se apoderó de ellos. Comenzaron a

correr sin dirigir la vista atrás, intentando seguir los pasos del otro, ahora sin dejar ningún rastro a sus espaldas. Toda la iluminación menguó y lo que hasta ahora había sido una amplia y luminosa estancia, blanca e impoluta, se convirtió ahora en un seguido de pasillos consecutivos, cada vez más oscuros y tenebrosos.

Escucharon unos pasos acelerados y sintieron que sus respectivos corazones batían despiadados en el centro de su pecho. Se asemejaba al ruido que harían las herraduras de un caballo repiqueteando contra un suelo de gres moderno. Aquella cosa, fuera lo que fuese, se acercaba. Frente a ellos se abrían dos posibles caminos. De forma tácita, optaron por el derecho y corrieron a través de él cuando de pronto, al fondo, descubrieron una silueta tosca, de un tamaño muy superior al de un hombre. Charlie se detuvo en seco y Max chocó contra su espalda con brusquedad.

—¡¡Retrocede!! —gritó ella.

CAPÍTULO 25.

Regresaron sobre sus pasos apenas sin aliento y tomaron el otro camino al que se accedía desde la bifurcación, ahora conscientes de que ya no estaban solos en el laberinto. Tomaron un par de desvíos más cuando se dieron cuenta de que se hallaban desubicados. Al no dejar rastro, no disponían de un modo para saber qué caminos habían recorrido y cuáles no, por lo que ni siquiera sabían si avanzaban o bien, no hacían más que dar vueltas sobre sus mismos pasos. Entonces, justo cuando la sensación de desazón comenzó a apoderarse de su cordura, volvieron a escuchar aquellas pisadas que se estaban convirtiendo en la banda sonora de su propia perdición. Tan solo les dio tiempo a echar la vista atrás cuando, de nuevo, distinguieron en el fondo la silueta de aquella criatura cruzando el pasillo a toda velocidad.

—¿Por qué no nos sigue? —preguntó Max sin comprender.

—¡Porque no es más que un juego! Pretenden que perdamos los estribos... Así que, ¡corre! No quiero quedarme en un sitio en el que en cualquier momento, un maldito toro pueda embestirme por detrás.

Apenas le dio tiempo a terminar de pronunciar aquellas palabras que la chica ya estaba corriendo de nuevo. Max la siguió una vez más a poca distancia, mientras lanzaba miradas atrás en busca de la criatura.

No fue hasta después del décimo giro cuando dieron con una nueva sala diáfana en la que, tal y como había sucedido en la anterior, un montón de puertas se abrían frente a ellos. Charlie, con una mano en la cintura y la otra en la frente, anduvo hacia el centro y contempló la sala girando sobre sí misma de forma circular, abarcando el máximo número de detalles posibles. Max la siguió, mientras en su cabeza no había lugar para explicaciones plausibles que pudieran ayudarle a comprender dónde les habían encerrado. Aquel lugar cada vez parecía más grande e infinito.

—Hay catorce entradas —afirmó ella pasados unos instantes—. Dos menos de las que había en la otra sala.

—¿Qué significa eso?

—¿Crees que si lo supiera todavía estaría aquí metida?

Se retaron con la mirada, antes de que un nuevo movimiento les privara de continuar con la silenciosa contienda. Apenas levantaron la cabeza a tiempo para ver pasar a la bestia por una de las puertas y casi al segundo, por una de las del extremo contrario.

—¡¿Qué narices..?! ¡¡Eso es imposible!! —exclamó Max, incrédulo y temeroso—. ¿Lo has visto?

—Sí...

Del mismo modo en el que se la encontró en la primera sala, la chica se sentó en el suelo, se encogió, abrazó sus rodillas y escondió la cabeza en el hueco que formaban sus brazos, hecha un ovillo.

—¡¿Pero, qué haces?! —inquirió con impaciencia.

—¡Intento pensar!

Max, que no daba crédito a lo que veía, inspiró y expiró de forma forzada durante algunos segundos, conteniendo los cientos de pensamientos que cruzaban su mente. Charlie no se movía, sin importarle que aquellos bufidos, broncos y rudos, llegaran hasta ellos desde distintos puntos al mismo tiempo.

Se alejó de ella de forma prudente, aunque no lo suficiente como para exponerse demasiado al peligro. Observó la sala, que ahora mantenía un aspecto diferente al que lucían los pasillos cuando él se adentró en el laberinto. Apenas había iluminación y la que había, era tenue e insuficiente. Las paredes, ahora de piedra envejecida, tenían cientos de recovecos y hendiduras que le conferían mayor profundidad. Todo era oscuro y tenebroso, como si hubieran cambiado de ambiente e incluso, de siglo. Se acercó un poco más a una de ellas y observó el muro con detalle. Deslizó una mano sobre el mismo y sintió en la punta de los dedos un frío extraño en el que no había ni rastro de humedad.

—Tan solo es un escenario —afirmó en voz alta sin apartar los ojos

del tabique—. Si fuera una mazmorra de piedra las paredes estarían húmedas y seguramente, habría musgo en ellas. No debemos de haber descendido demasiado.

Charlie levantó la cabeza por primera vez y le miró sin dar crédito.

—Es evidente que es un escenario... ¿Por qué te niegas a pensar que esto es un juego? —repitió, con un gesto airado y curioso a la vez.

Max se mantuvo vacilante durante algunos instantes. Lo creía por muchos motivos a la vez aunque, principalmente, porque aquella sala parecía haber sido creada expresamente para él. En todas las estancias que habían ido atravesando, algo le había hecho recordar parte de su pasado, cosa que a ninguno de sus compañeros les había sucedido. Ellos, al igual que Charlie, pensaban que debía de tratarse de una nueva modalidad de juego, quizá demasiado siniestra para su gusto pero, en definitiva, un juego. En ningún momento terminaron heridos de gravedad, era cierto, pero sí acabaron sangrando, con rasguños y moretones tras improvisadas carreras que nada tenían que ver con cualquier otra *Escape Room* que hubieran realizado hasta ahora. Para los demás, él era el único que se negaba a ver la realidad; una realidad que para él, en cambio, escondía demasiadas mentiras.

—¿Cómo diseñasteis vuestro juego, Charlie? —preguntó, esta vez con una paciencia desconocida en la voz.

La chica le contempló extrañada. A cada segundo que pasaba, Max parecía serenarse más, tal vez aceptando la derrota, o como si se hubiera dado cuenta de que ya nada estaba en sus manos. Por el contrario, ella enloquecía al no encontrar la secuencia lógica del juego que le permitiera escapar, cosa que nunca le había sucedido hasta la fecha y que no estaba dispuesta a confesar en voz alta.

—Todo son secuencias lógicas. En definitiva, se trata de cambiar el uso cotidiano de un objeto y darle un nuevo enfoque, al que puedas llegar siempre desde el razonamiento lógico. Pero la finalidad siempre es la misma —continuó—: A más B debe llevarte a C.

—Exacto.

—¿Exacto?

Max, imbuido de una confianza extraña y renovada, se giró hacia ella y la miró directamente a los ojos. Quería descubrir a qué se refería y al mismo tiempo, temía su explicación como solo podía temer a las peores pesadillas, aquellas capaces de confirmar todos sus miedos y arrastrarle hasta su propio infierno.

—Carlota —dijo, haciendo uso por primera vez de su nombre real—, nada de lo que hay aquí dentro tiene lógica. No hay acertijos, no hay enigmas, no hay mecanismos que abrir... Estamos en una sala encerrados, con una criatura, si es que no hay más de una, y no hay ningún modo razonable para salir de aquí.

—En todas las demás hemos encontrado el modo de hacerlo. ¿Qué es lo que te lleva a pensar que en esta ocasión es diferente?

—¿Es que no lo ves?! ¡Éramos dieciséis y quedamos solo dos! —exclamó perdiendo los estribos, dejando una vez más a la vista que él también estaba aterrado—. Catorce han desaparecido y ni siquiera sabemos si están bien. Hemos escuchado a uno de tus compañeros llamándote sin cesar, y te aseguro que su voz denotaba de todo menos tranquilidad...

—¿Estaba bien?! —no pudo evitar que su rostro se iluminara ante la revelación. Hacía horas que no les veía y a pesar de que intentara mantener la calma, no lograba sacarse de la cabeza cientos de opciones posibles en las que ninguno de sus compañeros lograba salir ileso.

—No lo sé... —contestó, esta vez en un tono distinto, contagiado por la inquietud de la chica—. Tan solo pudimos escucharle... Nada más. Lo siento.

Disimuló su congoja, aunque a Max no le pasó desapercibido el brillo especial de sus ojos, muy distinto al gesto que había mantenido hasta ese instante.

Inmersos en aquel doloroso trance en el que cada uno intentó asimilar todo lo que estaban viviendo, un nuevo sonido sordo les paralizó. Se pusieron en guardia tras incorporarse de un brinco y esperaron al siguiente movimiento. Tal y como había sucedido antes, el techo comenzó a descender una vez más. Chirriaba a cada centímetro que avanzaba. Miraron en todas las

direcciones posibles y antes de que pudieran entender nada de lo que estaba sucediendo, las luces de la estancia volvieron a cambiar, dando paso esta vez a una secuencia de flashes que les impedía ver con claridad. A lo lejos, un nuevo bufido llegó hasta ellos; la criatura volvía a hacer acto de presencia.

—Max, se nos acaba el tiempo —dijo sin apartar la vista del techo.

Los flashes actuaban a modo de pantalla, creando un efecto visual cegador, dando incluso la sensación de que hubieran cambiado de sala aunque ni siquiera se hubieran movido ni un solo centímetro.

Cientos de recuerdos volvieron a asaltarle la mente. Miles de imágenes transcurrían a trompicones por ella, dilucidando parte de su preocupación. A pesar de lo terrorífico de la situación, esta no le resultaba desconocida. Volvió a una época pasada en la que un juego se convirtió en su única fuente de vida. Gracias a él, vivieron cientos de aventuras, miles de escenarios posibles; situaciones que, ahora, analizándolas en perspectiva, resultaban una verdadera chaladura. Sin embargo, lo que más le asustaba de todo lo que estaba viviendo no era precisamente el haberse dedicado en cuerpo y alma a todos esos juegos sino el hecho de que lo que estaba viviendo en ese momento, le resultaba en parte extrañamente familiar.

Entonces, como si llevara esperando aquella revelación divina desde hacía horas, un destello de luz le hizo ver que quizá sí podría encontrar algo de lógica a aquella tortuosa experiencia.

—Antes has mencionado algo de un toro embistiendo, ¿verdad? —preguntó a Charlie, que respondió con un gesto afirmativo de la cabeza—. ¿Por qué lo has hecho? Es decir, ¿por qué un toro y no otra bestia?

—¡Es lo que me ha parecido que era esa cosa! Parecía tener piernas humanas, aunque la mitad superior era claramente la silueta de un toro. Además, todos esos bufidos... No sé, tal vez sea una locura, ¡¿vale?! Max, tenemos que salir de aquí, el techo no parece tener intención de detenerse...

—¿Y estás segura de que éramos dieciséis al entrar?

—¡Sí! ¿De qué va todo esto?

La impaciencia comenzó a apoderarse de ellos. Se llevó las manos a

la cara y se tapó los ojos, como si privándose de ese sentido, tal vez el más poderoso e importante de todos, pudiera recrear mejor las imágenes e información que contenía su memoria. Recordaba perfectamente aquellos días en los que se encerraban en la biblioteca a buscar información. Se llevaban montañas de libros a casa y pasaban horas y horas indagando sobre historia y mitología. Les encantaba pero, sobre todo, lo que más les gustaba era poder hacer uso de todos esos conocimientos para ganar puntos y así, escalar posiciones en los rankings de seguidores.

Su rostro, su sonrisa, una imagen fugaz cruzó su mente y se detuvo en seco, regalándole una instantánea que hacía años que no había vuelto a contemplar. No había vuelto a ver más fotos, ni tampoco había abierto ninguno de todos los archivos que habían compartido, pues contenían los retazos de su alma, pedazos que jamás volverían a recomponerse.

—¡Max!! —gritó Charlie, sacando al chico del trance en el que se había sumido.

—¡El Minotauro! —contestó al fin, también alzando la voz por encima del estruendo que el movimiento del techo generaba.

—¿Qué dices?!

—¡El laberinto del Minotauro! ¡Es una recreación del laberinto! Por eso te ha parecido ver un toro... —exclamó, con miles de emociones distintas reflejadas en su rostro—. ¡Esa era la pista!

—Max, no entiendo nada de lo que dices pero el techo está apenas a medio metro sobre nuestras cabezas...

—Se cuenta que el Minotauro fue encerrado en un laberinto que mandaron construir a Dédalo. La criatura se alimentaba únicamente de carne humana, por ello, cada nueve años se le daban en ofrenda siete doncellas y siete hombres, con lo que así conseguían aplacar a la bestia temporalmente. Catorce en total; justo el mismo número de jugadores que han desaparecido. ¡Eran una maldita ofrenda! —Se llevó una mano a la boca incapaz de continuar con la explicación ahora que por fin lo había comprendido todo. Ahogó un sollozo al pensar que había embaucado a todos sus amigos en aquel juego para el cual, resultaron ser un mero trámite. Por algún motivo en

concreto, ellos eran un simple daño colateral pues en realidad, tan solo él era el importante. Sin embargo, una pieza seguía sin encajar...

¿Qué pintaba Carlota en toda aquella historia?

CAPÍTULO 26.

No le hizo falta echar cuentas, pues sabía a la perfección que habían pasado nueve años desde entonces. Su rostro adquirió un cariz distinto cuando entendió que ella, por algún motivo que todavía se le escapaba, si seguía junto a él cuando el resto de jugadores había desaparecido, era porque también tenía algo que ver en lo que un día se convirtió en su peor pesadilla.

—¿Qué hiciste hace nueve años? —inquirió con el rostro desencajado.

Asustada por la violencia de aquel mohín, dio un paso atrás, palideciendo por momentos. No iba a dejarse amilanar por él, aunque parecía poseer algún conocimiento que a ella se le escapaba. Existía la posibilidad de que tal vez eso mismo fuera lo que la ayudara a escapar con vida, si es que todavía les quedaban opciones. Pero no tuvo tiempo de hacer más preguntas. Un fuerte estruendo retumbó por todas partes, como si les hubieran sometido a alguna clase de presión electromagnética y sus oídos no fueran a soportarla durante mucho más tiempo. Todo se tornó oscuro. Ya no había flashes, ni siquiera una luz tenue con la que poder alumbrar nada. Negrura, en estado y esencia. Pura y desquiciante oscuridad.

La presión sobre sus oídos remitió y algunos recuerdos regresaron a su cabeza. Tan solo había sentido esa clase de miedo una única vez en su vida, la única en la que la muerte le desafió muy de cerca. La sintió como un hálito oscuro, penetrante y descarado; como si la parca le sonriera a través de la oscuridad y solo él pudiera percibir el hedor putrefacto de su última expiración. Nueve años habían pasado desde que la observó de cerca, mientras se llevaba la vida del que siempre fue su mejor amigo. Nueve años en los que había intentado olvidar aquella sensación de angustia perenne, aquel negro azabache que teñía todos sus recuerdos de una nostalgia embadurnada de sueños rotos y esperanzas relegadas al olvido. Ahora se repetía de nuevo pero, en esta ocasión, era a él a quien estaba esperando.

Sintió la mano de Charlie en la oscuridad, aferrándose a su brazo

como si ella también estuviera viviendo una muerte en vida. Paradójico, contradictorio y sin embargo, tan cierto que dolía en el fondo de sus entrañas. La dejó hacer a pesar de que no confiaba en ella. Sabía que le escondía algo y que además, tenía mucho que ver con aquello de lo que jamás había vuelto a hablar con nadie, aquello que ni siquiera se había atrevido a confesar a sus propios amigos. Sin embargo, por mucho que se negara a ello, el pasado regresaba para acabar con el presente, asentado sobre una vida de mentiras que no le correspondían.

Le había fallado, le dejó solo. De haberle seguido, como lo hubiera hecho un buen amigo, nada habría pasado. Él no se hubiera detenido para ver qué pasaba y aquel coche no le hubiera atropellado. Y ahora, de nuevo había llevado a sus amigos, aquellos que nada tenían que ver con ese oscuro pasado, a un precipicio sin más opciones que la de lanzarse al vacío, consciente de que la caída sería inminente y que nada ni nadie amortiguaría un final para el que ya no había otra salida.

Cuando la presión de su cuerpo le hizo creer que iba a estallar en solo unos segundos, unas luces volvieron a encenderse, confirmando así todos aquellos pensamientos a los que se había visto abocado en los últimos instantes. Todo era cierto, todos sus miedos no habían sido falsamente infundados. En todas las paredes aparecía el mismo escrito; en todas las mismas letras. Mirara donde mirase tan solo veía una única cosa. Le faltaba el aire y todos sus músculos aguardaban rígidos. Iban a por él. Ya no había duda de que su pasado regresaba para acabar con todos aquellos años que la vida le había regalado tras llevarse la de su mejor amigo.

«Todas las historias tienen un capítulo final».

Permanecieron inmóviles durante unos segundos, mientras trataban de encontrar algún tipo de relación entre los dos, algo que les uniera, algo que explicara por qué motivo solo habían quedado ellos y por qué alguien buscaba un capítulo final para ambos.

—¿Qué cojones tienes que ver tú con *Chapter*?!

Esta vez fue ella quien se adelantó en las acusaciones.

—¿Y tú?!

Ahora que la luz había regresado, sin embargo, se dieron cuenta de que apenas les separaban unos veinte centímetros del techo. Se les acababa el tiempo.

—¿Salieron con vida del laberinto alguna vez?

—¿Quiénes? —preguntó él, sin entender adónde quería llegar.

—¡La leyenda! Si tu deducción es correcta, existe un modo de salir. ¡Igual que en el resto de salas!

En ese preciso instante descubrió dos cosas: la primera, que la relación de aquella sala con *Chapter* resultaba a esas alturas indiscutible, pues había logrado resolver todas las dificultades en base a experiencias que había vivido con el propio juego. La segunda; que si la primera deducción era cierta, la implicación de Carlota en el juego resultaba igual de incuestionable, pues seguramente ella había hecho uso de las mismas premisas que él para llegar hasta donde se encontraban ahora.

—Un ovillo —respondió—. Teseo, con la ayuda de Ariadna, ató un hilo a la puerta y fueron avanzando hasta llegar a la bestia, la mataron y luego regresaron hasta la salida siguiendo el camino del hilo que habían ido dejando.

—¡Pero no sabemos cuál de las catorce puertas es la de entrada! —gritó exasperada tras una rápida deducción.

—¡El hilo! ¡Claro! —exclamó, para sorpresa de la chica—. ¡Separémonos! Cubre la mitad de las puertas, yo lo haré con las otras siete. Busca un hilo en cualquier esquina, en la pared o en el suelo. ¡¡Deprisa!!

Se separaron justo cuando empezaron a sentir el roce del techo sobre sus cabezas. En breve, aquello les dificultaría las posibilidades de avanzar al verse obligados a tener que correr en una posición incómoda y antinatural. Analizaron con detalle cada una de las aperturas que había y que daba lugar a un camino distinto. A cada paso que daban, una nueva sensación de derrota les poseía, aunque ninguno de ellos se atrevió a confesarlo en alto. Si aquella deducción no funcionaba, estarían perdidos.

Los últimos pasos los dieron casi agazapados por completo. Tan solo les quedaban cuatro puertas por analizar y a pesar de que no habían vuelto a escuchar el bufido del supuesto Minotauro, nada apuntaba a que toda aquella pesadilla hubiera terminado aún.

—¡Aquí! —exclamó Max, antes de sentir un intenso escalofrío recorriéndole la columna. Su deducción había sido correcta y aquello, aunque aparentemente no significara nada, podía suponer un mundo.

En el suelo, de un pequeño clavo salía un hilo negro que pasaba casi desapercibido. Carlota corrió a su encuentro y con grandes dificultades se adentraron en aquel pasillo mientras el techo cada vez vencía más sobre ellos. Lo recorrieron de cuclillas a la máxima velocidad que pudieron, sin prestar atención a ninguno de los giros que daban, asegurándose únicamente de seguir el camino que les marcaba el hilo y que Max iba siguiendo con una mano. Al final, tras unos instantes de verdadera angustia en los que creyeron que no iban a sobrevivir, una luz apareció al final del pasillo.

—¿De dónde narices has salido? ¿Qué clase de cerebritito eres?

—¡¡Sigue corriendo, joder!! —bramó, haciendo caso omiso de la chica.

Gateaban con grandes dificultades cuando el techo todavía descendió un poco más, aprisionándoles con más fuerza aunque sin llegar a privarles de oxígeno todavía.

—¡No podremos lograrlo! —exclamó ella, con palpable angustia.

Dispuesto a no rendirse, Max se tumbó y comenzó a reptar con verdadero ahínco, gesto que su compañera no tardó en imitar. Continuaron por el estrecho pasillo, poseídos ahora por una intensa sensación de asfixia, con los ojos anegados en lágrimas silenciosas cuyo significado era muy distinto para cada uno de ellos. Max se bastó de un último empujón y cuando llegó al borde de la puerta, se asió con firmeza de uno de los marcos e impulsó su cuerpo hacia el exterior. Cogió una gran bocanada de aire con la que volvió a darle vida a sus pulmones y sin pensarlo, dio la vuelta, se agachó e introdujo de nuevo el brazo en la estrecha ranura que quedaba hasta sentir las gélidas manos de Carlota asiéndose con desesperación a la suya y tiró

hacia él con impulso, liberándola así de aquella cárcel que casi les había costado la vida.

La chica permaneció en el suelo tumbada, esta vez boca arriba, concentrándose en recuperar el ritmo de su pulso ahora que, de algún modo, parecían estar fuera de peligro. Max, por su parte, se sostenía en pie, con las manos apoyadas sobre sus muslos mientras cogía aire y lo soltaba una y otra vez en un constante resuello que escapaba entre sus dientes.

—Así que tú también eras jugadora de *Chapter*, ¿no? —se atrevió a preguntar tras unos instantes de incertidumbre.

Le lanzó una mirada curiosa, difícil de traducir. En ella había evidentes huellas de todo lo que acababan de vivir pero también, algo en su rostro le decía que escondía mucho más de lo que en realidad dejaba ver.

—Entiendo que —prosiguió ella entre costosos jadeos—, si yo estoy aquí por lo que me temo que estoy aquí... es posible que tú también lo estés por algo muy parecido. Así que dudo que en realidad tengas ganas de querer hablar del tema... ¿me equivoco?

El chico recapacitó sobre sus palabras. Le había dicho tantas cosas sin decirle apenas nada que incluso le parecía increíble haberlas comprendido a la perfección.

—Supongo que no.

—Me lo temía —añadió con determinación. A continuación, se pasó una mano por el pelo y volvió a recomponerse la coleta, después de apartar algunos mechones empapados en sudor de su frente—. ¿Sabes? El pasado, pasado es. No es bueno pasarse la vida indagando y revolcándose sobre el mismo. No sacarás nada más que sufrimiento y lágrimas que no te devolverán lo que en realidad desearías tener.

Max recibió el impacto de aquellas palabras, consciente de que aunque quisiera, esta vez no lograría asimilarlas. Había pasado nueve años de su vida tratando de olvidar lo sucedido. Se había culpado tantas veces que había perdido la cuenta de todas aquellas en las que terminó llorando, agazapado sobre su cama, tras haber destrozado gran parte de los objetos de su dormitorio a golpes. Nadie podía ponerse en su piel. Nadie conocía aquella

clase de sufrimiento, aquel modo de vivir bajo el yugo de la culpabilidad.

No fue hasta pasados unos minutos cuando repararon por primera vez en el lugar en el que se encontraban. No era demasiado amplio, ni tampoco luminoso. En las paredes no había nada y frente a ellos, tan solo encontraron dos puertas metálicas. Ya no quedaba ni rastro del hilo que les había llevado hasta ahí.

La elección quedaba en sus manos.

CHAPTER 75.

THE LAST ROUND.

Subieron al tren a las nueve en punto. Circularon en monopatín desde la masía en la que vivía Bruno, alejada del centro de la ciudad y rodeada de viñedos, y lo hicieron sin cruzar apenas ninguna palabra. Los dos llevaban una gorra puesta, unos tejanos caídos, camiseta lisa y una camisa de cuadros sobre esta, además de unas gafas de sol. Si no fuera porque eran totalmente opuestos, la gente podría llegar a pensar que eran hermanos. Cada vez que salían a jugar, trataban por todos los medios de cubrir al máximo su apariencia para que ningún otro jugador con el que pudieran cruzarse en el transcurso de la partida pudiera delatarles. Solían mantener muchas distancias y apenas hablaban en presencia de otros jugadores, lo cual, hasta ahora les había dado buenos resultados. Subieron al tren y encendieron la aplicación de *Chapter* en sus teléfonos. A partir de ese momento, estaban obligados a permanecer a menos de diez metros de distancia.

Moverse en monopatín por la ciudad no era precisamente fácil, pero a esas horas de la mañana de un sábado cualquiera, las calles no estaban todavía muy concurridas por lo que podrían avanzar tranquilamente por las amplias aceras del centro. Tardaron cerca de media hora en llegar a su destino, justo en pleno corazón de la ciudad de Tarragona. Estaban acostumbrados a ese aroma a salitre tan propio de los pueblos costeros, el mismo que impregnaba calles, muros y puentes.

Seguían un trayecto que solían recorrer a menudo. Conocían bien aquellas vías y no les costó seguir la ruta dibujada la noche anterior en base al mapa proporcionado por *Chapter*. Se deslizaban sobre sus monopatines sin perder de vista la pantalla de sus teléfonos cuando una luz amarilla se antepuso sobre el mapa virtual. Se detuvieron en seco antes de que sin querer, la distancia entre los dos aumentara. Frente a ellos acababa de aparecer el primer trol de tres cuernos.

—¡Saca los dados!

Nadie les prestaba demasiada atención, salvo algún transeúnte que reía divertido al escuchar sus comentarios. Se agacharon y dejaron en el suelo el teléfono de Max, el único en el que había aparecido el trol. Fue el primero en tirar. Debían superar su puntuación durante tres tiradas seguidas en las que disponían de pocas posibilidades.

—¡Ocho!

Ambos gritaron de júbilo y esperaron la nueva tirada del trol que, curiosamente, sacó uno de los números que no le permitían vencer, por lo que ya solo les quedaba una sola tirada para que aquel primer trol fuera suyo.

—¡Dos!

Dieron un brinco presos de la emoción. Les había resultado demasiado fácil capturar al primero, lo que solo podía significar que el segundo tardaría un poco más en aparecer.

Volvieron a montar en sendos monopatines y continuaron deslizándose por la ciudad sobre ellos, embebidos ahora de una sensación de renovada euforia. Tal y como preveían, el siguiente tardó más de dos horas en aparecer, esta vez en el móvil de Bruno. Empezaban a estar sudorosos y cansados, lo cual en realidad no les supuso tampoco ningún impedimento.

La tarde se les pasó en apenas un suspiro. Al final, tras ocho intentos, lograron hacerse con cuatro de los cinco troles que necesitaban para desbloquear la localización de la taberna, por lo que a esas alturas se sentían extasiados. Que la publicación del nuevo capítulo hubiera coincidido con el inicio del fin de semana les dio la posibilidad de sacar ventaja en las puntuaciones globales. Según el contador de la aplicación, llevaban más de veinte kilómetros recorridos sobre el monopatín. Era la primera vez que lo hacían de aquel modo y parecía que *Chapter* no hubiera detectado la trampa.

La adrenalina recorría sus venas a gran velocidad, llenándolas de vida. Sin embargo, comenzaba a oscurecer y ambos eran conscientes de que no podrían alargar mucho más la tarde si querían llegar a casa a tiempo, por

lo que decidieron apresurarse y no malgastar el poco tiempo que todavía pudiera quedarles. No obstante, como si la aplicación fuera testigo de sus pensamientos, la pantalla de Bruno se iluminó, indicando ahora la presencia cercana de un nuevo trol. Era tan descabellado como alucinante y si algo tenían claro era el hecho de que no podían dejar pasar la oportunidad de luchar por hacerse con él y sumar así unos cuantos puntos extras a su marcador.

—¡Eh! ¡Se mueve! Joder, ¡este se mueve, Max! —gritó en dirección a su amigo, que no comprendía nada.

—¿Cómo?

—¡Corre! ¡Se escapa!

Bruno puso la directa y comenzó a impulsarse con el pie para que el monopatín alcanzara mayor velocidad sin apartar la vista de la pantalla. Max, que no tuvo apenas margen para procesar qué estaba sucediendo antes de que la aplicación comenzara a emitir aquel molesto pitido que podría suponer su descalificación, imitó a su amigo y comenzó a correr tras él.

Llegaron a la gran avenida donde estaba situado el centro comercial de la ciudad, una calle permanentemente transcurrida a cualquier hora del día. Max sintió un agudo pinchazo en el pecho y el temor comenzó a hacer presión en su cuerpo. Si sus temores se confirmaban, Bruno tenía la firme intención de bajar a la calzada y colarse en la gran avenida con el monopatín, toda una locura.

—¡Bruno, para! ¡¡Detente!! —gritó a unos tres metros de distancia de su amigo. Se deslizaban con habilidad por la acera, sorteando a todas las personas que se cruzaban a su paso y que les gritaban contrariadas tras verse obligadas a dar un salto y evitar así ser arrolladas, increpándoles por su mala educación.

—¡Detente, Bruno! ¡¡Déjalo!! ¡Mañana conseguiremos el último!

Empezaba a faltarle el aliento a causa del esfuerzo pero Bruno estaba totalmente fuera de control y no atendía a razones, como si no fuera él mismo. Si él frenaba, todo lo que habían conseguido durante esos meses se iría al traste.

—¡¡Ni de coña!! —gritó sin girarse siquiera en dirección a su amigo—. Siempre dices que no nos arriesgamos porque soy un cagado. ¡¡Es nuestra oportunidad!!

Fue entonces cuando le vio apearse para continuar deslizándose, esta vez por la calzada. Max se detuvo en seco con un brusco frenazo, sin atreverse a imitar el paso que su amigo acababa de dar. Fue cuestión de apenas un par de segundos que su móvil comenzara a emitir aquel estridente pitido que indicaba que Bruno acababa de superar los diez metros de distancia, apenas un par de segundos que supondrían su total descalificación del juego. Bruno, alarmado por el incesante sonido de su propio teléfono, se giró para comprobar por qué su móvil pitaba y entonces, todo sucedió demasiado deprisa.

Max, desde su posición, escuchaba los gritos de forma lejana, como si estos le llegaran desde otra dimensión y traspasaran la burbuja que le absorbió, creando el vacío a su alrededor. Algunos vehículos se detuvieron y los conductores salían ateridos de su interior. Era como si el mundo se hubiera paralizado y él no pudiera avanzar. Se oían llantos y gritos despavoridos mientras que la histeria reinaba en el ambiente. Oía a todas esas personas que se arremolinaban a su alrededor para comprobar que él estuviera bien. Sin embargo, no les entendía, como si de repente hubiera eliminado de su mente cualquier registro de su idioma habitual.

Distinguía luces en la distancia, fogonazos que impactaban directamente sobre su ser, aunque no podía diferenciarlos, pues en su cabeza tan solo existía el más absoluto y oscuro silencio. Nada más. Ni siquiera fue consciente del instante en el que se había sentado en el suelo. Se sujetó de las piernas, hundió la cabeza y todo su pecho explotó de forma demencial. Jamás había experimentado un dolor parecido al que en aquel momento le poseyó. Sintió unas manos posándose sobre sus hombros, pero se negó a levantar la cabeza. No lo haría hasta que fuera Bruno el que acudiera a su encuentro, el que le dijera que ya podía levantarse.

Como si existiera algún tipo de acto de justicia divina, el teléfono vibró entre sus manos. Levantó la vista, lo justo para dirigir los ojos empañados y acristalados hacia la pantalla y entonces, fue consciente de lo que verdaderamente acababa de suceder. Tan solo le hizo falta leer aquellas

tres únicas letras para sentir que de algún modo, su propia alma se alejaba de su cuerpo mientras el ritmo de su corazón descendía hasta hacerle rozar el mismísimo infierno.

Al otro lado de la línea, Ana esperaba una respuesta.

CAPÍTULO 27.

Existe una teoría japonesa que afirma que todas las personas tienen tres caras. La primera es aquella que muestra lo que uno desea que relacionen con su persona. Es la cara pública, la de aquellos que no conocen ese verdadero yo porque jamás se les muestra y porque, simplemente, alguien desea que así sea. La segunda es la que se reserva para los seres más cercanos. Es mucho más personal que la anterior aunque en ella también permanecen encubiertos algunos aspectos. La tercera y última, es la que se reserva solo para uno mismo. En ella se reúnen todos aquellos estados de ánimo, sentimientos, miedos o pensamientos que jamás se comparten con nadie. Es el único y el más fiel y real de los reflejos de uno mismo, la que te da paz o bien, la que te impide conciliar el sueño.

Max descubrió esa teoría poco después de que *Chapter* cambiara su vida por completo. Jamás volvió a ser la persona que los demás creían que era o tal vez, la que esperaban que fuera. Aprendió a sonreír sin ser feliz, a mantener conversaciones triviales en las que todo parecía calmado mientras en su fuero interno se retorció de dolor, ahogándose y clamando por regresar a un pasado que jamás lograría cambiar. Tenía pesadillas cada noche y desde entonces, no volvió a dormir ni una sola vez más del tirón.

Con el paso del tiempo adoptó algunas medidas que le sirvieron para aplacar ese sufrimiento o como mínimo, relegarlo a un segundo plano. Se volvió trasnochador y el ordenador pasó a convertirse en su único y más fiel aliado a la llegada del ocaso. Fue así como se adentró en el mundo de las apuestas, tras noches y noches de insomnio, remordimientos y pesar. La situación, no obstante, empeoró cuando su madre se dio cuenta de los cambios que estaba experimentando su hijo. El divorcio se sumó a la particular pesadilla de Max y su madre vio cómo de un día para otro, el mundo de su pequeño se tambaleaba hasta precipitarse en un descenso que nadie pudo detener. Dejó de asistir a clase y dejaron de importarle las continuas expulsiones; dejó de salir e incluso, dejó de relacionarse con las pocas personas con las que siempre había compartido su vida.

Un buen día, su madre, cansada de ver cómo su hijo caía en una desidia de la que sería difícil rescatarle, optó por mudarse de su pueblo natal para tratar de recuperar su vida en la gran ciudad condal. Desde entonces, daba la sensación de que Max comenzaba a recuperarse lentamente. Cambiar de instituto también le ayudó. Ahí nadie le conocía, nadie sabía de su pasado y lo más importante de todo, nadie le juzgaba por el mismo.

Durante los meses posteriores al accidente, los padres de Bruno le hicieron la vida imposible. Todavía era demasiado inmaduro como para soportar tanta presión, aunque eso no parecía importarle a nadie. Fue interrogado por la policía y tras ello, le incautaron todos los ordenadores y teléfonos móviles hasta confirmar todas y cada una de las declaraciones del chico. *Chapter* clausuró el juego apenas un par de semanas después, tras emitir un comunicado público en el que se le daba el pésame a la familia de Bruno. Sin embargo, los señores Roble no asimilaron la pérdida de su pequeño y culparon a Max en repetidas ocasiones, acusaciones que el niño no pudo soportar. Todo se volvió sombrío y oscuro y donde antes había cariño y afecto, ahora solo quedaban unos ojos desprovistos de amor, el de una familia que había jurado no detenerse hasta llegar a conocer toda la verdad.

—Debemos irnos.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre su pecho, pero no respondió. En caso de despegar los labios, estaba seguro de que no lograría mantener la compostura. Trató de ubicarse y se dio cuenta de que estaba sentado entre las dos puertas, con la espalda apoyada contra la pared, en una pose muy parecida a la que había mantenido la chica un rato atrás. No sabía cómo había llegado a ese punto, pero la presión le constreñía, como si una soga se ciñera a su alrededor y tirara poniéndole a prueba. Sentía un incipiente temblor en el labio inferior y la humedad en la comisura de los ojos, acuosos y borrosos. Jamás había vuelto a hablar con nadie del tema, ni tampoco volvió a expresar todo lo que sintió ese día, ni los que vinieron después. Y ahora, Carlota seguía frente a él y por algún motivo, todo indicaba que ella había vivido una situación muy parecida.

—¿Cuántos años tenías?

—Catorce.

—Solo eras un niño... ¿cómo pudiste acceder a *Chapter* y sobre todo, cómo llegaste tan lejos?

—Es una larga historia...

—Entiendo... De todos modos, sea lo que sea, nadie puede culparte por ello, no eras más que un niño.

—Sabíamos lo que hacíamos —añadió cortante—. Pero le fallé. Tuve miedo y le fallé.

—No me jodas... —murmuró antes de apartarse el flequillo de la frente en un gesto incrédulo—. ¿Eras el compañero de Bruno Roble? ¿Su doble en el juego?

Tembló de los pies a la cabeza y alzó la vista al escuchar aquel nombre en sus labios. Dolía como solo podían hacerlo las cosas que más se aman. Ya no pudo esconderlo más, ella también conocía la historia. Cualquier persona relacionada con *Chapter* conocía esa historia.

—Joder... ¡¡Joder!!

Su exclamación, sin embargo, le desconcertó. Lo más lógico hubiera sido que maldijera él y no ella. Carlota no estaba presente cuando sucedió el accidente, ni siquiera les conocía.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó, recuperando el aliento y la voz, aunque esta continuara trémula y débil.

—Nada. Oye... debemos salir de aquí cuanto antes, ¿vale? —prosiguió tajante—. Escoge la puerta que quieras, tú has entrado primero.

—¿Qué es lo que sabes de *Chapter* y de Bruno? —inquirió, esta vez con mayor dureza.

—Nada, ¿vale? Déjalo —resolló, señalando las puertas de forma insistente—. Escoge, vamos. O cruzaré una de ellas antes de que tengas tiempo de pensártelo mejor.

—Ni lo sueñes, ¡cuéntame qué es lo que sabes!

—¡¡Te he dicho que no sé nada!!

Se retaron encolerizados, ahora a escasos centímetros el uno del otro. Carlota, o Charlie, como prefería que la llamaran, le sacaba unos años de experiencia y de ventaja, se notaba en su piel, en su mirada y sobre todo, en su forma de ir siempre un paso por delante o como mínimo, de hacerle creer tal cosa.

—Mira, Max, no quiero seguir con esto... —continuó, sin darle más opciones—. Escoge, por favor. Acabemos cuanto antes con este maldito juego.

Contuvo todo lo que en realidad quería decirle. Carlota era la personificación de un tabú, un interrogante que o bien desaparecía de su vista, o estaba seguro de que acabaría poniendo toda su entereza patas arriba.

—Tú lo has querido.

Lo dijo con la mandíbula apretada y las venas del cuello y la sien inflamadas, bombeando sangre a borbotones. Su pulso ahora estaba crispado, casi tanto como lo estaban sus entrañas. La odiaba, la detestaba por saber algo más que él, por conocerle y por formar parte de aquel estúpido juego que le había arruinado la vida. Sin darle pues más tiempo a reaccionar, asió el pomo de la puerta de la izquierda, lo giró y se adentró sin mirar atrás. El portazo resonó con fuerza y tras ello, un nuevo silencio se apoderó del lugar, interrumpido únicamente por un pitido constante, como los de las máquinas de los hospitales que controlan el ritmo cardíaco de los enfermos.

Se giró y observó la estancia que ahora quedaba frente a él. Parecía una sala de comando espacial. Las paredes estaban cubiertas por placas metálicas rugosas. Arriba, en perpendicular, había toda una serie de pantallas a través de las cuales podía ver gran parte de las salas por las que habían ido pasando. Estaban todas. Incluso algunas que no había llegado a ver. Arriba, justo en el centro, había un pivote rojo, una de aquellas luces de emergencia típicas de los coches de policía o de las comisarías. En el medio, sobre la única plataforma iluminada expresamente por un foco, tres pequeñas columnas negras con tres pulsadores rojos, uno sobre cada una de ellas.

Echó un vistazo rápido para comprobar que no hubiera nadie más en esa habitación, que no debía de contar con más de diez metros cuadrados. Tampoco veía nada de la otra sala a la que seguramente habría accedido

Carlota. No había ni una ventana, ni un espejo, ni nada que indicara que todo iba bien.

Pasados unos primeros instantes de estupor y confusión, se atrevió por fin a dar el primer paso al frente. Continuó observando con detalle todos los monitores hasta situarse sobre la plataforma, frente a los tres pulsadores. Se fijó un poco mejor y reparó en que había una inscripción en cada uno de ellos:

«Bruno. Salva. Max».

CAPÍTULO 28.

Giró sobre sus talones y a sus espaldas descubrió cuatro pantallas más que pendían del techo. Todo su mundo se paralizó. Incluso el incesante pitido dejó de escucharse. En su cabeza ya solo quedaba lugar para aquellas cuatro pantallas, una por cada grupo que se había adentrado en esas infernales instalaciones. Fue así como descubrió que Carlota tenía razón: Los *Dalton*, los *Prison Breakers*, el equipo formado por los cuatro *másters* y finalmente, ellos. Cada una de las cuatro pantallas estaba dividida a su vez en cuatro secciones idénticas, una por cada jugador. Dio un paso al frente hasta situarse casi debajo de los monitores y los contempló con más detalle. Los *Dalton* tenían una cruz sobre las cuatro secciones. Dirigió la vista hacia la de los *Prison Breakers* y suspiró al ver que Andrea era la única que no tenía una cruz encima. Cambió el ángulo y buscó en la pantalla de su grupo. Salva y él eran los únicos que tampoco estaban tachados. Su pecho comenzó a martillearle y todos sus músculos se tensaron. Amaya y Julio habían caído...

Maldijo mentalmente y por último, llevó la vista hacia la de los cuatro *másters*, para darse cuenta de que Carlota era la única que no tenía una cruz. Todo su equipo había perdido, desaparecido o lo que fuera que significara aquella dichosa cruz sobre su pantalla. Dio un paso a la derecha y contempló la pantalla de Carlota con mayor atención. Aguardaba inmóvil frente a unos pulsadores idénticos a los suyos.

Como si acabara de atar cabos en ese preciso instante, volvió a buscar su propia pantalla, esta vez centrándose en el recuadro en el que salía él mismo. La cámara le grababa en directo y retransmitía justamente lo que estaba sucediendo en ese preciso instante. Movié un brazo y con una diferencia de apenas unas milésimas de segundo, la imagen de la pantalla hizo exactamente lo mismo. Así pues, de forma instintiva, alzó la vista hacia el techo en busca de la cámara en cuestión. Sin embargo, a pesar de guiarse a través de la pantalla para saber dónde debía encontrarse esta, no logró dar con ella.

Volvió a fijarse en las demás pantallas; si la suya grababa en directo, era de suponer que los que todavía estaban en movimiento era porque continuaban encerrados en aquella sinuosa, retorcida y supuesta sala de escape.

Corrió hacia la puerta, avasallado por lo que aquellas imágenes significaban y trató de abrirla sin éxito.

—¡¡Salva!! —gritó, sintiendo que se rasgaban sus cuerdas vocales—. ¡Andreaaaa!

Golpeó una y otra vez la puerta de acero pero no obtuvo ninguna respuesta. Nadie parecía oírle y si lo hacían, estaba claro que no tenían intenciones de ayudarle en su propósito. Se desgañitó en cada uno de los intentos y continuó aporreándola hasta que sus manos se magullaron y aparecieron en ellas rasguños y moretones que antes no estaban. Abatido, se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda en la puerta, justo antes de esconder la cabeza entre sus manos, mugrientas y cubiertas de sangre reseca.

No podía volver a pasar por lo mismo una vez más, no lo soportaría. Así pues, solo, en el interior de la oscura habitación junto a los tres pulsadores, miraba a todos lados y a ninguno a la vez, mientras se negaba a aceptar la evidente y aplastante realidad. Tan solo había dos opciones posibles: debía escoger entre salvarse o salvarles a ellos o bien, entre sacrificarse o sobrevivir y entregar a sus amigos en su lugar. No había ninguna otra explicación que resultara tan obvia y representativa. Mientras tanto, entre toda aquella retahíla de pensamientos, una imagen regresó a su mente. Había perdido a Bruno por culpa del miedo y ahora, nueve años después, se veía superado por una escena de semejante índole. La diferencia radicaba en que ahora había más personas en juego, más vidas que quedaban a su merced si no erraba en sus suposiciones. Si pulsaba el botón de Salva, tal vez le permitiera salir con vida; o tal vez le matara. Otra cosa muy distinta era el de Bruno. Nadie podía regresar de la muerte, por lo que ese botón no tenía ningún sentido para él, a pesar de que sus ojos se negaran a apartarse de las letras que componían su nombre.

Se frotó el rostro con los dedos, arrastrando con ellos parte de la suciedad incrustada en él. Jamás llegó a considerar a Salva como un sustituto

de Bruno, era imposible. Eran dos personas distintas y ninguno de ellos se merecía ocupar el puesto de otro. Les quería tal y como eran y por eso los dos se convirtieron en sus mejores amigos de forma natural, en sus pilares. Ganaron esa distinción por cuestiones de pura legitimidad.

Recordaba a la perfección el primer día de clase después de instalarse en la ciudad y creer que se había perdido por completo en aquel laberinto que había absorbido su propia vida. Llegó al nuevo instituto en unas condiciones en las que ningún adolescente hubiera deseado verse perdido. Sin embargo, Salva no se mostró receloso con la llegada del “nuevo”. Se sentó con él, se presentó y le puso al día con los apuntes. Con aquel sencillo gesto se ganó su entero respeto. Por algún motivo, Salva supo ver en él algo que le infundía confianza o tal vez, simplemente le despertó una necesidad de ayuda. Max pedía a gritos un amigo, alguien en quien apoyarse, en quien sustentar una vida que acababa de empezar.

Al principio no hablaban demasiado pero pronto, mucho antes de lo que incluso esperaba, Max fue ganando seguridad gracias a la compañía de Salva y en apenas unas semanas, recuperó su consagrado rol de gracioso de la clase. A Salva le bastaron unos días para darse cuenta del potencial intelectual de su nuevo amigo y Max, tan solo necesitaba que alguien mantuviera el orden en todas aquellas ideas y disparates que se le ocurrían a diario. Fue un par de cursos más tarde, al empezar Bachillerato, cuando aparecieron en escena Amaya y Julio, los dos mellizos que acabarían de completar el círculo de confianza de Max.

Un aguijonazo le cortó la respiración. No había ni rastro de los hermanos.

—Lo siento, chicos... —gimoteó—. Lo siento mucho.

Se concedió unos minutos para que su cuerpo liberara toda la tensión que había ido acumulando durante las horas que había permanecido ahí encerrado y cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía el tiempo que había pasado desde entonces. Sacó el teléfono móvil de su bolsillo, lo desbloqueó con el código de seguridad y al encenderse la luz, se dio cuenta de que la pantalla se había agrietado, seguramente a causa de un impacto en alguna de las salas. Continuaba sin línea ni datos, pero pudo comprobar que pasaban ya

de las once de la noche. Llevaba cinco horas encerrado, las cinco horas más eternas de su vida. Metió de nuevo el teléfono en uno de sus bolsillos y trató de poner un poco de orden a todos los conceptos. Tenía que haber una salida; tenía que haber una explicación lógica. No podían estar...

Pensar en la simple posibilidad de que tantos chicos inocentes hubieran perecido durante la tarde le aterró, y más todavía cuando sabía a ciencia cierta que todo aquello había sido creado única y exclusivamente para él y para Carlota, cuya implicación en *Chapter* todavía desconocía. Por su culpa, catorce vidas inocentes habían sido manipuladas hasta llegar a su fin. Nadie podía matar a catorce personas y quedar absuelto e impune. Era una completa locura. Tenía que conseguir escapar de ahí con vida y ponerlo todo en conocimiento de las autoridades, aunque las posibilidades de escapar cada vez fueran más remotas.

Trató de no pensar en todos sus amigos e intentar analizar la situación desde la poca frialdad que todavía quedaba en él. Pero su mente seguía atorada en un único pensamiento. Nadie, absolutamente nadie en su sano juicio podía asesinar a tantas personas en un mismo día y no ser procesado por ello.

Se puso en pie y deambuló por la sala. Estaba empapado en sudor a pesar de que esta se mantenía más bien fría. Era un sudor seco, eléctrico, que le mortificaba a cada milímetro que recorría de su columna. Se llevó una mano a la nuca y recapacitó sobre todo lo acontecido, sobre la manera en la que habían llegado ahí y sobre la imposibilidad de que todo aquello fuera real. Ya no era un mocoso de catorce años, inocente e inmaduro. Tenía veintitrés y hacía ya tres años que se ganaba la vida por sus propios medios, aunque estos no resultaran precisamente los más ejemplares.

Regresó hasta los monitores y volvió a fijar la atención una vez más en ellos. Andrea y Salva continuaban en el interior de alguna sala, aunque no pudiera reconocer cuál. Estaban solos y sus semblantes eran el reflejo del miedo. Fuera lo que fuese lo que estuvieran viviendo, no se merecían pasar por ello. Dio un paso a un lado y se situó frente al otro monitor, y lo hizo justo a tiempo para encontrar a Carlota frente a los pulsadores. Se fijó mucho más e intentó ver si en ellos también había algo escrito pero, si estos contaban con una inscripción, desde su posición no alcanzaba a leerla. La chica se

movió justo en ese instante y el corazón de Max latió desenfrenado. Alzó la mano y la sostuvo en el aire sobre los pulsadores durante unos segundos, evidenciando la indecisión que la poseía. Se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo. La rigidez de su postura, el pelo enmarañado y la ropa hecha jirones, eran solo el resultado de aquella última decisión que no sabía adónde les llevaría. Max contuvo la respiración sin dejar de observarla. ¿Iban a matarla ahí mismo? ¿Conseguiría desbloquear la salida?

Fue testigo de cómo Carlota bajaba la mano y a pesar de que lo hizo a gran velocidad, percibió el movimiento como si lo viera a través de una cámara lenta. Se paralizó y contuvo la respiración durante aquellos eternos segundos en los que de entrada, nada sucedió. Entonces, como si de repente el pulsador alcanzara una temperatura imposible de soportar para la piel, Carlota apartó la mano en un movimiento brusco y fijó la vista al frente. Su mirada descubría cientos de cosas al mismo tiempo. Había algo que la asustaba mientras que daba pasos muy lentamente hacia atrás, como si quisiera alejarse de lo que fuera que tuviera delante y que ahora, la alumbraba directamente. La imagen comenzó a distorsionarse y a mostrar interferencias. Desaparecía y aparecía de forma intermitente, como si la señal estuviera fallando. Entonces, sin que hubiera podido esperarlo, Carlota desapareció y en su lugar apareció una foto estática suya, idéntica a la del resto de jugadores, con la misma cruz roja sobre ella.

—¡¡Noooo!!

CAPÍTULO 29.

El grito retumbó por toda la estancia. Se llevó ambas manos a los laterales de su cabeza y dio un par de patadas al aire. Estaba enfadado, dolido y sobre todo, aterrado. No sabía cuál era la decisión que había tomado su compañera pero ahora ya solo quedaban tres, y algo le decía que lo que les pasara dependía únicamente de la decisión que él tomara. Andrea y Salva parecían estar encerrados en una especie de celda que seguramente, precisaba de la ayuda de alguien más para ser abierta. Sin embargo, nada tenía sentido. Si quedaban ellos tres, ¿por qué en los pulsadores salía el nombre de Bruno y no el de Andrea?

Se mesó el pelo en actitud impaciente y trató de calibrar las posibles opciones, pensando en si debía actuar de forma individual o plural. Salvar a dos de las dieciséis personas que se habían visto implicadas por su culpa o bien, huir despavorido y salvarse él mismo una vez más.

Temblaba de los pies a la cabeza, absorto por la crudeza de aquellos pensamientos. Jamás se había visto ante semejante tesitura. Miró de nuevo los pulsadores y sin previo aviso, Bruno volvió a atacar su mente. Recordaba a la perfección todas aquellas tardes que habían dedicado a innumerables juegos de rol con los que habían disfrutado y con los que también aprendieron grandes lecciones. Bruno tenía un futuro prometedor por delante, no como el suyo, condenado a un estrepitoso fracaso laboral por culpa de su eterna desidia. Salva y Andrea, al igual que Bruno, eran dos alumnos excelentes. Estaban a punto de terminar sus respectivas carreras universitarias, o empezando la segunda en el caso de Salva, y todos sus proyectos apuntaban a que acabarían finalizándolas con gran éxito. No obstante, ¿qué era lo que él poseía?

Había pasado toda la infancia y parte de su adolescencia recibiendo halagos sobre su capacidad analítica y sin embargo, jamás le sacó partido, a pesar de ser pleno conocedor de su entero potencial. Pero ahora, todas sus sospechas habían sido confirmadas. No era más que un maldito cero a la

izquierda.

Regresó a los monitores tras secar con el dorso de la manga una tímida lágrima que corría por su mejilla. No podía rendirse. No podía hacerlo ahora. Tenía que luchar hasta el final, demostrarse que por una vez, podía hacerlo solo, sin la ayuda de nadie más. Se lo debía a sus amigos, se lo debía a Bruno y sobre todo, se lo debía a él. Porque a pesar de que le repitieran una y otra vez que no fue su culpa, él era el único que estaba presente cuando sucedió, y sabía que no era así. Si no se hubiera asustado hubiera seguido a su amigo y aquel coche que circulaba de forma correcta jamás habría atropellado a Bruno.

Se apoyó frente a los pulsadores y pensó en su mejor amigo, cuya sonrisa le llegaba ahora desde algún lugar remoto de su memoria. No pudo contener el pinchazo que le atravesó, mientras luchaba para no sucumbir a la desesperación. Debía ser valiente. Se apoyó con ambas manos en los dos pilares que quedaban a los extremos sobre los que se mantenían intactos los pulsadores y los observó de forma intermitente durante no supo cuántos minutos.

Eran ellos o él.

Recapacitó sobre todo lo que había sucedido en el interior de las salas que habían ido atravesando. Les habían asustado, les habían llevado hasta el límite e incluso, les habían separado. Pero, aun así, había logrado escapar de todas ellas aplicando lógica y conocimientos. Fue en ese instante cuando le vino a la cabeza aquella conferencia a la que asistieron como invitados un tiempo atrás y que estaba centrada en el auge explosivo e imparable de los juegos de escape que habían aparecido en la ciudad en el transcurso de los últimos años. Se habló de su influencia, de su procedencia y también del motivo por el cual, todos esos juegos generaban semejante adicción. Ellos mismos fueron ponentes, explicando las causas que los llevaron a convertirse en aficionados de dichos juegos, en consumidores compulsivos de los mismos. Ninguno de sus tres amigos quiso hablar en público, por lo que fue él quien tomó las riendas de la situación y todavía recordaba a la perfección todas y cada una de las palabras de su intervención:

La primera vez que entramos en una sala salimos excitados, en el

mejor sentido de la palabra —añadió, ante la tímida carcajada generalizada del público asistente—. Teníamos el pulso disparado y la adrenalina había alcanzado unos niveles desconocidos. Queríamos más. Necesitábamos más. Habíamos conseguido escapar —dijo, acompañando la palabra con un gesto de comillas de los dedos—, con la única ayuda de nuestras propias deducciones y del trabajo en equipo. Y eso solo incrementó el valor de tal hazaña. Nos habían puesto a prueba y superamos el reto. Tal vez alguien pueda pensar que es absurdo continuar jugando llegados a cierta edad. Yo, en cambio, creo que esa es la mejor manera de terminar el día. Los juegos abren tu mente, disparan tu imaginación y hacen que te veas obligado a interactuar con lo que te rodea.

»Con el tiempo, fuimos aprendiendo mucho más y establecimos sin pretenderlo una dinámica de grupo. A pesar de que la gran inmensa mayoría de salas seguían unas premisas lógicas, en cada una nos superábamos, y también lo hacían sus creadores. Pero también nos conocíamos un poco más y mejor. Aprendimos cuáles eran nuestros miedos y cuáles nuestros puntos fuertes. Amaya, por ejemplo, nos ha salvado en muchas ocasiones gracias a su capacidad visual abstracta o Julio, que en aspectos numéricos —añadió a modo de ejemplo, señalando con una mano a sus amigos— no tiene parangón. Todos tenemos nuestro momento de protagonismo.

»Si algo hemos aprendido de todos estos juegos es que en realidad, las posibilidades de éxito cuando trabajas en equipo son infinitamente mayores a las que puedes alcanzar haciéndolo de forma individual. Sin embargo, las salas están preparadas para que, en muchas ocasiones, conozcas tus límites personales. Puedes descubrir cómo reacciona una persona cuando se siente perdida. Hay quien pide pistas a cada paso que da y otros, en cambio, solicitan confirmar sus sospechas antes incluso de introducir un código. La inseguridad, la incertidumbre, el miedo o la incapacidad de asimilar nuestras propias limitaciones personales, pueden observarse de forma muy evidente en apenas sesenta minutos de juego tras una pantalla.

»Recuerdo también todas y cada una de las charlas que hemos mantenido con los propietarios de muchas salas, hoy aquí presentes algunos de ellos. En la mayoría de ocasiones, son capaces de hacer lecturas de las

personalidades de sus jugadores muy aproximadas en tan solo una hora de juego. ¿Imagináis lo importante que puede llegar a resultar ese dato? A mí, por lo menos, me parece fascinante. Ven las dotes de líder, la sumisión, la capacidad de aceptar sugerencias e incluso, órdenes de sus compañeros y acatarlas sin cuestionarlas antes... Todo esto se conoce como capacidad de inmersión. Los jugadores nos convertimos en otras personas cuando nos metemos de lleno en el juego, llegando a perder los estribos algunas veces e incluso, rompiendo elementos de la sala cuando estos no se abren de la forma en la que creíamos que deberíamos abrirlos. Es más fácil forzar un objeto que asimilar que estás equivocado, ¿verdad? Porque eso es lo que realmente creo que nos llevamos de cada uno de estos juegos: la capacidad de equivocarse, de rectificar, de hacer caso a los compañeros, de trabajar en equipo y ver que, cuando sigues estos pasos, el éxito está asegurado. Una sala de escape, a mi parecer, es la suma de todo esto. Adrenalina, tensión, gritos, enfados, retroceso, trabajar a contrarreloj... Elementos que de forma unida, resultan un cóctel demasiado adictivo como para no tenerlo en cuenta como verdaderas propuestas de éxito.

CAPÍTULO 30.

Todavía recordaba el inquietante burbujeo que le produjo el aplauso que generó aquella intervención en la que únicamente, se limitó a explicar lo que, a su parecer, representaban los juegos de escape para la sociedad actual y lo que estos podían llegar a significar. Trató de analizar una vez más todo lo sucedido y comprobar en cuántos puntos, lo que estaba viviendo ahora coincidía con una verdadera sala de escape. El primero y más evidente era el hecho de que no había cronómetro. La única cuenta atrás fue la que les llevó hasta ahí, lo que desvirtuaba una de las características principales de esos juegos: trabajar a contrarreloj. Sin embargo, habían conseguido avanzar y escapar de todas las salas aplicando la lógica, aunque esta tuviera su origen en conocimientos externos, cosa que nunca podía suceder en una sala de escape real. Todos los elementos, absolutamente todos, tenían que poder extraerse de los indicios de la propia sala y aunque aquí todas las pistas les hubieran llevado a la deducción correcta, si no hubieran partido de unos conocimientos previos, jamás hubieran logrado escapar.

Así pues, todo apuntaba a que en realidad se trataba de una mezcla de los dos tipos de juegos a los que más tiempo de su vida había dedicado, con una innegable reminiscencia, clara y acentuada, a *Chapter*.

Ese era precisamente el gran punto de inflexión, pues no entendía por qué motivo *Chapter* volvía a cobrar protagonismo en su vida y mucho menos, por qué lo hacía justo en ese momento. ¿Y qué pintaba Carlota en todo aquel escabroso asunto? Había muy pocas personas en su vida que conocieran todo lo concerniente a ese juego, ni siquiera sus amigos tenían una ligera idea de que él pudiera estar relacionado con *Chapter*, pues jamás volvió a mencionar el juego. Sin embargo, todas las salas tenían un mismo elemento en común y en todas ellas había tenido que actuar con la misma lógica que había aplicado junto a Bruno para superar cada uno de los niveles de dicho juego, curiosamente aquellos en los que mayor puntuación habían obtenido. Todas ellas tenían que ver con sus partidas, con su pasado, con la muerte...

—No... —murmuró, atando cabos por primera vez—. No, no, no, ¡nooo!

Todo comenzó a cobrar sentido. Desde que había entrado, si un único pensamiento se había apoderado de su mente era sin duda el recuerdo de la muerte de su amigo. La presencia de Bruno imperaba en todas aquellas paredes, estaba impregnada en el ambiente, en todos los recuerdos, en todos los conocimientos que había adquirido con él y que, gracias a ellos, había logrado llegar hasta ahí. No buscaban hacerles daño a sus amigos, buscaban hacérselo a él y lo estaban consiguiendo. No era más que una trampa, aunque no podía entender quién se escondía tras todo ese espectacular montaje. No imaginaba a nadie lo suficientemente retorcido como para crear todo aquel entramado con la única pretensión de hacerle daño. A no ser que...

—¡Charlie!

Ella era la única que había llegado con él hasta el final, la única que creía a pies juntillas que todo era un simple juego, la única que parecía imperturbable ante la presencia de la muerte y la única que claramente tenía algo que ver con *Chapter*. Ella formaba parte de todo aquello y lo había hecho desde el principio, únicamente con la intención de comprobar que todo avanzaba como era debido, asegurándose de que llegara justo a ese punto final en el que estaría definitivamente solo.

Volvió a mirar los pulsadores con las manos temblorosas. Era una nueva trampa. Estaba seguro de que así era, una forma de inmolarse emocionalmente. Dudó frente a los tres botones rojos. Si pulsaba el suyo, quizá tuviera posibilidades de escapar y así, llamar a la policía y tratar de salvar a tiempo a sus amigos.

Recapacitó sobre ello hasta que un nuevo pensamiento le atacó, esta vez con mucha más dureza que antes. Existía la posibilidad de que el pulsador le estuviera pidiendo a quién quería salvar pero, al mismo tiempo, si todo aquello no era más que un juego macabro, existía también la posibilidad de que al apretarlo, lo único que estuviera haciendo fuera escoger a quién quería matar a continuación. Bruno ya no existía en el presente y tal vez el pulsador solo quisiera avisarle de que él, y solo él, era el causante directo de su muerte. Así pues, todo se reducía a dos opciones.

Si pulsaba el de Salva, podía salvarle o matarle, en cuyo caso, en ambas opciones él quedaría confinado en aquel espacio, a merced del psicópata que se escondía tras el mismo. De lo contrario, si pulsaba el suyo, o perdía a sus amigos para salvarse o bien, escogía ser el siguiente en morir y, en ese caso, no sabía qué sucedería con los otros dos.

Pensó y recapacitó sobre aquellas dos opciones de forma apresurada. No había escapatoria y en ambos casos, había solo un cincuenta por ciento de probabilidades de que el final resultara positivo, al menos para uno de ellos. Hundido por completo en los paradigmas complejos de aquella tesitura, alzó la vista por última vez y contempló el rostro de sus amigos. Salva estaba sentado en el suelo, totalmente rendido, quizá a la espera de que algo sucediera. Andrea, por su parte, continuaba asida a unos barrotes metálicos, con el pelo enmarañado y el rostro difuminado por el horror. En su expresión veía el miedo y Max sintió que sus vísceras se retorcían. La miró por última vez y entre la borrosa imagen que sus anegados ojos le permitían encuadrar, les dedicó unas últimas palabras a la espera de que al final, pudiera tener la oportunidad de llegar a decírselas en persona.

—Lo siento... Os juro que haré todo cuanto esté en mis manos para sacaros de ahí.

Alzó el brazo, pulsó el botón y aguardó a que algo sucediera.

Pasaron unos instantes de incertidumbre, de terrorífico pavor, en los que nada sucedió. Entonces, cuando creía que todo habría terminado, el pivote de emergencias que había sobre él, en el techo, comenzó a lanzar destellos rojos y una estridente alarma retumbó por la metálica estancia. Dio un paso atrás. Estaba preparado para todo. Frente a él, una ranura comenzó a abrirse y una luz cegadora inundó el estrecho lugar. Se llevó una mano hacia la frente para aminorar los efectos de la incidente luz hasta que logró reconocer al final una sola imagen: el exterior.

Reaccionó con celeridad y corrió hacia ella en apenas unas zancadas. Salió y cayó de bruces contra el suelo cuando la puerta se cerró a sus espaldas.

— i MAX!!

CAPÍTULO 31.

Reconoció aquellas dos voces al instante. Alzó la cabeza, todavía a cuatro patas, y vio a los mellizos acercándose a él a toda velocidad. Sus rostros lucían mugrientos y jamás les había visto tan desaliñados. La noche se cernía sobre ellos y la calle estaba alumbrada únicamente por un par de farolas que había en las esquinas, titilantes y tan tenebrosas como sus más profundos miedos. Amaya tenía rasguños en la mejilla y una herida abierta en el dorso de la mano y Julio, parecía que hubiera salido de una reyerta, con varios moretones que cubrían sus normalmente angelicales facciones. Se agacharon a su lado y le ayudaron a incorporarse.

—¿Cuándo habéis salido? ¿Por qué estáis todavía aquí? —preguntó de forma atropellada—. ¿Y la policía? ¡Llamad a la policía! ¡Salva y Andrea siguen dentro!

Como si hubieran sido invocados, a escasos metros de distancia dos puertas se abrieron al mismo tiempo. Tal y como le había sucedido a él, Salva apareció por la primera de ellas y también cayó al suelo por culpa de las prisas mientras que de la otra salió Andrea, descolocada y muy asustada.

Corrió hacia su amigo y le ayudó a levantarse del suelo, antes de estrecharle entre sus brazos en un abrazo tan intenso como demoledor.

—Lo siento... —murmuró rendido y avergonzado junto a su oído—. Te juro que lo siento muchísimo. Teníais razón y yo... Lo siento...

Sus ojos, oscurecidos y perdidos, se fueron relajando ante la rendición que mostraba la expresión de Max. Recuperaron parte de su habitual luz y reaccionaron con el perdón que solo un verdadero amigo podría llegar a ofrecer.

—¡Huyamos de aquí cuanto antes! ¡No perdamos más tiempo!

A sus espaldas, Andrea corría hacia ellos. No había ningún otro miembro de su grupo y a pesar de que no supo lo que aquello significaba,

Max no pudo contenerse ni un solo segundo más. Se desprendió de Salva tras apreciar en su mirada el asentimiento tácito de aquel gesto y corrió hacia ella.

Sus labios se encontraron en el mismo instante en el que sus brazos se envolvieron, con una mezcla de anhelo y necesidad. Sintió la suavidad y la frialdad de los besos de la chica, que le recibieron con impaciencia. Había tantas emociones silenciadas en aquellos besos que todas ellas se fundieron en una sola. El miedo, el temor, la soledad, la impaciencia, el desconcierto... todo lo que vivieron ahí dentro traducido en algo tan etéreo como un beso.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho daño? —quiso saber en apenas un susurro, sin separar los labios de los suyos por miedo a perder aquel contacto que ansiaba desde hacía tanto tiempo y que ahora, le mantenía firme en la tierra.

Sin embargo, unas sirenas y unos destellos luminosos fueron los encargados de romper la magia al aparecer en escena de forma apresurada. Detuvieron los vehículos a lado y lado de la calle con lo que esta quedó cortada al instante y los cinco chicos acabaron rodeados justo en medio.

—¿Habéis llamado vosotros?

Dos policías perfectamente uniformados y con sendos chalecos de protección puestos fueron los primeros en descender del vehículo y acercarse a ellos. Durante unos instantes en los que ninguno se atrevió a hablar, Amaya fue la que respondió y lo hizo únicamente con un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Estáis bien? —preguntó uno de ellos, dando un paso más en su dirección.

Manténían todavía una distancia prudencial. Sin embargo, los cinco les observaban con cierto respeto, repletos de polvo, suciedad y rasguños.

—¿Alguien nos puede explicar qué es lo que está pasando aquí?

Max fue el primero en reaccionar.

—Un maldito pirado nos ha encerrado ahí dentro y nos ha querido poner a prueba, por lo visto —soltó de carrerilla—. Había más gente... pero

no sabemos qué ha pasado con el resto...

—¿El resto?

—Hemos entrado dieciséis.

—¿Cómo sabes...? —empezó Salva, sin comprender de dónde había sacado tal información, aunque calló rápidamente para permitir que el otro pudiera continuar explicando su versión a la policía.

—Nosotros hemos visto a los *Breakers* salir corriendo hace apenas una hora... —añadió Amaya, esta vez, sin querer cruzar la mirada con la de Andrea, seguramente dolida por saberse abandonada de aquel modo.

—¿Han huido hace rato?! —estalló esta última sin dar crédito.

—Lo siento...

—Hemos salido por estas puertas... pero no creo que puedan abrirlas fácilmente. Todo parecía un juego y luego... no sé cómo hemos llegado a salir.

El policía hizo un gesto con la cabeza y en respuesta, cuatro agentes se dirigieron hacia las puertas en cuestión. Desenfundaron el arma para protegerse en caso de ser necesario, manteniéndola baja y pegada al cuerpo, y tras un gesto de un uno de ellos, intentaron abrir las cuatro a la vez sin éxito alguno. Se giraron hacia el que evidentemente estaba al mando que, acto seguido, cogió la radio y se puso en contacto con la central para solicitar más efectivos.

—Martínez, Soria, llevadlos a comisaría para que den parte de todo lo sucedido. Los demás quedaos aquí —dijo el más corpulento a sus agentes con una potencia que rezumaba autoridad—. Y vosotros —añadió esta vez en dirección a los cinco—, necesito que deis testimonio de todo lo que hayáis visto, ¿de acuerdo? Si descubrimos que escondéis algún tipo de información, los problemas serán mucho mayores de los que creáis que podéis tener ahora mismo. ¿Entendido?

La comisaría era un espacio lúgubre, sombrío y realmente descorazonador, a

pesar de las luces fluorescentes que pendían del techo, empeñadas en querer dar una imagen muy distinta. Sin perjuicio de haber sobrepasado ya la media noche, había gran movimiento en el interior del edificio. Era uno de esos lugares que jamás dormía y en el que siempre había trabajo, sin importar la hora que fuera.

—Esperad en esa sala —indicó un hombre de aspecto enjuto y aburrido—, ahora vendrán a haceros las preguntas pertinentes y tomaros declaración.

El policía desapareció de la sala y cerró tras él, sin perder ni un solo segundo más de su valioso tiempo.

La puerta se abrió pasados unos instantes y entró por ella un tipo relativamente joven, en comparación con lo que quizás habían esperado. Era apuesto, fornido, de cuerpo atlético y expresión tan dura como sincera.

—Buenas noches. Mi nombre es Bosco Úbeda y soy inspector de policía. Desde ahora estoy al cargo del operativo y por ello, necesito haceros algunas preguntas.

Asintieron, intimidados en gran parte por la autoridad que desprendía el policía, y se revolvieron sobre el banco con visible incomodidad.

—Necesito que alguien me cuente desde el principio qué es lo que ha sucedido esta noche. Los efectivos siguen sin poder acceder al recinto, lo que no hace más que incrementar todas las sospechas iniciales.

Max, asumiendo una vez más el rol de portavoz y sin que nadie le interrumpiera, relató todo lo sucedido desde el momento en el que recibió el mensaje y las monedas.

—¿Cómo supiste resolver todos los enigmas que se os planteaban? Parece un juego realmente complejo... —añadió, tomando algunas anotaciones cuando encontraba algún dato que le llamara la atención.

Llevaba puesta una camisa oscura, con los brazos descubiertos tras haberse arremangado los puños y sobre la cual, colgaba una placa identificativa.

Max bajó la cabeza ante la pregunta. No quería hablar de ello delante de sus amigos y mucho menos todavía delante de Andrea. Tal vez ella no se lo perdonara nunca.

—Andrea, ¿te importaría dejarnos a solas?

La chica se sorprendió ante la petición pero no rechistó. Se puso en pie y casi levitando sobre el suelo, avanzó hasta la puerta y desapareció tras ella.

—¿Ha oído hablar de *Chapter*?

El inspector dudó durante unos instantes mientras trataba de recordar y ubicar aquel nombre en alguno de sus archivos mentales.

—¿El juego?

—Ese mismo.

—Sí. Aunque, si no me equivoco, hace muchos años que dejó de estar de moda. Creo que fue a raíz de un accidente en el que falleció uno de los jugadores.

Max no pudo continuar. Bajó la mirada y trató de ganar la batalla a aquel embiste emocional que amenazaba con quebrantar toda su estabilidad. Debía aguantar el tipo, pero todo su aplomo se desvanecía, deslizándose por algún recóndito lugar, como el agua de la calle que acababa perdiéndose a través de una alcantarilla tras un intenso diluvio.

—Bruno Roble era mi compañero de juego —añadió, haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban—. Le atropellaron en la última partida por mi culpa.

Los otros tres se miraron sin dar crédito a lo que acababan de escuchar. Ninguno de ellos conocía aquella historia y saber de primera mano que Max estaba implicado en la muerte del chico más sonada de toda su generación provocó en ellos una fuerte conmoción. La noticia recorrió los telediaris, fue portada en todos los periódicos de tirada nacional y estuvo en boca de todos los tertulianos de los distintos canales de televisión. Por suerte, tuvieron la deferencia de mantener su identidad en secreto, amparado por los

derechos de protección de menores, convirtiéndose aquel en el mayor de sus salvavidas.

No pudo soportarlo más, se puso en pie y desapareció como un vendaval a través de la puerta, sin que el policía hiciera el más mínimo intento de detenerle.

—¿Vosotros lo sabíais?

Todos negaron.

—Esperad aquí, por favor.

No le costó encontrarle en el baño, encerrado en la indecorosa intimidad que le ofrecía uno de aquellos cubículos, tan austeros como impersonales.

—Máximo, ¿estás bien?

—Usted no lo entiende. Y ellos tampoco. Fue mi culpa. Y hoy casi les pierdo a ellos también.

El inspector escuchó el argumento y recibió sus palabras con el mismo dolor con el que habían sido pronunciadas.

—¿Tienes idea de quién puede estar haciéndote esto? —preguntó, desviando un poco el sentimiento de culpabilidad del chico, haciéndole ver que estaba enteramente de su parte y que no pretendía reprocharle su actuación.

Tardó unos instantes en reaccionar pero al final, con una sola pregunta logró lo que pretendía. Max salió del cubículo, enrojecido y con las venas del cuello inflamadas.

—¿No piensa culparme de lo sucedido? —preguntó, en cierto modo extrañado.

—He pasado muchos años de mi vida especializándome en el análisis de perfiles criminales, y tú tienes de culpable lo mismo que yo de repartidor de pizzas.

Con aquella afirmación desenfadada logró relajar la tensión de los

músculos de Max y la hermética fuerza que aplicaban sus puños cerrados a lado y lado de su cuerpo. El inspector supo que iba por buen camino y no dudó en aprovechar la ocasión para continuar indagando sobre lo acontecido.

—¿Prefieres hablar de ello a solas?

—Se lo agradecería —atinó a decir al fin.

—De acuerdo. Pero necesito que me lo cuentes todo. —Max afirmó en un solo gesto—. Dime, ¿por qué sigues pensando que esto tiene relación con algo que sucedió hace años?

Inspiró y luego soltó el aire entre los dientes, tras sentir que sus pulmones se empapaban de todo el oxígeno que necesitaban para continuar manteniéndole con vida. Contó hasta tres y comenzó a relatar sin pausas la única historia de la que llevaba años huyendo.

—Todas las pruebas tenían que ver con algunos de los capítulos que Bruno y yo jugamos en *Chapter*. Los recordaba a la perfección porque, además, coincidían íntegramente con aquellos en los que obtuvimos mayor puntuación. Nos encantaba documentarnos y Bruno era excelente en mitología, tradiciones y cultura, por lo que cualquier reto que tuviera que ver con ello era siempre motivo de fiesta.

»Al entrar en ese edificio, me he dado cuenta de que cada una de las salas tenía algo que me recordaba a algunos capítulos, siendo las más impactantes las dos que coincidían con un aspecto mitológico, curiosamente las dos en las que conseguimos el mayor de nuestros éxitos. Con Caronte y el Minotauro, Bruno y yo escalamos un montón de posiciones. Resultaría ilógico pensar que es fruto de una mera casualidad... ¿no cree?

Max se sentó en un banco que había en uno de los laterales mientras que Bosco permaneció de pie frente a él, atento a sus palabras sin perder detalle de la explicación. Tenía el rostro ojeroso y agotado, seguramente tras haber pasado más horas de las debidas encerrado en aquellas instalaciones que no transmitían precisamente serenidad.

—Sin embargo —prosiguió—, la aparición de Charlie en escena me descolocó.

—¿Charlie? —interrumpió, con gesto ceñudo.

—En realidad se llama Carlota y es propietaria de una sala de escape de la ciudad.

El inspector anotó aquel dato en la libreta que había llevado con él y le apremió a continuar antes de que perdiera el hilo.

—Cuando el juego me separó de mis amigos, hizo que me juntara con ella. Al principio no entendí nada, y así fue hasta que algunos cabos sueltos empezaron a darle sentido a su repentina aparición. Carlota también tiene algo que ver con *Chapter*, pero le juro que no tengo ni la más remota idea de cuál es su implicación en el juego.

—Está bien, Máximo. ¿Crees que hay algo más que podría interesarnos para poder encontrar al responsable?

Alzó la vista y por primera vez en todo aquel rato se la sostuvo, antes de negar con la cabeza con total sinceridad.

—Está bien. Gracias por tu ayuda. Podéis regresar a casa, pero me veo en la obligación de pedir os mantengáis localizables durante unos días. Tal vez necesitemos vuestra ayuda, ¿de acuerdo?

Max volvió a asentir pero no hizo ningún intento por ponerse en pie, todavía conmocionado por lo sucedido, sintiendo que por sus venas el miedo frenaba el paso de la sangre. El inspector, seguramente uno de los más jóvenes del cuerpo, ya en el umbral de la puerta, se detuvo y se giró una vez más en su dirección.

—Si quieres un consejo, deberías dejar de torturarte. Muchos accidentes no conocen de culpables. Simplemente, suceden. Yo tampoco me hubiera atrevido a bajar a la calzada —dijo, esta vez dejándole ver que conocía más detalles del caso de los que quizá le había hecho creer en un principio—. Y pongo la mano en el fuego que muchos de los que te culparon, tampoco.

Desapareció de su vista y Max trató de retener aquellas últimas palabras como si llevara toda una vida esperando escucharlas.

Tardó media hora en regresar a la sala donde todavía esperaban sus amigos, sumidos en un silencio tan incómodo como gélido. Parecían cansados y, a pesar de los rasguños, la sangre reseca y las manchas terrosas de su ropa, ninguno de ellos dio muestras de culparle por lo sucedido tan solo unas horas atrás. Cerró la puerta tras él, sin querer mirar a ninguno de ellos directamente. Salva fue el primero en reaccionar y cuando se percató de su regreso, se puso en pie y se aproximó a él.

—¿Por qué no me dijiste nada?

No encontró las fuerzas suficientes para contestar a aquella sencilla y aparentemente indolora pregunta. Se sentía abatido, hundido por la sensación de haber fallado a todos y cada uno de los pocos amigos con los que había compartido su vida. Los había puesto en peligro y por su culpa, estos habían resultado heridos. El desprecio que él mismo prodigaba hacia su persona le hizo sentirse miserable, al pensar que no se merecía ni siquiera que le mirasen a la cara. Sin embargo, Amaya se acercó a él, justo cuando creía que ya no podría soportarlo más. Le temblaba el labio inferior y aun así, se negó a derramar ni una sola de sus frustradas lágrimas. Se las había prometido a Bruno, le pertenecían solo a él. Amaya le abrazó sin que él pudiera haberlo esperado y el perdón de su gesto llegó hasta lugares de su propia esencia que llevaban demasiado tiempo agazapados, nutriéndose únicamente de todos aquellos malos recuerdos que imperaban en su vida. Unos segundos después, sintió el calor de Julio a su espalda, y en la calidez de sus manos supo que no había rencor ni tampoco reproches.

Entre todo aquel caos de sentimientos contradictorios que despertaron en su interior, llevó la vista hacia su otra mitad, Salva, el único que le había apoyado desde el primer momento en el que creyó que su vida jamás volvería a tener sentido. Salva apretó los labios antes de cambiar el gesto y dedicarle una sonrisa sincera. No podía culparle de nada cuando ni siquiera podía hacerse una ligera idea de cómo se sentiría estando en su piel.

Cuando al fin se separaron, sintió que el bombeo de su pecho batía ahora a una intensidad distinta, aunque eso no evitó que se paralizara por completo cuando sus ojos se encontraron en la fluorescente distancia con los de Andrea. Sus amigos le conocían desde hacía años y lo sabían casi todo de él: sus manías, sus debilidades y ahora, también sus miedos. Pero ella...

Apenas habían compartido alguna conversación distendida en alguna cena improvisada en la que habían coincidido a lo largo de los últimos años y a pesar de que él sentía algo diferente por la chica, no estaba seguro de que aquel sentimiento fuera recíproco.

Sin embargo, cuando sus miradas se cruzaron todo lo que había a su alrededor simplemente desapareció. Quería explicárselo todo, decirle que no pudo evitarlo y que ojalá hubiera podido hacerlo. Ansiaba convencerla de que no era un monstruo sin escrúpulos capaz de todo por sentirse parte de un juego sino que sus amigos, en realidad, lo eran todo para él.

Max, con una inexperta capacidad de gestionar todas y cada una de las emociones tan contradictorias que colapsaban su riego sanguíneo, debilitando todavía más su cuerpo, ahora demacrado y macilento, la abrazó, y lo hizo como solo se abrazan a las personas que más cerca deseas tener. Si algo había aprendido con el paso de los años, y cuyo alcance y magnitud desconocía hasta ahora, era el peso y el poder del perdón. Porque, al final, una vida sin el perdón de aquellos a los que más amabas, acababa convirtiéndose en una vida relegada al olvido de lo más sentido, de la esencia, de lo que definía y diferenciaba a uno del resto.

CAPÍTULO 32.

Esa noche no hubo demasiado alboroto en el apartamento. Llegaron arrastrando los pies, dejando que su propio peso les guiara en silencio por una ciudad que recorrieron en la intimidad de su nocturna y apacible negrura. Se encerraron en sus respectivos dormitorios y nadie más volvió a cruzar la puerta de su particular escondite hasta el día siguiente. Necesitaban concederse aquel espacio tan íntimo, aquel tiempo para pensar en lo que realmente importaba.

La mañana amaneció adoptando un cariz distinto. Salva escuchó ruidos en la cocina y supo que algo no andaba como era debido. De un brinco salió de la cama, se puso en pie y todavía en pijama, anduvo por el largo corredor para comprobar a qué se debía aquel alboroto a esas horas.

—¿Qué haces, tío? —preguntó a un ojeroso y agotado Max.

—Tengo que comprobar que Carlota está bien. Necesito hablar con ella antes de que lo haga la policía.

—¿Carlota?

Recordó en ese instante que ninguno de ellos conocía toda la verdad, sino que el inspector había sido el único testigo de sus palabras. Sin embargo, era consciente de que ese no era el momento más indicado y no disponía de un solo minuto que perder.

—Salva, si quieres puedes acompañarme. Pero necesito verla antes de que la policía acuda a su encuentro.

El gesto dubitativo de Salva fue lo suficientemente revelador como para no pasar inadvertido a su amigo, que preparaba café al tiempo que uno de sus pies repiqueteaba frenético en el suelo. Tenía el rostro demacrado, con evidentes muestras de no haber pegado ojo en toda la noche.

—Dame un segundo; me visto y te acompaño. No voy a permitir que conduzcas en este estado. Llamaré al trabajo también.

No le dio tiempo a replicar. Salva desapareció a través del pasillo hasta que pasados unos segundos, desde la cocina se escuchó el ligero golpe de la puerta de su dormitorio al cerrarse. Cuando al fin estuvieron listos, cogieron sendos cascos del recibidor y salieron al rellano en absoluto silencio.

Condujeron de forma comedida hasta el establecimiento de la chica y llegaron cuando este ya estaba abierto. Max bajó de la moto apresurado y Salva la aparcó diligente sobre la amplia acera. Max parecía todavía más nervioso y agotado incluso que antes.

—¿Me prometes que no nos interrumpirás, sea lo que sea lo que escuches ahí dentro?

—Te doy mi palabra de que no lo haré —confirmó, sin ningún tipo de titubeo en la voz—. Puedes contar conmigo para lo que quieras... Supongo que lo sabes.

Aquella afirmación, no obstante, contenía en realidad muchas más cosas de las que aparentemente parecía albergar. Max le agradeció el gesto con una sonrisa ladina y sin añadir nada más, se encaminó hacia el local, con el rostro tenso y desencajado.

La puerta se abrió apenas unos segundos después de que hubiera dado un par de golpecitos con los nudillos. Carlota apareció y su semblante cambió en el mismo instante en el que sus ojos se encontraron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con hosquedad.

—Necesito hablar contigo.

—Tengo trabajo, lo siento —dijo, justo antes de comenzar a cerrar la puerta, haciendo evidente su poca predisposición a colaborar con él.

—Será peor cuando venga la policía y te obligue a hacerlo.

Justo cuando ya estaba a punto de cerrarla por completo, la chica se detuvo en seco, analizando el significado de aquella escueta afirmación. Entonces, tras unos instantes de incertidumbre, abrió con expresa lentitud hasta que sus rostros volvieron a encontrarse. Le examinó con detenimiento y

luego hizo lo propio con su compañero, hasta asegurarse de que el peligro no residía precisamente en ellos.

—Solo dispongo de una hora libre, después os tendréis que ir. Pasad.

Entraron y fue ella la que cerró la puerta a sus espaldas, tras cerciorarse de que nadie más les observaba desde la calle.

—Podéis dejar los cascos ahí —dijo, señalando con un ademán el mismo mueble blanco en el que tan solo unos días atrás también dejaron todas sus pertenencias.

Recordaban aquella recepción con especial cariño pero no se dejaron llevar por las emociones contradictorias que toda aquella situación provocaba en ellos. La chica se colocó tras el mostrador y sin que hubieran esperado la inoportuna presencia, la puerta que daba acceso al escenario del juego se abrió y por ella apareció otro chico. Repararon en que, al igual que Carlota, él también rozaba la treintena. Era corpulento, de mirada clara y gesto circunspecto.

—Él es Borja, mi socio.

Max y Salva le tendieron la mano con amable cordialidad y el chico las estrechó, perplejo ante la inesperada aparición.

—Ellos también estaban ayer... —dijo como única explicación para que el chico pudiera comprender qué era lo que hacían ahí cuando no tenían anotada ninguna reserva hasta la siguiente hora.

No dijo nada al respecto. Tan solo les miró y dejó que fuera ella la que llevara la voz cantante.

—¿Qué es lo que quieres, Max?

—Mira, Carlota...

—Charlie —cortó a modo de puntualización.

—Lo siento. Escúchame, ¿vale? —pidió sin esconder la inquietud de su voz—. La policía debe de estar en camino y querrán interrogaros —sentenció, esta vez mirando al chico, antes de volver la vista de nuevo

hacia ella—. Necesito que me cuentes todo lo que sabes de lo que sucedió ayer y por qué tú eras la única que tenía algo que ver con *Chapter*.

—¿Por qué no te olvidas de ello? Era un maldito juego de escape, ¡nada más! Las experiencias son cada vez más realistas... —exclamó, en un tono más agudo del que recordaba—. ¿Por qué insistes tanto?

—¡¡No era un simple juego!! Mírate... —Alzó también la voz, comenzando a perder la paciencia—. ¿En qué clase de juego acabas con dos cardenales en la cara y todos esos rasguños? Míranos a nosotros también, ¿de veras crees que voy a tragarme que no sabes nada?

—¡Es que no sé nada!

Max le sostuvo la mirada con la ira supurando a borbotones por su piel, ahora cetrina y pálida por la falta de sueño.

—¿Por qué lo defiendes? ¿Por qué te niegas a contarme la verdad? —Su voz sonaba ahora exasperada—. ¿Sabes? La policía no se andará con rodeos cuando vengan a interrogaros y llevarán la investigación hasta el final. Si no tienes nada que ver, ¿por qué no quieres reconocer que no era un simple juego?

—¡¡Porque no quiero perder mi negocio!!

Se hizo el silencio en la recepción y nadie se atrevió a añadir nada al respecto durante unos instantes. Era evidente que ella también estaba agotada y la expresión del rostro de su compañero tampoco distaba mucho del suyo. Salva observaba en un segundo plano la escena, mordiéndose la lengua en más de una ocasión en la que le hubiera gustado coger la batuta y guiar la conversación de un modo más tranquilo y pausado.

Max inspiró y expiró unas cuantas veces hasta que consiguió relajarse al fin. Tragó y apretó la mandíbula de forma repetitiva hasta que todos sus músculos se tensaron, antes de decir algo que, por algún motivo, prefirió omitir.

—¿Por qué ibas a perder tu negocio?

Carlota cogió aire y dio un par de pasos de un lado a otro de la

recepción, visiblemente consternada.

—No lo entiendes, Max. El mundo de los juegos de escape es demasiado reciente y desconocido todavía. Más del setenta por ciento de la población no tiene ni idea de lo que es una sala de escape y en qué consisten esta clase de juegos. Si esta noticia trasciende... —dijo, antes de detenerse para tomar aire y continuar—. Si esta noticia trasciende, podríamos ganarnos una fama de algo que en realidad no somos. Igual que pasó con *Chapter* —recalcó, con un gesto de evidencia en el rostro—. No somos juegos peligrosos, ni ponemos en riesgo la vida de las personas. Si el concepto *Escape Room* —añadió con un gesto de comillas— se relaciona con este incidente, estaremos perdidos. Nos someterán a inspecciones que no tienen sentido y la gente, tal vez empiece a temer realmente la posibilidad de resultar herida y no quieran animarse a continuar jugando. No puedo jugármela y tú, lo has estropeado todo acudiendo a la policía.

—¡Eh! —irrumpió Salva, sin poder contenerse más—. Las cosas no son así, ¿me oyes?

Max hizo un infructuoso intento por detener a su amigo que de nada le sirvió. Había aguantado lo suficiente en aras de la promesa que le había hecho, pero había límites por los que no estaba dispuesto a pasar.

—Max no tiene la culpa de que haya un maldito tarado que nos haya puesto en peligro a todos. Incluida tú —recalcó consciente—. No te atrevas a volver a insinuarlo. Hemos —prosiguió, remarcando ese plural con especial énfasis— acudido a la policía porque creemos realmente que esto no tiene nada que ver con un simple juego de escape. Y si de veras quieres que tu negocio no se vea salpicado por esta patraña, obra de no sé qué clase de maníaco sociópata, deberías colaborar un poco más.

Carlota le sostuvo la mirada y luego la volvió hacia Max, que se mantenía en riguroso silencio al lado de su amigo. Tenía un gesto oscuro y entristecido y había algo en él que le inspiraba ternura, a pesar de los evidentes estragos del sueño que habían hecho mella en su rostro. Miró por última vez a Borja que, con el labio apretado, le hizo un gesto afirmativo en el que daba a entender que estaba de acuerdo con lo que decían los chicos y al final, se rindió.

—Está bien. ¿Qué es lo que les habéis contado?

—Todo. Desde que recibimos la invitación hasta que logramos escapar...

—De acuerdo.

—Saben lo de *Chapter*, Charlie —añadió Max sin poder contenerse más—. Y creo que deberíamos poner las cartas sobre la mesa de una vez por todas. Por algún motivo que todavía se me escapa, aquel maldito juego estaba creado para nosotros dos. Una vez lo perdí todo por culpa de *Chapter*, no pienso dejar que nada parecido vuelva a suceder.

Sus palabras sonaron esta vez contundentes y durante unos instantes, en aquella recepción que parecía empequeñecer por segundos, tan solo se escuchó el silbido de sus propias respiraciones. Los ojos de la chica fueron adquiriendo un tono más apagado, ensombrecido, hasta que una onda cristalina cruzó por ellos, como un destello, humedeciéndolos y dando lugar a un par de lágrimas en la comisura de los mismos, que se afanó a eliminar con virtuosa rapidez con la manga del jersey.

—Hace nueve años, como bien sabes, hubo un accidente en el transcurso del que se convirtió en el último capítulo de *Chapter*. Un niño, mientras jugaba con su doble, fue atropellado por un coche cuando trataban de dar caza a una criatura sin perder la distancia obligatoria entre ellos. —Max sintió que se le revolvía el estómago con cada una de las palabras con las que ella relataba aquel episodio de su vida que todavía continuaba arraigado y nítido en su memoria—. Tú te detuviste porque te dio miedo adentrarte en la concurrida calzada —añadió, ahora ya dirigiéndose a él personalmente—, y Bruno se detuvo para comprobar por qué su móvil pitaba con estridencia.

Borja hizo una mueca extraña, visiblemente desconcertado, y los dos chicos supieron al instante que ni siquiera él estaba al corriente de la historia, aunque todavía no hubieran descubierto cuál era la implicación de Carlota en ella. La chica, con notables dificultades para mantener el aplomo, desapareció por un pasillo y a los pocos segundos, escucharon la puerta del baño cerrándose con vigor. Los tres permanecieron en silencio a la espera de su regreso, que tardó algunos minutos más de la cuenta. Sin embargo, cuando

volvió, lo hizo con la cara lavada y aunque su rostro seguía enrojecido, ya no había rastro de lágrimas en la comisura de los ojos.

—¿Por qué no me cuentas qué es lo que sucede, Charlie? —insistió Max, buscando desesperadamente algo a lo que aferrarse.

—Fui yo quien diseñó el capítulo en el que murió Bruno.

CAPÍTULO 33.

Todavía retumbaban aquellas palabras en su cabeza cuando se dio cuenta de que todos esperaban una respuesta por su parte. Max no reaccionaba, pues no encontraba la solidez de su cuerpo, la energía, ni tampoco la madurez necesaria para sostenerse. Sintió la mano de Salva sobre su antebrazo, transmitiéndole su comprensión, haciéndole saber que estaba ahí para lo que necesitara.

—Max, lo siento mucho, de verdad —continuó ella, avasallada por el agudo pinchazo que la atravesaba y le dificultaba el habla.

Parecía que no fuera a reaccionar, como si hubiera entrado en un shock repentino del que seguramente le costaría salir. Salva, acongojado, le observaba inquieto a su izquierda, a la espera de descubrir cuál sería el siguiente paso.

—¿Max...?

—Te juro que nunca tuve intención de que nadie saliera herido —continuó la chica ante la inerte expresión del otro, carente de cualquier tipo de emoción—. Era un juego más, como el resto de capítulos... Nadie pudo prever que Bruno se lanzaría a la carretera...

Max se apoyó contra la pared mientras un desfile de luces, sirenas, gritos, llantos y palabras que le llegaban desde la distancia, arremetían de nuevo contra sus recuerdos. Volvía a suceder, del mismo modo que había sucedido durante todas y cada una de las horas en las que estuvieron encerrados la tarde anterior. Bruno había regresado a él para torturarlo con su recuerdo, para recordarle que todo fue por su culpa y para castigarle por un error que jamás llegaría a enmendar. Sin embargo, si las palabras de Carlota eran ciertas, y por la compungida expresión de su rostro no se atrevía a pensar lo contrario, tan solo significaba que había alguien más pendiente de ellos, alguien dispuesto a castigarles por un error de un pasado en el que los dos confluían.

—Explícamelo todo, por favor... —se atrevió a añadir al fin, en un tono suplicante que rasgó las emociones de los otros tres.

Carlota hizo un leve gesto afirmativo y tomó aire antes de iniciar su relato.

—Por aquel entonces, yo estaba estudiando informática en la universidad. Ahí fue donde conocí al hermano de Bruno, Juan. Nos caímos bien al instante... y al poco tiempo, comenzamos a salir. —Max alzó la cabeza y la observó con mayor curiosidad, negándose la posibilidad de que pudiera tratarse de una broma pues, de ser así, sería una jugarreta de muy mal gusto—. Los meses iban pasando y a pesar de que mantuvimos nuestra relación en secreto para las familias, lo cierto es que oí hablar en innumerables ocasiones de todos los Roble, y también de ti. Juan quería a su hermano con todo su corazón...

»El caso es que, con el tiempo, nos dimos cuenta del alcance de nuestra afición por los juegos de todo tipo. Yo hice varios proyectos en prácticas con algunas empresas de videojuegos y Juan se enteró de que había participado en *Chapter*, el juego que estaba en boca de toda una generación. Un día, hablando de ello, Juan descubrió vuestra participación y se sorprendió de que Bruno y tú estuvierais alcanzando tan buenas posiciones, ¡se sentía muy orgulloso! Os seguía en los rankings y observaba vuestro avance cada día. Sin embargo, daba la sensación de que todo os resultara demasiado fácil y por eso, me hizo una propuesta. Me contó que a Bruno le encantaba la mitología y que investigando, erais como dos sabuesos. Así pues, me propuso crear un nuevo capítulo, uno de mayor dificultad, en el que tuvierais que sufrir un poco más para conseguir superarlo...

Carlota se sumió en un extraño silencio mientras dejaba que Max asimilara todas aquellas palabras, su versión de lo sucedido y su implicación en la pérdida de su mejor amigo. Pero el chico no dijo nada, tan solo se dedicó a escucharla mientras que todas sus palabras se clavaban como afilados agujones en el centro de su pecho.

—Continúa, por favor... —fue lo único que añadió al fin.

—Los propietarios de *Chapter* aceptaron el nuevo capítulo que les mandé, lo adaptaron a los cambios que cada quince días experimentaba el

juego para que la historia continuara manteniendo una secuencia lógica argumental y cuando vieron que encajaba, lo publicaron. Se convirtió en el capítulo setenta y cinco, el último del juego tras el accidente de Bruno.

»Lo que pasó nos cogió a todos desprevenidos, pues ninguno de nosotros pudo prever que sucediera nada parecido. Todo estaba configurado para llevarse a cabo en escenarios urbanos sin que nadie peligrara. Las criaturas jamás se desviaban de las zonas de seguridad, tales como aceras o parques. No pudimos preverlo, Max...

»Recuerdo los días posteriores al accidente en la facultad. Juan desapareció durante semanas. No acudía a clase ni tampoco pasaba por la biblioteca. Estaba destrozado. Los meses pasaron pero él nunca se recuperó... Dejó de sonreír, de sentir, de vivir... Perdió toda su esencia, su vitalidad y al cabo de poco más de un año... lo dejamos.

Borja posó un brazo sobre los hombros de su compañera en actitud protectora, lo cual, ella agradeció. Sentirse apoyado en momentos tan difíciles podía marcar la diferencia entre avanzar o quedarse estancado en un pasado del que en realidad se pretendía huir.

—No creo que fuera tu culpa —añadió Max, tras unos incómodos y tensos momentos de silencio—. Está claro que seguisteis las directrices del juego. Fuimos nosotros los que nos pusimos en peligro con las prisas de lograr cuanto antes nuestro objetivo. Nos cegamos... estábamos en racha y solo queríamos más y más.

No había ningún asiento o sofá en la pequeña recepción pues, normalmente, en ella los clientes no solían pasar más de tres o cuatro minutos. Así pues, Max, todavía con el casco entre sus manos, lo colocó en el suelo y se sentó sobre él, antes de apoyar la espalda en una de las paredes. Dejó vencer la cabeza hacia atrás y respiró de forma pausada durante unos instantes en los que nadie se atrevió a interrumpir sus pensamientos.

—Gracias por contármelo.

La chica, que ahora se sentía en consonancia con él, se desprendió del brazo de su compañero, se acercó hacia el chico y se agachó frente a él.

—Sé que no fue fácil para nadie. Lo lamento mucho, de verdad. Yo

también perdí a alguien muy importante y es un recuerdo que lleva martilleándome el corazón cada día de mi vida desde hace nueve años.

Se miraron a los ojos con la única comprensión que son capaces de mostrar dos personas que han sufrido una pérdida parecida, antes de que él fuera el que se atreviera a continuar.

—No entiendo por qué alguien quiere hacerte sufrir con esto. Por lo que cuentas, había muchos guionistas detrás de *Chapter*.

Carlota, sin querer separarse de él y como si en aquella conversación ahora solo estuvieran presentes ellos dos, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y volvió a buscarle con la mirada.

—Ese capítulo era íntegramente mío... Su autoría me pertenecía solo a mí. Y supongo que alguien me sigue considerando en parte culpable del accidente...

Como si aquellas palabras, pronunciadas por primera vez en voz alta, hubieran actuado de un modo diferente, ambos se miraron con la sospecha lanzando destellos luminosos a través de sus ojos.

—No... —negó Max ante la única posibilidad que parecía abrirse paso de forma despiadada entre todo el amasijo de dudas e inquietudes—. No. Es imposible.

—Max, piénsalo. Todo encaja.

—No. No; es imposible —repitió, con los dientes apretados.

Carlota se puso en pie de un brinco y deambuló por la pequeña estancia de un lado a otro, con una mano en la frente y la otra en la cintura. Tenía el rostro desencajado y el pánico centelleaba en sus ojos.

Max la imitó y también se levantó, sin perderla de vista a cada paso que ella daba.

—¡Abre los ojos! Es el único que sabía de nuestra implicación. La de los dos.

—¡¡Juan jamás haría algo así!! Lo sabrías si le conocieras bien...

Lo fulminó con la mirada, como si sus ojos fueran ahora la viva imagen del crepitar del fuego, tan silencioso como letal.

—¡Dime entonces quién crees que se esconde tras todo eso! Vamos, ¡no seas inocente! Era un juego expresamente creado para tentarnos. Resolviste las pruebas basándote en la información recabada en diferentes capítulos de *Chapter* y lo hiciste porque los conocías; igual que él también los conocía. Los dos llegamos a la final juntos porque eso era lo que quería desde el principio, que fuéramos conscientes de por qué motivo estábamos encerrados. ¡No hay ninguna otra explicación posible!

Max, que ya no pudo soportarlo más, cogió el casco y sin darle tiempo a reaccionar, cruzó la puerta a gran velocidad.

Antes de que ella pudiera añadir nada más, el joven ya se encontraba a un par de metros de distancia y se dirigía raudo hacia la moto. Salva, que no quería hacer esperar a su amigo, cogió un papel y un bolígrafo que había sobre el mostrador y anotó algo en él a toda prisa.

—Ahí tienes mi teléfono. Si descubres algo relacionado con todo esto, por favor, llámame.

Y sin más dilación, salió corriendo hacia el exterior antes de que el otro decidiera llevar a cabo una nueva locura.

CAPÍTULO 34.

No quiso salir del dormitorio durante el resto del día. Salva, apesadumbrado por lo acaecido en las últimas horas, aprovechó para poner al día a los mellizos, que se presentaron a la hora de cenar, con cara larga y semblante ensombrecido. El ambiente era tan tenso que podía incluso cortarse con un cuchillo. Max no solía mostrarse retraído y jamás le habían visto encerrarse en sí mismo de aquel modo, a pesar de pasar muchas horas en la entera soledad de su dormitorio.

—¿Qué creéis que pasará ahora? —preguntó la chica, sentándose en uno de los extremos del sofá tras regresar de la cocina con un par de refrescos en las manos.

—No lo sé... Todo esto resulta muy confuso.

—¿Crees la versión de Carlota? —preguntó Julio. Estiró el brazo y cogió una de las latas que le tendía su hermana.

—No tenía necesidad de mentirnos... Y parecía realmente afectada. Sin embargo, hay algo que se me escapa en todo este asunto.

—¿Tú tampoco crees que sea el hermano de Bruno el que se esconde detrás de todo esto, verdad?

—Es demasiado retorcido, aunque no imposible. —Hizo una pausa antes de darle un sorbo a su botellín de cerveza—. La venganza podría ser un buen móvil... pero quedó claro que todo fue un accidente y... no podemos olvidar que estamos hablando del mejor amigo de su hermano y de su exnovia. Sigo pensando que resulta demasiado retorcido.

Los tres adoptaron una posición pensativa, en busca de alguna otra explicación plausible a lo sucedido. No habían vuelto a tener noticias de la policía, ni tampoco había salido nada en los noticiarios locales. Era como si nada de aquello hubiera sucedido en realidad, lo cual, no hacía más que mermar su seguridad en algunos momentos en los que la posibilidad de que

todo aquello no fuera más que una pesadilla que se presentaba ante ellos como la única respuesta.

Max apareció por el fondo del pasillo, ojeroso y con el pelo revuelto. Llevaba puesto un pantalón holgado, una sudadera de su equipo de baloncesto favorito y andaba completamente descalzo.

—Hola, Max —saludó Amaya, sin saber si debía sonreírle con cariño o mostrar cierta seriedad, lo que dio lugar a una mueca ciertamente extraña en su rostro.

—Hola, chicos. —Tomó asiento en el sillón que quedaba libre y sin pedirle permiso, dio un largo sorbo al refresco de la chica tras arrebatárselo de las manos—. Salva, Carlota dijo que era informática, ¿verdad?

—Así es... ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tal vez pueda hacer algo con el correo que me llegó. Ella también debió de recibir uno, quizá pueda rastrearlo.

—Max, el correo desapareció, ¿recuerdas?

—Mierda.

—De todos modos... No es tan fácil rastrear un correo electrónico para obtener una dirección, Max... —murmuró Julio, sin querer contradecir a su amigo por miedo a mermar sus esperanzas.

—No... siempre que no cuentes con extensos conocimientos de informática.

Antes de que Julio pudiera replicar, el teléfono de Salva comenzó a sonar. Todos quedaron en silencio a la espera de su respuesta. Normalmente no solían detenerse por una simple llamada, pero todo lo vivido era tan reciente que cualquier cosa que antes pudiera resultar cotidiana ahora se les antojaba potencialmente peligrosa.

—Es un número desconocido... —comentó tras echarle un vistazo a la pantalla.

—Cógelo, tal vez sea la policía —aseveró la chica.

—¿Diga?

—Soy Charlie.

—Ah... Hola, Charlie —contestó en voz alta para que los otros tres supieran también quién aguardaba al otro lado de la línea.

Max se incorporó y se acercó a su amigo con la intención de captar alguna palabra a través del dispositivo. Sin embargo, para que no hubiera problemas, el otro fue más rápido, seleccionó la opción de manos libres y dejó el teléfono sobre la mesa para que todos pudieran seguir la conversación.

—He encontrado algo, pero no creo que le guste a Max...

El aludido le apremió a continuar con un ademán de la mano. Necesitaba aquella información y la quería cuanto antes.

—Nosotros estábamos pensando precisamente en ello y creemos que hay un modo de...

—Tengo la dirección desde la que fue enviado el comentario a vuestro blog —sentenció sin darle tiempo a continuar, generando con ello el mismo efecto que lo haría una bomba a la que acabaran de cortar el cable rojo, sin saber si ese era el correcto.

—¡¡Os lo he dicho!! —gritó Max. Bajó del sillón de un impulso y se arrodilló frente a la mesilla central, situándose muy cerca del teléfono.

—¿Qué has descubierto? —aseveró, en un tono mucho más brusco de lo pretendido.

—Esto... Hola, Max. Escucha, son solo meras suposiciones y yo...

—¡Contesta! —exclamó con impaciencia.

—La dirección coincide con el domicilio de la familia Roble.

Fue como si las agujas del reloj se detuvieran y el minuterero no tuviera intención de avanzar ni un solo milímetro más. Todo quedó en silencio a ambos lados de la línea. Ni siquiera escuchaban el típico murmullo proveniente de la calle, tan solo el crujido de su propio cerebro trabajando para encontrar una explicación distinta a la única que le abordaba en esos

momentos.

—Lo siento, Max. Pero... son demasiadas coincidencias.

Se puso en pie y sin decir nada más, desapareció del salón, dejando a los otros tres completamente atónitos por su reacción.

—Discúlpale... Todo esto está resultando demasiado duro para él. Esto... ¿Estás segura de que viene de ahí?

—Llevo diez horas delante de un ordenador buscando sin parar. Créeme, estoy muy segura —enfaticó— de que viene de ahí.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Quiero ponerle fin a todo este asunto. Creo que la policía me ha creído esta mañana cuando, después de que os marcharais, ha venido para hacernos algunas preguntas. Pero siguen sin tener ni idea de quién puede estar detrás de todo este embrollo. Han conseguido acceder al edificio, pero no hay ni una maldita pista de quién es la persona que se esconde tras toda esta abominable pantomima. Quieren toda la información que tengamos y esto es lo único que puedo ofrecerles.

—Pero, ¿no es un delito?

—Espero que tengan en cuenta el motivo por el cual lo he hecho. No me paso los días rastreando direcciones... Soy diseñadora de videojuegos y además, me encanta mi trabajo en la sala. Esto era una causa de fuerza mayor.

—Entonces, ¿vas a entregar ya la información? —preguntó, sin saber muy bien la dirección que tomarían los planes de la chica.

—En realidad... me gustaría hablarlo antes con Max. Mi idea era... —Hizo una pequeña pausa—. Quería acercarme hasta la casa de los Roble y hablar con Juan directamente.

—¿Tú sola?! ¿Es que acaso te has vuelto loca?

—No... Bueno... No pretendía ir sola... Quería saber si Max tal vez querría acompañarme.

—Oye, déjame que hable con él.

—Iré mañana. Dile que si quiere venir, le espero a las diez de la mañana en la sala. Saldré desde ahí.

—Podría ser peligroso... —musitó Salva, no muy seguro de lo que estaba dispuesta a hacer la chica.

—Correré el riesgo. Buenas noches.

Colgó antes de que él tuviera tiempo de despedirse siquiera y se quedó pasmado en el sofá sin dar crédito. Daba la sensación de que Carlota no le temiera a nada, como si lo que habían vivido la noche anterior no le hubiera afectado lo más mínimo.

—¿Qué hacemos? —se atrevió a preguntar Julio.

—Deberíamos hablar con Max. Tan solo podemos acompañarle y hacerle saber que estamos con él. Sea lo que sea lo que decida, yo le apoyaré.

—Estoy con vosotros —aseveró Amaya.

Finalmente, Julio, con un simple gesto les hizo saber que él tampoco les fallaría.

—Vamos, pues.

El dormitorio de Max olía a desolación y tristeza. Había colillas apagadas en un cenicero y la papelera rebosaba de latas arrugadas de bebidas energéticas. La densidad ahí concentrada les recibió con una bofetada, aunque pasados unos segundos, sus fosas nasales se acostumbraron y sus ojos lograron enfocar en medio de la nebulosa oscuridad. Max estaba sentado en la silla que había frente al escritorio, justo bajo la litera. Llevaba los cascos puestos y de ellos salía música electrónica que superaba sin duda todos los límites y decibelios seguramente soportables por el oído humano. Lo más probable era que acabara estallándole la cabeza. Tenía un cigarrillo encendido y la mirada completamente perdida en la pantalla. Ni siquiera se dio cuenta de la repentina intrusión de sus amigos hasta que Salva le dio un leve toque en el hombro haciéndole reaccionar de forma brusca.

Se sobresaltó ante el inesperado contacto y se sacó los auriculares, antes de lanzar una mirada inquisitiva a los tres, consciente de que no estaban ahí por pura casualidad. Llevaba todo el día encerrado, aislado del mundo, ni siquiera quiso salir para comer. Tan solo tenía un único propósito y era tratar de demostrar que Juan no tenía nada que ver con aquel estúpido juego infernal.

—¿Qué queréis? —preguntó receloso. Parecía realmente exhausto, subyugado por aquel efecto tan peculiar que producía el cóctel formado por grandes dosis de cafeína y otros excitantes junto con la ausencia de descanso, lo que le mantenía despierto aunque su reflejo fuera la representación gráfica de un decrepito rostro humano.

—¿No habías dejado de fumar? —inquirió Salva sin dejar de mirar el cigarrillo a medio terminar que aguardaba entre los dedos de su amigo—. Anda, deja eso, no te ayudará en nada.

Max obedeció y lo apagó en el cenicero, dejando aquel molesto rastro humeante que tardó unos segundos en desaparecer.

—¿Estás bien? —volvió a intentar.

—Sé que es la parte más empática de ti la que me hace esta pregunta pero no, resulta obvio que no estoy bien. Estoy jodido, muy jodido —puntualizó, para sorpresa de todos, que pensaban que tendrían que tirarle de la lengua más de lo que les gustaría si querían arrancarle información. Sin embargo, Max parecía realmente rendido, como si necesitara aquella charla desde hacía mucho tiempo.

—Estaremos contigo hasta el final, espero que no lo dudes.

—¿No os da miedo que por mi culpa acabéis heridos? O, mucho peor, ¿muertos?

El cinismo de su voz les impactó, a pesar de tener frente a ellos el cuerpo del que hacía años que era su amigo. Eran dos personas distintas, la rendición y la debilidad en una misma imagen, en un mismo cuerpo.

—No fue tu culpa, Max. Ninguno de nosotros lo pensaríamos jamás.

La respiración del chico fue acrecentando su ritmo paulatinamente según las palabras de sus amigos. Temía que ellos pudieran correr la misma suerte que Bruno si se acercaban demasiado a él. Eran lo único que tenía aparte de su madre, unos hermanos con los que apenas mantenía contacto y un padre con el que hacía años que no hablaba. Tan solo el hecho de pensar que pudiera pasarles algo por su culpa le provocaba una presión en el pecho difícil de controlar. No se escondía, no se avergonzaba de sus sentimientos, tan solo se odiaba por haberles puesto en semejante peligro.

—Éramos dos críos cuando pasó... Bruno no se merecía morir. Era listo, espabilado, retraído, muy trabajador y constante.

Los tres le escucharon sin osar interrumpirle. Era la primera vez que hablaba con ellos sobre lo que pasó. De hecho, el día anterior descubrió que los tres estaban al corriente del juego y que incluso, habían llegado a probarlo. Pero lo que ninguno sabía era que el famoso accidente de *Chapter* tenía que ver con el chico que tenían delante.

—Perseguíamos a unos trolés por la calle. Suena absurdo, ¿verdad? —dijo con un amago de sonrisa. Sin embargo, aquella forma en la que sus labios se curvaron era sin duda el gesto más triste que hubieran visto jamás. El reflejo de la desolación y el desamparo, del llanto invisible, de un sueño roto—. Mi mejor amigo murió dando caza a un maldito trol.

Un sollozo le quebró la voz. Hipó y contuvo el intento de llanto tratando de mantener invicta la sonrisa. Sin embargo, cuando pensó que sus fuerzas iban a desfallecer, aquella media luna de sus labios dio paso a algo más fuerte, algo más sincero; algo que nacía desde dentro. Se sorprendió a sí mismo riendo de verdad, hasta que todo su nerviosismo se tradujo en una sonora carcajada. No podía dejar de reír. Los tres le observaban temerosos de la situación y la reacción de su amigo, sin embargo, pasados unos instantes, el recelo inicial pasó a un segundo plano cuando todos se contagiaron por fin de las carcajadas del chico, condecoradas con algunas lágrimas que jamás pedirían explicaciones.

—Un trol... —terminó al fin, volviendo a recuperar la compostura lentamente, secándose los ojos.

En ese preciso instante fue consciente por primera vez de cuánto les

necesitaba a su lado, de cuán importante era su presencia en su vida. Llevaba nueve años conteniendo lágrimas, tristeza, pesar y reproches. Nueve años culpándose a sí mismo de lo sucedido, de lo absurda que fue la pérdida de su amigo.

—A veces, los accidentes simplemente ocurren —se atrevió a decir Amaya, repitiendo la misma frase que horas atrás había pronunciado el joven inspector. Le tendió la mano y le acarició el antebrazo.

Le concedieron unos minutos para recomponerse, pasados los cuales, Max comenzó a lucir un gesto totalmente distinto. Se sentía reconfortado, agradecido de tenerles, de que hubieran venido a apoyarle.

—Carlota quiere ir mañana a casa de los Roble... Quiere hablar con Juan antes de entregarle la información a la policía.

—Entenderemos cualquier decisión que tomes —se afanó a añadir Julio, antes de que Max pudiera contestar a la revelación de su amigo—, y si necesitas que te acompañemos, lo haremos también.

—¿Qué es lo que pretende presentándose ahí? ¿Acaso no se da cuenta de que podría resultar peligroso?

—En realidad, si lo piensas bien, tal vez sea el escenario menos comprometido. Es el domicilio de sus padres, terreno neutral, por así decirlo. No creo que se atreva a haceros daño ahí.

—Hay algo que no me encaja en todo este asunto... —añadió esta vez Julio, con gesto circunspecto.

Los tres le miraron de forma interrogativa, a la espera de que aclarase con ellos sus propias dudas y les hiciera partícipes de lo que fuera que tuviera en mente. Tal vez entre los tres pudieran encontrar una solución o una respuesta más adecuada a sus recelos.

—La sala en la que nos encerraron ayer era muy grande y estaba dotada de grandes inversiones tecnológicas... ¿Cómo podría un simple chaval costear todo eso?

—Los Roble siempre han sido una familia adinerada —se afanó a

contestar Max, restándole así importancia a la pregunta, que para él tenía una explicación lógica—. Les viene de cuna y Juan siempre ha tenido acceso a grandes cantidades de dinero.

—Ah... Supongo que eso tiene más sentido...

Max recapacitó sobre el tema y se dio cuenta de que Salva tenía gran parte de razón. Sin embargo, no tenía muy claro que estuviera preparado para enfrentarse a su pasado. Desde que se mudó a la gran ciudad no había vuelto a ver a los Roble. Los últimos meses fueron muy conflictivos, cuando los padres de Bruno volcaron toda su ira contra él. Le culpaban de todo lo sucedido y él nunca osó cuestionarlo ni enfrentarse a aquellos que una vez consideró como su segunda familia. Tenían toda la razón. Él era el culpable de la muerte de su hijo. Jamás había visto tanto dolor en un rostro como denotaba el de la señora Roble. Los meses pasaban y en ella no desaparecían aquellas cicatrices que solo producía el sufrimiento. Envejecieron en cuestión de días y se sumieron en un estado de depresión constante que tuvieron que afrontar con potentes ansiolíticos. Max no volvió a saber nada más de ellos y esa fue su manera de sanar sus heridas, de recuperar una parte de su desvalida y atropellada adolescencia.

Tener que enfrentarse de nuevo a ellos no era precisamente lo que más deseaba, pero debía hablar con Juan y aclarar la situación cuanto antes. Si había sido una jugarreta de las suyas, como mínimo merecían una explicación.

—¿A qué hora habéis quedado?

—A las diez de la mañana nos espera en su sala. Si no estamos ahí, irá sola.

—Allí estaremos, pues.

CAPÍTULO 35.

Amaneció casi tan oscuro como lo estaban sus pensamientos. Había dormido del tirón pero aún así, seguía igual de exhausto y agotado. La noche fue turbulenta, alternando diferentes sueños en los que caer al vacío era lo más agradable que le había sucedido. En pie desde las siete, miraba distraído por la calle a través del cristal. En realidad, se alegraba de que no fuera un día demasiado soleado pues, de lo contrario, hubiera provocado que todo su cuerpo se descompensara, en aras de todas aquellas dispares emociones que para nada casaban con un día espléndido y soleado.

Escuchó un par de golpecitos al otro lado de la puerta de su dormitorio, que todavía continuaba cerrada. Ni siquiera había salido a desayunar, a pesar de llevar más de una hora despierto.

—¿Se puede? —dijo la voz de Salva, todavía al otro lado.

—Adelante.

—He preparado café... —dijo a modo de saludo, tras echar un rápido vistazo al rostro de su amigo, que parecía sereno a la par que extraño—. ¿Estás bien?

—Sí... Es solo que necesito acabar de una vez por todas con esta historia.

—Pronto llegará a su fin... —añadió, dándole un golpe cariñoso en el brazo—. ¿Desayunas con nosotros? Aquellos dos nos esperan en la cocina... Amaya no trabajaba y Julio y yo hemos pedido el día libre.

Le siguió por el largo corredor, todavía adormecido y con las articulaciones entumecidas. Sus entrañas se retorcían en el interior de su estómago, recordándole —por si acaso lo había olvidado— lo que se disponían a hacer en realidad.

—Buenos días —saludaron los mellizos al unísono, disipando de un modo tan sencillo la tensión del ambiente.

—Hola, chicos.

Se acomodó en la silla de la esquina, la misma que siempre solía ocupar, y se sirvió una taza de café.

—¿Cómo prefieres ir?

—El coche será la mejor opción. Nos espera un trayecto de poco más de una hora.

—De acuerdo.

—¿Crees que te reconocerá? —se atrevió a preguntar Amaya, visiblemente más alterada que el resto.

—¿Juan? —contestó, dando por sentado que solo podía referirse a él—. Si me ha estado siguiendo hasta dar conmigo y vengarse por lo sucedido hace nueve años... Estoy seguro de que sabrá perfectamente quién soy.

—Tienes razón...

Cuando apenas faltaba poco más de media hora para las diez, se encaminaron hacia la entrada y salieron de forma ordenada. Sin embargo, cuando Amaya fue a cruzar el umbral de la puerta, Salva lo intentó a la vez, por lo que sin pretenderlo, sus cuerpos chocaron, quedando muy cerca el uno del otro.

—Lo que me faltaba... —dijo Julio, que se giró de forma inoportuna, justo a tiempo para ver algo que distaba mucho de la realidad.

Dio media vuelta y bajó por la escalera a toda velocidad, sin querer ser testigo de la escena.

—Lo siento —dijo Salva, siendo el primero en reaccionar. Dio un paso atrás y se separó del cuerpo de Amaya, mientras todo su pecho entraba repentinamente en calor tras el roce. Fueron apenas unos segundos, los suficientes para alterar todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Amaya apretó los labios y al final los curvó hacia arriba, mostrándole una sonrisa tímida a la que ninguno de ellos estaba acostumbrado. Tan solo Salva

pudo apreciar el gesto de la chica, mientras un torrente de hormigas se precipitaba por su sangre, surcando las olas de su propio bombeo. La vio desaparecer escaleras abajo, las mismas por las que segundos antes bajaron los otros dos y todavía desde su posición, sintió que le llegaba su fragancia, una ráfaga inesperada de aquel perfume que tan bien conocía. Su pelo olía a flores silvestres, a campo, a aventuras que, no sabía por qué, ahora se le antojaban irresistibles.

—¿Vienes o qué? —gritó Julio desde abajo.

—¡Sí!

Recordando de pronto el motivo por el cual los cuatro salían del edificio para encontrarse con Carlota, sus pensamientos fueron relegados a un segundo plano, como si su mente trabajara del mismo modo que una pantalla táctil y tuvieran la capacidad de moverlos o rechazarlos a su antojo.

—Vamos —dijo una vez abajo, evitando en la medida en la que le fue posible no toparse con los ojos de Amaya.

Aprovechó ese instante para teclear un mensaje al teléfono desde el que le había llamado Carlota la noche anterior.

«Estamos de camino. Espéranos, por favor. 09.28».

Llegaron cuando apenas faltaban cinco minutos para las diez. Carlota les esperaba en la esquina, junto a una moto que había sobre la acera. Salva decidió dejar el coche estacionado en un lateral y puso los cuatro intermitentes antes de salir. Los demás le imitaron y se acercaron a la chica.

—Buenos días —saludó, abrumada por la presencia de los cuatro—. Gracias por venir.

—Hola, Carlo... digo, Charlie —rectificó, recordando que a la chica le gustaba más que la llamaran de aquel modo—. Ellos son Julio y Amaya, no sé si les recordarás.

—Sí, sí... Recuerdo muy bien vuestra partida. ¿Estás bien?

Sabía que todos le hacían aquella misma pregunta más por preocupación que por cualquier otro motivo y por eso, no le dio mayor importancia. Afirmó y la saludó con un gesto de la mano.

—Oye —añadió Salva, tratando de atenuar el nerviosismo y la agitación que podía respirarse a su alrededor—. ¿Por qué no vienes con nosotros? En el coche cabe uno más y según lo que ha dicho Max, nos espera más de una hora de camino... Tal vez vayas más cómoda y corras menos peligro. Como prefieras —puntualizó, sin pretender que la chica se viera obligada a hacerlo si no le apetecía.

Dudó durante unos instantes en los que echó un vistazo de forma intermitente a su moto y al coche en el que habían llegado ellos.

—Si a vosotros no os importa...

—En absoluto.

—Dadme un segundo, pues.

Regresó corriendo hacia el vehículo y levantó el asiento para dejar guardado el casco en el interior. Cogió el bolso que había dejado en la parte delantera, donde irían los pies, y se aseguró de guardar las llaves dentro antes de regresar hacia el coche al que ya estaban subiendo los demás.

El inicio del trayecto resultó tenso e incómodo para todos. Salva y Max iban sentados en la parte delantera mientras que los mellizos se sentaron atrás, junto a Carlota. Llevaban la radio de fondo y a pesar de que las canciones se sucedían una tras otra, abarcando todos los rincones y recovecos del vehículo, era como si no surtieran ningún tipo de efecto.

—Salva nos dijo que eras diseñadora de videojuegos... —comenzó Amaya, tratando de poner fin de una vez por todas a aquel perturbador silencio—. Llámame inocente, pero siempre me había imaginado a los creadores de juegos como tipos solitarios, unos *frikis* huraños, de aquellos que se ven en las películas y que se pasan el día comiendo chocolatinas y bebiendo Coca-cola.

Lejos de sentirse molesta por el comentario, Carlota pareció recibirlo con diversión, lo que les hizo saber a ciencia cierta que aquella no era la primera vez que escuchaba ese tipo de reflexión cuando hablaba de sus estudios.

—Es curioso que pienses eso cuando uno de tus amigos es uno de los jugadores más *frikis* que seguramente llegues a conocer jamás —añadió con una sonrisa lacónica dirigida a Max, que escuchaba la conversación con atención desde la parte delantera.

—En mi defensa diré que hasta ayer, no conocía esa faceta de Max... Pensaba que le gustaban los juegos de escape, como a nosotros, no que fuera un viciado desde antes incluso de que le saliera la barba.

—De hecho —puntualizó el aludido—, antes de los diez ya poseía un gran historial como jugador de cualquier juego que tuviera un tablero, dados, cartas o fichas.

La intervención de Max dio paso a una situación más distendida, como si se estuvieran conociendo en cualquier cafetería de barrio.

—Sin embargo —volvió a añadir Carlota, captando la atención de los demás—, la inmensa mayoría de mis compañeros de clase eran chicos. Solo fuimos dos chicas en mi promoción. Y en lo que se refiere a la especialización en videojuegos, tenéis frente a vosotros a la única graduada de mi curso.

Aquella confesión actuó como la llave de apertura final a la charla que les mantuvo distraídos durante el resto del trayecto. Así pues, todos fueron presentándose de forma breve para que Carlota pudiera hacerse una ligera idea de la vida de los cuatro y de aquello que les mantenía tan unidos.

Llegaron al fin a la carretera que daba acceso a la finca de la familia Roble siguiendo las indicaciones que Max recitó de memoria, sin tener que usar el GPS. Hacía muchos años que no había vuelto a recorrer ese camino, pero lo había seguido en tantísimas ocasiones a lo largo de su infancia que olvidarlo le resultó simplemente imposible. Estaba situada en las afueras de un pequeño pueblo, en la provincia de Tarragona. Recorrieron el camino de

tierra con el coche en absoluto silencio. A medida que avanzaban, por el rostro de Max cruzaban cientos de emociones distintas. Sentía frío y calor, miedo, ansiedad, soledad... Su pulso temblaba y su ritmo cardíaco incrementaba según avanzaban. Finalmente, llegaron frente a la puerta de la inmensa construcción de piedra. Salva dio la vuelta a la llave en el contacto y el motor se detuvo al instante. Giró la cabeza hacia su copiloto y le observó con atención. Tenía el rostro desencajado y apretaba los puños, clavándose las uñas en la palma de las manos.

—No es necesario que lo hagas si no te sientes preparado.

Nadie añadió nada al respecto. Era un momento delicado y todos eran conscientes de ello. Tocaba dar un paso al frente, afrontar la verdad, descubrir el motivo y por encima de todo, dar por finalizada aquella historia de una vida pasada que pudo ser y sin embargo, nunca fue.

—Max... —se atrevió Carlota—. Puedo ir yo sola. No es necesario que pases por esto.

—No. Quiero acompañarte —afirmó con convicción—. Puedo hacerlo. Tan solo necesito unos segundos para hacerme a la idea... Los Roble eran mi segunda familia.

—Tómame los que quieras.

La chica volvió a recostarse hacia atrás y sacó su teléfono móvil, en el que tecleó rápidamente un mensaje.

—Vamos. Terminemos con esto de una vez por todas —dijo pasados unos instantes.

Abrió la puerta y salió a la misma velocidad que lo haría si el asiento quemara. Se encaminó hacia la entrada de la casa sin volver la vista atrás. Era un sendero de tierra largo y ancho, delimitado por unos florecidos árboles que hacían de la estampa un lugar acogedor. Carlota, testigo de cómo el otro escapaba sin detenerse, abrió la puerta trasera y salió corriendo tras él como un vendaval. Le alcanzó a unos pocos metros de distancia, echó un vistazo atrás y con un gesto de la mano, agradeció que el resto hubiera decidido esperarles en el coche.

—Espera —dijo rezagada—, ¿cómo quieres abordar el tema?

—No lo sé. Cuando le tenga delante lo pensaré.

Se limitó a seguir sus pasos acelerados. Cada uno tenía unos motivos, unas preguntas y unos miedos. Max iba a enfrentarse por primera vez en años a la que llegó a considerar una familia para él. Juan le había enseñado a crecer en un mundo de juegos, de diversión, muy distinto al que frecuentaban el resto de compañeros de su clase. Le había adoptado como su hermano mayor y le había querido como tal. Ahora, tener que plantarse frente a él tras enterarse de que por su culpa sus vidas habían corrido peligro, era una idea que todavía no conseguía asimilar.

Por otro lado, a pesar de que nadie le hubiera preguntado por sus sentimientos, Carlota iba a encararse al que un tiempo atrás se convirtió en el amor de su vida. Con Juan había vivido la mayor historia de amor jamás contada. Le había amado, había experimentado todas sus primeras veces y le había sentido dentro, fuera y en todos los sentidos posibles que el amor pudiera ofrecer. Hasta que el destino se lo arrebató de sus manos, sumiendo al chico en un estado de depresión continua del que no supo salir. Cambió, dejó atrás su divertida y jovial personalidad, su vitalidad y también todas sus ilusiones.

Carlota se detuvo en seco. Se agachó y colocó las manos sobre sus rodillas, respirando de forma entrecortada. No fue hasta que se encontró un par de metros más adelante cuando Max se percató de que ella ya no le seguía los pasos. Así pues, se detuvo también, salió de su propio ensimismamiento y regresó a su lado, bajo la sombra de unos olivos que les protegían de los tímidos rayos de sol.

—¿Estás bien?

Se encontraron y en la soledad y amplitud de aquel camino de tierra, se confesaron todos aquellos miedos, temores y sentimientos que el paso de los años no había conseguido extirparles. No les hizo falta despegar los labios para hacerlo, se reconocieron en sus miradas, desprovistas ahora de vida y de esperanza.

—Éramos muy jóvenes cuando todo esto pasó, Max... pero me

hubiera casado con él si me lo hubiera pedido.

Por primera vez, Max comprendió que no era el único que había pasado toda su adolescencia sufriendo, llorando por algo que jamás volvería a ser. El destino le había arrebatado la vida a su mejor amigo y al mismo tiempo, se había llevado con él la esperanza de muchas más personas. Los padres de Max estaban destrozados; Juan no había vuelto a ser el mismo; Carlota perdió a su primer y gran amor y quién sabía cuántos vacíos habría dejado aquella vida, tan joven, inexperta y repleta de promesas por cumplir. Max había vivido todo el proceso en soledad, recluido del mundo, ajeno a todo. Sin embargo, no era el único que se había catapultado al mismísimo infierno tras aquel accidente... Fueron muchas personas las que lloraron la muerte de Bruno.

—Debemos hacerlo... —se atrevió a decir al fin—. Por él y por nosotros. Mira —prosiguió—; no sé por qué lo hizo, pero cabe la posibilidad de que simplemente se le fuera de las manos. Tal vez necesite ayuda. Podría llegar a perdonarle si me lo pidiera... Pero no podemos dejarlo a medias.

Carlota afirmó, conforme con las palabras del chico. Sin embargo, la sola idea de cruzarse de frente con Juan la aterrorizaba. Toda la valentía, todas las fuerzas de las que hizo acopio el día anterior, incluso esa misma mañana, ahora se desmoronaban, sin complejos, sin reparos.

Con suavidad, Max buscó su mano y la apretó ligeramente para hacerle saber que estaba con ella y que no la dejaría sola. Al cabo de unos instantes, cuando se hubieron recuperado, se incorporaron de nuevo, inspiraron, expulsaron el aire con parsimonia e iniciaron el camino una vez más.

Se detuvieron frente a la puerta nada más llegar, tomándose unos últimos instantes para coger aire y reunir todas las fuerzas que pudieran quedarles. Así pues, tras dedicarse una última mirada, Max llevó la mano hacia el timbre y lo pulsó.

CAPÍTULO 36.

Pasaron unos interminables segundos en lo que no se escuchó absolutamente nada. Sin embargo, cuando iban a intentarlo una segunda vez, escucharon en la distancia unos pasos lentos, cada vez más cercanos.

La puerta se abrió y aquel familiar aroma que hacía años que no había vuelto a recibirle, lo hizo ahora con toda su solemnidad, amenazando la energía que todavía le quedaba antes de desfallecer por completo. La fragancia le transportó al pasado, a aquellas tardes de chocolate y bizcocho, a las interminables noches de cartas y dados, a las inacabables travesuras de dos niños en edad escolar con demasiadas ideas y mucho tiempo libre.

La señora Roble, de unos cincuenta años, le miró con los ojos entornados. Las arrugas habían desfigurado parcialmente la tersa suavidad de su piel, sin borrar unos rasgos que, no obstante, permanecían en ella intactos. Llevaba una blusa blanca y una falda estampada, muy acorde con la propia decoración del hogar. Tragó sin dejar de observarle hasta que al fin, cuando estuvo casi segura de sus suposiciones, se atrevió a preguntar.

—¿Máximo? —dijo al fin, con el ceño fruncido—. Max... ¿eres tú?

A Max no le salía la voz. Se había hecho a la idea de hablar únicamente con Juan, pero tener a la madre de Bruno tan cerca provocó en él una colisión de sentimientos para la que no se había preparado.

—Ho... Hola, Ana.

La mujer reparó en ese instante en la presencia de Carlota y se fijó también en ella, seguramente tratando de reconocerla.

Los tres permanecieron en riguroso e incómodo silencio durante mucho más rato del que les hubiera gustado.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó, reticente y con gesto adusto.

—Esto... Hemos venido para hablar con Juan. ¿Está en casa? —Le

faltaba el aire y las palabras se entrecortaban entre sus labios, pero debía llegar al final.

—Hace años que Juan vive en Estados Unidos. Se mudó al terminar la carrera. Apenas lo vemos en Navidad...

La hosquedad de su explicación acompañó perfectamente a la desidia e incertidumbre que les provocó la revelación. No era posible. Carlota había afirmado estar segura de que la IP se correspondía con la del domicilio de los Roble. ¿Acaso le estaba mintiendo la madre de Bruno? ¿Acaso esperaban que pudiera aparecer? ¿La habría avisado su hijo y por eso le cubría?

—Puedo darte su teléfono y su correo, si quieres. Suele contestar siempre.

Esta vez no había ni pizca de maldad en la sugerencia. Era sincera; Max conocía ese tono, como si su propia madre fuera la que lo hubiera empleado con él.

—¿Puedo preguntar quién eres tú? —dijo, esta vez dirigiéndose directamente a Carlota.

—Me llamo Ch... Carlota. Era la n...

—Era compañera de Juan en la universidad —puntualizó Max, sin querer ofrecerle a la mujer más detalles de la cuenta que por algún motivo, su propio hijo había preferido mantener reservados.

—Ah... Pues lo lamento, pero Juan no está aquí.

A pesar de sus escasas palabras, el lenguaje corporal de la mujer resultaba claro y conciso. No se sentía cómoda en su presencia y no tenía intención de continuar con aquella pantomima.

—Sentimos habernos presentado así, Ana... Gracias por todo igualmente.

Dieron media vuelta tras despedirse con la mano, conteniendo palabras, pensamientos y silenciosos reproches. Sin embargo, cuando ya habían bajado los tres escalones de la entrada y se dirigían hacia el camino de los olivos que daba acceso a la finca, la mujer llamó de nuevo su atención.

—Max. —Esperó a que el chico se girara de nuevo hacia ella—. La vida ha cambiado mucho desde que te fuiste, pero... —su voz sonaba entrecortada—. Me alegro de que estés bien.

—Gracias...

La vio encerrarse de nuevo tras la puerta, después de que sus miradas colisionaran durante apenas un par de milésimas de segundos, el tiempo suficiente para que su estómago se revoliera y ascendiera por su garganta una ácida arcada. Continuó caminando seguido de Carlota, cuyo semblante ahora resultaba tan desconcertante como demoledor.

—¿Crees que decía la verdad? —inquirió ella, sin darle tiempo a preguntar qué era lo que pasaba por su mente.

—Juraría que sí.

—Algo no encaja.

Sus pasos acentuaron el ritmo.

—¿Cómo dices?

Carlota echó un vistazo a todos lados para cerciorarse de que nadie más podía escucharles. Asió a Max por el hombro y le acercó un poco más a ella, quedando ahora sus rostros a escasos centímetros de distancia. Tenía las ojeras marcadas, a pesar de que hubiera tratado de disimularlas con algún corrector.

—Estoy segura de que rastreeé de forma correcta la dirección del mensaje. Me aseguré de ello varias veces y en todas coincidía. Salió de esta casa, Max. Te lo juro.

El chico se irguió sin atreverse a dudar de su palabra. Quizá fuera su mueca, o tal vez el extraño fruncido de sus labios pero, fuera cual fuese el motivo de ello, sabía que la chica no le estaba mintiendo.

—¿Cómo podría explicarse eso?

—Solo hay una forma.

Volvieron a quedarse en silencio.

—No podemos entrar por la fuerza...

—Nosotros no... —afirmó ella—. Pero la policía sí.

Aguardó unos instantes.

—Lo hemos intentado a las buenas, Max. Pero esto no es una película de superhéroes, dejemos de soñar y de comportarnos como idiotas. Tratar de hacer algo a lo bruto sería volver a ponernos en peligro. Dejemos que sean las autoridades las que hagan su trabajo. Yo ya no quiero formar parte de esto.

—¿Estás segura de lo que dices? —volvió a preguntar, esperando una confirmación definitiva—. Hace apenas unas horas no querías que nada de esto pudiera afectar a tu negocio y ahora...

—Como si me jugara la vida en ello —aseveró, tras un gesto solemne.

—De acuerdo. Hablemos con el inspector entonces.

Cruzaron la puerta de la comisaría un par de horas después. Anduvieron directos hacia la recepción y la suerte quiso que no tuvieran ni siquiera que esperar turno. Era mediodía y todo parecía tranquilo a esas horas.

—Buenas tardes —saludaron al agente que había tras el mostrador situado frente a la puerta acristalada—. ¿Está el inspector Úbeda?

El hombre hizo un extraño mohín ante la petición.

—¿Quién pregunta?

—Máximo Herrera. Dígale, por favor, que tenemos más información y que tal vez pueda servirle de ayuda.

—De acuerdo. Esperad ahí sentados.

Obedecieron y esperaron en una de aquellas filas de asientos, blancos e impersonales. Sin embargo, el inspector no les hizo esperar demasiado.

—Adelante, chicos —dijo sacando medio cuerpo a través del hueco de la puerta—. Me han dicho que tenéis más información, ¿es correcto? —preguntó sin más rodeos.

Bosco parecía un hombre realmente cercano, a pesar del cargo que ostentaba, de forma profesional y diligente. Toda su imponente altura desprendía una autoridad incuestionable. Sin embargo, su rostro emanaba bondad, cercanía y empatía. Se notaba que era un hombre que amaba su trabajo por encima de todas las cosas.

—Vosotros diréis.

—En realidad es Carlota la que debería contárselo... —prosiguió Max, viendo que la chica, por algún motivo, no se atrevía a dar el paso.

—¿Y bien?

—Verá... Ayer no fui del todo sincera con ustedes. Bueno, sí lo fui. Pero cuando se marcharon... Hice algo que soy consciente de que no debería

de haber hecho. Sin embargo, gracias a ello, dispongo de cierta información que tal vez pueda ayudarles.

—De acuerdo. A ver —dijo, llevándose los dedos al puente de la nariz, zona que presionó ligeramente—. Dime qué es lo que tienes y en todo caso, ya hablaremos de lo que has hecho para conseguirlo. ¿Te parece?

Abrió el bolso y sacó de él unos folios que llevaba doblados por la mitad.

—Es el mensaje que dejaron en el blog de los chicos —continuó mientras el inspector le echaba un vistazo a los documentos que ella le había tendido rápidamente—. Lo he rastreado... y tengo la IP desde la que fue enviado. Como puede ver —continuó, señalando ahora con un dedo el punto al que hacía referencia—, repetí el proceso dos veces más para descartar por completo la posibilidad de haberme equivocado. En los tres casos el domicilio coincide.

—Por vuestras caras, deduzco que conocéis la dirección, ¿verdad?

Los cinco asintieron como autómatas.

—Es la casa de Bruno Roble, el chico que falleció en el accidente de *Chapter*. El amigo del que le hablé.

CAPÍTULO 37.

Bosco dedicó un gesto estudiado a los cinco, uno por uno, buscando en ellos algún atisbo de información que pudiera contradecir las pesquisas realizadas.

—¿Tenéis alguna sugerencia o idea en especial de quién podría ser el emisor de los mensajes? —soltó, cortando el incómodo silencio en el que se habían sumido.

—Creíamos que podría haber sido Juan... Pero su madre asegura que vive en Estados Unidos desde hace tiempo.

—¿Su madre? ¿Es que habéis ido hasta allí por vuestra cuenta? —Su voz adquirió un cariz más estricto, que distaba mucho de la cortesía con la que les había hablado hasta ahora. Su semblante era sombrío y juicioso—. ¿Acaso creéis que todavía estáis jugando? Tenemos a un equipo trabajando expresamente en este caso y vosotros os permitís el lujo de investigar por vuestra cuenta y actuar, exponiéndoos a ciertos peligros que, dicho de paso, por lo visto no os deben de haber parecido suficientes.

Recibieron la reprimenda del inspector con las cabezas gachas y la vista clavada en el suelo. Tenía razón y todos lo sabían, se habían comportado como unos estúpidos.

—Hay alguien ahí fuera que, por lo visto, ha querido haceros daño, especialmente a vosotros dos —dijo señalando a Carlota y Max, conscientes de que eran los más afectados.

Bosco tomó aire y les lanzó una última mirada antes de llevarse una mano hacia la cintura y exhalar un suspiro.

—Está bien. Contádmelo absolutamente todo —continuó, dando especial énfasis a aquella última palabra—. Lo que sepáis, lo que creáis o lo que penséis acerca de lo sucedido. Tal vez así logremos avanzar más deprisa.

Esta vez fue la chica la que comenzó a relatar uno por uno todos los hechos y la conclusión a la que ellos habían creído llegar.

—¿Qué os ha hecho pensar que Juan pueda haber sido el único culpable de todo este entresijo? No me malinterpretéis —añadió ante la mueca de circunstancia de los chicos—, pero para lo que decís que había montando en el interior de esa nave se necesita de una gran suma de dinero...

—El dinero nunca ha sido un problema para la familia Roble...
—aseveró Max, el único que conocía a sus miembros en primera persona.

—No lo pongo en duda pero, según vuestros testimonios, había demasiada tecnología ahí dentro como para haberlo hecho únicamente una sola persona.

—No quisiera contradecirle, pero puedo asegurarle que Juan era un verdadero prodigio en tecnología e informática —continuó mientras Carlota confirmaba sus palabras con un asentimiento de la cabeza—. Supongo que lo sacó de su padre, era adicto a cualquier nuevo artilugio tecnológico que saliera al mercado. Ana siempre decía que vivía en una casa de locos y que algún día, los tres acabarían convertidos en robots.

Recordó aquellas palabras con una nostalgia sobrevenida. Se sorprendió a sí mismo sonriendo con tristeza, mientras por su mente desfilaban instantáneas que creía haber olvidado. Recordaba algunas de las comidas que había compartido en la mesa de los Roble, mientras los chicos hablaban de la última consola que había salido al mercado y Ana los contemplaba con una expresión divertida y curiosa en el rostro.

—Está bien, por ahora no tomaremos medidas —añadió, esta vez mirando especialmente a Carlota—, pero debo pedirlos que os mantengáis al margen de nuestro trabajo. No sabemos todavía quién se esconde detrás de todo esto pero no debéis quedar expuestos a un nuevo peligro. Por favor, quedaos en casa el máximo de tiempo posible y cualquier cosa extraña que veáis, comunicádnosla de inmediato. ¿Entendido?

Todos asintieron, como si fueran títeres manejados desde la parte trasera de un telón.

—¿Te apetece tomar algo? —ofreció Max a Carlota, una vez llegaron al vehículo.

—Gracias, pero creo que prefiero estar sola un rato. Todo esto ha sido demasiado... —Hizo una leve pausa—. Intenso.

—De acuerdo.

—Gracias por todo, chicos.

—Podemos acercarte si quieres... —sugirió Salva, al ver que la chica se encaminaba hacia otra dirección.

—No os preocupéis. En realidad vivo cerca y la parada de metro está en esa esquina. Gracias.

Se alejó mientras los otros cuatro la observaban en riguroso silencio.

—Vayamos a casa, a todos nos irá bien.

Circular por las calles de la ciudad en esa ocasión fue muy diferente. Aquel día parecían distintas, a pesar de haber llegado un punto en el que se las hubieran aprendido de memoria. Cada uno de ellos observaba a través de los cristales y se fijaba en pequeños detalles que tal vez, en otras ocasiones hubieran pasado desapercibidos. La gente parecía deambular ajena totalmente a la posibilidad de correr peligro de forma inmediata, como si este no les acechara a cada paso que daban. Todo; absolutamente todo podía cambiar en un solo instante.

Max era quizá el más ausente en ese sentido. Observaba a la gente ir y venir, algunos con más prisas que otros, pero todos perdidos en su mundo interior. Gente hablando por teléfono, leyendo y otros, enajenados del ruido ambiental gracias a unos sencillos auriculares, algunos más aparatosos que otros.

Se dio cuenta de que en realidad, todo era efímero. Había notas que solo se escuchaban una vez en la vida, cuya frecuencia podía elevarte a un limbo especial al que jamás volverían a transportarte, pues los sentimientos, podían llegar a ser tan volátiles y fáciles de alterar como la arena del desierto.

En apenas unas horas todo había cambiado para ellos y ahora, la duda imperaba en el vehículo. Tal vez ninguno quisiera volver a jugar; o, tal vez, no quisieran hacerlo con Max. Retrocedió de nuevo a su adolescencia cuando, de pronto, se descubrió a sí mismo totalmente solo. Bruno se había marchado y él, aunque tampoco hubiera mantenido una relación demasiado estrecha con el resto de compañeros, se dio cuenta de que en realidad, ya nadie se le acercaba. Veía el temor en sus rostros, la duda, una incertidumbre que él intentaba aplacar cada vez que aseguraba que no había tenido la culpa. Pero nadie le creía en realidad, y así seguiría siendo mientas él mismo tampoco lo hiciera.

Llegaron a casa después de dejar a Amaya en la de sus padres. Como si se tratara de algo premeditado, todos se dirigieron hacia el salón, dominados por una extraña atmósfera que tardaría en desaparecer. Max fue el primero en dejarse caer sobre el sofá, sin dar muestras de querer hablar demasiado del tema, extenuado tras todo lo vivido en apenas un par de días. Pero había algo que todavía escapaba de todo sentido común y los tres lo sabían.

Salva se encargó de traer al salón unas latas de refrescos y un par de bolsas de patatas fritas. Llevaban horas sin probar bocado.

—Yo tampoco creo que fuera Juan... —dijo Max, rompiendo por primera vez el silencio de la casa.

—¿Qué quieres decir con eso? —se extrañó Julio—. Si Carlota hizo el rastreo de forma correcta... El correo tuvo que salir de su casa.

—Ana decía la verdad —aseveró, con el rostro compungido por lo que en realidad significaba la afirmación—. La conozco y sé que no mentía.

Salva y Julio se miraron confusos, sin seguir el hilo de las palabras de su amigo.

—Pero, entonces, es como si no tuviéramos nada. Si esa mujer dice la verdad y Juan vive en Estados Unidos... ¿Quién mandó ese correo?

Los tres volvieron a sumirse en un repentino silencio mientras todo a su alrededor se cernía sobre ellos, intensificando aquella sensación de ahogo

que habían decidido acallar mientras todos sus miedos cobraban cada vez mayor relevancia y luchaban por encontrar alguna respuesta lógica que empezaban a no creer posible.

Sin embargo, pasados unos minutos en los que únicamente el crujido de las patatas fritas que iban cogiendo era lo único que se atrevía a llenar el mutismo imperante en aquellas cuatro paredes, Salva comenzó a palidecer de forma acentuada. Al reparar en el rostro desencajado de su amigo, supieron que algo no iba como debería. Salva era hábil y astuto atando cabos y sus ojos decían claramente que tenía algo en mente y que no les iba a gustar.

—Max... has dicho que el padre de Bruno era un *friki* de la tecnología... ¿verdad?

No tardó en comprender lo que este estaba insinuando y eso no hizo más que incrementar su estado de nervios. Sus vísceras se oprimieron contra las paredes, provocándole unas intensas náuseas. Su piel perdió todo vestigio de color y el tono violáceo de sus ojeras adquirió un matiz más vivo todavía, endureciendo sus facciones.

Para sorpresa del resto, Max se puso en pie y desapareció a través del pasillo hasta llegar al baño, donde se encerró tras un portazo. Salva y Julio reaccionaron al instante y corrieron a su alcance, aunque no osaron interrumpirle. Max necesitaba sacar demasiadas cosas de dentro, purgar sentimientos y emociones que llevaban tiempo confinados en su interior.

Le escucharon en silencio a través de la fina puerta y sintieron una punzada clavándose contra el pecho con cada una de las arcadas que rasgaban el cuerpo de su amigo. Sentían su vulnerabilidad y todo su pesar.

Ninguna palabra podría aplacar su dolor. Su amigo sufría y ellos, lo único que podían ofrecerle a cambio era compañía. Pero, en ocasiones, la sola presencia de un ser querido era suficiente para salvar una vida del abismo al que esta pudiera precipitarse.

Escucharon el inconfundible sonido de la cadena y se pusieron en guardia, preparados para cuando el otro saliera. No querían atosigarle, pero necesitaban que Max supiera que podía contar con ellos. Abrió la puerta y tras ella, apareció el cadavérico rostro del chico, aquel que creían conocer y

que sin embargo, ahora parecía un absoluto desconocido. Sus secretos eran tan grandes como su sufrimiento.

—¿Por qué haría algo así?

—No lo sé... pero lo descubriremos.

Fue una de las peores noches que había pasado en los últimos años. La turbulencia de todas las pesadillas que le asaltaron, alterando su vigilia, fue tan arrolladora como escabrosa. Recordaba a la perfección detalles que creía olvidados. Sin embargo, en todos aquellos sueños había un elemento en común: el señor Roble. El desprecio de sus ojos no tenía límite ni parangón. Era como mirar directamente al mismísimo diablo y tratar de plantarle cara mientras las llamas se ocupaban de desfigurar tu piel. El señor Roble jamás volvió a ser el mismo. Le había amenazado abiertamente, pero jamás creyeron que fuera capaz de más. Era un padre golpeado por la pérdida de su hijo; cualquier persona en su sano juicio podría entender su sufrimiento y la dureza de sus palabras. Culpaba abiertamente a Max de lo sucedido y a su capacidad de embaucar a Bruno, un niño ejemplar, en todas sus travesuras. Pero, en el fondo de su corazón, siempre pensó que en realidad, el señor Roble tan solo estaba dolido por la pérdida; nada más. O eso era lo que había creído hasta ahora.

CAPÍTULO 38.

Escuchó desde la cama a sus dos amigos marcharse de casa para ir a trabajar. Sin embargo, no quiso salir y compartir con ellos el café de la mañana, el único que Julio y Salva siempre solían tomar juntos. No quería ver a nadie. Tan solo deseaba dejar de sentir, aunque solo fuera durante unos minutos.

A pesar de que llevaba despierto desde las cinco de la mañana, no salió de la cama hasta pasadas las diez. Se sentía exhausto y aunque las circunstancias no le permitieran dormir, su cuerpo no poseía ya la fuerza y el valor suficientes como para ponerse en pie. Estaba apagado por la crueldad de la propia realidad, como si esta ya no le perteneciera.

Anduvo por el pasillo arrastrando los pies, con el pelo revuelto y el pantalón del pijama caído. Su aspecto, dejado y magullado, dejaba patente que tampoco esperaba visita alguna. Hasta las siete de la tarde tenía la casa para él.

Tomó asiento en una de las sillas de la cocina y divagó durante unos minutos mientras envolvía entre sus manos una humeante taza de café que había sacado del microondas. Los chicos siempre le dejaban la cantidad suficiente en la cafetera y él siempre era el que se lo acababa terminando a media mañana.

Se sorprendió al pensar en Bruno, en todos los sueños que quedaron pendientes, en todas las anécdotas que ya no se sumarían al repertorio de sus recuerdos. Sintió un agudo pinchazo en el centro del pecho y dio un sorbo al café para tratar de reconducir la dirección de sus pensamientos, que se encaminaba estrepitosa hacia el profundo dolor que la pérdida de su amigo le había provocado.

La imagen del inspector de policía asaltó su mente sin previo aviso. Desde el principio, había encauzado el procedimiento de una forma acertada y elegante y no les había tratado como unos estúpidos. Les había concedido la oportunidad de explicarse, les había creído y ahora, trataba de ayudarles

con todos los medios que tenía a su alcance. Bosco Úbeda fue la primera persona en la que no descubrió maldad al contarle todo lo sucedido, a excepción de su familia. Siempre supo que todos hablaban a sus espaldas, elucubrando sobre lo que realmente había sucedido aquella tarde. Pero nadie tenía la más remota idea.

Se puso en pie y anduvo arrastrando los pies hacia el salón, todavía con la taza entre las manos. Se sentó en el sofá y echó la cabeza hacia atrás justo antes de cerrar los ojos y exhalar un suspiro lento. Observó durante unos instantes el que desde hacía unos años era su hogar, mientras pensaba en lo realmente difícil que resultaba sentirse en casa. Por mucho que ahí estuvieran sus muebles, sus fotos, todos los artículos de la tienda de cómics y gran parte de los recuerdos que compartía con sus dos amigos, Max no se sentía en casa. Y esa era una de las pocas cosas que podían apreciarse cuando alguien se encontraba con la guardia baja y en la cuerda floja; cuando algo dolía, atenazaba tu garganta y tu mente y amenazaba con destruirte era cuando realmente más necesitabas tus raíces.

Cerró los ojos y una nueva imagen de Bruno, tendido en el suelo junto a un reguero de sangre que se intensificaba a cada segundo, salpicó de nuevo su mente. Al abrirlos, fue consciente de que nada de aquello desaparecería jamás de su interior. En apenas unos días, Max se había vuelto vulnerable y débil. Había perdido el control de su propio cuerpo y de sus emociones, que ahora ya no le pertenecían. No era dueño de sí mismo y tenía que ponerle fin cuanto antes.

Se puso en pie de un brinco y sin recoger ni siquiera la taza de la mesa, se encaminó hacia su dormitorio. Cogió una sudadera, unos tejanos y ropa interior y se encerró en el baño, donde se dio una ducha de agua fría que logró paralizarle los pulmones durante unos breves segundos en los que todo dejó de existir. Salió, se secó el cuerpo y el pelo con una toalla, se vistió en un santiamén y se encaminó hacia el recibidor, de nuevo sin recoger nada de lo que había dejado a su paso.

Cogió el casco de la moto, se puso la chaqueta por encima y cruzó la puerta con las llaves en la mano y la prisa en los pies. Encendió el motor nada más sentarse sobre el vehículo y se encaminó hacia el mismo lugar en el que apenas un par de días atrás, toda su vida se había convertido en un infierno.

Llegó a la misma esquina en la que les habían citado por correo electrónico y detuvo la moto en un solo movimiento. Tal y como sucedió en la anterior ocasión, la calle se mantenía igual de desierta a pesar de encontrarse en una conocida zona industrial de la ciudad. Se sacó el casco y pasó el brazo a través del mismo para poder liberarse las manos. Se pasó la mano por el pelo para apartar algunos mechones que se habían aplastado contra su frente y se dirigió hacia la puerta por la que habían accedido al edificio. Se dedicó a observar toda la construcción, incluso dio la vuelta a la manzana, pero no encontró en ella nada que desentonara.

Se plantó de nuevo frente a la puerta en la que todo había comenzado y la estudió detenidamente. No había rasguños, fisuras, ni nada más de lo que podría caracterizar una puerta normal y corriente. Trató de abrirla, pero esta no cedió ni un milímetro. Estaba cerrada a consciencia. Llevó la vista hacia todo lo que había alrededor y trató de encontrar alguna pista, pero ni siquiera había una ranura en la que introducir una llave. La puerta podía abrirse únicamente desde el interior. Puso la mano sobre ella y la deslizó con cuidado, acariciándola en busca de cualquier muesca que pudiera servirle de ayuda o que le diera una indicación de que iba en la dirección correcta.

Comenzó a vibrar de repente bajo su mano, como si se hubiera activado algún tipo de corriente y entonces se desbloqueó, permitiéndole de nuevo el acceso. Asustado por la repentina reacción, echó un vistazo a ambos lados de la calle en busca de cualquier indicio de estar siendo observado, pero no vio ni rastro de movimiento. Así pues, cogió aire, asió el casco con mayor firmeza por si tenía que defenderse a golpes y abrió la puerta.

Todo estaba sumido en una absoluta oscuridad. Trató de mantener la puerta abierta a sus espaldas pero esta se cerró sin que él hubiera podido evitarlo, como si un imán de gran tamaño se hubiera activado y no hubiera forma humana de detenerlo. Golpeó la puerta con brusquedad con los puños mientras pedía auxilio a gritos, pero daba la sensación de que aquellas paredes pudieran acallar cualquier sonido. Se detuvo y prestó atención, justo a tiempo para darse cuenta de que tan solo se escuchaba de fondo aquel murmullo de un río, el que había escuchado la primera vez que estuvo en aquella sala. La oscuridad era envolvente y sus ojos, a pesar de los esfuerzos

por acostumbrarse a la penumbra, no eran capaces de distinguir nada. Se colocó en una posición de defensa, con el casco frente a su cuerpo a modo de escudo y trató de agudizar todos los sentidos a la espera de detectar cualquier mínimo ruido que pudiera darle una pista de la presencia de alguien más que no fuera solo él.

—¿Qué quieres de mí?! —preguntó en un grito ahogado por la propia presión de su pecho.

El ruido de los altavoces se intensificó y pudo identificar todos aquellos susurros selváticos con los que todo su vello reaccionó al instante, erizándose y dejando su piel expuesta a cualquier estímulo.

—¿Quién eres?!

Los altavoces detuvieron su emisión y todo quedó sumido en un silencio vacío y aterrador. Le comenzaron a temblar las piernas y sentía la respiración demasiado agitada, como si se le fuera a salir el corazón del pecho. Un nuevo sonido emergió al cabo de unos segundos y esta vez no tuvo nada que ver con el anterior. Continuaba con la espalda pegada a la puerta metálica cuando unas voces infantiles comenzaron a hablar. Prestó atención durante unos primeros segundos hasta que reconoció quiénes eran los niños que hablaban.

—¡Bruno! —gritó, a punto de enloquecer—. ¡¡BRUNOOOO!!

Se le rasgaron las cuerdas vocales por culpa del esfuerzo mientras se desgañitaba llamando a su amigo una y otra vez. Eran ellos, sus voces, la de su mejor amigo. Era una de las múltiples grabaciones de algunas partidas que habían realizado por internet y que a veces, les daba por registrar para hacer montajes que luego colgaban en *YouTube*. Sin embargo, ahí estaba; nítido, claro y vivo. Su recuerdo. Su mejor amigo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?! —insistió de nuevo, ahora con el rostro desdibujado por las lágrimas y los ojos inyectados en sangre—. Yo no maté a Bruno... fue un accidente... ¡¡FUE UN ACCIDENTE!!

Su espalda fue resbalando por la puerta hasta que quedó tendido en el suelo. El casco revotó contra el mismo, con un golpe seco, lo cual, ni siquiera le importó. Ya nada le importaba. Aquella pesadilla no había hecho nada más

que volver a empezar y estaba claro que le buscaban a él. Solo a él... Por lo menos, esta vez sus amigos estarían a salvo.

—No sé quién eres ni tampoco qué quieres de mí... Pero... —gimoteó, cada vez más débil—. Te juro que fue un accidente...

Las palabras dejaron de brotar de sus labios cuando aquella grabación subió de volumen hasta conseguir ensordecir sus propios pensamientos. Era mucho más de lo que cualquiera podría soportar. Escuchaba a Bruno en cada esquina de la oscura y sombría sala, en cada pared, en cada parte del suelo y en cada recodo de su cuerpo. Recordaba aquel diálogo. Ambos reían mientras unían sus poderes para matar a una criatura con cuerpo de dragón y cabeza de rinoceronte.

—Eres un cobarde, Bruno. Siempre haces lo mismo —se oyó decir a sí mismo con una voz aguda e infantil, consciente de las palabras que vendrían a continuación. Sus labios, en silencio, las vocalizaron al mismo tiempo, mientras aquel recuerdo, que no necesitaba de pantallas, aparecía en su cabeza con la misma claridad que si tuviera a los dos niños delante—. ¿Cuándo demostrarás que puedes superar una prueba sin miedo? Es un maldito juego, ¡no puede pasarte nada!

Se tapó los oídos intentando silenciar todas esas palabras que no deseaba escuchar. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y evitar pronunciarlas. Ojalá pudiera decirle a su amigo que era la persona más inteligente que conocía y que no era un cobarde... Nunca lo fue.

—Déjame en paz... Dime qué quieres de una maldita vez... Por favor...

Los segundos pasaban sin darle tregua, mientras aquellas voces e infantiles carcajadas continuaban martilleándole. Sin embargo, en uno de aquellos instantes en los que estos se mantuvieron callados, seguramente observando la pantalla a través de la que estaban jugando, supo que no estaba solo en la habitación. Su corazón comenzó a bombear y sintió la agonía mezclada con el sabor de la bilis. Le tenía delante, lo sabía, y sin embargo, no podía verle. Le intuía y sentía la presencia de aquella persona que se la estaba jugando y toda su piel reaccionó al instante. Su mente dejó de funcionar y el pánico se apoderó de cualquier vestigio de cordura que todavía pudiera

quedarle. No tenía fuerzas para defenderse.

—Por favor... —suplicó por última vez justo antes de sentir un golpe seco a un lado de la cabeza.

Tan solo duró una décima de segundo. Un instante en el que sintió un dolor tan terrible que pensó que sería lo último que sentiría en la vida. Fue consciente de cómo perdía el conocimiento y de cómo todo se desvanecía a su alrededor. Se vio a sí mismo cayendo a cámara lenta hacia un lado, mientras el sabor de la sangre le impregnaba la boca y le teñía la piel. Era caliente y suave. Tanto como la que acariciaba el rostro de su mejor amigo la última vez que le vio.

CAPÍTULO 39.

—Nada, sigue sin coger el teléfono.

Jugeteó con el aparato entre las manos mientras barajaba distintas opciones. Comenzaban a sentirse muy alterados. Max no había dejado ni una nota, ni un mísero mensaje en el que les avisara de su paradero.

—¿Crees que le habrá pasado algo? —musitó el más joven.

—No es habitual en él salir entre semana... Ya sabes que le encanta estar en casa.

—¿Y si ha ido a ver a su madre?

—Es una opción... Pero no suele quedarse a cenar ahí.

—Quizás esta vez le haya apetecido...

El gesto que Salva dedicó a su compañero fue suficiente para mostrarle lo que opinaba al respecto.

—La policía nos dijo que estos días nos mantuviéramos localizables y el mayor tiempo posible en casa. Principalmente Max... —puntualizó—. Creo que ya ha escarmentado lo suficiente como para jugarse el pellejo una vez más.

—Lo sé, pero parecía muy afectado por lo sucedido. Tan solo digo que quizá exista la opción de que haya ido a ver a su madre... Yo lo haría si me hallara en su situación.

—Llámalas. O, mejor, envíale un mensaje. Será más fácil reaccionar y que no se dé cuenta de que algo sucede.

—De acuerdo.

Julio sacó su teléfono del bolsillo y abrió la aplicación de *WhatsApp*. Buscó entre sus contactos a la madre de su amigo y abrió un chat con ella.

—No sé qué ponerle... —dijo tras unos segundos en los que sus dedos se mantuvieron inmóviles frente a la pantalla.

—Dile que hemos comprado pizza y que si Max está ahí, si puede preguntarle si cenará en casa o con nosotros.

Lo pensó durante unos instantes y cuando se aseguró de que aquella sugerencia sonaría en cierto modo natural, escribió el mensaje y se lo mandó.

—¿Y ahora qué?

—Solo podemos esperar.

Salva se puso en pie y fue a por un par de latas de cerveza del frigorífico que dejó sobre la mesa. Acto seguido, cogió una caja de galletas que había en uno de los cajones de la despensa y también la dejó frente a ellos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo el otro, antes de abrir la lata y darle un largo sorbo a su contenido.

A pesar de que su tono sonaba tranquilo, hubo algo en su expresión que no terminó de encajarle.

—Claro —dijo, aunque sin demasiada seguridad en la voz.

—Amaya y tú...

La pregunta quedó en el aire. Salva, que justo se había llevado un trozo de galleta a los labios, masticó con serenidad durante unos eternos segundos.

—Solo fue esa noche —confirmó al fin, tras unos eternos instantes de silencio.

—Entiendo...

La incomodidad fue tan inesperada como sobrevenida. Ninguno de los dos había experimentado una situación parecida en presencia del otro lo cual, hizo que todavía se volviera más extraño estar hablando de un tema tan delicado para los dos.

—Julio, jamás le haría daño a tu hermana... y nunca quise hacértelo a ti.

—¿Y por qué no me lo contaste? Podría haberlo entendido...

—Porque fue solo una noche y...

—Y te gusta mi hermana... ¿verdad?

Salva elevó la cabeza para encontrarse de frente con la expresión de su amigo. No podía mentirle, por mucho que él se hubiera engañado día tras día, no podía hacer lo mismo con él.

—¿Sabes? Todo este asunto de Max me ha hecho ver las cosas de un modo distinto. Creí... —Julio exhaló un suspiro antes de continuar—. Creí que no llegaríamos a salir de ahí dentro. No quise enfadarme contigo y por mucho que me duela, sé cómo eres tú y... también sé cómo es ella. Lamento que haya jugado contigo.

Ante las conciliadoras palabras de su compañero, Salva asintió con una media sonrisa dibujada en los labios, agradecido porque su amigo pensara de aquel modo. En realidad, tuvo el súbito deseo de contarle realmente lo que sentía por Amaya, sin embargo, no quería ponerle entre la espada y la pared. Guardaba un infinito respeto por Julio y por nada del mundo quería que supiera que su hermana había jugado con él, y menos todavía que lo había hecho en múltiples ocasiones.

—Sé que no hay nadie que pueda cuidarla tan bien como lo harías tú.

Aquellas palabras le dolieron, acariciando heridas que todavía no habían tenido tiempo de sanar. Salva llevaba muchísimo tiempo enamorado de Amaya, tanto, que ni siquiera podría ponerle una fecha concreta a tal hecho. Tan solo había pasado, como solo pasan aquellas cosas que marcan un recuerdo imborrable en la memoria. Amaya era viva, tenaz, despierta y preciosa, y Salva cayó rendido a sus pies al poco tiempo de conocerla. Sin embargo, siempre se había mantenido distante, rogándole a sus sentimientos que permanecieran a un lado. No obstante, la noche de su cumpleaños todo cambió y Amaya parecía querer seguirle la corriente más de lo habitual. Salva se sentía pletórico por todas las atenciones que le profesaba la chica y decidió que aquella era su oportunidad. No le importaba nada más que verla

reír gracias a sus locuaces ocurrencias.

Bebieron algo más de la cuenta, pero Salva se sentía en una nube y no le importó que así fuera. La situación escapó de su control y se sintió más vivo que nunca cuando besó a Amaya por primera vez en su vida y ella respondió del mismo modo. Sentía sus sedosos y delicados labios saboreando los suyos mientras que sus dedos experimentaban un cosquilleo nervioso en cada parte que en la que entraban en contacto con la piel de la chica. Todo giraba a su alrededor y se sentía más feliz de lo que lo había estado nunca... hasta que Lucas apareció en escena. De pronto, todo su mundo cayó sobre él con un peso descontrolado, haciéndole añicos todos los retazos de felicidad experimentada hasta el momento. Se sentía sucio y despreciable, aquella clase de chico que él jamás quiso ser; primero, por haber dañado a ese joven que no tenía culpa de nada; segundo, por haber besado a la hermana de su amigo sin haberle confesado antes sus sentimientos y tercero, por haberse dejado manipular tan fácilmente.

Desde ese día todo había cambiado entre ellos. Jamás volvió a suceder nada más entre los dos y de forma tácita, acordaron mantener aquel episodio al margen de su vida. Amaya siguió saliendo con Lucas y, a pesar del profundo dolor que le martilleaba el pecho cada vez que les veía juntos, Salva decidió priorizar su amistad antes de dejar que sus sentimientos pudieran cargarse lo que existía entre ellos.

—Gracias, Julio —añadió al fin en un lento suspiro—. Pero, en realidad no tienes motivos por los que preocuparte. Entre Amaya y yo no hay nada... ni creo que lo haya jamás.

—Solo quería que lo supieras.

El teléfono de Julio vibró en su mano y sus ojos centellearon, alertándoles de que habían recibido una notificación de un mensaje de la madre de Max.

«Cielo, Max no está en casa. Llamadle al móvil, tal vez no haya escuchado vuestros mensajes. 22.21».

Julio tendió el teléfono a su amigo que leyó el mensaje en apenas un par de segundos.

—Su móvil no da señal. Es como si lo hubiera apagado o estuviera constantemente fuera de cobertura —rezongó Julio.

—No le ha pasado nada... Ya lo verás. Quizá quiera estar solo un rato y necesite pensar...

—Supongo...

—Busquemos alguna película mientras le esperamos, pasará el tiempo más deprisa.

— ¿Tienes alguna en mente?

—La verdad es que no.

Salva contempló el rostro compungido de su amigo, le entendía a la perfección y por mucho que se esforzara en disimularlo, se sentía igual de asustado que él. Max no solía ausentarse de aquel modo. Era un chico nocturno pero casero. Vivía casi siempre encerrado en su dormitorio, donde se dedicaba a ganar dinero tras pasarse horas analizando el comportamiento de los otros jugadores y las estadísticas del juego. Pero no era un chico de calle y, aunque quisiera convencerse de lo contrario, él también temía que pudiera haberle pasado algo.

CAPÍTULO 40.

La película estaba a punto de terminar cuando escucharon unos leves golpes en la puerta. Ambos se pusieron en guardia y se miraron indecisos cuando estos volvieron a repetirse, ahora mucho más fuertes, confirmando así que no habían sido fruto de su imaginación.

—¿Esperas a alguien?

Julio negó con la cabeza y pausaron la película antes de ponerse en pie y dirigirse hacia el recibidor. Una vez más, los golpes volvieron a escucharse.

—¿Quién es? —preguntó Julio con voz trémula.

Salva mantenía los puños tensos y apretados.

—Soy Bosco. Necesito hablar con vosotros.

Ambos se miraron, extrañados por la inesperada visita del inspector, y fue Salva el que giró el picaporte y abrió la puerta al policía, tras confirmar por la mirilla que efectivamente era él.

—Buenas noches. ¿Puedo pasar?

—Claro.

El corazón les latía acelerado.

—Vaya, esto me recuerda a mis tiempos universitarios... —añadió el policía, en un leve intento por romper la tensión que parecía haberse adueñado de la estancia—. ¿Estáis bien?

Respondieron únicamente con un gesto de cabeza y le invitaron con un ademán a seguir el corredor hasta llegar al salón.

—¿Quiere tomar algo? —preguntó Salva solícito, con un ligero temblor en la voz.

—No, gracias. De hecho, será mejor que os sentéis.

—¿Dónde está Max?! —estalló Julio, sin poder evitarlo.

Alarmado por el tono de su amigo, Salva le pasó un brazo por los hombros y le obligó a tomar asiento junto a él, justo enfrente del policía, mientras en silencio se preguntaba exactamente lo mismo.

—Me temo que no tengo buenas noticias para vosotros.

—¿Qué le ha pasado?! —estalló una vez más, preso de un temor reciente.

Salva, que observaba la situación en riguroso silencio, continuaba sin poder añadir nada al respecto. Que la policía acudiera a un domicilio en plena noche jamás fue augurio de buenas noticias y mucho menos, cuando la persona a la que buscaban seguía sin dar señales de vida. Sin embargo, debían mantenerse fuertes. Empleó más esfuerzo en anclar a su amigo contra el sofá, clavándole los dedos quizá con más presión de la debida, aguardando en silencio a la explicación del inspector.

—Hemos regresado al lugar donde os encerraron. Frente a la puerta, un vehículo estacionado nos ha llamado la atención. —Sacó su teléfono móvil y buscó en él una imagen en concreto—. ¿Os suena?

Observaron la pantalla que el policía mantenía tendida frente a ellos y de pronto, sus rostros perdieron la poca luz que hasta ahora pudiera quedarles hasta tornarse de un color blanquecino, tan pálido como cadavérico.

—Es la de Máximo, ¿verdad? —dijo, contemplando con pesar el gesto afirmativo de los dos. Deseó poder darles buenas noticias pero debía ceñirse a la realidad de los hechos acontecidos, por muy cruel que esta fuera—. Me lo temía.

—¿Le ha pasado algo? —murmuró Salva por primera vez.

—No le hemos encontrado por ninguna parte... —Ambos exhalaban un suspiro de alivio—. Sin embargo, cuando nos hemos acercado a la puerta por la que entrasteis, hemos visto un... —hizo una pausa incómoda antes de proseguir— pequeño reguero de sangre que venía del interior.

El inspector fue testigo del preciso instante en el que a ambos chicos se les cortó la respiración, quedando paralizados por lo que esas palabras significaban en realidad. Le dolía mirarles a la cara y tener que decirles todo aquello pero, sobre todo, le dolía en lo más profundo de su alma no poder darles ni una sola buena noticia con la que aferrarse a una mínima esperanza de que al final, todo saldría bien. Pero aquella era una de las vertientes de su trabajo, tal vez una de las que más costosas a la que, con el paso de los años, se había visto obligado a acostumbrarse.

—Hemos conseguido acceder al recinto. Tras algunos infructuosos intentos, íbamos a forzar la puerta cuando esta se ha abierto sin más. Como por arte de magia. Ha entrado todo el grupo de efectivos y por ahora, la policía científica no ha podido hallar pruebas que indiquen qué ha podido suceder, tan solo ese pequeño reguero de sangre que daba a la calle. Dentro no había nada. Absolutamente nada —puntualizó.

—¡Ahí dentro era donde estaba la lápida! ¡Había un túnel secreto! —añadió Julio, perdiendo los estribos.

—Julio, Salvador —aseveró, mirando primero a uno y luego a otro—. Os doy mi palabra de que hemos analizado minuciosamente el lugar y no había nada que llamara la atención. No es más que una nave industrial vacía, destartalada y repleta de cristales rotos y mohosas paredes. No había accesos, objetos... Nada.

—¿La ausencia de indicios no es acaso la prueba más evidente de que alguien se ha esmerado en eliminar todas las huellas? —soltó a bocajarro, con ímpetu desconocido.

—No creáis que no estamos poniendo todo nuestro empeño para resolver este asunto.

—¡Deben encontrar a Max!

El silencio se impuso a su alrededor. Se sentían impotentes sin poder hacer nada al respecto mientras algo en su interior gritaba que nada de todo aquello podía estar sucediendo en realidad.

—Lo siento mucho, chicos. Os doy mi palabra de que no descansaré hasta que sepamos algo de Max.

Cruzó el umbral de la puerta seguido por los dos jóvenes, que apenas se mantenían en pie. Finalmente, el policía, justo antes de bajar el primer escalón, volvió a girarse hacia ellos y les contempló impertérrito por última vez.

—No perdáis la esperanza... Pero debemos estar preparados para cualquier posibilidad. Os prometo que nosotros haremos todo lo posible para que esto termine cuanto antes. Tratad de descansar y mantened los móviles a mano. Nos mantendremos en contacto.

Desapareció a través de los escalones que le llevaron hasta el vestíbulo, desde donde se escuchó el inconfundible chirrido de la puerta al cerrarse, al mismo tiempo que se revolvían agitados. No era cierto que hubiera un pequeño reguero de sangre. Habían encontrado un gran charco. Uno que solo un fuerte golpe, o algo mucho peor, podría llegar a producir.

CAPÍTULO 41.

—Iremos a por él.

—¿Tú estás loco? —Su pecho oscilaba arriba y abajo—. ¿Acaso no has oído nada de lo que ha dicho? ¡Debemos mantenernos a salvo!

—Julio, Max es mi mejor amigo. No voy a dejarle solo —aseveró, sosteniendo el dedo índice contra el pecho de su amigo en una actitud abiertamente desafiante.

—Nadie ha dicho que lo hagamos. ¡Yo tampoco quiero dejarle solo! Pero han conseguido entrar y no han encontrado nada salvo ese maldito reguero de sangre. ¿Qué es lo que crees que podemos hacer nosotros que ellos no hayan intentado ya?

—¡Esto no es una jodida película! —gritó, ahora con la mirada ausente y hueca.

Estaban perdiendo los estribos y sabían que eso no resultaría beneficioso para ninguno de los dos. Salva, aturdido por el frenético ritmo de sus pensamientos, deambulaba por el pasillo con pasos nerviosos y compulsivos: cuatro para un lado, cuatro para el otro.

—Me estás poniendo histérico... —resolló Julio.

—Es ese caso, tienes dos problemas.

—Salva, ¡joder! —escupió, sin ser consciente de la furia que le poseía hasta encontrarse de frente con los ojos de su amigo, inmóvil a tan solo un par de metros de distancia—. Yo no tengo la culpa, ¿vale? ¡No deberías pagarlo conmigo!

—¡No lo estoy pagando contigo! Resulta que Max ha desaparecido y lo único que han encontrado es un puto rastro de sangre en el mismo lugar en el que estaba su moto; el único sitio de este mundo en el que, por cierto, ¡¡no debería-estar!!

—Y qué quieres hacer, ¿eh?! ¡Nos advirtieron de que no fuéramos!

—¡Perdió a su mejor amigo!!

—Nosotros también somos sus amigos, ¡y también nos ha puesto en peligro!

Salva frunció el ceño y tragó con extrema lentitud. A continuación, sin borrar aquella expresión airada de su rostro, dio un paso al frente y luego otro más, acercándose con parsimonia hacia su compañero, mientras su aspecto se tornaba temible y amenazador.

—Salva, yo... Lo siento, no quería decir eso... Deberíamos calmarnos...

—No fue culpa de Max. Fue un accidente —sentenció, apenas sin mover los labios—. Yo le creo. Y tú también deberías hacerlo.

La presencia de Salva se tornó envolvente, como si pudiera acosarle desde cualquier rincón de la estancia. Percibía el sabor del miedo impregnando cada una de sus palabras, en cada bocanada de aire, en cada silencio voluntariamente producido.

—Le creo... —sentenció al fin, intimidado—. Te lo juro.

—Entonces, no vuelvas a cuestionar sus decisiones y tratemos de buscar el motivo por el cual decidió regresar a ese maldito sitio sin consultarlo primero con nosotros.

Julio afirmó en riguroso silencio y siguió a su amigo en dirección al otro extremo del inmueble.

—¿Qué buscamos en su dormitorio? —volvió a preguntar, en un tono afable y temeroso al mismo tiempo.

—Cualquier dato, imagen o pista que pueda proporcionarnos información sobre su paradero.

—De acuerdo.

Sin precisar de más instrucciones, se enfrascaron en la búsqueda, centrados cada uno en un punto diferente del dormitorio. Julio se dedicó a

revolver todo lo que iba encontrando mientras que Salva se centró únicamente en el ordenador.

—Está conectado —afirmó, tras zarandear ligeramente el ratón provocando que la pantalla se iluminara al salir del modo de suspensión—. Menos mal.

—Genial. Buscaré entre su ropa.

Mientras él abría el historial de búsquedas de *Google*, Julio regresó al baño, donde se encontró con toda la ropa de Max tirada de cualquier modo sobre el bidé.

—Max salió con prisas —gritó desde donde estaba—. El baño parece una leonera.

—Revisa todos los bolsillos —pidió sin apartar siquiera la vista de la pantalla.

Sin embargo, al cabo de unos minutos de infructuosa búsqueda, regresó de nuevo al dormitorio sin nada entre las manos, a tiempo para descubrir el poco éxito del otro.

Sumidos en la incertidumbre y rompiendo su silencio, el móvil de Salva vibró en el interior de su bolsillo, provocando que ambos dieran un respingo inesperado. Metió rápidamente la mano en el interior y sacó el aparato, justo antes de desinflarse al descubrir la notificación de un mensaje de Carlota.

—Es Charlie —dijo, mientras deslizaba el dedo por la pantalla para abrir la aplicación.

—¿Qué quiere?

Leyeron rápidamente el mensaje.

—¿Cómo sabe que Max ha desaparecido? —preguntó en voz alta tras releer el mensaje una vez más y asegurarse de no haber descuidado ningún detalle.

—El inspector debe de haber hablado también con ella. Sigue estando

tan implicada como nosotros.

—¿Crees que deberíamos ir?

—Si tiene algo que pueda ayudarnos a llegar a Max, lo que no deberíamos hacer es seguir aquí plantados.

—Pero, ya has oído lo que ese poli ha dicho... Debemos mantenernos a salvo la mayor parte del tiempo que nos sea posible... —rezongó, inseguro de las intenciones que pudiera tener la chica.

—No voy a quedarme de brazos cruzados, Julio. Ven o quédate, haz lo que quieras. Pero yo me marcho ahora mismo.

Pasó por su lado como un huracán, sin evitar que sus hombros chocaran, tal vez con más ímpetu del que le hubiera gustado. Sin embargo, y a pesar de que aquello pudiera haber dado lugar a una nueva riña, Julio reaccionó con celeridad y siguió los pasos del otro, que ya se hallaba en el recibidor poniéndose la chaqueta.

—Coge tu casco, iremos en mi moto —aseveró, sin darle opciones de réplica.

CAPÍTULO 42.

Llegaron al bar en unos diez minutos. Apenas había tráfico y las calles lucían sombrías y desiertas. Abrieron la puerta y un cálido y confortable calor artificial les recibió.

Echaron una ojeada rápida al interior del establecimiento en busca de la chica. Parecía un lugar agradable. Las paredes estaban revestidas de una madera envejecida, muy bien mantenida a pesar del paso del tiempo. El mobiliario lucía el mismo tono oscuro, lo que terminaba de conferirle ese aspecto tan peculiar de taberna irlandesa. A un lado de la barra había instalados distintos surtidores de cerveza y tras ellos, en la pared, un montón de botellines colocados con delicadeza y precisión sobre unas estanterías de cristal. Se notaba que cuidaban tanto el producto como a sus clientes.

—Buenas noches, chicos —saludó el hombre que había tras la barra con tono amable a pesar de las horas. Lucía una barba color ceniza que contrastaba con sus ojos azules como el mar y que le conferían un aspecto bonachón.

—Esto... —tartamudeó Salva sin dejar de mirar hacia los distintos rincones de la estancia en busca de la chica—. Habíamos quedado con una amiga. ¿Le suena que haya entrado una chica sola?

—Solo hay una mesa ocupada por dos chicos y una chica... Están sentados al fondo, en la otra sala; podéis pasar si queréis.

—Gracias.

Salva encabezó la marcha seguido de su amigo, que continuaba calentándose las manos con el aliento. Daba la sensación de que las temperaturas hubieran descendido y quisieran acondicionarse al frío que imperaba también en su interior. Llegaron a otra estancia y al final de la misma, justo como les había indicado el hombre, encontraron a Carlota sentada frente a dos chicos. Levantó la vista tal y como les vio entrar y alzó una mano para saludarles. Sin entretenerse más de la cuenta, y extrañados por

la presencia de los otros dos jóvenes, continuaron hasta llegar a ellos.

—Hola, Charlie —saludó Salva. Julio la miró e hizo lo mismo únicamente con un gesto de la cabeza.

—Hola, chicos... —La incomodidad era palpable a pesar de los evidentes esfuerzos de la chica por tratar de disimularla. Seguían siendo unos desconocidos que el destino había unido, forzando un encuentro que se produjo seguramente en las peores circunstancias en las que este podría haberse producido—. Mirad, ellos son Iván y Christian, los chicos con los que entré al edificio el otro día. Borja no ha podido venir.

—Soy Salva; encantado. Él es Julio —se afanó a añadir el primero en tenderles la mano.

Se acomodaron tras las pertinentes y educadas presentaciones y pidieron unas cervezas de importación cuando el camarero se acercó unos instantes después.

—Vosotros diréis —añadió el mismo, rompiendo el silencio y dispuesto a entrar en materia cuanto antes y dejar de andarse con rodeos.

—Veréis, chicos... —comenzó Carlota, con el ceño ligeramente fruncido—. Como os decía, ellos dos también accedieron a ese estúpido juego, si es que puede considerarse como tal, y resulta que lo que vivieron dentro no tiene nada que ver con lo que nos sucedió a nosotros...

—¿Qué quieres decir? —añadió Salva.

Fue Iván, el más alto, el que se atrevió a dar el primer paso.

—Fuimos citados igual que vosotros, a través de un correo electrónico que nos proponía probar el mejor juego al que seguramente habiéramos podido jugar hasta la fecha. Nuestra invitación incluía la de Charlie —continuó, refiriéndose a ella señalándole con un dedo aunque sin dejar de mirar a los dos jóvenes—. Querían que jugáramos juntos.

—¿Vosotros no recibisteis las monedas?

—Por lo visto, cada grupo fue citado de un modo distinto... —aclaró la chica—. Como si conocieran nuestros gustos o personalidades. Todos

fuimos invitados a través de algo que sabían que nos llamaría especialmente la atención. En nuestro caso, nos tentaron con un reto sin comparación.

—¿Había algún motivo por el que alguien pudiera desear que jugarais juntos?

—No. De hecho, una vez dentro, provocaron que acabáramos separados —continuó esta vez Christian—. Solemos jugar muchas veces juntos y que así nos lo pidieran expresamente no nos extrañó, por lo menos no demasiado. Nos lo tomamos como un reto, como si nos estuvieran tentando. Muchos compañeros saben que nos encantan los retos. Al igual que a vosotros, a nosotros también nos encanta jugar, sobre todo cuando nos dicen que el porcentaje de escapados está muy por debajo de la media en la que este debería situarse.

—Entonces, ¿entrasteis al mismo tiempo y luego os separaron?

—Más o menos. Accedimos los cuatro a la primera estancia. Era una sala oscura, pero no coincide con la que vosotros describisteis a la policía. Todo era un juego, uno de verdad. No se respiraba peligro —añadió, exculpando su reacción—. En una esquina había una pantalla con un contador que inició la cuenta atrás nada más cerrarse la puerta a nuestras espaldas. No hubo presentación del juego ni nada o nadie que nos explicara cuál era nuestro objetivo, por lo que entendimos que se trataba únicamente de escapar antes de que terminara el tiempo para hacerlo.

»Al principio todo resultó muy lógico. Un enigma nos llevaba a otro, tal y como en la mayoría de ocasiones suele suceder. No experimentamos sensación de angustia ni tampoco de miedo. Así pues, una vez superamos esa primera sala —continuó Christian de forma pausada, tras dar un breve sorbo a su jarra de cerveza—, accedimos a otra y esta vez nos resultó mucho más desconcertante que la anterior. En esta ocasión todo era blanco, impoluto, demasiado claro. Nuestros ojos tardaron en acostumbrarse al brusco cambio de luz, sin embargo, una vez los cuatro nos ubicamos, decidimos no amedrentarnos y continuar buscando pistas con las que poder avanzar. Fue chocante y por unos instantes, desconcertante. Todo parecía immaculado y nada llamaba la atención... hasta que dimos con algunos escondites ocultos por las paredes y al final, encontramos dos objetos... Estos fueron los

primeros en alertarnos de que quizá no todo iba como debería. El primero era una cuerda —dijo, para después hacer una pausa significativa e insinuante—; el segundo un cuchillo afilado.

—No hay ninguna sala de escape en la que puedas encontrar un objeto que poder usar a modo de arma o por lo menos, con el que poder hacerte daño tan fácilmente —se extrañó Salva.

—Exacto. Y eso fue lo que provocó nuestra primera sospecha —afirmó Christian, que compartía el mismo pensamiento.

—Decidimos dejar ambas cosas en una esquina de la sala para que ninguno pudiera cortarse por accidente —continuó esta vez Iván— y seguimos jugando, ya que el contador no tenía intención de detenerse. Sin embargo, sin saber muy bien el porqué, deseábamos escapar como fuera de ahí dentro... y deseábamos hacerlo cuanto antes. Ninguno de los cuatro se atrevió a profesar sus temores en voz alta, pero aquel descubrimiento no nos hizo la menor gracia. Así pues, fijamos todo nuestro empeño y concentración en continuar jugando para tratar de dar con la forma de salir de ahí dentro cuanto antes. Hasta que encontramos la nota.

—¿Qué nota? —inquirió Julio, alarmado por el tono de la revelación.

—Pasado un rato, al fin encontramos una nota. En ella se especificaba que solo tres de nosotros podíamos continuar y que el otro debía quedarse en esa sala, maniatado —puntualizó, con gesto circunspecto—, mientras que los otros debían continuar. Hallaríamos la forma de regresar a por el cuarto jugador en otra sala. Si no lo hacíamos así, ninguno hallaría entonces el modo de escapar.

—Fue ahí cuando yo decidí quedarme sola y ellos continuaron —añadió Carlota—. Ellos tres son mucho más rápidos atando cabos y resolviendo enigmas, por lo que aquella era la opción más viable.

—Quisimos hacer una pequeña trampa y cuando atamos a Charlie la primera vez —continuó Christian—, no obtuvimos ninguna respuesta. Sin embargo, la pantalla se iluminó y en ella apareció un mensaje en el que decía que si no cumplíamos de forma estricta con las indicaciones, no podríamos continuar. No tenemos ni la más remota idea de cómo pudieron descubrir que

le habíamos hecho un nudo muy fácil de deshacer. Sin embargo, tras un nuevo intento en el que repetimos el procedimiento, nos dimos por vencidos y le atamos las manos a la espalda con mucha más fuerza de la que en realidad hubiéramos deseado, aunque fuera ella la que nos apremió a hacerlo.

—Tal y como terminaron el nudo —prosiguió Carlota—, como por arte de magia, una puerta corredera que no fuimos capaces de descubrir se deslizó en uno de los extremos de la estancia y ellos, tras asegurarme que volverían a por mí, se marcharon.

Escucharles contar su experiencia resultó mucho más incómodo y desconcertante para los recién llegados. ¿Cómo era posible que en un mismo sitio, y supuestamente a una misma hora, existieran tantas versiones distintas sobre un mismo suceso? ¿Realmente no era más que un juego?

—Seguimos avanzando y fuimos resolviendo distintos enigmas de forma ininterrumpida, mientras tratábamos por todos los medios de encontrar la forma de volver a desbloquear esa puerta y regresar a por Charlie. Sin embargo, superamos todas las pruebas de aquella sala, desbloqueamos la siguiente y ya no pudimos volver atrás. Lo hicimos cuando todavía quedaban diez minutos de juego. Logramos salir al exterior del recinto sin haber dado con la pista que se suponía que debíamos encontrar para liberar a Charlie y por supuesto, sin ella.

—¿Os marchasteis a casa sin tratar de liberarla? —inquirió Salva, sin creer que hubieran podido cometer semejante atrocidad.

—No. ¡Por supuesto que no! Intentamos volver a acceder al recinto pero, a pesar de nuestros esfuerzos, no lo logramos. Ninguna puerta se abrió, ni tampoco nadie respondió a nuestros gritos desde fuera —se excusó Iván, visiblemente molesto porque les hubieran considerado tan mezquinos—. Incluso, tratamos de forzar una de las puertas, pero ni siquiera eso dio resultado. Permanecimos ahí los diez minutos que restaban hasta que el contador se detuvo, incluso dejamos pasar unos cuantos más. Pero no fue hasta transcurrido un buen rato, cuando recibimos un mensaje desde el móvil de Charlie en el que nos aseguraba que se había liberado gracias al cuchillo y que había logrado escapar antes que nosotros así como también, aseguraba que sus indicaciones eran las de marcharse cuanto antes de ahí.

—Y vosotros os lo creísteis —afirmó Julio, sin necesitar más detalles.

—Claro que nos lo creímos. Era su maldito número y la explicación resultaba perfectamente plausible. A pesar de que no sean objeto de nuestra devoción —continuó, tratando por todos los medios de exculpar su actuación—, existen modalidades de juego en las que un jugador puede abandonar la sala antes que los otros, ya que cada uno entra en el juego con un enigma individual que le dará la clave de salida. Su mensaje nos pareció perfectamente creíble.

—Y por eso regresasteis a casa sin pensar que ella continuaba encerrada dentro.

—Exacto. Además, esa misma tarde teníamos un par de partidas reservadas en nuestra sala y apenas contábamos con una hora de margen para llegar y ponerlo todo en funcionamiento —trató de defenderse el más alto—. Así pues, le escribimos un mensaje recriminándole que no nos hubiera esperado y nos fuimos.

—¿Qué pasó contigo? —quiso saber Salva, temeroso de lo que pudiera venir a continuación.

—Cuando el contador llegó a cero, las luces se tornaron rojas y toda la sala adquirió un aspecto macabro. Tenía las muñecas magulladas por culpa de los constantes intentos por zafarme del dichoso nudo hasta que al fin, cejé en mi empeño y me rendí. Esperé durante unos minutos más a que el máster viniera a por mí, pero eso no sucedió. Continuaba sola, y así fue durante unos eternos instantes en los que solo recuerdo escucharme a mí misma. Fue una sensación extraña y que no quisiera volver a repetir. Era como adentrarse en uno mismo, como si pudiera navegar por mi mente y escuchar lo peor de ella... Lo peor de mí misma —puntualizó, con la angustia marcada en sus afiladas facciones—. Aquella sala lo sacaba y la sola idea de que así fuera me aterrorizaba. Entonces, desesperada por abandonar el lugar cuanto antes y rendida ante la evidencia de que nadie vendría a por mí, busqué el cuchillo y tras perder un montón de tiempo tratando de sostenerlo para intentar liberarme del diabólico nudo, lo conseguí, no sin antes cortarme en repetidas ocasiones.

»En ese preciso instante, una puerta distinta a la que ellos habían

cruzado se desbloqueó y el contador se situó en cinco segundos. Debía correr para cruzarla si no quería quedarme encerrada, o algo mucho peor que no quise ni imaginar. No disponía de tiempo para pensar por lo que corrí, di un salto y la crucé. Fue así como me adentré en el laberinto... y también fue ahí donde encontré a Max. El resto de la historia, ya la conocéis.

Los primeros instantes tras la confesión fueron confusos. Todos aguardaron en silencio, cada uno de ellos buscando una explicación plausible sobre los hechos. Fue Salva el que por fin se atrevió a romper la tensión del momento después de unos segundos de tediosa incertidumbre.

—Hay algo que, por más que lo intente, no logro entender. ¿Por qué invitaron a los demás si solo os querían a ti y a Max?

—Fácil —respondió Iván—. Si no nos hubieran invitado a todos, no hubiera dado la sensación de tratarse realmente de un juego, que es lo que a toda costa pretendían. Charlie hubiera sospechado y no hubiera acudido sola. Era una forma de asegurarse el tiro.

Enmudecieron una vez más tras la lógica explicación. Iván tenía razón y todos lo sabían. Se habían convertido en marionetas, una forma de asegurar el éxito.

—Pero, sigo sin entender algo... —dijo esta vez Julio—. No tiene sentido montar todo esto para únicamente castigar a dos personas. Vosotros sabéis cuánto cuesta montar una infraestructura de tal calibre y magnitud. No es una inversión de la que precisamente todo el mundo disponga. Y menos aún sin finalidades de posterior resarcimiento económico.

—Lo sabemos, y eso es lo que más nos desconcierta. Se necesita mucho dinero para montar un juego con la calidad tecnológica de este y mucho más todavía para alquilar o comprar una nave industrial como esa —confirmó Christian.

—A no ser que sea de tu propiedad.

Carlota lo dijo como si no hubiera reparado en ello hasta el momento. Pero estaba en lo cierto. Si la nave era de propiedad, significaba que podrían haber destinado la mayor parte de los recursos económicos para el montaje del juego, lo cual, tenía mucho más sentido.

—No es un local abierto al público, ni siquiera debe de tener licencia, por lo que seguramente nadie sepa de su existencia, ni hayan tenido que desembolsar ni un solo billete para efectuar los pertinentes trámites legales.

—Nadie sabía de su existencia... hasta ahora. La policía ha conseguido acceder al recinto —afirmó Salva—. Solo han podido entrar en la primera sala, pero no creo que tarden en acceder al resto.

—Puede que no les resulte tan fácil... —añadió Iván con cierta reticencia—. Había muchísima tecnología ahí dentro, de la mejor que he podido ver dentro de una sala. No creo que el que haya ideado todo esto haya dejado cabos sueltos para que puedan pillarle a la primera de cambio. Estoy seguro de que estaba preparado por si esto sucedía.

—Lo que yo no creo es que pensara que Carlota o Max llegaran a escapar... Y, ahora que lo han hecho, todo se ha complicado.

Recapacitaron sobre esa última afirmación y lo que esta significaba en realidad. Carlota, con el estómago revuelto por un vértigo desconocido, trató de sofocar el miedo con un trago de cerveza, mientras los otros continuaban elucubrando teorías con las que poder hallar una respuesta, o cualquier información que pudiera ayudar a la policía a dar con el paradero de Max.

—No es cierto. Si hubieran querido matarles, lo habrían hecho —aseveró Iván, tras analizarlo de forma concienzuda—. Les tenían encerrados y era muy fácil hacerlo sin que ellos pudieran hacer nada por evitarlo. Querían hacerles jugar... querían que enloquecieran y lo único que no logro entender es por qué.

—Esperad... —instó Julio. Se pasó la manga de la sudadera por los labios antes de dejar la jarra sobre la mesa—. Hay algo que estamos obviando por completo.

Se contemplaron confusos. De fondo, el inconfundible tintineo del cristal les recordó que no estaban solos en la taberna. Se escuchaban unas voces risueñas a lo lejos, seguramente algún grupo que acababa de entrar y que acudían ahí dispuestos a distraerse después de una dura jornada de trabajo.

—En nuestro grupo, Max era el objetivo del juego. En el vuestro, lo

era Charlie. Los demás hemos sido meros daños colaterales...

—No te sigo —continuó Salva.

—Éramos cuatro grupos los invitados a jugar. ¿Qué nos ha llevado a pensar que en los otros dos no había también un objetivo entre los integrantes?

Esta vez, la incredulidad de sus facciones fue la encargada de hablar por ellos. Ninguno había caído en dicha posibilidad y a cada segundo que pasaba, esta cobraba un poco más de relevancia, hasta atravesarles la mente con señales luminosas.

—Joder —farfulló Salva—. ¡Joder!

CAPÍTULO 43.

—¿Conocéis a los demás chicos? —preguntó Carlota, todavía sin poder dar crédito.

—Solo a algunos. Pero entre ellos está Andrea, la chica de la que Max lleva tiempo enamorado.

—Espera... —cortó Salva, con el claro recuerdo de lo que pasó aquella tarde—. Los *Breakers* abandonaron a Andrea en el interior. Se marcharon y ella fue la última en salir, ¡tal y como sucedió con vosotros!

—¡Eso confirma la teoría de Julio!

—Pero, ¿qué pasa con los *Dalton*? Ellos eran el otro grupo invitado, ¿no? ¡Ninguno de nosotros se cruzó con ellos! —exclamó Carlota.

—Andrea y Rubén son hermanos —continuó Salva—. Tal vez ella sepa algo más de lo que quiso hacernos creer...

—Si es así... Estamos perdiendo el tiempo aquí.

—¡Voy a escribirle!

—Salva, es demasiado tarde...

—¡Me da igual! —estalló furibundo—. No tenemos ni la más remota idea de dónde está Max ni tampoco si está en peligro, ¡no pienso perder más el tiempo!

—Salva tiene razón —defendió Carlota a regañadientes—. Además, hemos dado por supuesto algo realmente importante. La policía sabe que éramos dieciséis ahí dentro. ¿Qué nos ha llevado a pensar que a estas alturas, no les están investigando a ellos también?

—Tienes razón —masculló Julio, con más pesar que gratitud por el descubrimiento.

—Llámalas directamente, Salva. Por lo visto, la cuenta atrás ha vuelto

a empezar de nuevo.

Conducir aquella noche se convirtió en un acto tan peligroso como excitante. La adrenalina corría por sus venas y su respiración se agitaba, desafiando la presión que sus pechos eran capaces de soportar. El tráfico a aquellas horas era prácticamente inexistente, por lo que recorrer las calles apenas les llevó más de unos pocos minutos. Se reunieron de nuevo frente al portal de Andrea. Iván y Christian decidieron permanecer al margen, no sin antes hacerles prometer que les mantendrían al corriente de todo cuanto descubrieran.

Salva sacó el teléfono de uno de los bolsillos y le envió un mensaje alertándola de que la esperaban abajo. Necesitaban comprobar cuán implicada estaba ella en toda aquella situación y si les ayudaría a encontrar a Max o bien, todavía les pondría las cosas más difíciles. Más tarde tratarían de descubrir cuál era el papel de Rubén.

—Hola, chicos... —saludó nada más salir, intimidada por la repentina y desconcertante presencia de los tres—. ¿Dónde está Max?

Su semblante, blanquecino y de tez suave, lucía terso y cuidado salvo por algunos rasguños que todavía recordaban la peor experiencia de sus vidas. Sin embargo, nada de toda la dulzura y luminosidad de su piel podía impedir que el miedo también se reflejara en ella de forma evidente. Los otros tres se miraron durante unos instantes en los que ninguno de ellos se atrevió a contestar a su pregunta.

—¿Podemos hablar en el portal? Hace frío en la calle... —musitó Carlota.

—Oh, sí, claro. Pasad...

Julio fue el último en entrar y al hacerlo, cerró la puerta de cristal y hierro forjado a sus espaldas sin hacer demasiado ruido. No querían alertar a los vecinos y evitar así que pudieran entrometerse en asuntos que no les concernían.

—¿Dónde está Max? —insistió de nuevo, sin poder soportar más aquella larga e insoportable incertidumbre.

—Verás... —Salva fue el primero en dar el paso, aunque no sabía si debía confesarle la verdad a la chica sin conocer antes su implicación en el caso. Así pues, antes de que pudiera sopesarlo detenidamente, decidió saltar directo hacia el ojo del huracán—. ¿Por casualidad has oído hablar de *Chapter*? Éramos unos críos cuando salió, pero fue todo un descubri...

—Claro que lo recuerdo —le cortó antes de que Salva pudiera terminar su explicación—. Mi padre fue el sanitario que asistió a aquel chaval al que atropellaron en el transcurso de una partida. Fueron unos días muy duros en casa... Por lo visto tenía la misma edad que yo.

Sin poder dar crédito al hecho de que hubieran logrado descubrir tan fácilmente el vínculo de Andrea con *Chapter* y por lo tanto, con Max, se miraron buscando la comprensión del resto. Todos lo habían entendido del mismo modo, todos veían que Andrea había sido injustamente castigada por lo sucedido unos años atrás, aunque su presencia en el juego resultara tan inoportuna como desafortunada.

—Fuiste la última de tu grupo en abandonar el recinto —afirmó, recordando que ella salió corriendo detrás de Salva a través de una de aquellas puertas metálicas.

—Sí. Me dejaron tirada los muy... imbéciles —aseveró, con el semblante enrojecido por la ira.

Salva fue el que se afanó en recuperar el control, suavizando la situación para que la chica bajara de nuevo la guardia. Sin embargo, no tan ingenua como tal vez habían creído, fue ella la que esta vez se les adelantó.

—¿Qué tiene que ver todo este asunto con *Chapter*?

—Andrea, esto es más turbio de lo que habíamos creído... Pero no podemos arriesgarnos y ponernos en peligro sin saber de qué bando estás realmente...

—¡¿Cómo dices?! —le reprendió, en un tono agudo y chillón—. ¿Acaso pensáis que ayudé a orquestar toda esa mierda?

—¡*Shhhhh*!! —chistaron los tres a la vez haciendo aspavientos con las manos.

—Baja la voz, no nos favorecería demasiado que alguien pudiera escuchar esta conversación...

—O sea —aseveró, señalándoles a los tres con un dedo acusador y en un tono ahora mucho más duro que antes—. Os presentáis en mi casa, me hacéis bajar en plena noche después de haber pasado una semana de mierda y para colmo, creéis tener el derecho de poder acusarme de urdir un plan del que, os recuerdo, yo misma salí perjudicada... ¿Es que acaso os habéis vuelto locos?

La noche se cernía poderosa sobre ellos, inclemente y enigmática. En el exterior, unas luces indicaban la presencia de algunos coches que pasaban por la calle a gran velocidad. Nadie reparaba en ellos, nadie sabría jamás de esa reunión si ninguno de ellos hablaba al respecto de la misma.

—Por última vez os lo digo... ¿Dónde-está-Max? —increpó con los rasgos más afilados que antes, poniendo un especial énfasis en la pronunciación de cada una de las tres palabras que escaparon de entre sus dientes en un airado resuello.

—Esto... —Julio se pasó una mano por la espesa melena, mesándola mientras calibraba el impacto que podrían llegar a tener sus próximas palabras—. Max ha desaparecido.

Fueron testigos de cómo en cuestión de segundos, el angelical rostro de la chica se fue opacando y oscureciendo, fundiéndose en él diferentes estados de ánimo entre los que el miedo y la angustia cobraron gran protagonismo.

—C...¿Cómo que ha desaparecido? —tartamudeó, con un ligero temblor en el labio inferior que se afanó en controlar.

—Se marchó de casa esta mañana. El inspector que está al corriente nos ha alertado de que han encontrado su moto en el mismo lugar en el que nos encerraron a todos, frente a la misma puerta —dijo, haciendo una leve pausa para tomarse un respiro antes de continuar con la explicación—. No sabemos nada más. Ni tampoco si regresó por voluntad propia o bien, si

recibió un nuevo mensaje. Por eso necesitamos tu ayuda y que nos cuentes todo lo que sepas.

—Está bien... —murmuró apenas sin voz—. Pero no sé mucho más de lo que os he contado.

—¿Recuerdas algo más sobre *Chapter*? Incluso el más mínimo detalle podría ser relevante.

—Sí... —dijo, haciendo notables esfuerzos por evocar ese momento perteneciente al pasado—. Recuerdo que ese día mi padre llegó a casa abatido. El caso es que la noticia no tardó en correr y todo el mundo se hacía eco del suceso. Le habían destinado temporalmente a Tarragona y el accidente se produjo durante su primera tarde de servicio en dicha ciudad. El niño murió en el acto... Pero mi padre jamás se perdonó no haber podido hacer nada al respecto —hizo una leve pausa antes de seguir con el relato—. Al día siguiente, nos prohibió participar en *Chapter*, además de hacerlo también en cualquier otro juego que contara con un funcionamiento similar. Recuerdo que no me molestó demasiado el injusto castigo... Pero mi hermano se enfadó y mantuvieron una fuerte discusión por ello. Él culpaba al chico por haber sido tan ingenuo e imprudente... Pero repetía una y otra vez que no todos eran iguales; que el juego llevaba tiempo en funcionamiento y que jamás había sucedido nada parecido. Era un caso aislado y debía tratarse como tal.

»Esa misma tarde descubrí que mi hermano ostentaba una gran puntuación en *Chapter*. De hecho, actuando como dobles junto a uno de sus amigos, eran el rival más directo para ellos... y no le gustó descubrir que en realidad, no eran más que un par de niños. Sé que le quemaba por dentro que así fuera pero no les delató, pues eso hubiera supuesto su descalificación inmediata. Rubén siempre ha sido muy competitivo y celoso. Necesitaba ganarles por mérito propio. Por lo visto, se dejaba la piel en cada capítulo del juego y por lo que se decía, los otros dos parecían cosechar éxitos apenas sin esfuerzo. Sé que no se alegró del accidente... ¡Por Dios! no es tan mala persona... —se afaná en defenderle—. Pero estoy segura de que una pequeña y mezquina parte de él sabía que con ellos fuera de juego, su victoria estaba ahora mucho más cerca... Si no fuera porque mi padre acababa de cortarle las alas.

Aguardaron unos instantes en silencio después de que ella terminara su relato, visiblemente afligida debido a una confesión que, intuían, era la primera vez que afirmaba en voz alta.

—Tú no tienes la culpa de nada... —la consoló Carlota.

—Gracias... Pero si lo que estáis pensando es cierto —añadió, con gesto alicaído—, mi hermano acaba de comprar todas las papeletas para convertirse en uno de los principales sospechosos. Sin embargo, os puedo asegurar que él no tiene nada que ver con todo esto. No podéis cargarle culpas. ¡Jamás me haría daño!

—Eh, tranquila... —exclamó Salva antes de que la chica se pusiera más nerviosa—. Nadie os culpa a ninguno de los dos... De hecho, con lo que acabas de contarnos, nuestra versión de los hechos tan solo se confirma.

—Creo que no te sigo...

—Fuimos cuatro grupos los que participaban —prosiguió, ahora dispuesto a contarle toda la verdad después de que ella hubiera hecho lo propio momentos antes—. En cada uno de ellos había un jugador implicado en la muerte de Bruno. En los *Dalton*, tu hermano. En los *Prison Breakers*, tú eras el objetivo indirecto por algo que, seguramente, alguien atribuye a tu padre. En el grupo de *másters* buscaban a Charlie —dijo, haciendo un ademán con la mano señalando a la chica—. Y en el nuestro... Max era la cabeza de turco.

—¿Max? ¿Qué tiene que ver él con *Chapter*? Max tiene mi edad... era pequeño todavía cuando salió el juego.

Leyó su expresión con la claridad con la que unas instrucciones de uso te dicen cómo introducir algo en el microondas, una perfección tan absoluta que incluso creyó que acabaría perdiendo el sentido de un momento a otro.

—Oh... no... —sollozó llevándose una mano hacia el rostro, tapando con ella la mueca de estupor que mostraban sus labios al descubrir casi sin margen de error lo que estos le decían.

—Max era el compañero de Bruno en *Chapter*.

—Joder... ¡Joder! ¡Maldita sea!

Le concedieron algunos instantes para recuperar el aliento mientras trataba de asimilar toda la información que acababa de recibir. Pero todo aquel turbio asunto la sobrepasaba, tal y como sus crispados ojos dejaban entrever. Sus facciones, que parecían haber sido cinceladas por el más preciso y detallista escultor de la antigua Grecia, ahora se desdibujaban bajo los efectos del miedo, un temor capaz de apoderarse de su cordura y también de todos sus pensamientos.

—Lo encontraremos —aseveró Julio, sin vestigios de duda en la voz—. Pero necesitamos avanzar todos en una misma dirección.

—Andrea —se atrevió a decir Carlota, que hasta ahora había preferido mantenerse en un segundo plano—. Necesitamos saber qué le has contado a la policía...

—Nos preguntaron sobre lo que había sucedido en el interior del edificio —dijo, sin demorar más cualquier explicación que pudiera ayudar en la búsqueda de Max—. Por lo visto, Rubén y yo nos adentramos en dos salas prácticamente idénticas. En ambos casos, nos quedamos solos más o menos hacia la mitad del juego. Solo que él tardó mucho menos en escapar que yo. Por eso, cuando salisteis yo era la última que faltaba por salir.

—Y yo —puntualizó Salva.

—Pero, un segundo... —dudó Carlota, con el semblante compungido, dirigiéndose esta vez a Salva—. Que tú te quedaras no hace más que volver a echar por tierra todas nuestras teorías. ¡No tienes nada que ver con *Chapter*!

—Pero es la persona en la que más confía Max —explicó Julio, sin poder fingir que esa afirmación no le dolía—. Eres su mejor amigo —prosiguió, dirigiéndose directamente a él—. Si lo que pretendían era recordarle el dolor por la pérdida de alguien a quien quieres, hicieron bien apuntando contra ti.

—Eso es muy retorcido... —se sorprendió Andrea.

—Cierto, pero, ¿acaso se os ocurre una teoría mejor?

Nadie respondió.

—¿Entonces, no os preguntaron por *Chapter* cuando hablaron con vosotros sobre lo sucedido? —continuó Carlota.

—A mi hermano sí. No le dimos importancia, pues supusimos que habían sacado algunas listas de participantes en distintos juegos de moda y mi hermano, como siempre ha sido un gran aficionado a todos ellos, debía de salir en gran parte de ellas... Pero, es cierto, sabían que él fue uno de los jugadores más influyentes en *Chapter*.

—Deberíamos hablar con la policía y contarles lo que sabemos. Tal vez podamos ayudarles —sugirió Julio.

—En realidad... seguimos sin tener nada. Ni siquiera una ligera idea de dónde puede estar Max.

Sus palabras bastaron para silenciarles. Salva se fijó en los ojos cristalinos de la chica, ahora velados seguramente por un dolor que él comprendía a la perfección. Amaya estaba a salvo, pero si él hubiera estado en la piel de Max, seguramente no lo habría soportado. Andrea, por el contrario, estaba demostrando poseer una fortaleza arrolladora, aunque no pudiera esconder que sus sentimientos por Max iban mucho más allá de lo que tal vez hubieran creído en un principio. Fue en ese momento cuando se arrepintió de haberse metido con su mejor amigo por ello. Sabía que Max estaba colado por Andrea desde hacía muchísimo tiempo y él era el menos indicado para cuestionar o reírse de una situación como aquella.

Se sintió mezquino por no haberle ayudado a dar un paso al frente cuando quizá hubiera tenido una oportunidad. Por eso, se juró en ese mismo instante que lucharía con todas sus fuerzas por encontrarle y devolverle lo que la vida le había arrebatado. Max ya había sufrido demasiado como para volver a hacerlo una vez más. Se merecía un final feliz y que nadie más pudiera arrebatárselo.

—Será mejor que os vayáis... No quiero que mi padre comience a preguntar cosas para las que no tengo respuesta.

—Tienes razón —continuó Salva. Frunció los labios y fingió una sonrisa para la que en realidad no tenía fuerzas—. Gracias por todo, Andrea.

—Permaneced atentos a cualquier cosa... Debemos encontrar a Max... Cueste lo que cueste.

Sus palabras sonaron más como una amenaza que como una súplica. Pero ellos no eran los más indicados para cuestionar sus inquietudes, pues su amigo también era su máxima prioridad. Habían descubierto que todos los invitados de un modo u otro habían estado implicados en *Chapter* y más concretamente, en el accidente de Bruno Roble, por lo que resultaba esencial y de máxima prioridad que la policía estuviera al corriente de lo acontecido y así, pudieran concentrar todos sus esfuerzos en las pesquisas, analizando cualquier dato que lograra resultar determinante para hallar la relación entre ambos sucesos.

Mientras tanto, el reloj seguía restándole segundos a Max... para quien la percepción del tiempo, seguramente era ahora muy distinta.

CAPÍTULO 44.

El pulso le martilleaba en los oídos. Un férreo sabor se esparció por su boca, aunque parecía haberse adueñado de ella hacía ya unas cuantas horas. Osciló la cabeza a un lado y al hacerlo, sintió que crujían todas sus vértebras, lentamente, resquebrajándose, partiéndose y astillándose sin piedad.

Apestaba a humedad, a cerrado. Todavía no había abierto los ojos, pero desde algún lugar de la sala le llegaba el lejano eco vacío de un repique constante. Gotas caídas sobre una placa metálica, roída por el óxido y cubierta de un moho poco salubre e higiénico. Tragó y sintió que miles de agujas se clavaban en su garganta. Se sentía ligeramente mareado, por lo que concentró todas sus energías en la punta de los dedos, que trató de mover sin demasiado éxito. Todo su cuerpo respondía con letargo y entumecido a las peticiones de su cerebro, como si perteneciera a dos entidades distintas. Una de ellas, tal vez la menos descabellada, le llevó a pensar que quizá le hubieran ahogado, eso explicaría el dolor que sentía y la dificultad que experimentaba en cada parte de su organismo al tratar de concentrar la atención en algún punto del mismo.

Tensó el cuello hacia el otro lado y de nuevo, sintió aquel molesto crujido. Tenía que enterarse de dónde estaba y el incesante goteo tan solo conseguía ponerle más y más nervioso. Abrió los ojos con cierto aturdimiento, como si estos se resistieran a hacerlo. Le costó enfocar la vista, mucho más de lo que podía llegar a costar después de una noche de fiesta desenfrenada. Solo que no recordaba haber salido de fiesta, ni tampoco haber tomado ni una sola copa. De hecho, no recordaba nada que no fuera haberse adentrado de nuevo en aquella sala a la que no debería de haber regresado jamás. Sin embargo, como si alguien le hubiera estado esperando, la puerta se abrió y le cedió el paso. Sabían que acudiría, cuando ni siquiera él tenía claro por qué lo había hecho.

Recordaba la oscuridad que se cernió sobre él en ese momento en el que ya no quedaba ni rastro de la sala que había visto en una única ocasión.

De repente, todo sucedió demasiado deprisa. Sintió la dureza de la madera, o tal vez del hierro; no estaba seguro de ello. Fue un golpe seco, un impacto certero contra su cráneo. Ahora lo recordaba mejor. Llevó la mano hacia esa zona de la cabeza y por primera vez se dio cuenta de que estaba maniatado. Masculló y zarandeó el cuerpo sobre la silla en la que permanecía inmovilizado. No tenía escapatoria.

Ahora, con un mayor grado de percepción que antes, trató de centrar la vista hacia todo lo que había a su alrededor. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra y no le suponía tanto esfuerzo diferenciar los pocos objetos que podía haber ahí dentro, apenas la silla que él ocupaba y poco más. Se trataba de una estancia rectangular. La parte en la que él estaba situado era la más oscura. Una penumbra sórdida y cavernosa. Las paredes, cubiertas por pequeñas baldosas que en algún momento de su existencia se intuyeron blancas, ahora conferían a la estrecha habitación un aspecto poco salubre. Había tuberías vistas, la mayoría de ellas con notorias fugas. El moho predominaba en las esquinas y cierto olor a orín y putrefacción le llegaba hasta las fosas nasales.

La única luz provenía del otro extremo de la sala, un parpadeante y mortecino fluorescente que todavía resultaba más tétrico si cabía. Bajo el mismo, una mesa metálica vacía reflejaba la poca luz que provenía del techo. No había ninguna silla más. En la pared del fondo, sin embargo, algo llamó su completa atención. Una gran pizarra, envejecida y seguramente robada, se presentaba ante él con muchas imágenes distintas que, desde su posición, no alcanzaba a distinguir con claridad. Era una de aquellas pizarras blancas en las que se podía escribir con rotuladores. En ella había imágenes sostenidas con imanes, flechas y anotaciones en color rojo que iban de una a otra, creando un mapa imposible de acontecimientos y lugares que desde su posición no podía reconocer, aunque intuía que tenían que ver con él mucho más de lo que en realidad le gustaría.

Zarandeó con más brío los brazos con el afán de liberarse, lo que solo consiguió herir más la piel de sus muñecas, unidas con una brida, según el cortante dolor que estas le produjeron. De pronto, un ruido seco le llegó desde un extremo de la habitación. Su respiración volvió a acelerarse y la sangre se heló en el interior de sus venas, dificultándole la circulación. Al

fondo, junto a la pizarra, escuchó unos pasos, ahora con más fuerza. Quien fuera que le hubiera llevado hasta allí regresaba de nuevo.

Sintió el pulso en el cuello y una sensación de vacío en el estómago. No tenía ni idea de lo que estaba sucediendo y sin embargo, sabía que las probabilidades de salir ileso escaseaban. Entonces, con la prisa de alguien que solo quiere recrearse en el sufrimiento ajeno, escuchó cómo introducían una llave en la cerradura con una parsimonia estremecedora. Aspiró con fuerza, la misma que emplean aquellos que saben que quizá sea la última vez. Todo el dolor de su cuerpo desapareció bajo la tensión de sus músculos, que ahora aguardaban rígidos y expectantes. La luz del techó parpadeó con mayor intensidad mientras una gota del sudor más frío que jamás hubiera experimentado descendió por su nuca y la sien. Observó a la perfección cómo la maneta de la puerta se movía con lentitud y esa fue la última vez que la nuez subió y bajó sin hacer ruido alguno.

Ahora lo recordaba todo. El juego, el miedo, la cuenta atrás...

La puerta se abrió mientras tomaba consciencia de que por fin iba a descubrir quién se escondía detrás de todo lo sucedido. Por fin iba a saber quién le buscaba con tanto ahínco y tal vez, quizá podría llegar a descubrir el motivo por el que alguien querría castigarle con semejante alarde de crueldad. Lo primero que vio fue su brazo, mientras empujaba la puerta hacia el interior. A continuación fue un pie, seguido después del resto del cuerpo. Deslizó la mirada de abajo arriba por el cuerpo del recién llegado, como si todo transcurriera a cámara lenta.

No le hizo falta llegar a su rostro para descubrir de quién se trataba. Lo hizo mucho antes, mientras su estómago se revolvía asqueado. No entendía nada. De todas las personas del mundo que podía haber llegado a esperar, sin duda, él no encajaba en ninguna de las ecuaciones posibles.

Sintió una vez más el intenso mareo y el punzante dolor donde le habían propinado el golpe, lo que le recordó por qué estaba ahí. Tenía la boca seca y su mente no funcionaba al ritmo habitual. Después de todo, nada tenía sentido. Alzó el mentón y se encontró de frente con unos ojos fríos e inexpresivos, que le observaban desde una distancia prudencial. Su gesto escondía demasiados interrogantes para los que él necesitaba respuestas

inmediatas. Sin embargo, solo había una que realmente le comía por dentro y que ahora era la única que necesitaba formular, antes de que perdiera el conocimiento de nuevo, pues estaba seguro de que así sería. Despegó los labios con evidentes dificultades y al final, su voz resonó con sequedad entre las cuatro paredes.

—¿Todo este tiempo... has sido tú?

CAPÍTULO 45.

—¿Quién crees que soy, Max?

Su voz sonaba grave, sórdida y de ultratumba. Contrastaba con el entorno, tornándolo más tétrico si cabía. Había algo en su rostro que reconocía a la perfección. Le había visto antes, en una única ocasión en la que su mente estaba tan atormentada que lo único que había deseado era acabar con él. Su semblante, con una tez ambarina, curtida por las arrugas que solo la vida te ofrece tras años de tortuosas experiencias, aleccionadoras y necesarias, contrastaba con el tono ceniciento de su pelo.

Sintió que su estómago se retraía y, sin embargo, no sintió la necesidad de expulsar de su cuerpo aquellas sensaciones que le atormentaban y le quemaban por dentro.

—¿Qué quieres de mí?

—Primero, que comprendas que nada de esto es cosa mía... —siseó en un tono pausado y despojado de remordimientos—. Eres tú, Max. Tú eres el único que no deja de castigarse. Una y otra vez.

Recibió sus palabras con recelo. Se había vuelto definitivamente loco. El tipo, apoyado sobre la mesa metálica, le contemplaba con los brazos cruzados sobre el pecho y una pétrea expresión que le daba asco. Asco y terror al mismo tiempo. No quería matarle, estaba seguro de ello. Si lo hubiera deseado, ya lo habría hecho. Lo tenía a su merced, a su entera disposición, atado, débil y desvalido. No estaban en igualdad de condiciones.

—¿Qué es lo que quieres? —gritó el chico en un sollozo contenido.

En ese instante, fue consciente del dolor de su pecho. Era intenso y despiadado, tanto como si una barra de hierro le perforara la piel, a la altura del pulmón izquierdo. Su respiración se tornó más costosa y entrecortada, incapaz de abastecerle del oxígeno necesario para permanecer consciente. Se estaba mareando. Sus ojos se cerraron y su cabeza osciló de un lado a otro con lentitud. No tenía ni idea de lo que le estaba pasando pero, fuera lo que

fuese, debía resistirse a ello.

—Max... —dijo la voz del hombre, todavía desde la distancia—. Pensaba que, como mínimo, serías capaz de sostenerte en pie.

—Por... ¿Por qué me haces esto? Yo... —prosiguió con extremas dificultades—. Yo no quería... Fuiste tú... El coche... Te metiste en dirección contraria.

Apenas vocalizaba. El dolor se extendía por todo su cuerpo, tan demoledor como destructivo. Redujo todas sus extremidades a meras extensiones de su tronco, inertes y sin resistencia. Parecían de goma. Le dolía cada dedo, cada poro de su piel, rasgada y magullada sin saber muy bien por qué.

—¿Quién crees que soy, Max? —repitió el hombre, con el mismo tono de voz.

Le ubicó en su memoria. Su pelo, sus ojeras violáceas, sus ojos oscuros y demasiado juntos. Su complexión no era fuerte, más bien la correspondiente a un hombre de mediana edad, alejado del deporte pero con estrictas dietas que seguramente seguiría a rajatabla. Sus manos, recubiertas de unos guantes de látex blanco que no encajaban en la imagen que de él estaba construyendo, a no ser que lo único que quisiera fuera evitar la presencia de huellas que pudieran incriminarle.

Abrió los ojos y lo contempló con las pocas fuerzas que todavía le quedaban. Era él. Sin duda alguna, lo era. Lo recordaba a la perfección. Por su culpa, Salva y él casi terminaron debajo del coche; o peor aún, muertos.

—¿Qué es lo que quieres? —repitió, nauseabundo.

—¿Qué es lo que quieres tú?

Su voz, sosegada e irritante, le devolvió de pies a la tierra. Estaban jugando con él y ya llevaban demasiados días haciéndolo. Estaba harto. Necesitaba una explicación cuanto antes y si no se la procuraba él, tal vez no llegara a recibirla nunca.

—¡Yo no quiero nada!! —escupió furibundo.

El hombre permaneció en silencio, sin parecer inmutarse por el visible nerviosismo del chico, que parecía incrementar por segundos. No se movió de su sitio ni trató de hacerle nada. Tan solo le observaba desde la distancia, como un mero espectador de una película cuyo desenlace no estás seguro de querer conocer.

—¿Por qué escogiste ese botón?

Su pregunta orbitó alrededor de los oídos de Max, que no habían esperado precisamente que la conversación tomara aquellos inquietantes derroteros. El botón. El maldito y misterioso botón. Tres pulsadores rojos y solo uno con su nombre. No había vuelto a pensar más. Pero ese detalle fue el que confirmó la relación de toda esa tortura con *Chapter*.

—Porque era el más obvio —contestó, sin apenas separar los labios.

—Quizá deberías explicarte mejor.

—¡¿Y a ti qué más te da?! Conseguí salir, ¿no? ¡Era lo único que importaba! —volvió a gritar, totalmente fuera de sí.

Sentía el cálido rastro de las lágrimas sobre sus mejillas, dibujando un camino sobre la sangre y la mugre, ahora seca y adherida con firmeza a su piel. Le escocían los ojos y el intenso dolor de su pecho arrollaba los cimientos de su estabilidad.

—¿Crees que saliste? Y, entonces, dime, ¿por qué estás aquí?
—prosiguió el otro, sin inmutarse lo más mínimo por el alterado estado del chico.

—¡¡Claro que salí!!

—Yo no estaría tan seguro. Dime, Max, ¿por qué ese botón y no el otro?

Dejó caer la cabeza hacia atrás y trató de hacer acopio de todas sus fuerzas para contestarle. Sus ojos, enrojecidos por el llanto reprimido y el dolor, ya no obedecían a la voluntad de su cerebro, que mandaba miles de órdenes hacia todos aquellos puntos de su cuerpo que habían dejado de serle fieles. El maldito botón. Tres pulsadores. Bruno. Salva. Max. Solo uno le

llevaría directo a la salida.

—Todo respondía a una secuencia lógica... Siempre se trata de lógica —murmuró, con los ojos cerrados y en un silencioso resuello.

—¿Cuál fue la lógica que aplicaste?

Se le tensaron los músculos mientras sentía el sudor bajo la palma de sus manos y una gota fría, casi helada, descendiendo por toda su columna, erizando su piel y perpetuando un dolor sobre la misma tan insoportable como demencial.

Miles de imágenes le sacudieron, recuerdos que mantenía confinados en alguna parte de su memoria de la que no quería rescatarlos. Eran dolorosos y pensar en ellos no hacía más que recordarle una y otra vez lo imprudente que podía llegar a ser el ser humano cuando estaba ávido de éxito y reconocimiento. El cuerpo de su mejor amigo continuaba tendido a unos metros de distancia, sobre un charco de sangre que cada vez era más grande. No se movía, ni tampoco respondía a los llantos despavoridos de los que se acercaban para intentar salvarle. No respondía a ninguno de sus gritos. Todos los destellos de luz, las sirenas y todo un equipo de médicos que trataba de devolverle la vida que le había sido arrebatada por su culpa. Única y exclusivamente por su culpa.

—Bruno está muerto —se escuchó decir a sí mismo, en un murmullo tan flojo que quizá solo él llegó a oír—. No tenía sentido pulsar su botón. Por lo que —continuó, con el agudo pinchazo martilleando en su sien—, si Bruno era una opción cuando en realidad está muerto, significaba que no era una opción viable. Por lo que tampoco lo era Salva.

El hombre le escuchó paciente y ceremonioso y a Max le pareció intuir que sus labios se curvaban ligeramente, en una mueca que resaltó sobre el rictus que mantenía impertérrito desde que había entrado.

—¿Por qué Salva no era una opción? Podías haberle salvado... —dijo, con expresión lacónica.

—Nadie puede decidir sobre la vida de los demás. Es... puro sentido común.

—Algunos lo llamarían egoísmo.

Alzó la vista, desafiante.

—Solo alguien que lo hiciera por egoísmo lo consideraría como tal —respondió, tajante.

—Explícate.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y exhaló un suspiro. Estaba agotado y muy débil. Pero debía aguantar.

—Perdí a mi mejor amigo ante mis ojos; fue mi culpa. Yo provoqué el accidente al tentarlo con cada una de esas estúpidas pruebas. Bruno no era tan competitivo... Jamás creí que acabaría así —prosiguió, de nuevo con aquel resistente y oxidado sabor en su boca—. Pero lo hizo. Murió y, si hubiera podido, lo hubiera hecho yo en su lugar. Pero, por mucho que lo deseara, no podía cambiarlo. Nadie puede cambiar el destino de otra persona.

La penumbra los engulló, sumiéndolos en un silencio cargado de tensión e inseguridad. El recuerdo de Bruno permanecía perenne en su cuerpo, marcado a fuego y a carne viva. Cuando unos días atrás, aquel vehículo estuvo a punto de embestirlos al meterse en dirección contraria, revivió todas las imágenes que llevaba años tratando de olvidar. Se materializaron en su cabeza, anulando la percepción de la realidad. Ver a Salva en el suelo, durante una fracción de segundo, supuso la rotura de algo que se había sostenido en su interior sin saber muy bien cómo. Pero aquel día se partió y desde entonces, el recuerdo de Bruno no había dejado de perseguirle.

—¿Qué me dices pues del botón de Salva? —quiso averiguar de nuevo el hombre.

CAPÍTULO 46.

Max alzó la vista a través de la espesura. Sus ojos todavía no se acostumbraban a la poca claridad. Una tela opaca los cubría, imposibilitándole enfocar la vista. Intuía su silueta al fondo, con la misma pose suntuosa de antes.

—Debes continuar resistiéndote —dijo de nuevo, ahora con mayor gravedad y lejanía.

No entendía nada de lo que quería decir, pero su cuerpo era un amasijo de sensaciones contradictorias. El dolor del pecho comenzaba a alcanzar puntos tan agudos que no creía que pudiera resistirlo mucho más. Sin embargo, una parte de él se aferraba a la vida, a la consciencia, tratando de no sucumbir al agotamiento de todos sus músculos. Su mente le traicionó una vez más, al evocar desde algún lugar recóndito las sirenas, las luces y los frenazos que ahora se materializaron penetrantes. Podía oírlos a la perfección, con una exquisitez casi depravada. Las mismas palabras, los mismos términos usados. Enloquecía por momentos y de seguir así, acabaría perdiendo la cabeza.

—Ya te lo he dicho... —masculló, apenas sin firmeza en la voz, mientras el aliento se colaba entre sus dientes apretados—. Es una cuestión lógica. No puedo decidir el futuro de nadie. Tan solo podía decidir salvarme a mí. Por eso pulsé el botón que acompañaba a mi nombre.

—Bien... Sin embargo...

Una fuerte sacudida le atravesó. Jamás había sentido un dolor parecido. Era físico, pero dolía tanto que la muerte ahora se le antojaba una opción placentera con la que poder poner fin a aquella tortura.

—¡¡Joder!! —gritó sin poder contenerse—. ¡¡Suéltame!!

La vena del cuello estaba inflamada. Mantenía los dientes encajados, en un burdo intento de sofocar el dolor del pecho, tan intenso que amenazaba

con acabar con él.

—Suéltame... —suplicó, esta vez rendido. Dejó caer la cabeza hacia adelante, consciente de que si continuaba ahí, ya nada podría salvarle.

—Max... —prosiguió el hombre, imperturbable—. No estás atado. No te he hecho nada.

—¡¡MIEN-TES!! —Un grito gutural escapó de su garganta, rasgándola a su paso. No estaba dispuesto a creerle ni tampoco a concederle el beneficio de la duda. No se trataba de un sueño. El dolor era demasiado real.

El hombre, ataviado con un jersey de punto negro y unos pantalones del mismo color sobre los cuales, una bata blanca contrastaba por su inmaculada apariencia, dio por primera vez un paso al frente. Observó el gesto del chico, que se retorció sobrepasado por el dolor, todavía inmóvil en el mismo lugar en el que lo había encontrado. Sentía la necesidad de hacerle comprender porque, de no conseguirlo, todo aquello habría sido en balde.

—Resiste.

—¡¡Suéltame!! —gritó de nuevo, lo que más bien sonó como un débil alarido.

«Presión sanguínea inestable. Está perdiendo el pulso. Oxígeno...». Escuchaba las palabras tan cerca de sus oídos que ya no podía separar presente y pasado, realidad y recuerdos. Veía el cuerpo de Bruno tendido en el suelo y trató de acercarse a él. Quería pedirle perdón. Necesitaba disculparse antes de que cerrara los ojos y lo hiciera para siempre. Trató de acercarse y sin embargo, se sorprendió al descubrir que su cuerpo no reaccionaba. Bajó la mirada para tratar de dar con una explicación y se vio a sí mismo tendido del mismo modo. Sus piernas no respondían, ni tampoco lo hacían sus brazos, y todo su cuerpo yacía sobre un charco escarlata, tan brillante como aterrador. Ninguna de sus extremidades reaccionaba a su voluntad, ahora centrada únicamente en manipular su mente y vapulear sus recuerdos.

—Acaba con esto... Te lo suplico... —murmuró al fin, con el calor de una lágrima traidora recorriendo su mejilla.

—Yo no puedo hacerlo por ti. Esa decisión te pertenece.

Trató de digerir sus palabras. Pero nada tenía sentido. ¿Cómo iba a poder depender de él, si ninguna parte de su cuerpo reaccionaba a los mandatos de su cerebro?

—¿Qué tienes que ver tú con *Chapter*? —dijo al fin, haciendo acopio de las escasas fuerzas que le quedaban.

—Nada. Nada de todo esto tiene que ver con *Chapter* en realidad. Simplemente, eso es lo que tú has querido creer. O, mejor dicho —prosiguió, esta vez en un tono más sosegado—, lo que necesitabas creer.

—¡Mientes de nuevo!

—¿Tú crees?

—Deja de jugar conmigo y cuéntame la verdad de una jodida vez...

El tono hosco empleado no pasó inadvertido. Estaba al borde de la desesperación y aquel hombre le exasperaba. No podía morir sin conocer la verdad. Rendirse no entraba en sus planes, y menos ahora que lo tenía todo tan cerca.

—Vamos, piensa. Ningún otro jugador relacionó el juego con *Chapter*. ¿Recuerdas?

—Charlie... —rebatió—. Charlie lo sabía.

—¿Quién es Charlie?

Dispuesto a vencer sus propios demonios, alzó la cabeza y le buscó de nuevo. Esta vez lo encontró más cerca, aunque seguía manteniendo una distancia prudencial que no se atrevía a traspasar. La sala, ahora completamente difuminada, se desdibujaba frente a sus ojos. Ya no veía la mesa, ni tampoco la pizarra repleta de fotografías, ni siquiera le llegaba el hedor a orín y putrefacción que le había recibido al despertar.

—Carlota. Ella estaba metida en *Chapter*... Por eso lo entendía todo. Por eso nos quedamos solos.

—Creía que eras un poco más listo, chico.

Le desafió con la mirada, irritado por el apelativo. Una mueca de repulsión desfiguró su rostro, ya de por sí rígido y cetrino.

—Carlota ni siquiera estaba ahí. Ni tampoco tus amigos.

Estaba aterrado por lo que estaba a punto de descubrir pero, sobre todo, por que pudiera llegar a ser verdad. Pensó en algunas de sus anteriores palabras y recordó que el hombre afirmó que no estaba maniatado, sino todo lo contrario. Focalizó la atención en sus muñecas y se dio cuenta de que ya no sentía la misma presión sobre ellas. Ladeó los brazos, en busca de una brida que no le llevara a pensar que había perdido definitivamente el juicio y se dio cuenta de que podía separarlos sin problema y llevarlos hacia delante. Tenía las manos y los antebrazos sucios y la piel repleta de rasguños y sangre seca, pero el hombre tenía razón, no estaba atado.

Elevó los ojos y perdió la mirada por la estancia de nuevo. Ya no veía nada más que la oscura silueta del hombre que tenía delante. Ni la mesa, ni el mapa, ni tampoco la puerta. Apenas lograba ver el haz de luz proveniente del fluorescente que pendía del techo, una mancha amarillenta sobre un oscuro telón de fondo que nunca lograría olvidar.

Jamás se había sentido tan desconcertado y le asustaba no saber gestionar tantas emociones. Los hechos eran los que eran. Se la estaban jugando, tan solo tenía que averiguar el secreto de toda esa artimaña y no continuar siendo la marioneta de un ilusionista que deseaba crear un nuevo truco con él.

Se frotó una muñeca con la otra mano, áspera y reseca. Tenía las uñas negras, como si hubiera cavado en la tierra.

—Debes comprender dónde estás antes de que sea demasiado tarde —aseveró el hombre, volviendo a tomar distancia.

Esquivó sus ojos. Siempre le había irritado que los demás estuvieran en posesión de una información de la que él carecía. Sin embargo, aquel hombre había demostrado tener razón con lo de estar atado, por lo que nada indicaba que no la fuera a tener también ahora.

«Sus pulsaciones vuelven a descender. Debemos ir más deprisa...».

Las voces le llegaban sin saber de dónde. Buscó los altavoces, los verdaderos artífices de su locura. Le atormentaba recordar una y otra vez aquella tarde, mientras el dolor agudo del pecho y las costillas le oprimía y le desgastaba. Bajó la cabeza y por primera vez se dio cuenta de que sangraba. Tenía la camiseta manchada de un rojo brillante y purpúreo, tan fresco como si no hubiera dejado de perder sangre en ningún momento. No obstante, tan solo podía recordar el golpe en la cabeza, nada más.

—Me... ¿me estoy muriendo? —balbució, aterrado ante la sola idea de pensarlo.

—No, si antes consigues escapar.

Las palabras resonaron entre las paredes de su embotado cerebro. No era esa la respuesta que ansiaba oír, ni tampoco tenía ganas de continuar jugando. Un agudo pinchazo le atravesó el esternón, mucho más intenso que antes, y supo que algo no iba bien. Era como si cada vez perdiera más la consciencia de lo que había a su alrededor y sin embargo, esta se concentrara en su cuerpo, que parecía mandarle señales inequívocas de su paseo hacia la morgue.

—Solo cuando entiendas qué haces aquí, encontrarás el modo de salir —prosiguió el hombre, sin cambiar ni un ápice la expresión de su rostro ensombrecido—. Has demostrado que sabes hacerlo; esta es tu última oportunidad, chico.

No le quedaba apenas tiempo. Su respiración se apagaba mientras continuaba perdido entre todas las voces de alarma, el griterío y las sirenas que ahora, estaba seguro de que solo sucedían en su cabeza.

—Por favor... —suplicó antes de que sus ojos se apagaran.

Esta vez pareció surtir efecto en el hombre pues, de repente, escuchó que este deambulaba por la sala. Se acercó a él y posó su mano sobre el hombro, desprovista de la temperatura que se suponía que debía mantener un cuerpo humano en vida. Acto seguido, colocó los dedos bajo su barbilla y la alzó, buscando una mirada que ya no lograba enfocar.

—Nada de esto es real, Max. Pero tampoco es un juego. Todo esto lo has creado tú en tu cabeza; es tu propia trampa o, tal vez, tu castigo. —Le escuchaba desde la distancia, con toda la atención puesta en él. Su respiración seguía agitada y el dolor se expandía por todas sus extremidades, cada vez más real y tangible—. Llevas años mortificándote por un accidente que, por desgracia, acabas de revivir. Has pasado años jugando al limbo con tus propias tinieblas y hoy, estas han ganado la batalla. Por eso no encuentras el modo de salir. Piensa en la sala, Max. Piensa en cada uno de los escenarios. Todos tenían un denominador común, un elemento predominante que solo tú supiste identificar, aunque quisieras disfrazarlo con la apariencia de *Chapter*.

—La muerte...

—Correcto.

—Entonces —masculló con los músculos del cuello tensos, sin despegar todavía los párpados—, estoy muerto —aseveró.

—No. Todavía no.

CAPÍTULO 47.

El hombre sacó una linterna del bolsillo y enfocó con ella directamente a sus pupilas, después de abrirle los ojos con los dedos, dada la incapacidad del joven a reaccionar por sus propios esfuerzos.

Todas las escenas se sucedían a una velocidad vertiginosa frente a ellos, confirmando las palabras del hombre. En todas, la muerte estaba presente, imperante, como si no quisiera apartarse de él.

—Eres tú el que cree que no tiene derecho a regresar. Y mientras así sigas creyéndolo, nosotros no podremos hacer nada por ti.

El uso de ese significativo plural le confundió. Pero, cabía la posibilidad de que el hombre tuviera razón. Un destello fugaz cruzó su mente, dejándola en blanco y recuperando ahora toda su atención. Entonces lo vio. El coche venía de frente y no le dio tiempo a parar. Tras unas milésimas de segundos en las que el pánico se apoderó de él, sintió que Salva saltaba de la moto a sus espaldas y en un instante, chocó contra el capó del coche y salió despedido contra la calzada. Rebotó con tal ferocidad que fue a parar junto al bordillo, donde su pecho impactó con estridencia, partiéndole algunas de sus costillas justo antes de quedar tendido boca abajo. Le dio tiempo para abrir los ojos un solo segundo; un único segundo en el que pudo ver a su amigo tendido también en el suelo, sin saber si estaba vivo o muerto. A partir de ese momento, todo se desvaneció.

Las voces cobraron mayor relevancia. No eran las mismas que escuchó nueve años atrás; le atendían a él. Era a él a quien se estaban llevando. Trató de recuperar el control de todo su cuerpo y el dolor se intensificó todavía más. Sus piernas no respondían a su voluntad, ni siquiera se movían. No estaba sentado, estaba tumbado. Tampoco eran bridas lo que sujetaban sus manos, sino que le habían inmovilizado sobre una camilla y respiraba a través de una mascarilla con la que seguramente, debían de estar proporcionándole el

oxígeno que le hacía falta para continuar vivo.

«Está recuperando la consciencia. Hay que detener la hemorragia». No le dio tiempo a divisar nada antes de que sus ojos volvieran a cerrarse. Nada de todo lo que había creído vivir en los últimos días había sucedido en realidad y un único pensamiento se apoderó de su mente. Si todo aquello era cierto, si habían tenido un accidente de verdad, Salva también estaba herido. Salva... Su respiración seguía trémula y crispada. El esternón se le clavaba contra el pecho con cada expiración, como si se hubiera roto y astillado por cientos de puntos al mismo tiempo, pero ni siquiera eso le importaba.

—¡¡Salva!! ¡¡Salvaaaaaa!! —gritó con desesperación.

«Está convulsionando...». No podía ser cierto. Salva no podía fallecer por su culpa. La sola idea de pensarlo le hacía desear la muerte, cualquier cosa que le impidiera el sufrimiento de tener que cargar durante el resto de su vida con otra pérdida como esa.

—Salva.... —masculló con fragilidad.

Gimoteó aterrizado. Jamás llegó a perdonarse la muerte de Bruno. Él era el único culpable y por mucho que le dijeran que no fue así, no llegaría el día en que esa idea desapareciera de su cabeza. Si no le hubiera incitado, nada habría sucedido en realidad. Y ahora, la historia se repetía con Salva.

—Max, debes acabar el juego para poder salvarte. Si tú no lo haces, ninguno de nosotros podremos hacerlo por ti.

Era la misma voz de antes, pero no había ni rastro de la silueta del tipo. Le hablaba desde una posición cercana. Pero ya no quería seguir jugando, necesitaba saber que Salva no corría peligro. Había conseguido salir de la nave, había terminado el juego junto a Carlota. Pensó en ella. ¿Qué narices pintaba en todo ese montaje?

—¿Por qué ella?

—Porque necesitabas ponerle rostro a tus miedos, alguien que confirmara lo que tu mente quería mostrarte... y ella fue una de las últimas personas a las que viste antes del accidente. Nuestro cerebro dispone de funciones tan avanzadas como esta.

—Entonces... ¿ella no tiene nada que ver con *Chapter*? —murmuró hacia ninguna parte en concreto, esperando la respuesta del hombre, que parecía impaciente por que él terminara de atar cabos.

—Nada de esto tiene que ver con *Chapter*. Solo contigo. Pero, por algún motivo, no crees estar preparado para dejarlo atrás. Y te aseguro que no dispones de mucho tiempo.

Un cosquilleo extraño le recorrió la parte interna del codo. Le habían puesto una vía y le suministraban alguna sustancia con la que ayudarle a mantenerse en un estado de semiinconsciencia. Todo el mundo parecía desear devolverle a la vida y sin embargo, para él todo sucedía en un plano en el que su mente no paraba de jugarle malas pasadas.

—Y... ¿Salva está bien?

—No puedo responder a esa pregunta... —siseó el hombre.

—¡Necesito que lo hagas!

La desesperación se fundía en el frenético crepitar de sus pensamientos, que no estaban predispuestos a concederle tregua alguna.

—Esa es tu última prueba, Max. Solo tú puedes decidir cuál quieres que sea el final.

Los caprichos y designios de la mente humana podían llegar a resultar tediosos e insoportables cuando no sonreían a la suerte de su creador. Se hallaba solo en una estancia en la que el silencio imperaba en cada rincón. Habían vuelto a dejarle solo, salvo que aquella ya no era la sala en la que había permanecido hasta el momento. Un eco vacío le abdujo, justo antes de darse cuenta de que ya no escuchaba su propia respiración. Bajó la vista hacia el pecho y descubrió que su ropa también había cambiado. En ella, así como tampoco en su piel, no había rasguños, moretones, ni sangre. El blanco algodón de su camiseta apenas se diferenciaba con el del suelo, y lo mismo sucedía con sus pantalones. Dio un paso al frente, totalmente descalzo. La ausencia de temperatura en sus pies no le sorprendió, pero sintió cierto alivio tras haber recuperado el control sobre su propio cuerpo. Alzó los brazos y los contempló; también estaban limpios. Se llevó las manos hacia el rostro y lo acarició en busca de magulladuras o señales evidentes del supuesto accidente,

que ya no sabía si había sucedido en realidad o no.

Deambuló con extrema parsimonia por la habitación blanca pero, por mucho que avanzara, jamás llegaba a ninguna pared, tabique o muro que indicara sus límites. Un ruido extraño le llamó la atención entre todo el sobrecogedor silencio. Se dio la vuelta alarmado por el mismo y sin poder esperar, la visión que tuvo le paralizó por completo.

Era tal y como lo recordaba y su estómago dio un vuelco al entender lo que significaba tenerle delante. Solo había un plano en el que ambos pudieran coincidir. Uno que ya no tenía retorno.

—¿Estás aquí? —balbució, sin atreverse a acercarse al que siempre fue su mejor amigo.

—Solo en tu cabeza.

—¿Eres real?

—Que esté en tu cabeza no significa que no sea real.

Dio otro paso más antes de detenerse. Era él, no había ninguna duda. Había crecido, tanto como lo había hecho él. Algo en su interior se contrajo, pero jamás se había sentido tan tranquilo como lo hacía en ese momento. Verle de nuevo, con la serenidad reflejada en el rostro y la paz de su alma expuesta, apaciguó todos sus peores temores.

—He muerto, ¿verdad?

—Todavía no —afirmó, con una sonrisa afable—. Sigues siendo igual de obstinado y testarudo, ¿lo sabías?

Le hizo gracia el inesperado comentario. Bruno siempre se lo había dicho. Era imposible discutir con él y conseguir ganar una batalla cuya victoria, Max tenía asegurada de antemano. No se rendía nunca, no dejaba las cosas a medias y no permitía que nadie le quitara una idea de la cabeza.

—¿Dónde estamos?

—No tengo ni idea. Todo esto es cosa tuya.

Se sonrieron con complicidad, como siempre lo habían hecho, en un

idioma que solo ellos comprendían. El resultado de una amistad macerada y hervida a fuego lento.

—¿Duele?

Una simple palabra capaz de reducir uno de los mayores miedos terrenales, tan propio y único del ser humano. Bruno le contempló sin borrar la sonrisa de sus labios, curvados con una madurez que a Max le gustaba. En el fondo, no le había ido tan mal sin él. Quizá alguien le hubiera protegido, tanto como él se encargó de hacerlo en el colegio.

—No. Pero todavía estás a tiempo de evitarlo.

—¿Por qué estás aquí? —quiso saber, de nuevo dando un paso en dirección a su amigo.

Se detuvo cuando apenas un metro los separaba, después de tantos años. Le tenía tan cerca que no podía ni creerlo. Pero su imagen era clara, firme y real.

—Alguien tiene que darte un ultimátum. Por lo visto, no quieres escapar de... esto —dijo, haciendo un ademán con la mano señalando todo lo que había a su alrededor de forma envolvente—. Y nadie entiende el motivo.

Escapar. No sabía de qué tenía que escapar pero, ahí dentro, en compañía de Bruno, por primera vez se sentía tranquilo y feliz.

Sin que pudiera haberlo esperado, el brazo de su amigo osciló y le hizo un gesto con la mano, sugiriéndole que le acompañara a dar un paseo. No se opuso y siguió sus pasos en riguroso silencio, a la espera de descubrir todas aquellas cosas que él quisiera contarle.

—¿Sabes? Resolviste los acertijos de una forma muy peculiar. Me alegra saber que todavía recuerdas todas nuestras aventuras con tanto detalle.

Algo se removió en su interior al captar el aroma a pretérito que destilaban aquellas palabras.

—Debes continuar adelante. Tú no tuviste la culpa, los accidentes... ocurren. Por eso son accidentes. Me lo debes a mí, se lo debes a Salva pero, sobre todo, te lo debes a ti.

—Salva... —masculló, recordando con temor lo sucedido—. ¿Él también...? —Se detuvo sin poder terminar la pregunta que tiritaba entre sus labios.

—Eso solo lo sabrás si decides poner fin a esto de una vez por todas.

—Hay una cosa que no entiendo...

—Dime.

—Si todo esto es cosa mía... ¿Por qué he podido ver lo que ellos hacían mientras yo no estaba?

—Porque necesitabas algo con lo que recordarte y justificar por qué estás pasando por esta situación.

—No... No te sigo.

Bruno se giró y dio un paso hacia él, sin acercarse demasiado.

—Necesitabas que todo estuviera ligado y hasta que no descubrieras por qué eran ellos los que estaban implicados, todos aquellos a los que tú en algún momento has llegado a culpar de lo sucedido aquel día, no podrías deshacerte del todo de tu pasado.

—Si lo que dices es cierto, Andrea no forma parte del juego.

—Así es, pero necesitabas un motivo, algo lo suficientemente sólido como para mantenerte a la deriva pero que, al mismo tiempo, no te permitiera alejarte del todo. Culpaste a los sanitarios que me asistieron, cuando en lo más profundo de tu ser sabías que nada pudieron hacer por mí. No pudiste ponerles cara, por lo que decidiste convertirlo en algo personal. Tu mente ha depositado en Andrea tus fuerzas. Por un lado la has castigado, pues todavía existe una parte de ti que no cree merecer el cariño de otra persona... Sin embargo, sientes también la necesidad de desquitarte, de liberarte y poder rehacer una vida que ha seguido su curso, siempre bajo el yugo de una presión que jamás llegaste a vencer.

—¿Y qué pasa con Carlota?

—¿Cuántas veces juraste vengarte de los creadores de *Chapter*?

Esta vez no pudo responder y Bruno le acompañó en su silencio. Así pues, continuaron dando pasos sin más objetivos que el de acompañarse entre toda aquella retahíla de pensamientos.

—Tan solo necesitabas unir todos los hilos. Por eso has esperado hasta descubrir qué hacían ellos mientras tú no estabas, qué les unía y sobre todo, cuánto te necesitaban. Ansiabas saber que en realidad, sigue habiendo un lugar para ti... y nadie puede culparte por ello.

—Deberías ser tú quien estuviera en mi lugar... —murmuró en un susurro apenas audible, evitándole la mirada.

—¿Y tener que decidir si quiero vivir o morir? No, gracias... —sonrió, restándole importancia con un ademán de la mano—. Max, deja de culparte... Lo que pasó... pasó. Y por mucho que te aferres a todos los recuerdos que compartimos, no podrás cambiarlo. No te odio. Nunca lo he hecho. Pero deja de castigarte, y deja de castigar también a los que te rodean. Quieren acompañarte, estar a tu lado. Permítelo y sigue con tu vida.

Bruno levantó un brazo y contempló el reloj de muñeca, pequeño y elegante.

—Se acaba mi tiempo. Ahora, todo depende de ti. Sé fuerte, ¿vale? —Se detuvo frente a Max y lo miró directamente a los ojos, que ahora eran la viva imagen del miedo, en su pura esencia—. Y, recuerda, no le debes nada a nadie más de lo que te debes a ti mismo. Confío en ti.

El pánico se apoderó de él mientras todo se desvanecía a su alrededor. Ya no había luz y el dolor de su pecho incrementaba. Todo se fundía ante sus propios ojos y una energía gravitacional le impulsaba hacia abajo. Sentía la presión en el esternón, el dolor de cabeza y el inconfundible rastro de la sangre sobre su piel.

CAPÍTULO 48.

Las luces. Habían vuelto las luces. Las veía a través de los párpados, al igual que oía todas aquellas voces que hasta ahora, habían permanecido en silencio.

—¡Joder! ¡Aguanta! —masculló una de ellas muy cerca de su rostro. Esta vez no la reconoció.

La presión sobre el pecho era casi insoportable.

—¡¡Placas!!

Silencio.

—Uno, dos, tres, cuatro. —Cada una acompañada de un leve empujón sobre el esternón, en el hueco que le quedaba entre las astilladas costillas.

Trató de abrir los ojos sin éxito. De nuevo, sin saber cómo había llegado hasta ahí, se descubrió en la misma sala oscura en la que había encontrado los pulsadores. Todas las pantallas ahora estaban apagadas, como si ni siquiera les llegara la corriente. Había una gran capa de polvo, espesa y suntuosa, que dejaba claro que había pasado mucho tiempo desde que alguien había pisado el lugar. Dio una vuelta sobre sus pies en redondo, fijándose en cada detalle. Todo parecía igual, sin embargo, el rastro de abandono imperaba en cada rincón. Dio un paso al frente y se acercó al centro de la sala, donde la última vez había tres pilares, cada uno de ellos con un pulsador. Esta vez solo había dos: Bruno y Max.

Se acercó lo justo para que con un simple movimiento de manos pudiera alcanzar cualquiera de los dos y se detuvo en seco, sin poder apartar la vista de ellos. Un intenso dolor le atravesó, cortándole la respiración con brusquedad. Cayó de rodillas contra el suelo, sintiendo que el oxígeno se le escapaba de los pulmones, ahora consciente de su perforación. Se llevó una mano al pecho y se sorprendió cuando al separar la palma, esta estaba cubierta de una capa de sangre, tan reciente como real. Alzó la vista hacia los

pulsadores y el resto de la estancia quedó tan desvaída como lo estaban sus pensamientos, ahora divagando entre dos dimensiones al mismo tiempo. Oía las sirenas, los gritos apresurados y las medidas que tomaba el personal sanitario para salvarle, al mismo tiempo que el silencio del lugar se cernía sobre él. Demasiados estímulos al mismo tiempo.

Apoyó las manos en el suelo y sintió que su peso cedía ante los designios de la gravedad. Cerró los ojos y por su mente desfilaron miles de recuerdos, imágenes que formaban parte de su vida. Sin embargo, una de ellas destacaba entre todas las demás: era Salva, tendido en el suelo, por su culpa.

De nuevo, su pecho se constriñó mientras experimentaba aquel incremento de las pulsaciones que predecían el declive que vendría a continuación... hasta detenerse por completo.

—Sal... va —balbuceó al fin.

Su cabeza era un atolladero de ideas, gritos e imágenes y cuando creía que ya no podría soportarlo, una en concreto se impuso sobre las demás. No había llegado hasta el final del juego para rendirse tan fácilmente. Ahora lo veía. Nada de todo aquello tenía sentido porque nada era real. No había visto a Bruno, como tampoco les habían encerrado en aquella sala. Una leve sacudida acabó de tenderlo en el suelo, dejándolo boca arriba, justo a tiempo para descubrir que ya no había rastro de ninguna oscuridad. Sobre él desfilaban a toda prisa decenas de luces fluorescentes, tan blancas como el color de los propios recuerdos, aquellos capaces de serenar un alma rendida a la perdición. Supo entonces que le estaban trasladando a algún lugar sobre una camilla. Debía resistir.

—¿Me oyes?

—Acaba con esto. Termina la partida. Solo tú puedes hacerlo —dijo una voz.

Apenas le llegaba el oxígeno que se esforzaba en retener. El dolor resultaba cada vez más intenso e implacable, tanto que incluso, comenzó a remitir, alcanzando así un nuevo umbral desconocido.

—Yo...

—Si no lo haces tú, nosotros no podremos salvarte.

Su cuerpo comenzó a convulsionar salvaje, como si arremetieran contra su pecho una y otra vez, sin miedo a partir su caja torácica en dos.

—No es más que un juego... Aplica la lógica. Sabes hacerlo.

Sintió aquel inhumano sabor entre los dientes, escapando de sus labios, agrio e impávido. Se llevó una mano al pecho y lo apretó cuando trató de girarse. Con la otra, se sostuvo en uno de los dos pilares y tensó lo poco que pudo el cuerpo para erguirse. Sabía cuál era cada uno de los pulsadores. El de la izquierda pertenecía a Bruno; el de la derecha, el suyo. Tan solo tenía que decidir. Una nueva sacudida le traspasó y su grito retumbó por toda la estancia, hasta llegar de nuevo a sus oídos. Solo tenía una oportunidad. Él o Bruno. Vivir o morir. Y justo en ese instante, cuando sentía que su último hálito de vida escapaba feroz entre sus labios, supo cuál era la respuesta correcta. Tensó todo el cuerpo y buscó uno de los pulsadores con la mano derecha. Si todo aquello no era más que producto de su imaginación, si no era más que la forma en la que el destino había querido castigarle, tan solo había dos opciones posibles: asumir el castigo y redimirse o rendirse para siempre, consciente de que en ese caso, jamás tendría la opción de pedir perdón una vez más.

Pulsó el botón cuando sentía que sus manos caían inertes. Le dio tiempo a sentir la presión bajo las yemas de los dedos, justo antes de que su brazo cayera a peso muerto sobre su pecho, como si una vara de hierro hubiera impactado directamente sobre él. Después, tan solo halló el silencio; el más oscuro y terrorífico silencio.

EPÍLOGO.

Una semana después.

Por primera vez en nueve años se sentía libre, como si hubiera encontrado al fin la llave del último candado del juego.

Experimentó la misma sensación que les invadía cada vez que introducían ese último código que marcaba la diferencia entre ganar y perder. Porque, en definitiva, si algo tenía la vida era la capacidad de someter a las personas a pruebas constantes, a la obligación de tener que tomar infinitas decisiones que, por ínfimas que pudieran parecer, supondrían siempre un antes y un después para cada una de ellas.

Sabía que había tomado la correcta y regresar a casa con los suyos era la prueba de ello. El dolor tardaría en remitir y le esperaban unas semanas de intenso reposo hasta que todos los huesos rotos volvieran a soldarse.

El salón parecía el mismo de siempre, sin perjuicio de que él hubiera cambiado tanto en apenas unos días.

—Me han hablado de una película que trata muy bien la presión en situaciones vividas a contrarreloj, ¿queréis verla? —Amaya sonaba distraída, mientras pasaba una a una todas las películas disponibles del servidor en busca de una que poder ver los cuatro.

—¿Cómo se llama?

—El examen. No es muy conocida, pero tiene buena pinta.

—Por mí, no hay problema.

Max aguardaba en silencio, tumbado en el sofá en el que pasaba el día en absoluto reposo. Apenas hablaba, pero agradecía que los otros tres compartieran su tiempo libre con él, ahora que tanto les necesitaba.

Amaya dio con la película justo cuando Julio aparecía en el salón con un par de bolsas de patatas y algunos refrescos para todos.

Los mellizos ocuparon uno de los sofás mientras que Salva, permanecía en el sillón con una lata de cerveza entre las manos.

El timbre de casa fue el único que se encargó de interrumpir el momento, justo cuando iban a comenzar.

—Voy yo.

Dejó la lata sobre la mesa y recorrió el pasillo a oscuras. Era un viernes noche cualquiera y apenas la luz de las farolas conseguía filtrarse a través de las ventanas. Sin embargo, conocía la casa de memoria y no le costó deambular por ella casi a tientas. Abrió la puerta y se sorprendió al no ver a nadie en el rellano. Sacó la cabeza, miró a un lado y a otro y volvió a cerrar, dispuesto a regresar al salón. No obstante, cuando estaba a punto de sentarse de nuevo, el timbre volvió a sonar, provocando que se detuviera en seco. Los cuatro se miraron y Salva recorrió de nuevo el pasillo, esta vez molesto y con mayor determinación, dispuesto a dar una reprimenda a los niños que a esas horas de la noche parecían tener ganas de jugar.

Abrió y tiró de la maneta con ímpetu, una vez más para encontrarse solo en el rellano. Cruzó el umbral de la puerta y se acercó hasta el hueco de la escalera, desde donde se asomó en busca del culpable. Pero no se oía nada, como si no hubiera sido más que un producto de su imaginación. Se dirigió de nuevo hacia el interior del apartamento, en cierto modo molesto y justo cuando iba a entrar, algo llamó su atención. Se detuvo, dio un paso atrás y fijó la vista en el suelo. Sobre el felpudo del recibidor, algo metálico destacaba por su brillo y su tono ocre y ennegrecido. Se agachó y fue a cogerlo, justo a tiempo para descubrir que se trataba de dos monedas.

Las examinó con detenimiento y se extrañó por la curiosa composición de las mismas. Pesaban, su dimensión era mucho mayor que la de una moneda de dos euros y nada en ellas indicaba que pudiera tratarse de dinero corriente. Entró y se acercó hacia el salón, jugueteando con ellas entre las manos, haciéndolas tintinear. Una vez ahí pulsó el interruptor y encendió la luz.

—¿Qué haces? —increpó el mellizo, molesto por el repentino cambio.

Pero Salva no respondió. Se situó bajo el punto de luz más claro y las examinó con detenimiento. Había unos dígitos en una de las caras, distintos en ambos casos.

Como por arte de magia, los cuatro teléfonos sonaron al mismo tiempo, alertándoles de la entrada de un nuevo mensaje. Se contemplaron extrañados y en riguroso silencio, cogieron sus respectivos móviles para comprobar qué sucedía.

—Nos han metido en un grupo de chat conjunto a los cuatro —dijo Amaya, la primera en consultar su Smartphone.

—¿Qué pone? —dijo Salva, sin dejar de examinar las monedas.

—Nada. Tan solo hay un enlace.

—Ábrelo.

Amaya, extrañada, esperó unos instantes y al final, colocó el dedo sobre el mismo. Su atención estaba únicamente puesta en la pantalla de sus teléfonos que, de repente, se tornó blanca. Se mantuvo de ese mismo modo durante unos eternos segundos, pasados los cuales, una cuenta atrás en color rojo apareció.

El tiempo comenzó a correr.

Les quedaban veintitrés horas, cincuenta y nueve minutos y ahora, cincuenta segundos.

Vuestras opiniones son muy importantes para mí, sobre todo en esta ocasión, pues Chapter participa en la **cuarta edición del Concurso Indie de Amazon**.

Todo vuestro apoyo cuenta.

Podéis hacérmelas llegar a través de Amazon, para que otros lectores puedan conocer también qué os ha parecido la historia. No os llevará más de un par de minutos y os lo agradeceré de todo corazón.

Gracias por darle una oportunidad.

Facebook

www.facebook.com/estefaniayepesescritora

Twitter / Instagram

@nia_yepes

www.estefaniayepes.com

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dedicar y agradecer esta novela a mi compañero de vida y también de juego. Sin él, sencillamente, Chapter no existiría. Así que gracias; por todo lo que has hecho, por lo que me has enseñado y por todas las “partidas” que nos quedan por jugar juntos.

Como siempre, a mi familia y amigos, por seguir apoyándome a pesar de las horas y días en los que han dejado de verme por culpa del trabajo.

A Maite, por vivir esta historia, por convertirse en mi “coach emocional” cuando más lo necesitaba y por esas llamadas y mensajes a horas intempestivas que me han robado más de una sonrisa.

A mis compañeros de *Training Room*, por darle vida a Iván y Christian; en especial a Dani, por ser parte del proyecto, convertirse en conejillo de indias y compartir esta aventura conmigo. Eres un gran “espía”.

También me gustaría agradecer a Lorena Franco todo su apoyo y sus constantes “lánzate”. Era un salto arriesgado y diferente y hacerlo en compañía ha resultado mucho más fácil.

Por último, no quiero dejar pasar la oportunidad de agradecer a todos aquellos que han hecho posible que el mundo de los juegos de escape en Barcelona sea hoy una realidad y una referencia. Gracias a mis compañeros, a todos los *másters* que cada día intentan mejorar sus salas para ofrecer las mejores experiencias y también, gracias a todos los blogs, páginas y grupos de escapistas experimentados que habéis hecho posible la existencia de Max, Salva, Julio y Amaya. En ellos hay un poco de todos.

Por supuesto, no me iré sin agradecer la posibilidad que me ha ofrecido Scroom Bcn de vivir experiencias únicas desde una perspectiva todavía más única, de verlas desde dentro, tras las cámaras, y por permitirme conocer en primera persona las sensaciones que se pueden llegar a vivir dentro de una sala de escape.

Y, como siempre, gracias a ti, lector, por adentrarte en estas páginas y compartir la aventura de sus protagonistas hasta el final.